

CRAMIRO STARENN

# Charlotte Gospel



FANTASMAS Y DEMONIOS



**CHARLOTTE  
GASPEL:**

**FANTASMAS Y  
DEMONIOS**

**CRAMIRO STARENN**

© Cramiro Starenn, 2022

**Editado por:**

Camilo Quintana Coteño  
(Cramiro Starenn)

**Ilustraciones del interior:**

SarahpDraws - Cramiro Starenn

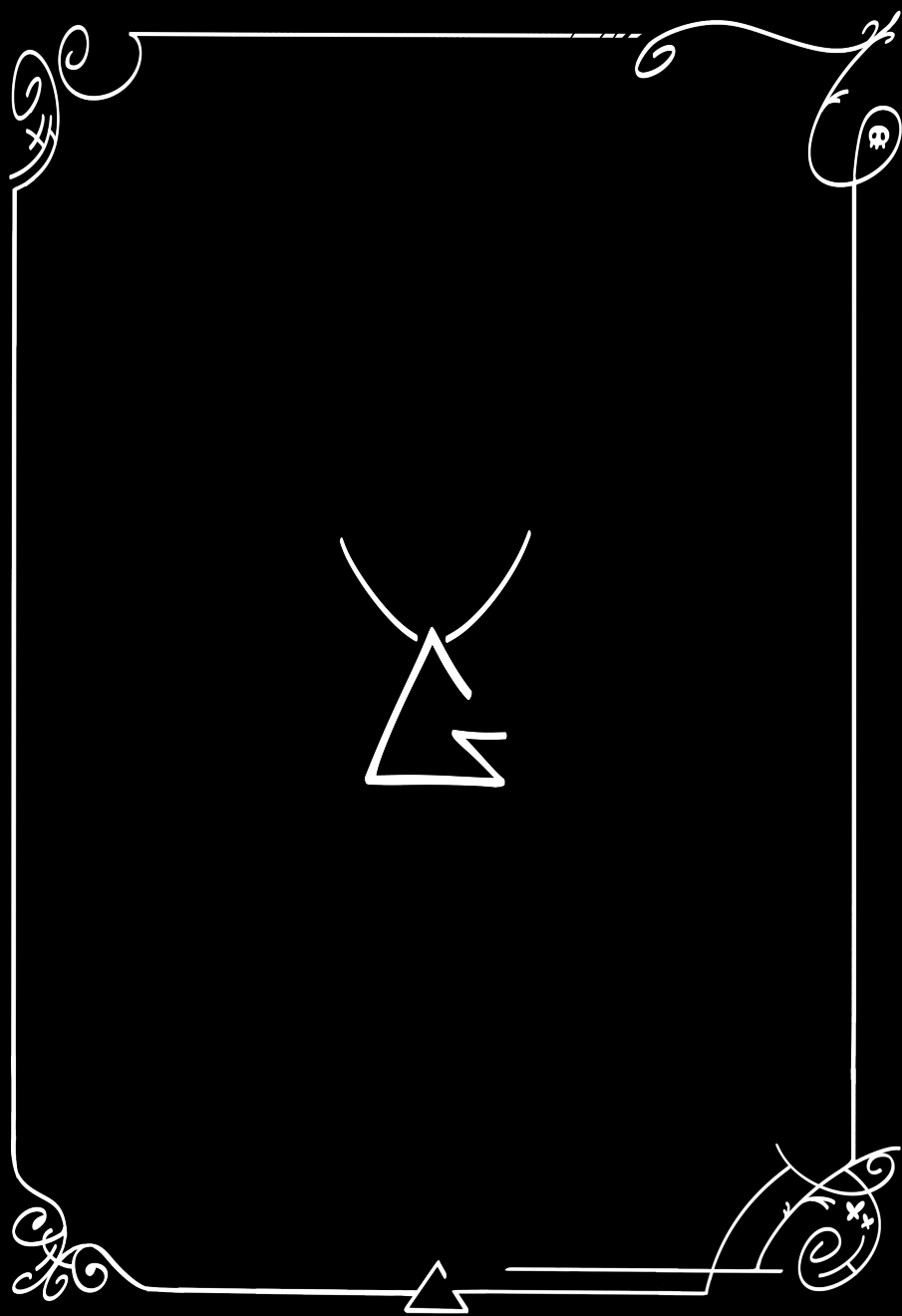
**Diseño de la cubierta:**

Cramiro Starenn

Camilo Quintana Coteño  
cstarennmailbox@gmail.com

The *Fell Types* are digitally reproduced by Iginò Marini.  
[www.iginomarini.com](http://www.iginomarini.com).

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea eléctrico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.





*“El conocimiento es poder y la ignorancia es felicidad.  
Los ignorantes serán débiles, pero los poderosos están  
condenados”*





# Introducción

Siendo el autor de este libro, quiero aclararte, persona que está leyendo esto, que durante toda mi vida he repudiado leer libros; tantas extensas palabras e innecesarias vueltas solo me hacían pensar que los autores de los «Clásicos de la Literatura» solo estaban rellenoando espacio en las hojas para hacer ver a su libro más gordo. Soy un fiel partidario de que si quieres decir algo en una novela, hazlo de la forma más eficiente posible, principalmente porque las personas comunes no tienen todo el tiempo del mundo para sentir que no están yendo a ningún lado. Por lo tanto, este libro no busca hacerte sentir bien por la cantidad de palabras que leíste, sino contar una historia sin que sientas que estás esforzándote para entenderla.

Si compraste el libro, muchas gracias. Si lo descargaste de forma pirata, ahora sabes que yo sé que lo hiciste, y la culpa te perseguirá por décadas hasta que sueltes tu último suspiro, completamente arrepentido y destrozado por no pagar por un archivo digital sacado de internet. Si se te fue regalado, disfrútalo.

Si eres lo suficientemente maduro podrás tolerar los temas delicados de este libro, como el cáncer, homicidio, dilemas filosóficos, drogas, conflictos religiosos y esas cosas. Después de todo, hice este libro para que sea fácil de leer. Además, esta es mi primera obra, así que no es prudente esperar una composición perfectamente correcta.

Todos los personajes, situaciones y lugares relatados son ficticios y si se relacionan directa o indirectamente con personas, lugares o situaciones reales o ficticias, es completamente accidental. Los lugares ficticios serán indicados con letra *cursiva* para evitar confusiones. Si mantienes una postura contraria ante alguno de los temas relatados (incluyendo la religión), pido perdón de antemano y garantizo que todo el contenido escrito en las siguientes páginas es puro entretenimiento.

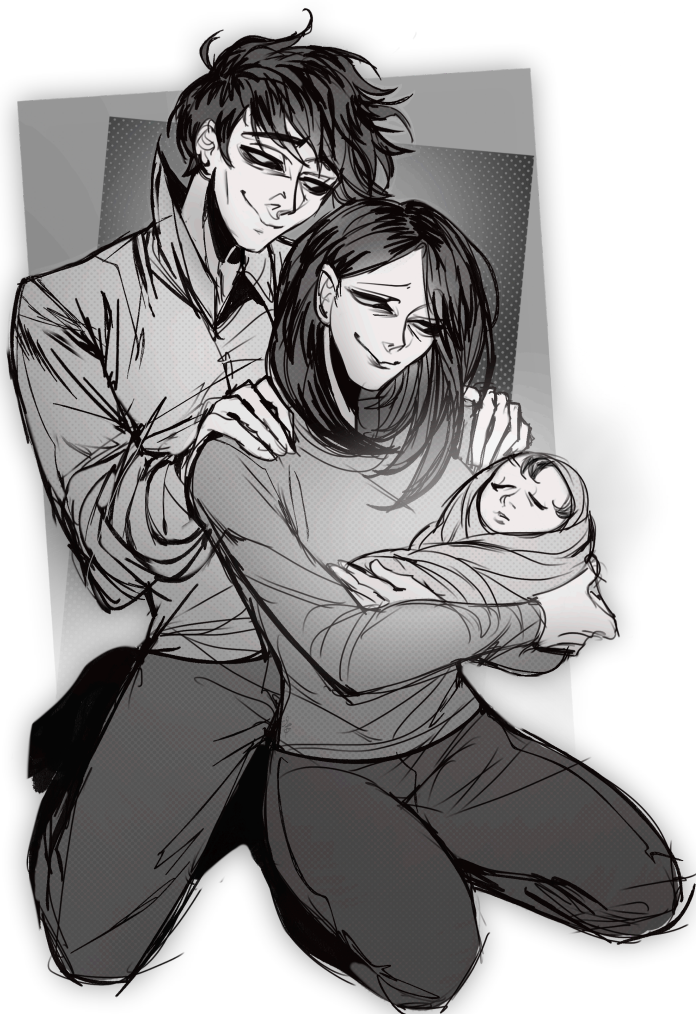
En pocas palabras, gracias por leer.







# ACTO I: GÉNESIS





# I

## FIAT LUX

Situándonos en algún lugar oscuro de Francia en 1957, dos amantes le concedieron el don de la vida a una nueva criatura que habían forjado; un curioso engendro; un hermoso niño al que decidieron llamar *Charlie*.

Y así comenzaron a llamarlo: Charles Gaspel, descendiente de Jeff Gaspel y Clara Moreau; poseedor de todo el amor que sus preciados padres podrían brindarle; destinado a la felicidad y la prosperidad. No te confundas, da igual cómo lo presentes, en realidad su familia carecía de riquezas.

El Señor Gaspel poseía grandes dotes para el entretenimiento, y escribo *Señor* con mayúsculas solo por educación, ya que no poseía ningún rastro de nobleza. Él y su amada sentían una gran necesidad de criar un hijo. La gente de su clase económica no podría permitirse esos lujos, pero dadas las circunstancias, ¿qué se puede perder? ¿Juventud?

¿Tiempo? ¿Energía vital para conservar la estabilidad mental? Tonterías. Todo eso es secundario cuando no tienes dinero. No morir de hambre es la mayor prioridad, y aunque bienes costosos no poseían, tenían mucho amor para dar, así que la decisión fue tomada. *¡Tengamos un hijo!* ¡Qué locura!; ¡qué imprudencia!; ¡qué ausencia de sentido común!; pero más que nada... ¡Qué falta les hacía!, porque cuando Charlie nació, sus vidas comenzaron a tomar color.

La madre, la señorita Moreau, conocía los límites del mundo. Sabía cuándo era necesario detener el espectáculo, cuándo se puede conseguir la mejor oferta y cómo usar bien tus armas. Obviamente, ella y su amado eran tal para cual, ya que Jeff era, por lo general, imprudente. Era un apasionado; alguien con visión, corazón y coraje, pero tal actitud también trae problemas.

Charlie tuvo la mala suerte de nacer en un pueblo donde la ley era solo una leyenda urbana. *Soufreville*; así identificaban la locación, para cuando alguien vea cuervos comiéndose los restos de un cadáver en la calle puedan decir: *Lo encontré aquí, en Soufreville. Sí, donde me asaltaron la semana pasada.*

Las figuras de autoridad que allí residen son generalmente miembros de la mafia más importante de la región. Todos la llaman: *El Ataúd*. Queda lindo cuando dicen: *Si no le pagas lo que le debes al Ataúd, te extirparán los intestinos.*

En teoría, ellos también son el banco de allí. La gente suele recurrir al *Ataúd* para pedir préstamos, siempre y cuando devuelvan el dinero en 2 meses y 16 días máximo. Pagando un interés, por supuesto.



Por suerte, cada vez que Jeff y Clara le pedían un préstamo al *Ataúd*, Clara se aseguraba de que no les faltara ni una sola migaja.



Los Gaspel se defendían muy bien. Mayormente no les faltaba comida, salud, ni felicidad, así que su vida era técnicamente buena. Lastimosamente, como ya pudiste imaginar, buenas historias no surgen gracias a buenos tiempos; malos tiempos logran buenas historias, pero buenas historias no crean buenos tiempos.



## II

# BUENOS TIEMPOS

**J**eff Gaspel se retiraba para ir a trabajar. Clara ya no podía proveer para la familia porque Charlie acababa de nacer, así que ella tenía que quedarse en casa y él tenía que trabajar el doble. Él agarró su sombrero agujereado, se puso su chaleco color café, besó a su esposa, besó a su hijo y se fue caminando. Ella cerró la puerta, puso al recién nacido en la mesa, agarró una escoba y se dispuso a limpiar la choza.

Charlie estaba envuelto en sábanas amarillas. Por ese entonces sólo podía reconocer puntos grises y borrosos en el techo, manchas negras y una tenebrosa confusión. Clara no veía cómo gastar el tiempo *libre* que tenía. A esas horas del día ella solía trabajar en una cafetería haciendo la limpieza. Lavaba todos los platos, decenas de vasos, docenas de cubiertos y dos cafeteras. Todo lo que una cafetería podía prestarle a los extraños que ingerían su comida ella lo dejaba

reluciente, pero esta vez, ella sólo tenía que lavar dos platos, dos vasos, seis cubiertos y ninguna cafetera.

Mucho piensa en organizar su tiempo, pero poco se acuerda del niño que dejó sobre la mesa, el cual rodaba lentamente y en silencio hasta la esquina. Silbaba mientras limpiaba el mugroso refrigerador azul. Adentraba la cabeza hasta el fondo de este para limpiar las paredes; mientras, Charlie lograba visualizar manchas color café y amarillo vagamente organizadas en patrón mientras que sus pequeños brazos aguantaban el peso de su torso. Si eres atento, ya habrás notado que el infante está con la mitad de su cuerpo fuera de la mesa, mirando el suelo como un niño mira la superficie de la piscina desde el fondo. Charlie siente la necesidad de estabilizar su posición; ya sabes, para dejar de sentirse tan mareado, así que intenta mover los pies, que se encuentran encerrados en una sábana que rodea su cuerpo, lo cual es muy peculiar, ya que los recién nacidos no pueden moverse de esa forma.

¿Qué haces, Clara? ¿Limpiando el refrigerador? ¡Atiende al niño de una vez para que esta ansiedad al fin se disipe!

Charlie comienza a inclinarse cual *sube y baja*.

Clara saca su cuerpo del refrigerador azul, endereza su espalda y voltea la cabeza para divisar al niño en la mesa. ¡Sorpresa! está a 1.4 segundos de aterrizar.

De seguro te agradará saber que sí, Clara logró salvar al bebé a tiempo. Sería algo decepcionante acabar la historia aquí.

Iluso cualquiera que piense que Clara iba a soltar al bebé después de eso. Luego de quitarle el polvo y la humedad a todo lo posible en la casa, Clara empezó a cocinar el almuerzo. No podía hacerlo con el bebé en brazos, así que se

aseguró de ponerlo en su cama rodeado de almohadas. Mientras Charlie seguía callado visualizando la nada, Clara reflexionaba sobre el futuro a la vez que cortaba el pan. Ella pensaba: «¿Cómo puedo asegurar la educación y salud de mi hijo?» Y: «¿Cómo nos vamos a mantener con tan pocos ingresos y tanta demanda por el bebé?».

Charlie tiene dos días de vida, y es curioso que, desde su llanto inicial no ha vuelto a llorar. Charlie ha recibido sus necesidades alimenticias y de comodidad comunicándose con tan solo unos leves gemidos de recién nacido. Cualquiera diría que tiene problemas de desarrollo, pero no era así, Charlie había nacido sano, aunque con una curiosa coincidencia meteorológica: El día en el que Charlie nació, el clima era soleado; no perfecto, pero no había nubes imponentes, a menos hasta que Clara empezó con la labor de parto. Nubes grises taparon el cielo y sonidos de truenos se asomaban tímidamente en el panorama. Empezó a diluviar justo cuando Charlie expuso directamente su piel al mundo exterior. Desde que Charlie abandonó la placenta de su madre hasta que dejó de llorar, la lluvia era incesante, el viento soplaba fuertemente y las aves empezaron a abandonar su nido.

Al finalizar la tormenta, se podía contemplar a Charlie cubierto de muchos líquidos, respirando por primera vez. Su pequeño corazón empezaba a palpar por cuenta propia. Lástima que esa ausencia de conocimiento será por mucho, la mayor bendición que Charlie habrá tenido.

Volviendo a lo que nos ocupa, dos días después de su nacimiento, Clara cocinaba la carne en la sartén cuando tocan a la puerta. Era *El Ataúd*. Dos hombres con traje morado se presentaron. El corazón de Clara empezó a palpar frenéticamente apenas les abrió la puerta, pues se sentía confundida. Todas las deudas estaban saldadas. ¿Cuál

será la razón por la cual la Mafia los visita a ella y a su recién nacido a tales horas de la mañana?

Los mira a los dos de reajo y uno de los hombres empieza a hablar:

—Buenos días, señora Gaspel.

—Buenos... días —respondió Clara—. ¿Qué se les ofrece?

—¿Nos deja pasar?

Clara voltea nerviosamente, preocupada por Charlie, luego ve a los dos hombres y asiente con la cabeza tímidamente con la mirada baja.

Los dos hombres entran. Uno se sienta en la mesa y el otro se queda parado mientras que la sartén aún está calentando la carne.

Clara se sienta igualmente, rezando para que el niño no haga ningún sonido. Lo menos que necesita su familia es que la Mafia sepa que tienen un hijo recién nacido.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, Sra. Gaspel? —pregunta el hombre sentado en la mesa, quitándose sus gafas de sol y hablando de forma cálida.

—Eso no es de su incumbencia —respondió Clara mientras ve al otro hombre merodeando por la cocina.

—No alarguemos esto más de lo necesario —dice mientras saca una hoja con muchos datos—. Su marido está siendo imprudente con los pagos. Ayer solicitó un préstamo considerable una semana después de haber saldado la deuda anterior.

Clara estaba conteniendo sus ganas de romper la mesa con su cabeza. Afortunadamente, ella y Jeff se presentaron ante *El Ataúd* como casados, ya que así podrían ser notificados paralelamente de sus transacciones, pero en

realidad, nunca han contraído matrimonio. Consideran que es una acción innecesaria, pero es útil para algunas cosas; así que, para algunas personas, ellos teóricamente están casados.

El otro hombre estaba viendo las fisuras en las paredes y tocando objetos decorativos. Eso ponía de nervios a Clara, ya que, aparte de sentir cómo alguien merodeaba por su casa, le preocupaba que de repente le den ganas de entrar al cuarto donde tiene al bebé.

—Señora Gaspel —insiste el hombre sentado en la silla.

Sus palabras se oyen estruendosamente en la cabeza de Clara.

—Perdone. Vamos a ponernos al día en menos de dos meses —le responde.

—Lastimosamente, no ha pasado una semana desde el anterior préstamo, así que tendrán que pagar su deuda el siguiente mes.

El estrés se va incrementando mientras que la carne se está quemando en la sartén. Hasta ahora, Clara ha intentado evitar contacto visual con el hombre sentado en la silla, pero al elevar tanto los nervios de esa situación, decidió apresurar el asunto. Lo miró a los ojos. Su aspecto era intimidante, pero no se aleja de lo común. Tenía piel oscura, cuerpo entrenado, una mirada apacible y un arete en su oreja derecha. El otro hombre era casi todo lo contrario: era delgado, rubio, con cara amenazante y una ceja entrecortada.

Muy agitada, le dijo al hombre sentado en la silla:

—Gracias por hacérselo saber. Nos aseguraremos de ponernos al día en el menor tiempo posible.

El hombre parado se estaba dirigiendo a las habitaciones. La puerta del cuarto donde estaba Charlie estaba abierta, así que el peligro estaba aumentando.

Clara tenía que tomar cartas en el asunto, así que se paró y dijo muy alterada:

—¡Oigan!

Los dos hombres la ven seriamente.

—... ¿No quieren té?

El hombre parado se dirige a la mesa y se sienta para luego asentir con la cabeza, sin apartar la vista de Clara.

Ella voltea la carne de la sartén estando muy cerca de quemarse. Abre una puerta debajo del lavaplatos y saca algunas hojas medicinales. Pone la tetera en la estufa eléctrica de dos puestos y comienza a hervir el agua con las hojas de té.

Clara suelta un suspiro. Por ahora tenía todo controlado.

Ya que los dos hombres estaban sentados, la forma más eficiente de identificarlos sería: El hombre fornido y el hombre delgado. El hombre fornido le empezó a sacar plática a Clara. No es de los que aman el silencio, al contrario de Clara, que suplicaba por sólo unos minutos, así que empezó a hablar:

—Entonces, ¿ha tenido alguna experiencia que le gustaría compartir?

—¿Discúlpeme? —preguntó Clara.

—Me refiero a que si posee alguna información que nos concierne.

A este punto no veía otra opción más que contestar.



—Sí. Ahora que lo menciona, me acuerdo de una anécdota reciente. —La empieza a contar mientras cocina la carne—. Hace unos meses, mi marido tenía una pequeña adicción a las atracciones de feria, esas actividades en las que se cambiaba dinero por una oportunidad de ganar un premio. Siempre decía: «Una vez más; me estoy divirtiendo». No solemos ir a ferias, es un lujo que no podemos pagar, pero era nuestro aniversario y queríamos pasarla bien un rato. En fin, vio uno de esos aparatos que medían tu fuerza y quería probarlo más que ningún otro aparato del lugar. Yo le decía: «No te molestes, es muy caro y de seguro está trucado». Él me respondió como un niño pequeño: «¡No me quiero quedar con la duda!» y...

El té ya estaba listo. Dejó lo que estaba haciendo para empezar a servirlo. Como buenos europeos, no podían negarse a un té. Es un símbolo de elegancia y nobleza; es algo insultante que tales dotes sean relacionados con tales personas, pero su jefe es fanático de este concepto y siempre se asegura de tener siempre té en su oficina, mesa principal o sala de estar. Es esencial para las reuniones, para las charlas y para la intimidación. No puedes ser un líder poderoso si no tienes té servido para tus subordinados. No puedes ser una persona educada si no le sirves té a tus visitas.

En resumidas cuentas, se toman el té con tranquilidad. Clara se lo toma con todos los nervios del mundo. Sólo quiere que ellos se vayan. Sólo quiere poder revisar a su hijo para comprobar que no se está comiendo una cucaracha del suelo. Que este encuentro termine. Que termine, por favor.

Suenan las siete en el reloj, un recordatorio del tiempo que debían aprovechar. El hombre fornido se levantó y caballerosamente se despidió de Clara en nombre de los dos.

Se retiraron, no sin antes recordarle que las deudas deben ser pagadas antes del siguiente mes.

La puerta se cerraba lentamente, y ella únicamente anhelaba el dulce sonido de la manija volviendo a su posición original.

Tres ... Dos ... Uno... Cerrada.



Clara corrió al cuarto donde estaba Charlie y lo abrazó fuertemente. Se podía sentir que ella iba a romper en llanto en cualquier momento. Sus ojos aguados miraban al techo, buscando algún tipo de consuelo divino, porque sabía todo lo que tenía que sufrir para salir de ese maldito lugar.

### III

## BUENAS HISTORIAS

**E**ra octubre, una espléndida temporada del año. La temperatura es tibia, las paletas de color cambian, el sol es cubierto por grises nubes y las festividades de Halloween comienzan.

En el centro de la ciudad se celebra una feria, y como es usual, hay globos, tiendas ambulantes y alimentos mortales a largo plazo, pero lo que más llama la atención es el gran escenario sin techo ni paredes ubicado en el centro del parque. Es un escenario común y corriente: Tiene soportes de madera, un *amplio* espacio para las presentaciones, una cortina con un limitado espacio detrás para los artistas y esos asientos de concreto que sirven como escaleras, esos que se ven en las canchas de fútbol públicas. Era un lugar muy especial, porque nunca se desaprovechaba. Siempre había algún espectáculo cada cierto tiempo.

El teatro es un arte magnífico y emocionante, pero a nadie le emocionaba más que a Jeff Gaspel. Él trabajaba como actor y director. Esa era su pasión. Es bonito tener un trabajo que te apasiona, pero naturalmente no mantienes a tu familia con un trabajo que te hace feliz. No alimentas a tus hijos con felicidad; tus hijos adquieren felicidad con alimentos provenientes de un salario respetable, así que Jeff tenía dos trabajos: Aparte de actuar en el teatro, trabajaba en una lavandería.

Jeff lavaba, doblaba y organizaba alrededor de un montón de telas blancas al día. Cada mañana respiraba todo tipo de químicos de limpieza; cada día ponía kilómetros de hilo en lavadoras; cada día era un esclavo de su situación. Debería estar agradecido por al menos tener un salario, aunque sea uno bastante bajo. A las cinco de la mañana se levantaba de la cama, a las seis se dirigía a la lavandería, a las tres de la tarde se reunía en el parque con su equipo y a las seis de la tarde volvía a casa para poder dormir a las once de la noche. Era una rutina algo apretada, pero funcionaba.

Una semana antes de que Charlie naciera, Jeff estaba trabajando en representar la obra de Hamlet. El grupo tenía la mitad del guión preparado cuando el bebé nació, así que necesitaban a Jeff para completar la obra que iban a interpretar, lo que claramente no pudo ser, puesto que él tenía que retirarse del espectáculo para hacer la labor de padre. Dadas las circunstancias, Jeff se tenía que reunir con el grupo para avisarles de su ausencia.

Volvamos a la actualidad de la historia. Los mafiosos se retiran de la casa de Clara y cierran la puerta. Jeff ya estaba en camino al parque central para darles las buenas-malas noticias a su grupo de teatro.

Les dijo: «Lamento informarles que no podré dirigir la obra. Soy padre ahora y debo administrar mejor mi tiempo».

Jeff esperaba que alguno lo felicitara por su nueva ocupación, o que mostraran comprensión al menos. Extrañamente hubo más o menos cuatro segundos de silencio hasta que uno de los integrantes preguntó: «¿O sea que cancelamos la obra?». Jeff responde un poco extrañado: «No, pueden hacerlo sin mí».

Eran seis integrantes sin contar a Jeff: Un alto tonto, un viejo gruñón, una gorda engreída, un enano amable, una delgada tímida y un rubio psicópata. La que hizo la pregunta fue Mari, la delgada tímida.

Al escuchar la respuesta de Jeff, Viktor, el viejo gruñón, replicó: «¿Me estás diciendo que vas a tirar a la basura todo el trabajo que hemos logrado hasta ahora?».

Jeff le responde: «No he tirado nada a la basura. Solamente estoy dejando que ustedes terminen de escribir la obra».

Joanna, la gorda engreída, le replica a Viktor: «¿Estás tú diciendo que lo que hacemos es basura?».

Hautel, el alto tonto, se incorpora a la conversación: «La problemática aquí es la falta de director».

Emilio, el bajo amable, trata de calmar la situación: «Vamos a estar bien. Jeff fue un buen mentor y podremos seguir su ejemplo para acabar con la obra».

Al decir esto, solo quedaba escuchar el silencio de Clyde, el rubio psicópata.

Ya era suficiente. El grupo era muy desconsiderado como para seguir desperdiciando explicaciones. El mensaje ya había quedado claro, así que se fue de ahí.

El grupo teatral nunca fue muy amigable. Eran un conjunto de amantes de la fama y el dinero. Jeff ha estado con ellos por lo menos unos cuatro años y tres meses y pudo notar que son muy buenos trabajando en equipo, pero nada puede ser perfecto. Los actores en general son personas con sueños frustrados y ellos no tenían la conciencia limpia al

decir verdad. Si ellos no fueran una fuente regular de ingresos, el grupo sería considerado una mala influencia para Jeff.

Eran casi las siete menos catorce minutos, la hora en la que Jeff tenía que estar en la lavandería; sin embargo, había otra cosa que debía hacer.

El sol estaba cubierto por las interminables nubes de la mañana. El ambiente era frío y gris, y Jeff se dirigía a un oscuro callejón. Tenía pendiente recoger un encargo, por lo que entró al estrecho lugar. Había basura tirada, se escuchaban perros ladrar a lo lejos y había un hombre recostado en la pared con las manos metidas en su saco. Jeff lo vio y supo que él era el hombre con el que tenía un intercambio pendiente. Se recostó en la pared a unos cincuenta y siete centímetros de distancia de él y el hombre le preguntó: «¿Las golondrinas se escuchan muy prósperas esta tarde?». Jeff le respondió: «No tanto como los azulejos al mediodía». Esa era la contraseña, al parecer.

Acto seguido, el hombre sacó un extraño objeto cubierto por una bolsa detrás de un contenedor de basura. El objeto medía como un metro con doce centímetros, así que lo sacó moviéndolo en rueditas de plástico.

No te esfuerces demasiado intentando adivinar qué es, es un cochecito para el bebé.

Jeff sacó el dinero y le pagó al hombre. Ni una sola palabra fue dicha. El hombre siguió su camino y Jeff llevó el coche consigo.

No es un misterio que esos carritos de plástico y tela son bastante caros, así que la única manera que Jeff tenía de comprarlo era pagándole a un tercero para que le diera uno robado o pirata a un precio más accesible. No es tan difícil encontrar ese tipo de negocios por ahí.

De cualquier manera, Jeff llega puntual al trabajo. Guarda el coche en un casillero para empleados y comienza a trabajar. No había sucedido ningún inconveniente con los planes de ese día; claro, no estoy incluyendo el gran inconveniente de la visita de los dos mafiosos. Esa tarde sí que será interesante para los dos.

De vuelta a casa, Jeff abre la puerta y anuncia su llegada. Clara está en su cuarto doblando ropa.

Clara no responde al llamado de Jeff y él tiene una idea del por qué. Deja el coche para bebés en la cocina y se asoma al cuarto donde están ella y su hijo para luego empezar una conversación:

—Hola, querida. ¿Qué tal tu día?

Clara no muestra ninguna respuesta; es más, no deja de doblar la ropa. Jeff insiste:

—Por lo que veo, lo notaste. —Suelta una pequeña risa nerviosa—. Aún no logro averiguar cómo siempre resuelves todo por tu cuenta.

Clara detiene lo que está haciendo y hace un largo suspiro. Luego, sin voltear, le dice a Jeff:

—Ojalá lo haya descubierto yo.

—¿A qué te refieres? —pregunta dubitativo.

Clara se voltea y exclama:

—Que, ¡hubiese querido que no me lo dijeran unos mafiosos en nuestra propia casa!

—Clara, no fue...

—¡Y con nuestro hijo presente, Jeff! ¡¿Qué estabas pensando?!

—Escucha, no fue mi...

—¡Nunca piensas bien las cosas, hasta parece que solo te importa tu carrera! ¡No es la primera vez que nos haces esto y lo sabes!

—... ¿Ya te desahogaste? —dijo después de dos segundos de silencio.

Ella se cubre la frente algo estresada, y mirando al suelo pregunta decepcionada:

—¿Para qué pediste el préstamo?

Jeff va a la cocina y regresa con el coche. Al verlo, Clara se cubre la boca con ojos llorosos y dice con la voz quebrada:

—... Cariño... No lo puedo creer...

Clara se lanza a abrazar a Jeff, llorando de emoción. No parece enojada después de todo.

Un coche, aunque no lo parezca, es un gran regalo para una pareja con bajos recursos.

—¿Por qué no me dijiste nada sobre esto? —pregunta Clara, secándose las lágrimas.

—Quería que fuese una sorpresa; además, estoy seguro de que no me darías permiso para pedir otro préstamo, incluso si consigo una gran rebaja.

—Es perfecto, solo que —lo golpea en el estómago—, no fue una movida inteligente de tu parte.

—Entendido —dijo Jeff, sufriendo de dolor en posición fetal.

Clara quiere estrenarlo, así que sostiene a Charlie y lo recuesta en el coche.



Charlie se muestra sin expresión. Abre los ojos y comienza a ubicar a sus dos manchas borrosas favoritas: mamá y papá. Ambos mirándolo con alegría e incertidumbre.



¿Qué pasará después?

Dejémoslo en que no será una mala historia.



## IV

# EL SIGUIENTE ACTO

**L**a familia salió a pasear un rato por el parque. Ellos no temían ser descubiertos con un bebé, principalmente porque sabían que la mafia no vigila las calles desde 1947.

Era sábado por la tarde y la familia estaba emocionada de ver las ocurrencias de los vendedores de las ferias. En octubre hay todo tipo de locuras por las calles, como decoraciones temáticas de Halloween, especialmente las espeluznantes calabazas decoradas puestas en los pórticos, las cuales no se sabe de quién son porque no aguantan más de una hora en una sola casa, ya que se las roban o se las comen; también hay telarañas artificiales; telarañas reales; papeles decorativos, y algo muy peculiar: Bolsas de basura rellenas con papeles de tal manera que parezcan bolsas de cadáveres. Lo divertido es adivinar cuál de todas es falsa.

Charlie no se privaba de la emoción, pues su coche de bebé le permitía tener una gran vista de las hojas rojizas cayendo de los árboles marrones y el cielo gris. Sería todo un espectáculo de no ser por el hecho de que lo único que sus subdesarrollados ojos le podían permitir ver eran manchas sin profundidad ni consistencia; de hecho, no creo que haya podido ver algo fuera de los bordes de su cuna.

Se podía ver confeti, papel higiénico y bolsas de plástico en la copa de los árboles junto al olor de la harina quemada de los pasteles de fruta. Todo esto significaba una cosa: ¡Era la hora de jugar juegos de feria!

Jeff estaba saltando de la impaciencia, pero sería demasiado tonto si pensara que Clara lo dejaría acercarse a uno de esos. Sin embargo, debían pasar por ellos para llegar a las demás atracciones.

Mientras más caminaban, más atractivos se veían los premios. Pasaban de ser manzanas mordidas a dulces caros, incluso peluches. Jeff sólo podía mirar a los encargados de los quioscos mientras preparaban los juegos para la noche. Algunos vendedores dormían en sus sillas, pero otros parecían mendigar por tu atención. Clara disfrutaba del paseo; la adicción de Jeff no le preocupaba, principalmente porque ella se encargó de traer dinero para una sola atracción.

La rueda de la fortuna. Nunca se supo muy bien cómo se llamaba esa atracción, pero ya la conoces: Te subes a un vagón, el cual es llevado por una rueda hasta el cielo para bajar de nuevo. Algo tonto y técnicamente peligroso, pero divertido. Al fin y al cabo, daba esa sensación de poder y libertad que tanto añoran los humanos: Estar a una gran altura, viendo a los demás como hormigas mientras contemplas tu superioridad.

En fin, fueron allí. Le dieron una moneda al conductor y se subieron. Charlie disfrutaba el estar en un espacio reducido con el sentimiento de estar en lento movimiento hacia las alturas. Clara y Jeff gozaban de la vista y de las luces que adornaban las casas. Naturalmente cuando alguien sube a uno de estos aparatos suele sentirse preocupado por que vaya a dejar de funcionar en el peor momento, y tomando en cuenta el hecho de que la persona que está en la cima es la más poderosa y a la vez la más vulnerable, tal vez estarás pensando que la suerte no les favoreció a nuestros queridos personajes, pero, al contrario, la rueda de la fortuna dejó de funcionar cuando ellos estaban a punto de bajar. Qué locura, ¿no? Lograron bajarse de aquella extraña atracción con algo de dificultad mientras que los supervisores hallaban la forma de reparar el desastre. ¿Qué ocasionó la avería? Que bueno que te lo preguntes, porque te lo voy a contar:

Fue un mapache. Un simple roedor estaba retozando en los cables y circuitos de la máquina. Por fortuna, no terminó siendo nada grave.

Jeff y Clara soltaron un suspiro de alivio tras aquella situación, carente de relevancia en un principio, pero que demuestra las extrañas decisiones que toma el destino.

Se dirigieron hacia el escenario, donde se estaba a punto de presentar un nuevo show. En una pared se podía ver un póster que anunciaba a la persona que iba a asombrar a todos los espectadores: *Steven G. Ledger, el Hechicero*. Mostraron algo de indiferencia al principio, pero era una buena forma de distraer a Jeff de su adicción a los juegos.

Tomaron un asiento en las gradas para esperar, Charlie reposando en el regazo de su madre para que no perderse el espectáculo. No tuvieron que esperar mucho, pues el show comenzó enseguida.

Se abre el telón. Lo primero que se ve es al tal hechicero de espaldas al público. Con una distintiva cola de caballo, un traje de terciopelo color carmesí notablemente grande para él, y un pantalón negro muy elegante. Su pelo era gris, no canoso, solo gris, como la luna, solamente que rociada en su totalidad con pintura gris. Usaba zapatos y guantes rojos y brillantes, un amuleto colgado de su cuello y no usaba sombrero. En el escenario había solo tres cosas: El hechicero, un pequeño banco y un viejo reproductor de discos de vinilo que reposaba sobre el antes mencionado banco. Tras seis segundos de haberse abierto el telón, el supuesto hechicero colocó un disco en el reproductor y este empezó a reproducir una animada canción de jazz de 1934. Steven, el hechicero, se volteó hacia el público y gritó con fervor:

«¡Damas y caballeros! ¡Niñas y niños! Perros, gatos, ratas y espectros, ¡bienvenidos a mi espectáculo! Esta noche les presentaré mis espléndidos dotes de magia común y corriente. Si me permiten su atención, por favor, verán un pañuelo común. —Era un pañuelo blanco con la única peculiaridad de ser muy normal—. Naturalmente, se suele sacar una paloma o algún otro tipo de animal volador de un pañuelo como este, pero sinceramente siento que este truco ya no sorprende, así que... —agita el pañuelo y lo pone sobre la palma de sus manos—. Voy a materializar algo un poco más sorprendente».

El público mira con curiosidad, esperando algún tipo de revelación, o por lo menos un truco barato.

El pañuelo empieza a arder en llamas sin previo aviso. El público suelta un jadeo de sorpresa y preocupación, pero el misterioso hechicero no muestra ningún signo de alteración.

El fuego se torna morado, cada vez más morado. Las manos del misterioso hechicero arden por ocho segundos. El

público estaba impresionado mientras miraba cómo el fuego cesó abruptamente para mostrar que un conejo se había materializado en sus manos.

El conejo se veía algo raro, tal vez sea por su abrupta aparición, por su piel perfectamente blanca, o por el detalle de que tiene un par de cuernos como si fuera un alce.

El público empezó a aplaudir, pero el show literalmente acaba de empezar. Así como el conejo apareció, igualmente se esfumó cuando el misterioso hechicero lo guardó en su saco.

*El siguiente acto* fue algo un poco más espeluznante, y aunque las opiniones son divididas, muchos podrían confirmar que hacer que tu codo atraviese tu pecho abriendo tu espalda no es algo muy agradable de ver; sin embargo, la poca humanidad del misterioso hechicero le hizo pensar que sería un espectáculo para toda la familia. Sin ir tan lejos, se puso de frente al público, se quitó el saco, dobló su brazo de tal forma en que pudo atraer su codo hasta su estómago, presionó fuertemente hasta que sus ojos se tornaron rojos y no soltó el más mínimo soplo de aire mientras que su pecho empezó a consumir su brazo. Su camisa se rompió al contacto de la piel presionando su propio tejido. El misterioso hechicero se volteó lentamente para que el público tuviera una mejor vista. Su hombro empezó a hacer ruidos inquietantes mientras se notaba un bulto en su espalda. Su espina dorsal se notaba a través de la camisa doblándose hacia un costado mientras su carne se trasladaba; su antebrazo cada vez se perdía más de vista; el bulto de su espalda, tapado por su camisa, se hacía mucho más grande y la gente sólo estaba pensando en qué truco estaba usando. No, estaban suplicando que lo que estaban viendo no sea real. Ya su brazo no se podía apreciar en su posición original; su mano fue consumida por su torso y sus ojos ya no tenían un solo rastro de color blanco. Su espalda

se notaba extraña, ya que su bulto no podía considerarse más un bulto, principalmente porque su camisa empezaba a desgarrarse. Finalmente, terminó rompiéndose, mostrando la mano del misterioso hechicero seguida de su antebrazo. Los más observadores podían notar la apertura de la piel por donde salía el brazo. No había sangre, era como atravesar un huevo con un bolígrafo, suponiendo que el huevo tiene una cáscara carnosa de dos centímetros de grosor.

Para el movimiento final, el misterioso hechicero se agachó en esa posición e hizo el gesto de las manos de jazz mientras que un fragmento de la música se repetía continuamente debido a una ralladura del disco de vinilo.

Podría omitir la reacción del público ante tal espectáculo, pero sé que quieres saber lo que pasaba por sus mentes. Para no hacerles el cuento largo, durante todo el acto no se escuchaban más que gemidos de angustia, incomodidad, miedo, asombro y; en algunos casos, placer. Finalizado el acto, todos se quedaron en silencio, esperando despertar o que el misterioso hechicero muestre un brazo falso; sin embargo, no hubo más que nueve segundos de silencio incómodo, silencio salido de caras atónitas que solo querían desprenderse de sus cráneos. El misterioso hechicero puso su brazo en la posición tradicional a una velocidad preocupante. En ese momento fue cuando el público empezó a murmurar en voz alta que aquella situación era demasiado extraña para ser real. Algunos se levantaron de sus sillas intentando retirarse lentamente con miedo a que el misterioso hechicero les desprenda los ojos con la mente o algo por el estilo. El hechicero, algo exaltado por la inesperada reacción de su público, los detuvo al exclamar: «¡Esperen, es broma! No se alteren, damas y caballeros. Estoy seguro de que el siguiente acto les va a encantar». El público, algo inquieto, decidió quedarse. Nada más por curiosidad de lo que podría pasar en *el* siguiente acto.



El siguiente acto incluía un aro; ya sabes, esos aros que se usan para bailar, jugar y otras actividades recreativas. Sacó el mencionado aro y se lo mostró al público. Una vez más, no había nada especial en el objeto, pero empezaba a causar incertidumbre lo que este podría ocasionar. El misterioso hechicero agarró el aro con sus dos manos extendidas al frente y recitó unas cuantas palabras en latín: *Egredere ex rationalitate tua, veni in mentem tuam in perditionem cadens.*

La gente empezó a ver fijamente al objeto que ahora tiene el total protagonismo en la obra. Sus sentidos empezaron a sentirse extraños; las extremidades del público parecían deteriorarse en su propia percepción, pero eso no importaba, porque el interior del aro era mucho más interesante. Los colores, las texturas, la profundidad, todo eso empezaba a distorsionarse dentro de aquel círculo. Si tenías imaginación, hasta podías ver los tejidos del universo.

Cada quien soltaba un gemido de emoción diferente, ya que no veían lo mismo. Algunos veían una rana color azul con manillas de puerta en lugar de ojos. Otros veían un líquido morado sobre un suelo gris. Charlie, por otra parte, veía un corazón, un corazón humano en llamas. Charlie no olvidaría esa imagen jamás, principalmente porque en ese momento, lo que estaba dentro del aro era lo primero que pudo ver en su vida que no sean manchones de colores indefinidos.

El misterioso hechicero guardó rápidamente el aro y, como es lógico, la gente en las gradas empezó a gritar descontroladamente. Sentían dolor en sus ojos, en sus dedos y cabeza. Lo que impulsó ese grito fue más el susto que el dolor, ya que, si hubiese sido más prolongado y desesperante, el cielo se hubiese nublado, truenos hubiesen

sonado y lluvia hubiese caído en la tierra, porque Charlie hubiese llorado.



Ya venía siendo hora de que todos vuelvan a sus casas. El show no acabó, pero todos sabían que debían irse. Tal vez te preguntes cómo reaccionó el misterioso hechicero ante tal rechazo. La respuesta es simple: No lo hizo, ya se había ido cuando el público recuperó la conciencia. Desapareció, como una hoja en el viento; como un insecto en la lluvia; como las pertenencias del público cuando despertaron del trance.

Clara y Jeff no se preocuparon mucho. Charlie estaba bien y todo lo que tenían era un botón y medio lápiz, pero la aparición de Steven G. Ledger será recordada como un suceso más en la perturbadora historia de *Soufreville*.

# V

## CARRUSEL

**V**erano: Una bonita época del año. Mosquitos pican la carne desnuda, el calor quita el sueño y tormentas eléctricas se asoman luego de las tres de la tarde; no obstante, la gente suele disfrutar mucho el verano, pues le ven el lado menos terrorífico: Las vacaciones, por supuesto. Muchos adultos no tenían vacaciones de verano, pero igual les entusiasmaba la idea de sudar como cerdos sobre una superficie de arena y agua salada, al menos a algunos.

Habían pasado ocho años, nueve meses y cuatro días desde la anterior anécdota. Charlie no había cambiado mucho; claro, sin tomar en cuenta que ya no era un bebé, sino un ser humano con casi nueve años de antigüedad.

A pesar de que las circunstancias lo dificulten, los tres siguen en el mismo pueblo. Aunque ya eran los años sesenta,

*Soufreville* no parecía haber evolucionado; de igual manera, nadie esperaba que lo hiciera.

No eran los mejores tiempos para Clara y Jeff, en parte porque ahora temían por la seguridad de su hijo, y, principalmente, porque perdieron su estabilidad económica. Por lo tanto, no pueden mantenerse como antes, lo que significa que de vez en cuando tenían que robar medicamentos y negociar más de lo habitual. Algunos días no comían, algunos días no se aseaban por completo, pero todos los días los vivían como si fueran los últimos; no me refiero a que cada día lo pasaban en una camilla de hospital, sino que cada día lo disfrutaban con el temor de que al siguiente estuviesen muertos.

*Charlie siempre tenía una sonrisa en su rostro.* Amaba a sus padres y se encargaba de que todo el esfuerzo que hacían no fuese en vano. Aunque *El Ataúd* los tenía fichados en la lista de *Atrasados Frecuentes*, Jeff y Clara no se mostraban mayormente preocupados, pues tenían un plan. Para ser más exactos: Un plan para salir del pueblo.

La luz del sol se podía apreciar por los agujeros rectangulares protegidos con pedazos viejos de tela a los que Charlie llamaba *ventanas*. El acogedor reflejo de esa luz amarilla sobre el piso de madera siempre llena de optimismo a cualquiera. Con una mañana tan cálida las telarañas del techo no se veían tan espeluznantes y daban más aires de decoraciones rústicas. No pienses mal, la casa de los Gaspel no estaba tan descuidada, en realidad Charlie dormía en el *ático*, un espacio vacío bajo el techo para ser más exactos. La razón por la que él vivía ahí es simple: *El Ataúd* aún pensaba que Jeff y Clara no tenían un hijo, y eso les servía para asegurar su protección, ya que, si la gente peligrosa no sabe que tienes algo que amas, no te lo pueden quitar.

De seguro pensarás que tomar la decisión de esconder a tu hijo durante ocho años y medio es estúpidamente

arriesgada, pero en realidad no lo era, ya que cuando Charlie tenía tres años y dos meses, se instaló una estación de policía cerca del pueblo, así que *El Ataúd* no podía permitirse tener hombres altos con traje y comunicador vigilando las áreas abiertas del pueblo, es más útil que los policías hagan esa función, y, sinceramente, a ellos no les importa quién esté caminando con quién. Esta fue una gran noticia para muchos, incluidos Jeff y Clara, principalmente porque podían sacar a su hijo a plena luz del día sin que se abran sospechas. Sin embargo, esto no impedía que de vez en cuando uno que otro hombre de morado venga de visita.

Hora de desayunar. Eran las 8:39 a.m. Charlie bajó de *su habitación* para comer junto a su familia y le impactó la sorpresa que le aguardaba en la mesa: Sus padres pudieron conseguir frutas medianamente frescas: Dos manzanas, un plátano y una papaya. Las manzanas son algo común en el lugar donde vivían, pero pocas veces se podían encontrar papayas o plátanos, así que los dos dejaron que su hijo escoja entre las dos frutas exóticas mientras que ellos se comían las manzanas.

Charlie miraba con intriga las dos opciones. Por un lado, el plátano es una fruta fácil de familiarizar; es tentador, una opción digna de gente privilegiada. Parece la opción correcta. Pero, por otro lado, estaba la papaya, algo muy ajeno, pero a la vez muy identificable. Una extraña decisión, pero había algo en esa fruta que lo llamaba. Se sentía tan real y natural que estaba seguro de que si se dejaba llevar por su instinto y la escogía no se arrepentiría.

Sin embargo, no eligió ninguna. Decidió que no importaba, siempre y cuando todo siga su curso, y eso les dijo. Sus padres miraron a su querido hijo con desconcierto y le dijeron con cierta neutralidad: «Sólo es una fruta. Escoge una y ya».

Charlie era un niño bastante reservado. Era listo, sabía bien qué hacer en situaciones de riesgo. Cuando sus padres estaban ocupados trabajando, él se escondía en la biblioteca del pueblo. No era gran cosa, pero Charlie lo consideraba su segundo hogar; de hecho, nunca había nadie ahí a excepción de la amable bibliotecaria, así que era un escondite perfecto. Estar en ese gran lugar lleno de información lo arrinconaba a pasar el tiempo leyendo, y no era para nada desagradable para él. Disfrutaba leer libros extensos, tardaba días, pero valía la pena. Los libros infantiles, en cambio, no eran muy interesantes. Eran paparruchas para él, ridiculeces creadas para mentes poco atentas. Claro, mostraban un mensaje moral evidente, pero no veía apropiado que estuvieran impregnadas en espacios tan pequeños e ilustrados.

Sin embargo, había un libro corto en la sección de literatura infantil que le encantaba: *El Principito*. Él consideraba que sería más apropiado que ese libro esté en la sección de literatura universal para adultos. Tal vez lo pusieron en el pequeño estante *Para Pequeños Lectores* porque pensaron que como tiene menos de 100 páginas no sería una lectura inmersiva o interesante, pero vaya que se equivocaron. No había un libro tan sabio ni tan reflexivo y profundo como *El Principito*.

El alto coeficiente intelectual de Charlie le permitía entender libros de más de 236 páginas. Tal vez no pareciera mucho, pero si tienes ocho años y nueve meses y lees algo de tal magnitud, de seguro serías el niño más solitario de la escuela. Por fortuna, Charlie no iba a la escuela. Sus padres le enseñaron a leer y lo demás lo aprendió por su cuenta, así que no necesita presión social para memorizar fechas y nombres en el calendario.

Eran las cuatro y veinticuatro de la tarde, su madre no tardará en llegar por él. Charlie ya se estaba aburriendo, así que decidió buscar un libro diferente para leer mientras esperaba, y tal vez llevarlo a su casa. Buscó una escalera y la

subió para alcanzar algún libro que le llegara a interesar en la sección *Clásicos de la ficción*. Empezaba a nombrar los títulos en voz alta y lo único que veía era: *Federico y el Caballero Rosado*; *La Laguna de las Calaveras*; *Pieles Peludas* y poco más. Buscó el libro más largo posible hasta que encontró el que posiblemente sea el más misterioso de todos. Ese libro parecía ser el indicado para él; era tan grande como su cabeza y tan pesado como te lo podrías llegar a imaginar. Lo puso en sus manos y lo bajó con cuidado. Ese libro era un caso extraño, era un libro importante para muchos, varios ejemplares de este se conservaron con los años y casi todo el mundo tenía una copia de menor o mayor tamaño. Pero, ¿qué era lo que lo hacía tan especial? Pues, es la principal base de varias religiones, además de contar con dos diferentes adaptaciones antes y después de la muerte del *mesías*.

Seguramente ya sabes la historia. Es un cuento clásico. El *mesías* era un gran amante del vino y se dice que era el hijo de *Aquel que reina en los Cielos*. Tan importante era este personaje que se empezaron a contar los años después de su nacimiento.

En fin, Charlie empezó a leer aquel libro. Tal vez su peso le afectó un poco, ya que sentía algunos dolores en el abdomen, *pero no importaba*. Su madre había llegado y era hora de irse a casa. Charlie se despidió de la bibliotecaria y se llevó el libro.

Como Clara no tenía mucho que hacer en casa, decidió llevar a Charlie a dar un paseo por el parque. Quizás se puedan subir a una atracción.

Era una tarde bastante bonita: El cielo tenía ese tan característico color rojo y el viento soplaba de forma agradable. Clara y Charlie caminaban por el parque, pisando las hojas y contemplando la *belleza* de la naturaleza humana, viendo cómo adultos crean trampas metálicas para conseguir

el dinero de los menores de edad que quieran entretenerse unos minutos. Entre árbol y árbol encontraron la atracción perfecta para divertirse esa tarde: Un viejo carrusel. No suelen activarlo mucho, pero es una de las trampas mecánicas más divertidas que hay en el parque, así que decidieron hacer fila para subirse. Muchos niños estaban en el parque ese día, y todos sabían que era una atracción limitada, así que casi todos estaban haciendo fila para subir.

Clara tenía el dinero y Charlie la paciencia, por lo que no fue difícil esperar. Cuando al fin llegó la hora, un grupo de niñas se adelantaron a la fila y entraron antes. Eso no hubiese sido un problema si el carrusel fuera un servicio ilimitado, pero resulta que tras esas niñas no podía entrar nadie más, debido a que todos los puestos ya estaban tomados; pero para añadirle sal a la herida, el encargado del carrusel dijo que esa iba a ser la última ronda. Así que sí, era un problema.

Charlie se quedó bastante frustrado. No era justo. No era para nada justo, pero llorar no haría la menor diferencia, así que sólo le quedó ver cómo las personas que le arrebataron la felicidad se divertían girando en círculos sobre unos inestables caballos de madera. Las niñas daban una y otra vuelta mofándose de los que no pudieron entrar, riéndose a carcajadas mientras el caballo de madera subía y bajaba, cada vez más lento, cada vez más rápido... Pero eso no era normal. El carrusel se detuvo por un momento, y las niñas burlonas dejaron de reír. Sonidos extraños salían de ese aparato. «Tal vez sea una pequeña falla, un corte de circuitos», pensaban los observadores, pero no era eso exactamente lo que lo detuvo.

Charlie veía con desconcierto la disfuncional máquina, pero no le dio tiempo a reaccionar.

Los barrotes de madera que sostenían el techo se desprendieron de su base, haciendo que todo el delicado, viejo y oxidado sistema se destruya, dejando caer el techo y



matando a todos los niños subidos en esos caballos. El pesado acero del techo cayó sobre los débiles cuerpos de aquellas sensibles criaturas, aplastando sus cráneos, creando hemorragias y fracturando algunas extremidades.

El sonido...

El sonido que esa tarde Charlie y los demás escucharon durante unos dos segundos y medio era imposible de olvidar. Claros crujidos y estruendos, fáciles de resonar en espacios con eco, especialmente en aquellas cabezas observadoras de ese parque.

No fue casualidad, los gritos se escuchaban de nuevo, esos gritos de incredulidad y terror se escuchaban una vez más después de tantos años, tantos años desde que *El Misterioso Hechicero* hizo aquella aparición en ese mismo parque.

Ocurrió de nuevo, un accidente en una trampa mecánica que por poco afecta a Charlie. Algunos lo llamarían coincidencia, tal vez un mensaje, tal vez mucha suerte. Otros dirían que fue karma en base al contexto, pero todos podrían afirmar que ese parque estaba maldito por fuerzas malignas o por la ausencia de inspectores de seguridad.

Charlie veía impactado cómo la sangre corría por el suelo, tal como veía al encargado de la máquina correr del miedo y a un mapache correr de la escena del crimen, saliendo de entre los escombros y mirando a los ojos a Charlie tal como lo haría un infante tras romper un cenicero de cristal en frente de su padre por segunda vez.

Clara reaccionó enseguida, cargó a Charlie en sus brazos y corrió diciéndole a su hijo y a sí misma: «Nada pasó aquí, es hora de volver a casa. Nada pasó aquí, vamos a volver a casa. Todo está bien, no te preocupes por ello».



Las horas pasaron, las voces corrieron. Charlie observaba mareado las letras de su libro en la cocina mientras su madre lloraba en la mesa contándole todo lo sucedido a Jeff. Los adultos tienen sus formas de lidiar con sus problemas, ya sea bebiendo o fumando cualquier cosa que haya detrás de la nevera. Charlie leía. Los pequeños párrafos de su nuevo libro eran muy atrapantes. Lo distraía del posible trauma y de ese molesto dolor de abdomen; aunque, en el fondo, Charlie no se sentía tan mal. Al fin y al cabo, fue solo un oportuno accidente. Tenía su gracia, aunque su moralidad no le permitía soltar la más mínima sonrisa. Y así continuó la tarde hasta que el cielo empezó a oscurecerse y el aire se fue dissipando.

*Nada había pasado, todo estaba bien.*

## VI

# INTERMISIÓN

**L**a noche era muy joven, el cielo era color azul grisáceo, la lluvia estaba presente en el ambiente como la ensalada en una cena familiar, no de esta familia en particular, sino una familia con la posibilidad de nutrirse cada noche. Por la ventana se podían apreciar las gotas estrellándose frenéticamente contra el suelo. No se oían muchos truenos y al parecer iba a ser una noche tranquila.

Hubiera sido muy bonito si toda la familia empezara a jugar un juego de mesa. Soñar es gratis. Lo que en verdad la familia estaba haciendo era estar ocupados. Jeff estaba buscando posibles lugares para huir e iniciar una nueva vida y Clara estaba cocinando y organizando las cuentas de la familia al mismo tiempo. Todos esos meses ahorrando no iban a ser en vano. Charlie, por otro lado, estaba en su cama, documentándose sobre todas las fábulas sagradas que poseía el libro que adquirió. Tenía planeado hacerlo en la cocina,

sentado en la mesa, pero las ojeras de su padre daban una señal de que seguir ahí era inoportuno.

Supongo que prefieres saber lo que está haciendo Charlie en su habitación en vez de ver cómo sus padres luchan contra el estrés. No te culpo.

Charlie estaba acostado panza abajo en su cama con el libro en frente. No se sentía muy cómodo; acostarse en esa posición no le ayudaba con su dolor de abdomen. Tal vez fue una comida en mal estado, tal vez fue por ejercicio forzoso, pero no era muy urgente así que no le dio mucha importancia.

Al final del día, tantas palabras repetidas resultaron aburridas. Decidió dejar el libro a un lado y empezar a distraerse de la otra manera que sabía: Se paró y con delicadeza cerró los ojos, levantó los brazos y con gracia, comenzó a bailar ballet. Sus pies se movían con extremo cuidado alrededor de su eje central; sus brazos realizaban movimientos suaves en el aire y, en conjunto, parecía estar en un estado de trance donde podía controlar lo que sentía, usando el mundo exterior como escenario.

Bailar era su mayor hobby. Siempre que podía, jugaba con sus piernas al caminar, haciendo pequeños saltos o simplemente arrastrando sus pies por el suelo.

Durante esa pequeña *performance* en su cuarto, recordó aquella vez cuando jugaba con las escaleras de la biblioteca. Usó esas escaleras que sirven para alcanzar los estantes altos para ver por una de las ventanas que casi tocan el techo. Esa es la única forma segura que tiene de ver el edificio de la mafia.

No era una construcción única. Antes era un lujoso restaurante de tres pisos; estoy hablando de mucho antes de que *Soufreville* sufriera una crisis económica, antes del nacimiento del jefe del *Ataúd*. Por fuera no tenía ninguna pintura llamativa, siendo más una exposición de concreto. Por dentro, las grandes salas donde estaban las mesas ahora

contienen oficinas, bares y áreas recreativas. Pero lo único que Charlie podía ver era la parte del grisáceo concreto y transgresores grafitis.

De aquel edificio entraban y salían señores con traje morado, pandilleros y gente común haciendo sus trámites. Charlie podía sospechar algo al respecto, pero por lo general, no hacía más que observar. Nunca replicaba acerca de la injusticia a su alrededor. El miedo era un buen repelente contra aquellos con la capacidad de cambiar el mundo, y no dudes que Charlie era uno de ellos, pero temía. Él temía perderlo todo por abrir la boca.

Pensar en todo eso no le permitía bailar. Volvió a la cama y cerró los ojos. Pensó en un mundo donde todo es perfecto. Como dije, soñar es gratis.



## VII

### VISITAS

**U**n nuevo amanecer no se hacía esperar. Charlie despertó con muchas ganas de caminar, y estaba de suerte, porque ese día era domingo, y en domingo la familia sale de paseo. Solamente que esta vez van a un lugar diferente a lo habitual.

Un hospital no parece un lugar muy bonito para pasar la mañana, pero sí puede ser un gran lugar para organizar un escape para liberarse de la mafia. Jeff y Clara tenían una gran amistad con la recepcionista; ella les ayudaría a escapar, así que aprovecharon que no era un día muy ocupado y empezaron a hablar. Charlie se mantenía alejado de los adultos y sus conversaciones aburridas como cualquier niño haría. Se veía mucho más atraído por la sala de espera. Ahí había juguetes interesantes para cualquier menor de edad.

Charlie se sentó en la grisácea alfombra y empezó a jugar con un mono de felpa. Eligió ese en particular porque

era de los pocos que se podían desprender del suelo; además, la otra opción era un camión de plástico sin ruedas ni compartimiento. Los otros juguetes se limitaban a ser puzles incompletos y pequeños mecanismos para desarrollar la mente de los niños más pequeños.

El mono de felpa con el que Charlie estaba jugando tenía características especiales: Era un mono amarillo con manchas marrones y blancas por la humedad y suciedad que se hospedaba en el hospital. Tenía también una nariz color rosado, un color algo inusual para la nariz de un mono amarillo, pero era encantador. Sus extremidades parecían estar en su lugar, lo cual es algo extraño en juguetes de ese tipo; sus brazos eran largos, lo suficiente como para usarlo como mochila, y tenía sus dos orejas, lo que suena muy piadoso, pero a esas alturas eso ya era un logro.

Charlie podría estar media hora jugando con ese mono, pero algo le llamó la atención. En una silla estaba sentado un estudiante de medicina con un gran libro.

Charlie se acercó. Parecía amistoso. Era muy delgado, usaba lentes y un suéter. Se veía concentrado, aunque algo estresado; hacía esa expresión que hacen algunas personas cuando están exaltadas; ya sabes, levantar el talón repetidamente. Charlie no entendía muy bien la preocupación del joven universitario porque aún no comprendía la complejidad del sistema educativo y lo exhaustivo que es estudiar por seis años el sagrado arte de entender y sanar el cuerpo humano usando sólo la mente y químicos proporcionados por el gobierno.

Charlie no era tonto, él sabía que no debía hablar con extraños, pero había algo en él que le causaba curiosidad; además, sus padres estaban a siete metros de distancia, así que no parecía una situación peligrosa.

El universitario alzó la vista y vio a Charlie. Sus miradas se cruzaron y parecía una buena oportunidad para iniciar un diálogo.



—Buenos días —pronunció Charlie con forzada elocuencia.

—¿Qué tal? —respondió el universitario tosiendo un poco.

—¿Qué lees?

—No mucho, es una libreta donde anoto lo necesario para mis exámenes. No sé si sabes a lo que me refiero.

—Sé lo que significa la palabra «examen», y también conozco el significado de la palabra «libreta», y ese libro es muy largo para considerarlo una.

Por fortuna, uno de los libros favoritos de Charlie era el diccionario.

—Eres listo —reaccionó sorprendido el universitario—. ¿Dónde estudias?

—No debo responder eso.

El universitario soltó una pequeña risa para luego preguntar:

—¿Cómo te llamas?

—Charlie —respondió mirando al mono en sus brazos.

—Yo me llamo Arthur, y esta libreta la hice yo mismo para escribir todo lo que necesito saber para ser un futuro cirujano.

—¿Qué hacen los cirujanos?

—Pues...

Arthur intentaba encontrar una forma de explicarle a Charlie que ser cirujano implicaba penetrar la piel para modificar o extirpar tejidos de las entrañas del ser humano.

—Un cirujano —decía Arthur entre ataques de tos— es alguien que arregla los órganos de las personas.

—Eso suena genial.

—¿Quieres ser cirujano cuando crezcas?

Charlie no respondió a esa pregunta, en su lugar miró al mono de felpa con timidez. Sus padres no tardaron en llamarlo. Ya era hora de la siguiente *visita*.

Charlie, antes de despedirse, le preguntó a Arthur por qué es que está en la sala de espera de un hospital.

Él respondió: «No es nada, solo un malestar en los pulmones».

Charlie entonces se despidió, y volvió con sus padres con el mono de felpa en sus brazos. La recepcionista vio a Charlie con el muñeco y al ver tan conmovedora situación de un niño apegado dulcemente a su juguete, no podía resistirse a decirle: «Debes devolver eso, es propiedad del hospital».

Charlie volvió a la sala de espera y puso el juguete en el mismo lugar donde lo encontró. Le dio un último vistazo a Arthur, el universitario, y se fue mientras Arthur soltaba una pequeña risa con un poco de tos.

¿Recuerdas al *Misterioso Hechicero*? Te alegrará saber que ha estado en contacto con Jeff desde su última aparición. Se han vuelto amigos con el tiempo por temas del trabajo, y digo eso porque a Jeff lo despidieron de la lavandería cuando Charlie tenía cuatro años y siete meses de vida. Jeff, desde ese entonces, encontró trabajo estable como ayudante de Steven G. Ledger, alias: *El Misterioso Hechicero*, porque resulta que los artistas callejeros pagan bien.

Donde se hospedaba Steven era un misterio, así que Jeff había acordado encontrarse con él en una zona poco urbanizada para hablar.

La familia llegó al punto de encuentro. No había nadie, solamente dos cuervos reposando en un poste. Esperaron unos 17 segundos hasta que un humo rojo empezó a

asomarse, y entre la espesa niebla artificial se materializó Steven G. Ledger. Jeff y Clara lo saludaron.

Steven era un sujeto algo elocuente, pero no mostraba signos de maldad, al menos eso pensaba Charlie cuando lo vio.

Steven, al ver a Charlie por primera vez, lo saludó de forma jovial. Ninguno de los dos se conocía, pero se notaba una conexión especial entre ellos. Steven extendió su mano para presentarse adecuadamente ante él. Charlie lo miró con inocencia y los dos se estrecharon la mano. Repentinamente, Steven apretó la muñeca de Charlie como una serpiente cazando a un pequeño hámster; no fue gran cosa, solo quería ver su palma. Charlie se asustó por un momento, pero se fue calmando mientras Steven le decía su futuro mediante una lectura de manos. Este pronunció: «Según veo, tu mano proyecta una senda bastante clara. Tendrás un camino arduo, pero gozarás de una fortuna en el futuro». Charlie mostró una sonrisa; oír buenas noticias en un formato genérico siempre levanta el ánimo, aunque nadie podía probar que lo que decía era cierto o no.

Uno esperaría que una reunión se realice en un lugar cómodo, pero en este caso, ellos permanecieron en el mismo frío callejón para hablar.

Jeff y Clara querían escapar del pueblo, eso era obvio, pero no podían debido a la extensa seguridad de la mafia; sin embargo, Steven era su *as bajo la manga*. Él poseía verdaderos dones de Magia Negra, no la que ellos preferirían, pero la magia sigue siendo una ventaja. Una fuerza fuera del razonamiento lógico y científico, un poder que no nació en la tierra, sino de lo sagrado y de las tinieblas.

Steven no era de los que otorgaban favores, así que se ofreció a ayudarlos a cambio de algo valioso para ellos. Cualquier cosa, siempre y cuando tenga un gran valor emocional. Ellos ya venían preparados; llevaban planeando el escape desde hace meses y ya era la hora de actuar. Clara

le entregó un pendiente, un pendiente que fue colocado en las manos de Clara en su primera cita con Jeff, un pendiente que guardó consigo durante años, un pendiente que le recordaba todo lo que Jeff sacrificó por ella. Ese pendiente representaba 19 años de unión, apoyo y amor, así que era suficiente como para considerarlo un objeto preciado.

El objeto fue entregado y el trato fue sellado. El plan será ejecutado en 18 horas y no hay vuelta atrás. Solo queda una *visita* restante:

*El Ataúd.*

Jeff y Clara tenían amigos, pocos, pero eran aliados. Una semana antes se aseguraron de despedirse de todos en privado: Las compañeras de lectura, los colegas del trabajo, los vecinos y los más cercanos conocidos. Sin embargo, les faltó despedirse de alguien importante. Así es, tenían que hacerle una última jugada a la mafia.

Antes de contarte sobre *el último préstamo*, debo ponerte al tanto de una *visita* en particular que me olvidé de mencionar. En este caso, Jeff tenía que ir solo. El grupo de teatro que vagamente ocupa esta historia no siempre ha estado tan unido durante los siete años que he omitido; no obstante, siguen siendo el único grupo de amistad que les falta. Jeff, fuera de todo pronóstico, no ha perdido contacto con ellos. Al menos recuerda sus nombres, así que, para no dejar cabos sueltos, decidió despedirse de ellos apropiadamente.

Se dirigió donde se reunían comúnmente y por fortuna, los encontró ensayando escenas aleatorias de distintas obras. Era una tarde algo nublada, por lo que se apresuró un poco.

—Hola, cuánto tiempo —saludó Jeff con cierta inseguridad y neutralidad.

—¿Qué tal, compañero? —respondió Emilio (El bajito amable).

—¿Cómo osas aparecerte por aquí?! —exclamó Joanna (La gorda engreída).

—¡Después de dejarnos varados a nuestra suerte! —añadió Viktor (El viejo gruñón).

—Yo me encuentro en óptimas condiciones, de hecho. —admitió Hautel (El alto tonto).

—Lo arruinaste, lo arruinaste todo... —murmuró melancólicamente Mari (La delgada tímida).

Y se podía sentir la indiferencia de Clyde (El rubio psicópata).

Jeff no se molestó en darle explicaciones a gente equivocada, así que sólo dijo con lágrimas en sus ojos: «Sé que no merezco su perdón, así que solo me despediré por última vez de ustedes. Fueron unos años maravillosos».

¿Acaso no mencioné que Jeff es un excelente actor?

El grupo pensaba que Jeff estaba sufriendo un problema médico y por eso se despedía, así que no hicieron más preguntas y lo dejaron ir.

Como sea, el aire se volvió denso entre ellos, y no injustificadamente; ver a tu líder abandonarte dos veces no es muy agradable.

Tal vez haya sido una corta visita, pero verlos por pocos segundos era suficiente para que Jeff se pusiera nervioso. Las sombrías nubes se disipaban lentamente mientras Jeff abandonaba ese oscuro parque. Era lo mejor.



La familia ya no tendrá que preocuparse de nuevo por todas esas molestas piedras en su zapato... Al menos eso creían.

# VIII

## ÚLTIMO PRÉSTAMO

**A** Charlie le dolía el abdomen, y no era por hambre.

Todo se veía despejado, y *El Ataúd* no sospechaba nada sobre el plan de escape de la familia. La luz del sol se hacía notar vagamente esa nublada mañana. Jeff, Clara y Charlie podían oler los vientos del cambio; podían escuchar la esperanza en los cantos de los pájaros; podían incluso esperar lo mejor para el futuro.

El día había llegado. Todo estaba empacado. Todo estaba listo. Sólo quedaba actuar.

El tiempo corría. Eran las seis con dieciséis minutos y Jeff y Clara caminaban directamente hacia *El Ataúd*. Caminaban con prisa; caminaban con cuidado; caminaban con mucho miedo hasta llegar al edificio. Los guardias los dejaron entrar, pasaron todos los filtros de seguridad y finalmente se encontraban detrás de la puerta roja del jefe: el señor Clement, el Gran Señor Héctor Clement.

Se mantuvieron estáticos por doce segundos viendo la puerta hasta que decidieron abrirla para poder hablar con él y hacer la propuesta.

La oficina del jefe de una mafia siempre es algo digno de admiración. Todos los caprichos que una deidad puede llegar a tener en su área de trabajo deslumbran la vista, en parte por la elegante y soberbia estética que crean, pero principalmente porque sabes que nunca podrás estar cerca de pagar nada de lo que está en esa habitación de rojas paredes.

Y ahí está él, con su traje morado y su rubia melena, su delgado cuerpo y su taza de té. El Sr. Clement se encontraba sentado en su mesa, mesa que se encontraba a cuatro metros delante de la puerta. Estaba de espaldas a ellos, preparando un té, como de costumbre. Jeff y Clara entraron con cierta incomodidad. Acto seguido, el Sr. Clement volteó la cabeza, sonrió y les dio la bienvenida.

—¡Los Gaspel! —exclamó con calidez—. Qué agradable sorpresa. Han sido muy responsables con nuestros servicios y eso me pone muy feliz. A estas alturas sería muy grosero no compartir una taza de té con ustedes.

En realidad, comparte una taza de té con todo aquel que entra a su oficina.

—Muchas gracias —respondió Clara mientras recibía el té—. Nos gustaría solicitar un préstamo especial.

—¿Qué tipo de préstamo? —preguntó el Sr. Clement mientras se sentaba con su taza.

—Solamente uno más grande de lo común —mencionó Jeff.

Luego de que Jeff le dijera la cantidad, el Sr. Clement tomó un largo sorbo de su taza mientras veía a los dos en un



tenebroso silencio. Pasaron siete segundos hasta que dio su respuesta. «¡Claro!, no hay problema».

La puerta se cerró. Jeff y Clara salieron del edificio con el dinero. La parte difícil estaba hecha, ahora solo hace falta actuar rápido.

La mafia no era tonta, ellos sabían que Jeff y Clara querían robarse ese dinero, así que tomaron cartas en el asunto y apenas los dos salieron de la oficina, el Sr. Clement mandó unos cuantos hombres a la residencia de Jeff y Clara para robarse a Charlie.

Espera... ¡¿Qué?!

La lluvia cae repentinamente. Las gotas resonaban fuertemente contra el suelo. *El Ataúd* fue rápido, pero derribaron la puerta y entraron a la casa para encontrarse con la total ausencia de cualquier rastro de vida.

Ingeniosamente, Charlie y todo el equipaje de la familia se encontraba resguardado en el hospital. Ellos sabían de sobra que las sospechas sobre ellos no se mantendrían en silencio por siempre, así que usaron el hospital como santuario para proteger a su hijo si algo salía mal ese día. El plan de la mafia era secuestrar a Charlie para chantajearlos y así conseguir muchas más ganancias por siempre, pero al parecer, debieron pensar más en la estrategia. Ellos sabían desde hace poco que Jeff y Clara tenían un hijo, así que pensaron que actuar como que no lo sabían era un movimiento infalible a la hora de secuestrarlo por sorpresa, pero Jeff y especialmente Clara eran más listos. Estaban dominando el juego en el terreno de los enemigos y nada los podía detener. La mafia no sabía la ubicación de Charlie, no había cabos sueltos y el único enemigo era el tiempo.

Ambos llegaron al hospital. Sus corazones latían con mucha fuerza. No fueron seguidos hasta allá, pero sabían que tarde o temprano *El Ataúd* hallaría su ubicación, así que corrieron por los pasillos buscando a Charlie mientras el agua se escurría por el techo, y por suerte, ahí estaba, en una sala de quimioterapia con su querido mono amarillo.

La familia estaba reunida. Se abrazaron y se prepararon para reunirse con Steven en cuanto el exterior esté despejado. El punto de encuentro no estaba lejos, y como acordaron que se encontrarían a las siete en punto de la mañana, se pusieron cómodos; claro, al menos hasta que entró al hospital Emilio, el bajito amable. Él tenía la sospecha de que Jeff se encontraba en ese lugar, así que se dirigió ahí para advertirle que no era el único que sospechaba lo mismo.

*El Ataúd*, al no poseer ninguna pista de dónde se dirigían o dónde estaba Charlie, decidió interrogar ferozmente al grupo de teatro de Jeff. Ellos dijeron que probablemente esté en el hospital, ya que la última vez que lo vieron pensaron que tenía una enfermedad terminal. No fue una buena jugada de parte de Jeff decir «fueron unos años maravillosos» tan a la ligera.

*El Ataúd* no se hizo esperar, pues la total catástrofe se acercaba con cada minuto que pasaba. Emilio fue el héroe de la situación, y, tras dar el aviso, decidió quedarse para ayudar a la familia y darles apoyo moral, pero, ¿qué le dirías a alguien que está a punto de ser brutalmente asesinado junto a toda su familia? No era suficiente. Debían huir. Debían esconderse o adelantar el plan, pero al menos dos de esas opciones eran imposibles, por lo tanto, sólo les quedaba esconderse.

Llegó la hora del juicio final. *El Ataúd* había llegado. Truenos y relámpagos se hacían contemplar desde el interior

mientras se asomaban dos siluetas saliendo de un auto negro. Dos figuras conocidas hicieron presencia al abrir la puerta de cristal y guardar su rojo paraguas. Era el hombre fornido y el hombre delgado. ¡Qué sorpresa verlos de nuevo! Tal vez enviaron a ellos para investigar por su habilidad para husmear en cosas que no les incumben.

Clara no sabía si sentir alivio o preocupación porque fueran ellos los encargados de buscarlos, pero sí sabía que no significaba nada bueno. El plan de Jeff y Clara era esconder a Charlie en un lugar seguro mientras que ellos se encargan de perder a los de la mafia. Se pusieron manos a la obra, y no había tiempo que perder, ni siquiera unos segundos. Pusieron a Charlie y su equipaje en una habitación usada, cerraron la puerta con llave y fueron a la cocina, el escondite más obvio.

Charlie no tenía problemas con estar en una habitación escondido junto a lo que parecía un cadáver, sólo necesitaba abrazar a su mono de felpa hasta que el momento pasara, y así estuvo durante un rato. Contó hasta 24, cerró los ojos muy fuerte y rogó porque no lo encontraran. Era una situación muy tensa, demasiado, en realidad. Por tanto estrés le empezó a doler el abdomen de nuevo, esta vez más fuerte que nunca, por lo que intentó distraerse con algo, cualquier cosa, pero no se podía permitir explorar mucho debajo de una camilla de hospital. Sin embargo, algo le llamó la atención. Un objeto que le parecía familiar estaba tirado en el suelo, al lado del paciente. Se acercó al borde de la camilla para alcanzarlo, lo tomó con rapidez y cautela. Era muy pesado, principalmente porque era una larga libreta de apuntes de un estudiante de medicina. No le tomó mucho tiempo a Charlie asimilar quién estaba moribundo en la camilla. Se puso de pie y lo vio con cierto desconcierto. Era Arthur. No se veía muy vivo. Sus pulsaciones en la pantalla eran casi inexistentes, su respiración se escuchaba como un erizo atravesando un arbusto de espinas y su cuerpo se veía

más delgado de lo que recordaba. No es muy agradable ver a alguien que conoces al borde de la muerte en una camilla de hospital. No es para nada reconfortante para esa situación.

Arthur estaba en esos momentos donde se dicen las últimas palabras, y no se hicieron esperar. Abrió los ojos levemente y dijo con voz dolida: «Me da gusto verte de nuevo». Charlie lo veía con melancolía sin decir una sola palabra. Arthur continuó: «No creo que mis apuntes me sirvan ahora...».

Esas, desafortunadamente, fueron sus últimas palabras. Resulta que nunca sabes si lograrás terminar una frase antes de morir de tuberculosis.

Charlie quedó petrificado mientras veía el cadáver de lo que antes era una posible amistad duradera. Abrazaba a su peluche mientras que el monitor hacía ese deprimente sonido, esa perturbadora nota entró al subconsciente de Charlie para quedarse.

Miró a su mono amarillo de felpa buscando consuelo, pero el juguete no dijo nada. Esa extensa libreta de apuntes era lo único que Arthur dejó atrás. Charlie no sabía ni siquiera si tenía familia o algún descendiente, así que como muestra de respeto, decidió cuidar de sus preciados apuntes. No era algo fácil de leer, pero era su única distracción por ese momento.

No terminó de leer la primera página y ya empezaba a escuchar cómo la puerta intentaba ser abierta. Fue un momento fugaz y confuso, porque, por un lado, tal vez sean sus padres en su búsqueda y solo debía dejarlos entrar para que puedan escapar juntos de esa pesadilla, pero por otro lado, pudo ser el peligro literalmente tocando la puerta. Solamente necesitaba una señal, una combinación de palabras que le hagan saber que lo que estaba del otro lado no era su perdición. Sólo necesitaba un sonido tranquilizador para poder salir de debajo de la cama.

Pasaron seis segundos y medio, los más largos de su vida, y no se escuchaba nada fuera de unos gentiles golpes en la puerta.

Repentinamente el sonido paró. Si hubieran sido sus padres, de seguro ya habrían muerto, o al menos eso pensaba Charlie. Esa pequeña idea perduró por unos segundos más hasta que, de golpe, los gentiles toques en la puerta se convirtieron en forzados intentos de romperla. Era desgarrador para Charlie escuchar cómo su tiempo se acababa cada vez más rápido mientras su abdomen le dolía cada vez más y más.

El que estaba del otro lado era el hombre delgado intentando tirar la puerta. A su lado estaba el hombre fornido, los dos intentando entrar a lo que podía ser el único lugar donde la familia podía esconderse.

Jeff y Clara no podían hacer nada desde donde estaban, pues hasta ese momento lograron escapar de ellos moviéndose individualmente por todo el hospital, pero Charlie no puede hacer lo mismo. Lo único que se les venía a la mente era hacer un ruido para que ellos desvíen su atención y busquen en otro lado, pero eso no haría más que confirmar su ubicación para que ellos puedan ordenar a más hombres para hacer una búsqueda exhaustiva. Si los distraen estarían firmando su sentencia de muerte, pero hay prioridades. Dejaron caer un vaso de vidrio al suelo, haciendo un increíble estruendo en la recepción que resonó por los pasillos. Por fortuna, funcionó. El hombre fornido fue a analizar el perímetro mientras que el delgado seguía intentando derribar la puerta. Ahí se dieron cuenta que era mejor idea hacer dos distracciones en lugares separados para que los dos puedan dejar su posición, pero era demasiado tarde para buscar otro vaso. Sólo quedaba noquearlo de manera silenciosa.

Jeff se puso a un lado del pasillo a la vista del hombre delgado y exclamó: «¡Oh, maldita sea!» para llamar su atención. Este volteó y no pensó dos veces antes de sacar su

pistola. Afortunadamente, no alcanzó a disparar, porque Clara lo adormeció por detrás gracias a un golpe en la cabeza con un extintor.

No había tiempo para celebrar. Debían hacerle una señal a Charlie para que pudiese salir, por lo que tocaron la puerta y dijeron frenéticamente: «¡Somos nosotros, Charlie, sal rápido! ¡Es hora de correr!». Con los ojos aguados de los nervios, Charlie salió tan rápido como pudo de debajo de la cama con el libro y su peluche para abrir la puerta y salir. Nunca se sintió tan aliviado de escuchar la voz de su madre.

El hombre fornido logró regresar para ver cómo los tres escapan dejando a su compañero tirado en el suelo con una contusión severa.

Tal vez nunca te podrás imaginar la velocidad con la que dos personas podían correr cargando con maletines y un niño, pero te doy una idea: salieron del hospital por la puerta trasera antes de que un hombre fornido pudiera siquiera sacar su arma.

Bloquearon la puerta trasera y se dirigieron hacia el punto de encuentro donde Steven estaría esperándolos.

Si antes el tiempo corría, ahora estaba volando.

# IX

## LA SALIDA

**L**a lluvia estaba cayendo cada vez en menor cantidad. La familia estaba esperando detrás de una puerta en un callejón húmedo. No era una situación muy cómoda, en parte por sus cabellos humedecidos, pero principalmente porque era cuestión de tiempo para que el lugar donde están parados sea considerado una escena de crimen.

Por suerte, Steven abrió la puerta y los dejó entrar al apartamento antes de que muriesen de neumonía.

No se anduvieron con rodeos. La situación no ameritaba una taza de café, así que Steven preparó lo necesario para hacer el hechizo más peligroso que ha intentado en su vida: La *reubicación geográfica*, una técnica algo avanzada para hechiceros novatos como Steven, pero no imposible. Lo único que debían hacer era quedarse quietos dentro de un círculo dibujado en el piso. En niveles

avanzados el círculo es innecesario, pero si es la primera vez que haces el hechizo, una referencia del espacio siempre es útil. Por supuesto, la familia tendrá que pagar un precio por una ventaja como esa, ya que la magia negra no se utiliza para hacer el bien, sino todo lo contrario; sin embargo, se pueden hacer unos trucos para usarla para el bien, como en esta situación en específico. La idea es hacer aparecer a la familia en un lugar más seguro, un lugar agradable y no muy lejos de ahí llamado *Spoirtown*, pero con la condición de que tendrán que sentir como cada átomo de su cuerpo se quema por el cambio de ubicación.

Charlie no sabía mucho sobre lo que estaba a punto de suceder, pero no pronunciaba ninguna palabra, solo sabía que sus padres estaban exaltados y seguros de lo que hacían, así que solo se dedicó a observar el apartamento.

Steven sacó un libro de su maleta particularmente interesante, principalmente porque tenía escrito en su portada: «Magia Negra para Principiantes». Abrió el libro y se dirigió a una página avanzada, la miró por un momento relativamente largo y decidió arrancarla; guardó el libro de vuelta a su maleta y puso la hoja encima de una mesa.

«Coloquen sus cuerpos dentro del círculo —enunció Steven—. Es la hora de la verdad. Fue un gusto conocerlos».

El proceso había iniciado. Steven empezó a recitar versos de su hoja que decían: *Egredere de vita mea, exi de conspectu meo*.

Alzó su brazo izquierdo mientras que con su mano derecha sostenía la hoja. La familia se abrazaba con miedo y ansiedad mientras veían como el rosado y rojo tapiz de las paredes poco a poco se distorsionaba. Steven no hacía más que concentrarse y gritar las palabras *egredere de vita mea, exi de conspectu meo* una y otra vez. Las luces parpadeaban, se sentían temblores, todo parecía destruirse a los ojos de la familia hasta que Steven gritó la frase una última vez y ese



claustrofóbico apartamento se transformó en las ruinas del soporte de un puente abandonado en *Spoirtown*.

Steven abrió los ojos y se sorprendió al ver que el hechizo le había salido bien, ya que era la única persona que quedaba en el cuarto.

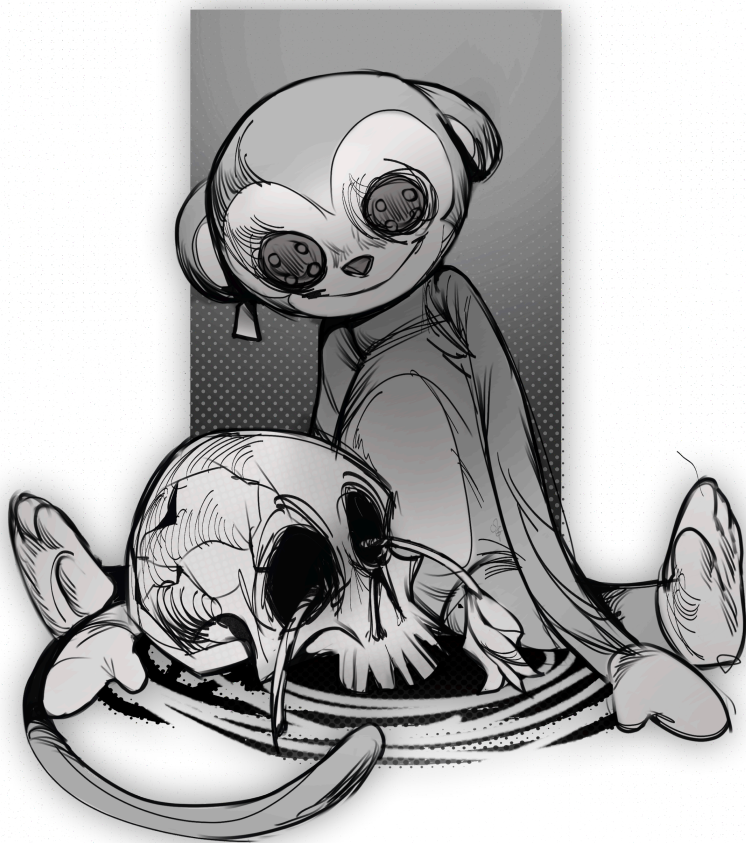
La familia intentó celebrar, pero sentían demasiado dolor en su piel como para exclamar algo que no sean gemidos de angustia y desesperación. Ocho segundos después se abrazaron llorando porque al fin habían conseguido escapar del infierno, de la muerte y de sus viejos problemas, lo cual les venía de maravilla, porque les hacía falta espacio para los nuevos.



Al día siguiente, Charlie sufría de náuseas y un gran dolor en el abdomen.



# ACTO II: ÉXODO





# X

## LA NOTICIA

**E**l sol siempre sale todos los días, y cada mañana se suele notar su presencia, pero en el primer día de una nueva vida el cielo toma un color azul mucho más notable que de costumbre.

Era una habitación de un apartamento rentado. Clara contemplaba el glorioso amanecer preparando huevos fritos, ella cocinaba huevos frescos recién comprados en una tienda de víveres libre de huevos de caimán. Jeff tomaba café contemplando el periódico buscando algún trabajo, sentado en la mesa con pantuflas rosadas y una bata celeste sobre una camiseta blanca. Charlie estaba durmiendo en su nueva cama; sin embargo, aunque el clima era mayormente cálido, él se cubría de sábanas. Sentía mucho frío y molestias en el cuerpo; no tenía la suficiente energía para levantarse, pero tampoco se sentía lo suficientemente cómodo como para seguir durmiendo. Creo que ya era el momento perfecto para contarles a sus padres lo que sentía.

Charlie se levantó lentamente, y con ganas de vomitar fue caminando intermitentemente hacia la mesa.

—¡Hijo, buenos días! —saludó Jeff con tranquilidad en su voz.

—¿Qué tal, Charlie? —dijo Clara, dejando lo que estaba haciendo para abrazarlo—. ¿Todo bien?, te noto algo pálido.

—Buenos días. Sobre eso... —dijo Charlie con voz apagada—. Me siento algo mareado y me duele la barriga.

—¿Qué sientes? —preguntó Jeff preocupado—. ¿Es un ardor o te diste un golpe?

—Es más un...

Eso es lo último que dijo antes de caer desmayado en el suelo de la cocina

Lo siguiente que ve Charlie al abrir los ojos es a Clara acariciando su cabeza, acostado en la parte trasera de un taxi, con la cabeza en los muslos de su madre y sus pies sobre los de su padre. El taxista recibió órdenes directas de ir al hospital lo más rápido que pueda.

Clara vio que Charlie abrió los ojos y le dio un beso en la frente para luego decirle: «Toma, un pan fresco. Debes comer algo». Jeff estaba listo para darle agua en caso de que se atore al comer. Charlie se sentía horrible, pero ese momento aislado del conocimiento donde se encontraba iba a convertirse en un consuelo en el futuro.

Charlie, oh, pobre Charlie. No se puede conseguir todo en la vida al parecer.

Abrió los ojos y contempló la deslumbrante luz de una larga bombilla del techo de un cuarto de hospital. Giró la cabeza en busca de respuestas, vio a sus padres del otro lado de la puerta a través del cristal, vio la camilla en la que estaba recostado, vio una bolsa con suero, y vio como ese

suero entraba por sus venas a través de cables conectados a su muñeca. No lo podía creer. Algo pasaba. Algo en verdad pasaba y no podía seguir ignorándolo.

Jeff y Clara se mostraban desesperados hablando con una doctora del otro lado de la puerta. Ella no paraba de amortiguar sus palabras, pero eso sólo empeoraba las expectativas, ya que con cada oración que pronunciaba se acercaba más a la respuesta a la pregunta: *¿Qué le pasa a Charlie?*

—Le hemos estado haciendo revisiones y pruebas durante un tiempo y, parece que su situación es mucho más complicada de lo que pensábamos —decía la doctora de forma nerviosa.

—Por favor, solo díganos si es grave o no —solicitó Jeff con un tono desesperado.

—Creo que para eso hace falta que vengan a mi oficina —respondió la doctora con cierta preocupación.

Jeff y Clara se sentaron en su oficina sin saber qué esperar. El estrés y el miedo que sentían eran comparables a cuando Jeff estaba a punto de recibir un disparo en el otro hospital.

—Es hora de que lo sepan —dijo la doctora—. Tras hacerle una radiografía al niño, logramos ver el origen de los dolores en el abdomen y las náuseas.

La doctora siguió hablando, pronunció varias palabras pero solo una resonó en la cabeza de Jeff y Clara. La única que se podía escuchar como un eco en sus mentes...

Cáncer.

Cáncer terminal de hígado. Charlie estaba sufriendo de un mortal tumor en uno de sus órganos, un tumor que se

extendería hasta que uno de los dos deje de crecer, ahogando y maltratando su interior cruelmente, sin nada que hacer más que intentar hacer que crezca más lento.

El cáncer es de las enfermedades más dolorosas, no sólo para el paciente, sino para sus familiares, que tendrán que ver como la víctima poco a poco pierde el color hasta perderla para siempre.

Sabrás que duele mucho perder a un ser querido, pero a menos de que lo experimentes por tu cuenta, nunca podrás imaginarte cómo se siente.

El tratamiento naturalmente es costoso, y Jeff y Clara nunca tuvieron el suficiente dinero para algo de esa magnitud. Lloraron. Lloraron porque sabían que era imposible seguir adelante con la operación. Sabían que era muy difícil tener que ver cómo la vida de su hijo se les resbalaba de las manos. Nunca es fácil. La doctora había pasado por una situación similar, así que se compadeció y les dijo: «Sé lo que es pasar por esto, así que les propongo algo: Cubriré el tratamiento durante algunos meses para que les sea más fácil el depósito, si me prometen que se mantendrán determinados ante esta adversidad».

La propuesta era amable; milagrosa, se podía decir. Naturalmente dirían que no, pero no estaban dispuestos a sacrificar a su hijo a cambio de mostrar educación, así que aceptaron. El dinero que tenían no bastaba, pero no era imposible lograr recaudar los fondos.



La noche hizo presencia. La lluvia rozaba el pavimento, y en la camilla de Charlie se sentía la melancolía. Él lo entendía perfectamente; no era ingenuo, sabía lo que significaba la importancia de la valentía en esa situación.



Charlie durmió, esperando despertar en un nuevo hogar.



# XI

## UN MAL DÍA

Sabiendo perfectamente su fortuna, Nuestros queridos Jeff y Clara hicieron una búsqueda implacable para conseguir fondos. Intentaron pedirle un préstamo al banco, pero al parecer no puedes hacerlo cuando recién te creas una cuenta. Tampoco pudieron conseguir donaciones porque resulta que nadie iba a donarles a dos desconocidos más de unas cuantas monedas. Vieron todas, absolutamente todas las opciones laborales que tenían, pero era inútil, el tratamiento necesitaba más que unos meses de horas extra si querían salvar a Charlie.

Tras pasar dos meses y unas cuantas semanas, lastimosamente, se les ocurrió una idea, y digo *lastimosamente* porque hubieran preferido nunca en la vida haber pensado en una locura similar. Me refiero a que tenían la alternativa de volver al pueblo y pagar su deuda con *El Ataúd* de alguna forma retorcida. Era una mala idea, pero no significaba que no podía implementarse correctamente.

Steven G. Ledger estaba aún en el pueblo, y Jeff aprovechó que tenía su número telefónico para llamarlo y pedirle que haga algo impresionantemente complicado.

Ya habían pasado dos meses y medio desde que Charlie empezó a recibir la quimioterapia, esos son dos meses y catorce días desde que Jeff y Clara vieron a Steven por última vez. Una pequeña visita no iba mal.

Y así apareció, Steven se teletransportó a *Spoirtown* y tenía curiosidad sobre la nueva vida de su amigo Jeff. Obviamente no podían recibirlo sin antes servirle una taza de café. Steven usaba un saco azul sobre una camisa roja, probando una vez más su total ignorancia en la moda. Los tres se sentaron y empezaron a charlar.

—Gracias por venir —dijo Jeff con cierta seriedad—. Es necesario que nos ayudes con algo muy importante.

—No nos retrasemos más —dijo Steven—. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Es algo complicado y te estaremos pidiendo demasiado —dijo Clara—, pero queremos que le pidas un préstamo al *Ataúd* por nosotros.

—Pero —respondió Steven algo confundido y extrañado—, ¿para qué quieren otro préstamo?

—Hay... algo que debemos mostrarte —dijo Jeff tras buscar consuelo en la mirada de Clara.

Acto seguido, se dirigieron al hospital para ver a Charlie. Él estaba en un área de entretenimiento para niños hospitalizados, parecido a la sala de espera de *Soufreville* pero notablemente más grande y limpia, sin mencionar que tenía más juguetes. Él se encontraba sentado en una esquina, y uno podría pensar que estaba observando el colorido e inquietante piso decorado con piezas de rompecabezas gigantes de goma, pero más que nada, estaba leyendo la

extensa libreta de anotaciones de Arthur, pues le ayudaba a superar el miedo que le generaba el hospital y lo que hacen ahí. Desde que llegó, ese era el único libro que le interesaba leer aparte de *La Caperucita Roja*, cuya metáfora le pareció muy intrigante, pero demasiado explícita. Jeff y Clara entraron al área infantil y ahí lo vieron, con un vergonzoso vestuario de color menta, (ese desagradable color menta). Quitando lo de su desalentadora falta de pelo, Charlie se veía regularmente bien, casi no se notaban sus huesos sobresaliendo de su piel ni su color pálido.

Charlie, al ver a sus amados padres, fue a recibirlos, pero la hora de los abrazos no podía continuar porque la enfermera le notificó que era hora de su quimioterapia rutinaria; a esto, Charlie le dice a sus padres con cierta ilusión: «¿Saben?, el cáncer se puede extirpar del cuerpo con una operación profesional, y eso podría exterminarlo en gran parte, al menos por algunos meses». Su madre le dio una palmadita en la cabeza y le dijo: «No sé si eso sea cierto, hijo, pero si fuera posible, no sería gratis».

Charlie se dirigió a su camilla con bastante desinterés, pero no podía permitirse mostrarse triste, no cuando sus padres estaban haciendo todo lo posible para que no lo esté. Charlie no se acordaba, pero el día de mañana era su cumpleaños, así que la sorpresa fue genuina cuando sus padres lo felicitaron y le dijeron que tenían su regalo en su maletín, listo para entregárselo mañana. ¡Qué agradable sorpresa, al fin una razón para anhelar el día siguiente!

En eso, Steven entró a la sala y logró ver a Charlie en su situación. En ese entonces se dio cuenta de por qué necesitaban el préstamo. «No se diga más —dijo Steven—, pongámonos manos a la obra, por Charlie». En su camilla, Charlie veía con ansias lo que podría ser una posible solución al principal conflicto de sus padres, pero con algo de miedo.

Después de media hora, Jeff, Clara y Steven se fueron a planear con calma su movimiento, dejando a Charlie solo con

sus pensamientos en aquella camilla fría y solitaria, sin un compañero ni nada que le sirva de consuelo aparte de su mono de peluche amarillo. Charlie miraba el techo, planeando lo que podrían ser sus últimos años si tenía suerte. Planeaba todo lo que haría luego de salir del hospital, cuando tenga actividades que lo distraigan de su trágico destino. Pensaba en que en realidad no tenía mucho por lo que arrepentirse, tal vez de comer plástico aquella vez a los tres años sin razón alguna, o de lamer alambres de metal solamente por su sabor salado, pero en general, su vida fue fructífera para un niño de su edad; sin embargo, quería aprovechar cada segundo que le quedaba, así que buscó en su maleta algunos libros para leer, y en eso se encontró con aquel enorme libro de relatos sagrados, y de pronto se le vino a la mente todos los espontáneos dolores de abdomen que alguna vez sintió, y se dio cuenta de que el primer malestar fuerte que tuvo fue cuando sostuvo aquel libro por primera vez. Era una simple coincidencia, pero era curioso pensar que algo tenía ese libro que le causaba cierta incomodidad.

Charlie no tenía ganas de leer *ficción*, así que decidió memorizar algunas enfermedades cardiovasculares de la libreta de anotaciones.

Steven tenía claro lo que debía hacer. Él estaba terminando de hacer una llamada para ir con Jeff y Clara a la habitación de su motel para terminar la reunión, alejados de cualquier intervención. Era prácticamente imposible que alguien los escuche gritar ahí. Jeff y Clara dejaron muy en claro sus instrucciones y Steven ya estaba listo para partir, pero antes de salir por la puerta, *se le ocurrió una idea*. Steven les dijo a ambos que sería más práctico volver mediante la *reubicación geográfica* desde ahí, y propuso hacer el hechizo en ese momento. Él decía que era mejor aprovechar el lugar en el que estaban para no levantar sospechas. Los dos no vieron por qué no sería prudente, por lo que no tuvieron problema.

Steven bajó su cabeza y soltó una sonrisa, acto seguido, comenzó a hacer el hechizo. Empezó a pronunciar las palabras: *egredere de vita mea, exi de conspectu meo* mientras su entorno se distorsionaba, los papeles volaban por el techo y una gran tensión se acumulaba en el aire.

Finalmente, Steven G. Ledger... envió de vuelta a Jeff y Clara a *Soufreville*.

Al abrir los ojos, ambos vieron con horror las paredes rojas de la oficina del Sr. Clement, con al menos veinte hombres de morado rodeándolos. Ambos sentían pavor, repudio y, sobre todo, una horrible agonía causada por el viaje, pero, principalmente, sentían desesperación porque sabían que a partir de ese segundo, lo habían echado todo a perder.

El Sr. Clement, con una taza de té en la mano, miró a sus invitados. Los estaba esperando con ansias, y era de esperarse; con mucha razón quieres ver de rodillas a aquellos que te humillaron en tu propio terreno.

Jeff y Clara, al darse cuenta de la horrorosa traición de parte de Steven, miraron al suelo arrodillados, abrazándose, apretando con las uñas los brazos del otro, viendo su vida pasar por sus ojos, y pensando que su preciado hijo nunca recibirá el maletín con el regalo. Y es ahí cuando el Sr. Clement les pregunta con una voz imponente: «¿Qué tal el viaje? ¿Hicieron nuevas amistades? Espero que hayan resuelto todo lo que tenían pendiente, porque no creo que vayan a ver la luz del sol de nuevo».

Con una voz débil y sin vida, Clara se esforzó para decir algunas de sus últimas palabras en busca de respuestas: «¿Cómo organizaron todo esto?», a lo que el Sr. Clement respondió: «Me alegra tanto que preguntes. Les voy a contar cómo logré hacer que ustedes literalmente caigan como

moscas en mi oficina. Nosotros sabíamos que ese brujo bastardo tenía algo que ver con su meticuloso plan de escape, así que lo secuestre y le propuse una buena suma de dinero para traerlos de vuelta y poder ahorcarlos con mis propias manos. Él accedió sin objeción alguna. Él sabía desde antes que el niño tenía cáncer, así que sabía que tarde o temprano ustedes necesitarían su ayuda. Su plan me hizo esperar dos largos meses, pero él me advirtió que ustedes eran muy inteligentes y no iban a desaprovechar una oportunidad así. Claramente se equivocó en la parte de que son inteligentes, ya que veo que no se esperaban para nada que terminarían aquí. Era cuestión de tiempo. No, era prácticamente obvio que solicitarían la ayuda de la magia negra de nuevo. Para no entrar en más detalles, al estar allá, el Sr. Ledger me llamó para darme el informe de la situación, y fue ahí cuando me di cuenta que la venganza funciona igual que la paciencia: *tiene raíces amargas pero da frutos dulces*. Sabía que, al estar la pequeña rata sola en el hospital, ustedes estarían aquí, rogando por que esté bien, sabiendo que el Sr. Ledger está en este momento a punto de acabar con su vida».

El hombre delgado, anteriormente lesionado gracias a Clara, pateó a los dos en la espalda, dejándolos con la cara en el suelo, mientras empezaban a soltar gritos y llantos desesperados viendo pura oscuridad al final de un hipotético y claustrofóbico túnel. Jeff lloraba, empapando el suelo de lágrimas mientras que Clara gritaba con todo el aire que tenía en los pulmones.

Una estrepitosa niebla de ruido resonaba por toda la oficina a causa del sufrimiento de Jeff y Clara. Desde el exterior de la habitación se hacía notar la agonía incesante.

Hasta que el tan desesperante ruido se detuvo de golpe, o mejor dicho..., de dos disparos.





Charlie miraba el atardecer desde la ventana. Charlie extrañaba a sus padres. Charlie miraba la puerta desde su camilla. Charlie estaba preparado para sentir mariposas en el estómago para cuando escuche pasos cerca de la puerta.

Tristemente, ya sabes que esas mariposas jamás van a volar de nuevo, al menos no después de que *El Misterioso Hechicero*, Steven G. Ledger, abriera la puerta.

Steven y Charlie se observaron en silencio. Parecían estar en la misma página, pero al contrario, había demasiadas cosas que Steven sabía que Charlie no tenía el más mínimo conocimiento, una de ellas era que el destino de Charlie ya no dependía de un tumor en su organismo, sino de un hombre con habilidades mágicas.

Steven tomó una silla y la colocó en frente de Charlie. Acto seguido, se sentó en ella como las personas interesantes lo suelen hacer: Con el espaldar al frente y las piernas abiertas.

¿Cómo se inicia una conversación en una situación como esa? Tal vez te sorprenda la respuesta.

«Tus padres están muertos».

Esas fueron las primeras palabras que Steven usó para iniciar la conversación. No suele iniciarse nada con esa oración en específico, pero siempre hay excepciones.

El pobre cerebro de Charlie no podía reaccionar a esa sucesión exacta de palabras tan abruptamente, así que la expresión que adoptó su cara en ese momento fue de confusión. Pasaron seis segundos hasta que Steven pronunciara otra oración: «No es broma, acabo de enviar a

tus padres a *Soufreville* para que murieran a manos de *El Ataúd*. ¿Lo entiendes, verdad?».

No hay un manual que indique cómo digerir las frases que soltaba ese hombre, pero Charlie sabía exactamente qué decir en ese instante: «Sí».

Con una expresión vacía, Charlie vio cómo Steven se levantaba de la silla y sin ponerla en su posición tradicional, dice: «Me sugirieron matarte para atar los cabos sueltos, pero supongo que es una mejor idea dejar que el cáncer haga su trabajo». Luego de la breve charla, Steven se dirige a la puerta y antes de cerrarla, enuncia las siguientes palabras: «Fue un placer haberte conocido, y, feliz cumpleaños».

Al oír la puerta cerrándose, Charlie mira a la ventana otra vez para luego mirar al techo.

Una lágrima sale de su ojo. El pecho se le comprime como si dos toneladas cayeran sobre su tórax.

Charlie gritó ahogado en su llanto.

## XII

### MISERICORDIA

**U**na gran y ruidosa tormenta se hacía admirar en las calles. Las nubes expulsaban rayos y truenos no tan usuales para una noche de verano. Charlie había pasado casi cuatro horas seguidas llorando en su camilla. No era nada raro escuchar gritos y llantos en un hospital, especialmente en el área infantil, así que mucho consuelo no recibió durante esas tres largas horas y cincuenta y cinco minutos.

Finalmente, el llanto se detuvo al igual que la lluvia. Eran las dos de la mañana. (¡Feliz cumpleaños!). Charlie tenía los ojos cerrados al igual que sus fosas nasales; su mono de peluche estaba cubierto por mocos al igual que su vergonzosa bata. Los minutos pasaron y la noche se tornaba cada vez más silenciosa y oscura, mucho más oscura.

La Cabeza de Charlie daba tantas vueltas que sus pensamientos se mareaban. «¿En verdad están muertos?

¿Por qué me lo dijo? ¿Qué será de mí ahora? Oh, no. ¿Qué será de mí ahora...?».

Durante ese estado de somnolencia, es común no percibir normalmente la realidad, pero, algo extraño pasó después, y difícilmente se identificaría como algo creado por la mente. Sin previo aviso, Charlie sentía que la gravedad se hacía más fuerte o que la camilla se lo intentaba tragar; sus extremidades no reaccionaban y en sus oídos se escuchaba un tenue zumbido. Al experimentar tal fenómeno, rápidamente abrió los ojos y vio como los oscuros colores de la sala empezaban a desaparecer lentamente. Todo se veía en blanco y negro a la vez que temblando. No era un sismo, tampoco era un fenómeno meteorológico, eso hubiera sido más reconfortante. Lo que Charlie estaba experimentando en realidad era la manifestación de un ente proveniente de las entrañas del inframundo.

No era una exageración. De la oscuridad se materializó lo que podríamos clasificar como un *demonio* bíblico. La principal diferencia entre el demonio común y el *demonio bíblico* es que el *demonio común* es generalmente usado metafóricamente para señalar un desequilibrio mental, como por ejemplo, una inseguridad o un trauma. En cambio, el *demonio bíblico* es un poco más real; para ser más específico, *físicamente* real, como el que veía Charlie en ese momento.

En el catolicismo se suele decir que los demonios son bestias del inframundo que viven de las almas humanas, y que sirven a *Satanás*, el representante de la maldad y el engaño. Al menos una de esas dos cosas es falsa, y no le des muchas vueltas, los demonios no sirven a nadie. Son demonios, ¿por qué seguirían las órdenes de alguien más? Para eso están los *ángeles*.

La misteriosa bestia se acercaba a la camilla. Tenía cuatro grandes cuernos, cuatro ojos brillantes y cuatro brazos con alas, dos que lo cubrían de la cintura para abajo y dos detrás de su espalda. Charlie lo veía con mucha, mucha confusión. No creía que alguien hubiera visto algo así, ni que las historias de su libro tengan algo de cierto en sus ambiguas redacciones.

Los oídos de Charlie atendían con detenimiento mientras la gran boca del misterioso monstruo decía con una cálida voz:

—Veo que estás en una situación algo incómoda, ¿no es así?

Charlie guardaba un incómodo silencio.

—Eso pensaba —reafirmó la criatura—. Permíteme presentarme. Soy un demonio proveniente de otro plano, o como le llaman algunos, *El infierno*, y vengo a proponerte algo.

—¿Proponerme algo?

—Bueno, puedes llamarlo un trato.

—Sí, he leído sobre eso.

A pesar de su malévola fachada, hay algo que todos los seres del inframundo siguen, una única ley que no quiebran, y es que nadie incumple un trato. No podrían, principalmente porque si lo hacen morirían, y no hay vida después de la muerte en el infierno, así que les conviene ser honestos cuando prometen algo.

—¿Qué propones? —preguntó Charlie con mucha tranquilidad.

—No te voy a mentir; estoy buscando almas, y la tuya parece muy accesible.

—¿A qué te refieres?

—Pues, en tu situación, tu alma no te servirá de mucho, y a cambio de ella, puedo ofrecerte un último deseo. ¿Es un buen trato o no?

—...¿Estás bromeando? Es pésimo. Si me ofreces eso es obvio que cuando muera, mi alma originalmente iba a ir al cielo, fuera de tu alcance, así que tenerla solo te beneficiaría a tí; además, ¿a cambio de qué? ¿Un favor que no me servirá de nada? No soy tan ingenuo como para aceptar algo así.

El monstruo se muestra sorprendido al ver la valentía del infante al enfrentarse así a una bestia del inframundo.

—Eres listo, puedo apreciar —admite el demonio.

—No eres el primero que me lo dice.

—Muy bien, como eres simpático, te daré otra oportunidad. Ten. —Le entrega una pequeña taza de porcelana—. Es una taza común. Puedes tomar lo que sea con ella, pero esa no es su función; si cambias de opinión con nuestro trato, solo rómpela y apareceré en este mismo lugar.

Charlie sostiene la taza, contemplando la ironía del trato. Al final decide aceptar; después de todo, su alma es lo único que le queda.

El monstruo desaparece tal como apareció, el tiempo se volvió a sentir normal y la presión en el pecho se fue disipando. Ahora Charlie tiene opciones, y eso es mejor que nada, pero antes de pensar en cualquier posibilidad, necesitaba dormir, así que cerró los ojos mientras sostenía en sus manos la infame taza de porcelana y se preparó para la dura madrugada que le quedaba.

Hora de despertarse. Eran las diez con catorce minutos, y Charlie miraba las paredes con desgano. Aunque sentirse miserable puede ser divertido, Charlie tenía que desayunar, así que fue al comedor y recibió avena, la misma avena de todas las mañanas, pero esta vez, más insípida. Se sentó

contra una pared y contempló las diversas actividades que ejercían los niños internados. Sus ojos estaban entrecerrados y sus esperanzas estaban a nivel del mar. Y así pasaron las horas. El tiempo pasaba rápidamente mientras Charlie sostenía la taza y miraba a la nada, pensando..., pensando mucho en lo único que podía pensar. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza la idea de celebrar sus nueve años de vida.

Se acercaba la noche. Todo era gris. Charlie se sentó en su camilla y miró fijamente a la taza. Era hora de la decisión definitiva, así que puso la taza en el suelo y la pisó con fuerza.

Inmediatamente después de que los pequeños pedazos de porcelana se dispersaran por el suelo, el ambiente se puso como la madrugada de ese día, a la vez que, como acordó, el demonio volvió con sed de respuestas.

—Qué bien, decidiste rápido —dijo la bestia.

—Accedo a tu trato, pero tengo condiciones.

—¿Condiciones? Claro, tu alma, tus reglas. Sólo espero que lo hayas pensado lo suficiente.

Charlie toma una pausa para respirar. Acto seguido, empieza a hablar con completa seguridad.

—Nunca se me habría ocurrido que situaciones como estas serían comunes en mi vida, que no tendría derecho a ser feliz como la gente normal. Nunca he sabido cómo se siente tener una infancia medianamente decente, y las únicas personas que intentaron hacer que eso cambie ahora están muertas. Durante mucho tiempo he dado mi mejor cara, pero resultó ser en vano. He sido todo lo que cualquier dios esperaría de alguien digno, y sin embargo, aquí estoy, abandonada, con una enfermedad terminal y con el asesinato de mis padres como regalo de cumpleaños. No sé qué habría pasado para que esto sea aceptable. Simplemente no es justo, y si hay alguien superior a nosotros, no tiene derecho a ser

todopoderoso. He reflexionado bastante desde que descubrí la existencia divina, y mucho más desde que la confirmé hoy. Finalmente lo entiendo, y más que nunca me queda claro que no existe un balance moral que seguir, porque nunca será justo para nadie, tal como pasó con Arthur.

Charlie mira al demonio a la cara y con los ojos agudados y una voz enojada exclama:

—Así que sí, lo he pensado lo suficiente. Me he dado cuenta de que lo único que me impide conseguir lo que quiero es mi sentido de la moral, y estoy decidida a perderla con tal de hacer justicia.

El demonio mira con admiración a Charlie; nunca había visto a nadie de su edad dar declaraciones como esa; sin embargo, tenía dos preguntas que hacerle.

—Me parece bien —dijo con cierta soberbia—, ahora dime, ¿cuáles son tus condiciones?

—Primero —dijo Charlie secándose los ojos—, necesito saber lo que significa vivir sin un alma.

—Es curioso que no muchas personas preguntan eso. El alma es lo que hace que un ser se considere como *vivo*. Todo el que posea una tendrá sentimientos, personalidad, empatía y todo lo que viene con ello: valores, moral y conciencia. Todos los seres vivos tienen un alma, excepto los insectos. Al menos eso creemos, aunque en realidad, a nadie le importa. Si vives sin alma tendrás el mismo valor existencial que una piedra o un gusano, y matarte no llevaría ninguna consecuencia moral o ética.

—¿Si no tengo alma, podré reconocerme en el espejo?

—No. No poseerás una conciencia, así que no tendrás sentido del *yo*.

—Eso es inaceptable. Mi segunda condición es que mantengas mi conciencia intacta.



El demonio se mantiene en silencio unos segundos.

—Bien. Podrás reconocer tu propia existencia, al menos eso puedo hacer.

—Correcto. Mi tercera condición es que a cambio de mi alma, cures mi cáncer.

—Bien. Eso es fácil, pero, antes de concretar el trato, tengo una última pregunta. ¿Por qué te referías a ti mismo en femenino hace unos momentos a diferencia de esta mañana?

—De eso se trata mi siguiente condición. Quiero que cambies mi género.

—¿Por qué?

—Nunca me he sentido cómoda como varón. Mi cuerpo no me parecía correcto al mirarme al espejo, y simplemente no me sentía identificada con los demás niños. Las niñas que he conocido, por otro lado, han presentado conductas más parecidas a las mías. Por eso, quiero que me transformes en hembra.

—Estás pidiendo más de lo que acordamos. No puedo hacerte dos favores a cambio de tu alma; te estarías aprovechando, y ni se te ocurra poner la excusa de que es tu cumpleaños.

—Bien. Sólo remueve mi cáncer y los efectos de la quimioterapia. Yo me ocuparé del resto.

—¿Eso es todo?

—Como última condición, quiero que me digas tu nombre.

El demonio mira a Charlie dudosamente, pero no puede mentir, porque estaría faltando a su palabra, así que le dio su nombre.

—Me llamo Pitt.

—Con eso bastaría. Estoy lista.

—Tenemos un trato. Dame la mano. Después de esto, nunca volverás a verme.

Charlie le da la mano al demonio, completando así el acuerdo.

El proceso de transformación inicia.

El cuarto se cubre con una deslumbrante luz roja. Charlie se eleva mientras sus ojos brillan completamente blancos. En sus oídos retumban las voces de todos los que alguna vez formaron parte de su vida con un estruendoso sonido constante de fondo. Su alma sale de su cuerpo por sus orificios faciales y sus entrañas se contraen como si estuviera a punto de vomitar.

Después del escandaloso espectáculo, todo vuelve a la normalidad abruptamente, el cuerpo de *Charlie* cae al suelo, y segundos después, sus cabellos empiezan a crecer hasta tapar sus ojos. Su fuerza vuelve y todas las marcas de su piel desaparecen, al igual que el brillo en sus ojos.



Charlie se queda con las rodillas y los antebrazos en el piso, mirando el suelo, con su cabello tapando completamente su cara. El ambiente se siente mucho más calmado y tranquilo, ya que, finalmente, *Charlie estaba viva*.

Se levantó normalmente, caminó hacia el baño y se vio al espejo. Podría decir que se sentía feliz, pero estaría mintiendo. Charlie ya no sentía nada. Se arregló el cabello, se lavó las manos y contempló su propia presencia. *Charlie* ya era un nombre que no quería escuchar; es más, seguramente ya te cansaste de leerlo, así que su nuevo nombre iba a ser...

Adivinaste.

*Charlotte.*

*Charlotte Gaspel.*



# XIII

## PRIMER DÍA

Faltaban doce minutos para que acabara el día. El hospital estaba oscuro, las enfermeras estaban descansando y los demás niños internados estaban contando ovejas, pero en el baño se podía escuchar la silenciosa voz de un infante cantando: «*Feliz cumpleaños, Charlotte Gaspel..., feliz cumpleaños a mí*».

Lo que sentía Charlotte en ese momento sólo se podía comparar con el sentimiento de acabar de mudarse y empezar a desempacar tus posesiones. Era un nuevo comienzo, una nueva *vida*; pero, la gente dice que no se puede escapar del pasado, y Charlotte no solamente no podía, sino que no quería escapar del suyo.

Con la cabeza fría es fácil pensar. Los cabos siguen sueltos y la tan famosa venganza era el objetivo principal de Charlotte. Era simple: Ya que estaba libre, era hora de hacer pagar a todos los que hicieron su vida miserable. Es prácticamente tradición matar a los que asesinaron a tus

padres, pero ella quería llegar mucho más allá, ya que la venganza era la única mosca volando en su cabeza. Quería hacerlo bien, y para eso debía crear un plan.

Mientras se peinaba tranquilamente frente al espejo, su cerebro estaba trabajando frenéticamente pensando en todas las formas posibles para hacer sufrir a la mafia y al infeliz de Steven G. Ledger.

El sol se empezó a mostrar y Charlotte estaba lista para salir del hospital. Las enfermeras usualmente no revisan las camillas hasta las nueve en punto, así que tenía tres horas para completar su plan de escape.

La idea más lógica era escapar por la entrada principal, pero para eso hacía falta bajar por las escaleras y no ser visto por nadie. Por suerte, nadie mira dos veces dentro de un contenedor de desechos. Así es, el clásico truco de esconderse en la basura, solamente que esta vez había que ser cuidadoso, porque a parte de los desechos reciclables existían los desechos peligrosos, los cuales son comunes en hospitales. Por suerte, los contenedores se transportaban por medio de ruedas, así que no iba a ser sospechoso sentir un poco de peso extra.

En fin, Charlotte tuvo que esperar 24 minutos rodeada de botellas de plástico, vasos de cartón y muchas envolturas hasta que logró llegar al estacionamiento. Con ella se llevó una bolsa de plástico con la libreta de notas de Arthur, el mono de felpa y una botella de agua. Salió del contenedor, miró alrededor y se dirigió al motel donde se alojaban sus padres antes de morir. No era un problema para ella, ya que de vez en cuando iba a dormir ahí con ellos, así que el dueño no le iba a impedir el paso; sin embargo, se intercambiaron palabras.

—¿Pequeño Charlie? —preguntó el dueño desde su mesa de registro.

—Sí. ¿Te gusta mi nuevo cabello? —respondió Charlotte con mucha tranquilidad.

—Es extraño que vengas solo.

—No lo es; mis padres llamaron a un taxi para que me recogiera desde el hospital para traerles sopa, ya que están muy enfermos y no pueden levantarse de la cama. —Muestra la bolsa que tenía en la mano, haciéndola pasar por una bolsa de víveres—. Aproveché el dinero que me dieron y me compré esta peluca.

—Está bien, ¿necesitas las llaves?

—Sí, por favor.

Tras recoger las llaves, subió a la habitación de sus difuntos representantes, abrió la puerta y contempló el desorden que había dejado Steven con su hechizo. Papeles abundaban en el suelo, las sillas del comedor estaban todas tiradas y el ambiente se sentía tenso.

Charlotte tenía unas horas para reorganizarse, así que no desaprovechó el tiempo. Recogió los documentos importantes de sus padres, organizó el desastre de la habitación y desayunó una manzana de la pequeña nevera. En cuanto buscó la cartera de su madre para sacar el dinero que le quedaba, se dio cuenta de que Steven se lo había robado. Era de esperarse; sólo le estaba dando a Charlotte más motivos para asesinarlo; sin embargo, se dejó algunas monedas que servirían para pagar unos viajes en el autobús.

Fue entonces que Charlotte recordó algo. ¡El maletín! En él estaba el regalo de cumpleaños de sus padres. No se mostraba entusiasmada, pero claramente necesitaba vaciar ese maletín. Luego de ponerlo en la cama, sentarse y respirar hondo, desbloquea los seguros y, finalmente, lo abre. No había nada. Charlotte comenzó a sospechar, y luego se dio cuenta de que no le costó nada abrir los seguros del maletín, aún sabiendo que son creados para asegurar lo que está dentro de este. Maldita sea. Steven se aseguró de que no hubiera nada de valor sentimental en esa habitación, o al

menos le gustó lo que sea que estaba en ese maletín. No había otra opción, había que olvidarlo y seguir empacando para la huida.

Todo estaba listo. Las identificaciones de sus padres y sus pertenencias estaban a salvo en su maletín y era hora de tomar un descanso. Charlotte se metió al baño y abrió la ducha. La tranquilidad de sentir el agua fría sobre su saludable cuerpo era incomparable, ya que por fin pudo lavarse el cabello y sentirse limpia después de tantos meses.

Salió de la ducha, se secó y se arregló frente al espejo. Tras una pequeña sesión de belleza, Charlotte pudo sentirse como ella misma, usando en su cabeza el sujetador de pelo de su madre y en sus ojos el delineador para espectáculos de su padre.

Se puso una de sus camisetas blancas y unos negros pantalones cortos; su siguiente objetivo era acabar con la vida de Steven, pero no iba a ser fácil, pues él es un hechicero y Charlotte apenas sabía lo que significaba *obstrucción arterial del miocardio*.

La realidad se estrelló en su cara como un golpe a mano abierta. Por muy frío que sea su interior, aún seguía siendo un infante vulnerable; no obstante, la magia negra no es la fuerza más imponente del mundo. Claro, con ella puedes invocar seres de otros planos astrales y tener todo tipo de ventajas, pero nada intimida más que una bomba atómica, porque sí, la ciencia puede ser más poderosa que la magia si se sabe usar.

Una buena idea para imponerse a tus enemigos es dominar la química, es un hecho. Todo lo que le puedes hacer al cuerpo de tu víctima con unos cuantos elementos de la tabla periódica es sorprendente; podrías hacer brebajes más peligrosos que cualquier poción mágica, píldoras más efectivas que cualquier amuleto y gases más mortales que cualquier hechizo. No era difícil de adivinar que Charlotte



iba a usar la química como principal ventaja; después de todo, desde que tenía tres años le encantaba mezclar cosas; si su destino hubiese sido diferente, tal vez hubiese sido una exitosa chef.

Obviamente, nadie con ocho años puede dominar la química, y crear un gas lacrimógeno o un veneno efectivo toma al menos seis años de estudio, pero ya sabes lo que dicen: *mejor tarde que nunca*.

Basta de tonterías, era una pésima idea.

Ya había pasado mucho tiempo. Charlotte necesitaba salir del apartamento y encontrar un nuevo refugio. El plan de asesinato puede esperar, la prioridad era no ser atrapada.

Mientras las ideas de Charlotte se construían en su joven cabeza, el hospital aún tenía que lidiar con un niño perdido, y, naturalmente, las personas se preocupan cuando un infante con una enfermedad terminal desaparece de un hospital sin rastro de sus padres. No pasó mucho tiempo hasta que mandaran una pareja de detectives a investigar.

De la comisaría salieron los detectives Quickley y Allard, dispuestos a resolver el caso antes de la cena. El detective Leonard Quickley era alguien simple, le gustaban los misterios y nunca dejaba nada sin resolver. No importaba cuantas noches de insomnio tarde en encontrar la pieza faltante del rompecabezas, siempre se mantenía determinado. La detective Elena Allard, en cambio, era más apresurada, y aunque suele ver de reojo los problemas, tiene una vista de águila y una intuición magnífica. Muchos de los casos en los que ha trabajado los ha resuelto con su gran talento para adivinar.

Algo que nunca hubieran adivinado es que el caso en el que se acababan de meter iba a quitarles el sueño durante mucho tiempo.

La puerta se abrió y entraron los detectives. No había mucho en lo que indagar; de hecho, el caso no se podía considerar «abierto» aún, eso debido a que el principal objetivo era interrogar a los empleados y consultar a los padres. Era un día muy bonito, así que de buen humor empezaron a trabajar los detectives.

—Buenos días —saludó el detective Quickley—. ¿Cuál es la situación?

—Verá —respondió una vieja enfermera—, nuestro pequeño angelito, Charlie, desapareció esta mañana. Cuando fuimos a levantarlo a las nueve no estaba en su camilla. Lo buscamos por todas partes y los padres no responden al teléfono.

—¿Ha buscado por todo el hospital o solamente el área infantil? —preguntó la detective Allard.

—Oh, buscamos por todas partes. Lo buscamos junto a todo el personal disponible, pero no se encuentra en ningún lado.

—Y, dígame —preguntó Quickley—, ¿qué enfermedad sufre el desaparecido?

—Sufre de cáncer terminal en el hígado. No le queda mucho tiempo. Por favor, encuéntralo.

Los detectives se miraron a los ojos, pensando en todas las posibilidades que pueden resultar con esa variante.

—Gracias por su información —dijo Quickley—, ahora mismo mi compañera va a darles la noticia a sus padres mientras yo me quedo un rato más aquí para investigar.

—Muchas gracias —dijo la enfermera antes de retirarse.

Quickley cerró su libreta de apuntes y se dirigió a su compañera.

—¿Qué opinas, Allard?

—Creo que puede ser un secuestro de parte de la enfermera, pero para poder profundizar más en esa hipótesis debemos interrogar a otros testigos.

—De eso me encargaré yo. Por ahora, puede incluso estar en donde están sus padres. Ten. —Le entrega la dirección del motel donde se hospedaban—. Hazles algunas preguntas a ellos también, y si no aparecen, puede que ellos se hayan escapado con su hijo para no pagar más recibos del hospital.

—Bien pensado, ¿por cuál otra razón se hospedarían en un motel tan cerca de él?

—Recuerda estar alerta.

—Con no pasar un minuto más en este lugar sería tan atenta como un lobo.

—Vamos a apostar. Si los secuestradores son los padres, me pagas la cena.

—Me voy a arriesgar. Si resulta ser la enfermera o alguien del hospital, tú me invitas la cena.

—Hecho. —Se dan la mano y cada uno se dirige a desmentir la teoría del otro.

Charlotte aún se muestra indecisa. Está claro que necesita un techo donde dormir, pero también tiene que dirigirse a donde reside Steven, y eso puede ser complicado, principalmente porque tendría que volver a *Sufreville*, lo que significa volver a su horrendo pasado, pero más que nada, exponerse a sus peligros.

Todo tipo de preguntas y situaciones pasaban por su cabeza como autos en una autopista que va en círculos, pero fue interrumpida por la llegada de la detective Allard al motel, la cual se encontró interrogando al dueño en la recepción mientras Charlotte bajaba las escaleras.

Se detuvo a pensar las desafortunadas posibilidades que le esperarían si se hace notar en esa situación. Se encontraba en la cima de la escalera, fuera de la vista de la detective Allard y el dueño, pero no por mucho. Si se

arriesgaba a salir por la puerta en ese momento, había altas probabilidades de que alguno de los dos la detenga, y eso culminaría en catástrofe. Por otro lado, no podía pensar por mucho tiempo, ya que si la detective decide subir, no tendrá tiempo para escapar y quedaría en el registro, así que la opción más sana era correr hacia una ventana y salir mediante alguna soga.

No había tiempo que perder. Charlotte subió las escaleras sin hacer ruido y sacó la ropa de sus padres que tenía guardada en su maletín, se dirigió a una ventana mientras anudaba las prendas pero se alteró al ver que la ventana estaba un poco más pesada de lo que pensaba. Puso todas sus fuerzas para abrirla, y fue especialmente estresante dada la situación, pero no había otra opción en ese punto. Finalmente, logró abrirla mientras podía oír los pasos de los dos subiendo las escaleras. Ya no quedaba casi tiempo y aún necesitaba terminar de anudar las prendas que quedaban. Doblar ropa nunca había sido tan estresante. Los pasos se hacían más ruidosos, la soga que había creado funcionaba, y la técnica de nudo era perfectamente mediocre como para que se desate un extremo de la soga cuando sienta el peso de Charlotte por el otro lado, justo como quería. Se lanzó y el nudo pudo soportar su peso antes de desatarse, logrando así caer ilesa. Recogió la soga y la puso de vuelta en la maleta.



Misión cumplida. Desapareció como un fantasma y nadie sospechaba de su escape. Y aunque la salida había sido impresionante, no pudo cubrir el hecho de que el dueño del motel sigue siendo un testigo.

—Entonces, ¿dices que vino esta mañana?, ¿apenas hace una hora? —le pregunta la detective Allard al dueño mientras este intenta abrir la puerta de la habitación.

—Así es. Con una peluca, si mal no recuerdo —responde el dueño, abriendo la cerradura con su llave de repuesto.

—Interesante —dijo la detective al ver la habitación perfectamente ordenada—, no respondieron al teléfono, ni a la puerta, y al parecer tampoco están. Sin embargo, el niño tampoco. ¿Qué dijo que traía? —le pregunta al dueño, sacando su libreta de apuntes.

—Sopa, aunque creo que algo más.

—Perdone que insista con la peluca, pero ¿está seguro que era él?

—Muy seguro. Era su cara.

—Entonces este caso debe ser una completa broma.

La detective buscó en la habitación alguna pista, pero sólo pudo encontrar una habitación común. Varias de las pertenencias de los sospechosos aún estaban, y no había rastro de una entrada o salida forzosa, así que investigó las ventanas. Dado a que sólo pasó una hora desde que el dueño vió entrar a la *víctima*, no se pudo escapar en frente de él. Una ventana abierta era suficiente para confirmar su fuga, y en el pasillo la encontró. No había rastro de ningún escape. No había nada, a excepción de un discreto par de calcetines enrollados entre sí. *iBingo!* Había encontrado su primera pista.

La detective, intrigada con el caso, llama desde el teléfono de la recepción al hospital para hablar con su compañero.

—¿Tienes algo? —pregunta dudoso el detective Quickley.

—Puede, pero necesito que me ayudes a recolectar evidencia. Puede que este caso sea más grande de lo que esperábamos.

—Entonces, ¿fueron los padres los que se lo llevaron?

—Puedo afirmar que ninguno de nosotros tuvo razón al final. Tendremos que pagar nuestra propia cena hoy. ¿Qué conseguiste tú?

—Solo supe que la víctima desapareció en la noche y que el día anterior mostró una conducta poco común, aunque es normal en este tipo de pacientes.

—Entonces tal vez vayas a necesitar una almohada para dormir en la oficina, porque no vas a querer irte a casa sin resolver este caso.

# XIV

## CORDERO

**L**a banca de una parada de autobús es fría, principalmente porque nadie le da un valor sentimental a excepción de los vagabundos; no obstante, Charlotte sentía que esa banca donde estaba sentada era una victoria, o al menos una oportunidad. No conocía la ciudad, así que su opción más viable para encontrar refugio era recorrer todo el lugar.

Mientras Charlotte se relajaba y recuperaba sus energías, un inoportuno niño apareció a su lado, tarareando una melodía. El infante tenía un aspecto significativamente descuidado, una camiseta naranja y unos pantalones cortos color marrón. Charlotte miró alrededor y no vio señales de otro adulto que pudiera ser su tutor, lo cual la hizo pensar en la posibilidad de que ese misterioso niño era huérfano como ella; sin embargo, nada los unía lo suficiente como para que se muestre amistosa ante él. De cualquier manera, el niño empezó a escupir palabras de su boca sin ningún tipo de restricción o detenimiento.

«¿Puedes adivinar la canción que está en mi cabeza ahora mismo?», preguntó repentinamente. Charlotte no supo cómo reaccionar a esa pregunta. Sólo estaba en posición de alerta; nunca se sabe lo que un cuerpo desconocido le haría a tu cuerpo indefenso. El misterioso niño siguió hablando: «¡He escuchado muchas canciones esta semana, así que seguramente no adivinarás la que está en mi cabeza ahora!». Charlotte, sin apartar la mirada, entrecerró sus ojos, pensó unos segundos y luego le respondió: «*La salida de los orangutanes*».

El niño quedó notablemente impresionado por la acertada respuesta de Charlotte. Acto seguido, le preguntó: «¿Cómo lo supiste? ¿Lees mentes?». Ella le respondió: «No. Intenté acordarme de las canciones más populares en esta área posibles a tu alcance y las que se escuchan más frecuentemente en la bocina pública, luego intenté acordarme de las canciones infantiles más fáciles de recordar, y *La Salida de los Orangutanes* fue la primera que se me vino a la mente, por lo cual, era la más probable; además, la estabas tarareando hace un rato».

El niño, emocionado ante la gran habilidad de deducción de Charlotte, afirmó: «Vaya, entonces sí puedes leer mentes».

Charlotte aún no quitaba su mirada del misterioso niño, y para poder controlar la situación, decidió iniciar una conversación.

—Dí tu nombre —le ordenó Charlotte.

—Me llamo Danny —le respondió el chico mientras extendía la mano.

Charlotte, fuera de darle la mano para saludarlo, miró su extremidad extendida y la movió hacia arriba y abajo con cautela, con la esperanza de que la dejara en paz. Por



desgracia para ella, el ahora conocido como *Danny* siguió hablando.

—¿En qué canción estás pensando tú?

—Estoy pensando en una canción llamada: *Los Niños Que Hacen Preguntas Son Tontos*.

—¿Y cómo va esa?

Al observar que Danny no captaba la indirecta, supo que ni siquiera se acercaba a ser tonto, sino que pensaba que tal vez sufría de alguna discapacidad mental. Él no se veía tan ignorante en cuanto a su edad, sino que tenía la apariencia de tener ocho años de experiencia existiendo; sin embargo, no parecía entender el sarcasmo básico.

Al ver que Danny seguía esperando una respuesta a su pregunta, Charlotte decidió complacerlo por esa vez, tal vez por lástima, o tal vez porque aquello sería mucho más fácil que explicarle lo que el *sarcasmo* significa. Danny le preguntó cómo iba la canción que ella acababa de inventar, así que ella inventó la melodía más creativa que su esencia sin alma podía concebir: «La, la, la, la, la, la, la». Si te preguntas cómo sonaba esta melodía, te alegrará saber que no necesitas saber teoría musical para imaginarla, ya que era la repetición de la misma nota, específicamente la nota *Si*. No era creativa, pero era brillante. Por todo el mundo se suele tararear cualquier canción usando esas dos letras en conjunto; además, al no poseer un tempo predefinido, puede ser tocada de infinitas formas, así que Charlotte acababa de crear una obra maestra llamada: *Los Niños que Hacen Preguntas son Tontos*.

Danny, al escuchar la cruda melodía, no se cuestionó mucho la singularidad de esa supuesta canción y la empezó a cantar. Era un poco menos irritante escuchar sus preguntas, pero al menos no ponía a Charlotte en la situación de tener que responderle.

Mientras Danny seguía repitiendo la misma nota usando distintas variaciones, el autobús había llegado y Charlotte no iba a esperar por nadie. Se subió al vehículo, le pagó al conductor, se dirigió a un asiento y se sentó con su maleta llena de sus pertenencias. Estaba lista para encontrar su nuevo hogar. La brisa era favorable y el control finalmente le pertenecía a ella. Tras acomodarse en su asiento, dirigió su cabeza hacia la ventana y vio que Danny ya no estaba en esa banca. Charlotte pensaba que se había ido; pero, se volteó y vio que ahora estaba sentado a su lado. «¿A dónde vamos?», preguntó Danny sin ningún tipo de vergüenza. Charlotte le respondió con una mirada silenciosa y una cierta indiferencia. Ella solamente pensaba en su futuro. No importaba por cuánto tiempo lo iba a seguir ese simpático intruso, nada podía quitarle la vista de su objetivo.

El autobús marchó. Ya no existía una vida anterior, solo tristes memorias y sentimientos impregnados en su fría mente.

Algo curioso que pasa cuando eres perseguido por personas anónimas es que en momentos de tranquilidad sientes paranoia. Ocurre principalmente porque no sabes nada sobre tu enemigo, y es normal, considerando que tu enemigo es la policía.

El curioso caso que los detectives Allard y Quickley estaban investigando era un verdadero enigma para ellos, pero no era imposible. Al llegar a sus oficinas se pusieron a trabajar en sus hipótesis, organizaron la información que tenían y se pusieron a trabajar. Pero antes de poder crear el primer expediente, el capitán del distrito de policía, también conocido como *El Jefe*, llamó a los dos detectives para discutir sobre el caso. Resulta que estaban tan emocionados por resolverlo que se les olvidó informar al capitán sobre los nuevos datos que consiguieron.

—¿Tienen novedades? —preguntó el capitán en un odioso tono.

—En realidad —mencionó el detective Quickley—, tenemos mucho, y a la vez nada.

—¿A qué se refieren? —preguntó el capitán, pero esta vez, un poco más agresivo.

—Es curioso —respondió la detective Allard—. En la escena del crimen, ninguno de los individuos que pudimos interrogar era sospechoso, pero había pistas muy importantes que no llevaban a ningún lado además de descartar teorías previas. En todo caso, no hay de qué preocuparse. Lo resolveremos en unos días.

—Ustedes son mis mejores detectives —dijo el capitán después de un notable silencio—. Les asigné este caso porque sé que pueden con él, pero —se levanta repentinamente de su silla y los señala con el dedo— no pierdan la cabeza. Sé que al trabajar juntos suelen distraerse y causar alborotos.

—¿Nosotros? —respondió la detective Allard en un tono burlesco—. Somos implacables, señor. Ya verá que no vamos a despegar la vista de esos archivos.

—Eso espero —dice el capitán después de sentarse de nuevo—, ahora pónganse a trabajar. El sol se mueve rápido y mañana puede ser el fin del mundo.

Los detectives salen de la oficina y sueltan un suspiro, ya que el capitán suele ponerlos de los nervios. Tal vez sea por su ronca voz, o tal vez su pelo lacio que no sintonizaba con su enorme cuerpo digno de un señor de mediana edad, pero a pesar de todo, no era un mal jefe, solo algo temperamental.

—¿Oíste lo que dijo? —le mencionó la detective Allard a su compañero.

—Sí. Qué argumento tan ridículo. Si mañana fuera el fin del mundo, tendríamos menos motivos para trabajar.

—Por eso es el jefe, siempre sabe qué decir.

De seguro pensarás que el proceso de investigación policial es muy interesante, pero te romperá el corazón saber que la historia de Charlotte debe continuar.

Los asientos de aquel autobús se sentían como las sillas de la sala de espera para entrar al infierno, olían a miseria y eran duros como bolsa de boxeo, sin mencionar que tenían un horrible diseño. Ahí estaba sentada Charlotte, condenada a estar en esa apestosa caja de metal por dos horas y veinte minutos hasta llegar a un lugar más concurrido, pero lo peor de todo era estar sentada al lado del niño más molesto que pudo haber encontrado; sin embargo, si algún peligro se aproxima a ella, Danny serviría como una buena carnada.

Una buena idea para pasar el rato era conversar. Charlotte no necesitaba satisfacer ninguna necesidad social, pero sí conocía el dicho: *Ten a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más*. Era hora de poner en práctica las asombrosas habilidades sociales de Charlotte.

—Cuéntame detalles íntimos sobre tu vida —solicitó Charlotte con la más dulce de sus inexpresivas voces.

—A veces, después de orinar, me arde la punta del pene —respondió Danny en voz baja.

—Esa es información muy íntima, por lo tanto, es perfecta. Infórmame más sobre tu falta de higiene.

—No, debes ahora contarme tú algo sobre tu vida.

—Te estás desviando de la pregunta original.

—Dime algo sobre ti. Si no me lo dices, no te digo nada.

—Bien. —Charlotte pensó en información que no pueda ser usada en su contra—. Me gusta comer todo tipo de comidas con cuchara, eso es porque en mi primer hogar no necesitaba más cubiertos. Las comidas servidas eran o muy blandas, o muy simples.

—¿Dónde fue tu primer hogar? —preguntó Danny con una increíble intriga.

—No, te toca a ti responder; además, te di tres detalles sobre mi vida, ahora me debes tres detalles sobre la tuya.

—Está bien, mi...

—No. Las preguntas las haré yo.

—Bueno.

—Dime dónde están tus padres, dónde vives y qué actividades haces comúnmente.

—¿Cuál era la primera pregunta? —preguntó Danny con auténtica confusión.

—Está relacionada a la ubicación de tus padres o tutores.

—Yo no tengo padres, nací en un lugar con muchos otros niños.

Charlotte dudaba de la veracidad de esa respuesta. Dado a su clara ignorancia, Danny pudo haber sido dejado en un orfanato cuando era un bebé, pero piensa que nació ahí.

—La siguiente pregunta está relacionada a tu residencia actual —mencionó Charlotte sin intención de sonar amable.

—¿Qué es eso?

—Es donde vives.

—Vivo en el parque, pero tengo una casa en la ciudad donde hay muchas monedas que uso para conseguir comida.

—¿Dónde está ubicada exactamente tu casa? —preguntó Charlotte con énfasis en la palabra *ubicada*.

—En la ciudad, al lado de una casa de color azul. ¡Ahora me toca a mí!

—No —insistió Charlotte—. necesito información sobre esa casa.

—Nopi, me toca preguntarte a ti.

—Bien —accedió con notable impaciencia.

—¿Cuál es tu animal favorito?

Charlotte se quedó inmóvil. Nunca había pensado en sus preferencias en la fauna. Por suerte, ella conocía una gran variedad de animales para elegir, pero necesitaba analizar bien su respuesta, porque si no contestaba honestamente, estaría manteniendo una mentira que puede debilitar su confianza. Charlotte consideró las ventajas de cada individuo a elegir, y eso le tomó cerca de un minuto. Sorprendentemente, Danny esperó su respuesta pacientemente.

—La serpiente —respondió Charlotte.

—¿Por qué?

—Son depredadores rápidos y sigilosos. Al estar a nivel del suelo no llaman la atención; además, puede estrangular, envenenar y engullir a sus presas, y si resulta inferior a su oponente, puede huir de forma efectiva, a menos que se trate de un halcón. En ese caso, su longitud es su debilidad; no obstante, su extenso cuerpo es lo que la convierte en uno de los animales más majestuosos de su hábitat.

—A mí me gustan los perros.

—Esa no era mi pregunta. Dame información sobre tu casa.

—Bueno, en realidad no es mía, pero tampoco es de nadie, así que, como yo llegué primero, yo me la quedo, pero tú puedes entrar si quieres.

—¿Cómo luce?

—Es muy, muy grande, y antes era gris, pero se hizo negra con el tiempo. Tiene un montón de papeles en todos lados y un cofre con monedas en el sótano, aunque a veces pasan cosas raras cuando estoy dentro, por eso me gusta dormir en el parque y no ahí.

Charlotte pensaba que se había ganado la lotería. Ese niño era la prueba viviente de que la misericordia trae beneficios. Luego de un silencio de 33 segundos, Charlotte

miró a Danny a los ojos y le dijo con imponentes pronunciaciones: «Quiero que me lleves a tu casa».



En la estación de policía, el ambiente suele ser seguro, y era normal; docenas de agentes uniformados en la misma habitación no transmiten ningún mensaje de anarquía. Sin embargo, el detective Leonard Quickley sentía una gran ansiedad; el rompecabezas que tenía estaba incompleto. Era como ver una imagen asimétrica, por más que analice los más pequeños detalles, no podía llegar a ninguna conclusión sin nuevas pistas, así que, el movimiento más lógico era informarle al jefe que necesitaban investigar más en el caso. Se dirigió al puesto de su compañera para ponerla al día, pero primero debía despertarla.

—Elena, sube la cabeza. El jefe te está viendo —le susurró en su oreja.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —reaccionó confundida.

—Hay que buscar más pistas para el caso.

—¿Qué caso? —preguntó con voz adormecida.

—El caso *Gaspel*. Hay que volver al apartamento.

—Pero ya revisamos el motel de arriba a abajo. No hay nada nuevo qué descubrir.

—Entonces hay que interrogar a más familiares del desaparecido.

—Ya investigué, y no hay nadie más, solo sus padres. La única opción es ir a su ciudad de origen.

—¿Ciudad de origen?

—Sí. Según su historial, sólo han trabajado aquí por unos cuantos meses; además, apenas se matricularon antes de empezar a trabajar.

—Entonces se mudaron aquí hace poco.

—Sí, pero no tenemos registro de ellos por ningún lado, como si hubieran vivido en una cueva toda su vida.

—¿Qué me dices del *señor extraño* que entró a la habitación?

—No tiene sentido. Según dice el dueño, no salió de la habitación, y la única salida está en la recepción. No hay ventanas en las habitaciones. Además, no hay manera en la que haya matado a los Gaspel sin dejar huellas, ¿qué hizo con los cuerpos entonces?.

—Debió dejarlos en la habitación hasta que llegó el niño. Es probable que en ese momento lo haya matado a él también.

—Sí, pero aún así necesitaría un lugar para dejar los cuerpos.

—Él pudo tirarlos por la ventana y escapar por ahí.

—Pero debieron haber testigos para eso. Este lugar es muy transcurrido, y la gente notaría a un señor saliendo por la ventana de un tercer piso con tres cadáveres. Además, tal nivel de profesionalismo es imposible para alguien del que no se tiene registro.

—Aún así, es nuestra teoría más viable.

—Me temo que sí, pero es muy extraño que sus víctimas sean tan especiales.

—Son como fantasmas.

—O criminales profesionales.

—Entonces, la teoría más probable es que el niño escapó por su cuenta del hospital, se encontró con el asesino de sus padres y murió. Luego, el asesino escapó por la ventana con los cadáveres y algunas de sus pertenencias, dejó la habitación perfectamente ordenada y desapareció entre la multitud.

—Parece que las víctimas planearon todo muy bien para confundirnos. Solo se me vienen a la mente dos opciones: O son agentes secretos, o son una muy extraña familia campesina con mucha mala suerte.



—Por ahora debemos pensar en la segunda opción. Al menos nos llevaría a algún lado.

—No, porque ni un asesino profesional ni personas tan sigilosas como los Gaspel dejarían una pista tan descuidada como un par de calcetines enrollados en el pasillo.

—Espera... ¿Calcetines?

—Ah, sí. No te conté. En el motel encontré estos calcetines —saca una bolsa con los calcetines dentro—, son de talla infantil, lo que me dio a pensar que eran propiedad de los Gaspel, lo que significa que el asesino usó las ropas que se robó para hacer una cuerda y salir por la ventana.

—¡Esa es una gran deducción, Elena!

—Sí, pero dudo que sea posible, porque la soga debe ser lo suficientemente fuerte para sostener a un hombre adulto, y eso significa que la cuerda debe estar bien atada, y al estar en la calle, no pudo desatarla. Así que necesito más motivos para pensar que el asesino escapó por la ventana.

—¿Quieres ir al motel para desmentir por completo tu teoría? Es incluso posible que el dueño sea cómplice y nos esté dando información falsa.

—... Bien. Vamos.

No perdieron tiempo. Se subieron al auto y se dirigieron al motel. Una vez dentro, empezaron a interrogar al dueño una vez más.

—Buenas tardes, señor —dijo Quickley.

—Hola, detectives. ¿Qué pasa ahora?

—Venimos a interrogarlo otra vez, si no es molestia —dijo Allard.

—¿No me hicieron suficientes preguntas ya? —respondió el dueño—. Incluso les dije cómo se veía el niño para su *retrato hablado*.

—Es que necesitamos confirmar nuestras sospechas —aclaró Quickley.

—Bien. Que sea rápido. Necesito limpiar la habitación que ustedes desordenaron.

—No se preocupe, terminaremos en seguida —aseguró Elena.

—Tienen treinta segundos —propuso el dueño.

—Que sea un minuto —dice Quickley.

—No. Treinta segundos —insistió el dueño.

—Cuarenta —propuso Allard.

—Bien. Tienen cuarenta segundos.

La detective Allard puso el temporizador de bolsillo de Quickley en la mesa para hacer un interrogatorio rápido.

—¿Nos repite qué hizo ayer en la noche? —preguntaba Quickley.

—Estaba dormido desde las nueve en punto —respondía el dueño.

—¿Dejó las ventanas cerradas?

—Sí. Estoy seguro.

—¿Qué traía el niño esta mañana en su mano?

—Charlie llevaba una bolsa con sopa para sus padres.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a los Gaspel entrar al motel?

—Hace dos días, en la tarde, junto a un señor extraño.

—¿Vio salir al señor extraño?

—No.

—¿Los Gaspel salieron de la habitación?

—No salieron desde ese día.

—¿Revisó la ventana?

—Sí. La cerré esa noche y no se abrió hasta el siguiente día.

—¿La cerró ayer?

—Sí. Aunque, no recuerdo haberla abierto hoy.

—¿Cómo dice?

—No. No la abrí esta mañana, pero sí estaba abierta. Probablemente algún huésped la abrió por mí.

—Eso no lo teníamos...

El temporizador sonó. Por suerte, tenían una nueva pista.

—¡Quickley! ¡El asesino abrió la ventana para salir! — exclamó con felicidad la detective Allard.

—Bien, ¿ya puedo limpiar la habitación? —preguntó el dueño.

Los dos volvieron al auto. El hecho de que la ventana estaba cerrada esa mañana daba una razón por la cual creer que el asesino salió por ella, y el dueño no mostraba señales de mentir. Ese viejo veterano nunca se mostró culpable en toda su vida.

Lo que les queda por hacer es investigar el paradero del misterioso asesino, poner carteles de *Se busca* para encontrar a la víctima y tomar mucho café.

Por fortuna para Charlotte, la policía estaba muy lejos de encontrarla, y para ponerle una cereza a este grotesco pastel, encontró un refugio perfecto.

Los dos salieron del autobús para dirigirse a la supuesta casa de Danny, y tras un largo deambular y pausas para comer, lograron encontrarla. Se puede decir que no es lo que Charlotte esperaba, pero en efecto, era una gran casa. Tenía una arquitectura muy gótica, una gran puerta de entrada, dos pisos y un ático extenso. Se notaba que era muy vieja y que estaba en muy malas condiciones; su oscuro y siniestro aspecto hacía que los vecinos no quieran dirigir la mirada hacia esa dirección; el pasto que crecía en la tierra cercana era amarillo, como si no hubiese llovido nunca en esa área. Sin dudas, una casa abandonada a todas luces. Incluso la oscuridad de la noche la hacía ver más aterradora. Danny no mentía, pero era curioso que un niño huérfano sea dueño de

una propiedad tan extensa; no obstante, se podía explicar fácilmente. Una vez Charlotte tenga el control de la situación, nada la detendrá de conseguir su meta. Es como si los ángeles del inframundo estuvieran de su lado. Ese misterioso niño fue la segunda mayor bendición de su *vida*; aunque, no había mucha competencia.

—¡Bienvenida a mi casa! —exclamó Danny—. ¿Quieres entrar?

—No —respondió Charlotte—. Voy a revisar el exterior, si me lo permites.

—¿Cómo es eso?

—Solo voy a explorar el jardín.

—Está bien. ¡Oh! Debo mostrarte algo, quédate aquí. — Posteriormente, fue corriendo al jardín trasero.

Aprovechando que el aparente nuevo estorbo en su vida se había ido por unos minutos, Charlotte podía analizar la situación.

Las casas vecinas estaban bastante lejos de la propiedad. Era prácticamente la última casa en la cuadra y ocupaba un gran espacio, así que los vecinos no estarán pendiente de lo que pase en ese viejo montón de madera. Ni el banco ni el gobierno parecía estar al tanto de esa propiedad, y no parecía haber ningún tipo de cartel que anunciara la venta o la demolición de esta. Todo parecía significar que lo único que le impedía a Danny vivir ahí eran principios morales, cosas que ninguno de los dos huérfanos tenían.

Tras el breve vistazo, Charlotte se paró en frente de la puerta con su maleta, observando las texturas del hierro y la madera, cuando de sus espaldas emergió Danny con una piedra en sus manos, la cual tenía pintada con creyones una cara de asco en ella. No se podía apreciar muy bien por la oscuridad de la noche, pero sin dudas era una piedra con una muy graciosa cara, pero Charlotte no se reía, principalmente

porque ella tenía el mismo sentido del humor que aquella piedra.

«Basta de tonterías —dijo Charlotte—. Entremos».

Las puertas rechinaban mientras se abrían con lentitud. La penumbra era atemorizante, y ni siquiera la luz de la luna podía entrar por las pequeñas grietas del techo. El interior de la sala parecía un completo punto ciego. Podrías cerrar los ojos dentro y no notarías la diferencia. Instintivamente, Charlotte buscó una vela mientras Danny se quedaba en la entrada. Normalmente, los artefactos de iluminación no se encuentran lejos de las puertas principales, y dadas las circunstancias, esa antigua casa no parecía usar luz eléctrica, así que, las velas no deberían faltar sobre los muebles.

La falta de visibilidad a otras personas les podría causar miedo; sin embargo, cuando sabes que en la oscuridad puede haber un verdadero peligro, tener miedo no te servirá de mucho. Los muebles pegados a las paredes se hacían notar por el tacto. Charlotte entró y se dirigió hacia la izquierda lentamente y abrió el cajón que estaba en el primer mueble que encontró. No notaba rastros de cera. Lo único que se podía sentir dentro de ese cajón eran clavos, pequeñas agujas y algunas tuercas. Caminó un poco más, esta vez no miró el suelo y eso le costó un tropiezo. Literalmente se tropezó y cayó sobre el frío y áspero piso de madera. Por suerte, no se raspó con ningún clavo oxidado. Si ese fuera el caso, ya hubiera obtenido otra enfermedad terminal. En cambio, durante la caída se intentó sostener del mantel que estaba sobre otra mesa de noche, haciendo que caigan unos cuantos bolígrafos y una caja de fósforos. Charlotte sabe muy bien cómo suenan esas cajas cuando caen al suelo, así que buscó con cuidado por los flojos tablones para no lastimar sus manos hasta que la encontró. La caja solo tenía unos siete fósforos. Uno bastaba para iluminar lo suficiente como para ver por dónde caminar. Encendió uno y miró bien todo lo que estaba a un metro de distancia hasta que la llama se

extinguió. Por el cajón con clavos y la mesa con fósforos pudo asumir que la entrada a la cocina no estaba muy lejos, y ahí suelen estar las velas. Qué suerte que el sentido común no formaba parte del alma humana.

Tras arrastrarse por la pared, pudo oler el óxido de las ollas en el lavaplatos. La humedad es fácil de reconocer en la cocina. Sólo debía dar unos cuantos pasos para poner sus manos en un cajón lleno de velas. Por desgracia, no contaba con que la cocina era muy larga y encontrar un lugar específico iba a ser complicado, pero se dio cuenta de que si abría las cortinas, la luz de los faroles podría alumbrar al menos una parte de ella. El problema era que desde la entrada a la cocina hasta la ventana más cercana podrían haber muchas cosas impredecibles, y tomando en cuenta que Danny no va a entrar por su entendible miedo a la oscuridad en un espacio abrumador e intimidante a horas nocturnas, no había vuelta atrás. ¿Alguna vez te has tropezado por tu propia cuenta al pensar que habían más escalones al bajar por la escalera?, pues eso sentía Charlotte durante esos complicados 39 segundos. Finalmente, las cortinas se abrieron y Charlotte pudo ver con certeza por dónde tenía que ir.

Danny estaba sentado en la acera hasta que escuchó el sonido de las viejas cortinas abrirse. Rápidamente se dirigió a la entrada y se quedó viendo el interior con el corazón palpitando enérgicamente la espesa oscuridad de la sala principal, esperando una confirmación de que la niña que acababa de conocer no había sido tragada por la casa. Pasaron varios segundos. Los pasos de Charlotte no se escuchaban claramente, sólo podía oír tímidos y misteriosos sonidos que provenían directamente de lo desconocido. El silencio absoluto dominó la sala por unos breves momentos. Segundos después, un pequeño y largo cilindro de cera emergió repentinamente de la oscuridad para chocar

directamente con su frente. Era Charlotte, que le había lanzado una vela a Danny en la cara.

Al notar que la prueba de reflejos claramente había fracasado, Charlotte no tenía dudas de que Danny no iba a ser una amenaza para ella.

Los dos encendieron sus velas y empezaron a caminar dentro de aquella melancólica casa abandonada. Danny le dijo por dónde ir, aunque era algo laborioso, tomando en cuenta que él estaba cubriéndose detrás de Charlotte mientras caminaban. Una vez llegaron a la habitación más decente en el segundo piso, Danny se despidió y salió corriendo hacia la puerta para dormir afuera. Cobarde, dirían algunos, pero cualquier tonto sabría identificar el peligro.

Una vez salió, Charlotte dejó su maletín bajo la cama, encendió otra vela y dejó las otras dentro del cajón de la mesa de noche. Acto seguido, dijo en voz alta: «¡Sé que los intrusos de otros planos pueden hablar, y si vas a hacer estragos esta noche, mejor muéstrate ahora para no perder tiempo!». Un largo silencio abundaba en la habitación, pero ella sabía que si existía *el más allá*, también existían las almas en pena estancadas en el plano terrestre, así que no movió un solo músculo durante tres minutos y medio. Después de eso, supo que podía dormir tranquila esa noche.

En la mañana siguiente, las imperfecciones de la casa se podían apreciar con gran facilidad. El interior tenía una brusca mezcla de colores grises y marrones que combinaban muy bien con los desgastados muebles apilados en las esquinas y las colosales telarañas cubiertas con polvo. Todo parecía más simple ahora que no hay limitaciones visuales. Charlotte quitó el seguro de la puerta y se puso a investigar el interior. Se podía apreciar que antes era una muy bonita mansión, aunque ese *antes* pudo fácilmente haber sido 438 años atrás.

Una helada brisa se escurría por las grietas de las ventanas y paredes. Por suerte, Charlotte llevaba su suéter color rosa puesto antes de ir al sótano. Una sorpresa le heló la sangre, y no fue el aterrador ambiente del sótano, fue el darse cuenta de que Danny estaba aún ahí, dormido debajo de la mesa de la sala. Él se despertó de un brinco al notar la presencia de Charlotte, exactamente como un perro. Cuando se acercó a ella a saludarla le dijo lo siguiente con una notable energía:

—¡Hola! ¿Qué pasó? ¿Dormiste bien? Yo entré porque empezaba a hacer frío. Quería encender la chimenea pero no recordé cómo y luego me acordé que la mesa del centro puede servir como techo extra y me dormí ahí. ¿Escuchaste fantasmas?

—No —respondió Charlotte con cierta incertidumbre al verlo—. No hay fantasmas en esta propiedad. Puedes quedarte tranquilo sabiéndolo.

—¿Pero, cómo lo sabes?

—Solo sé que si hubiera fantasmas malos aquí ya nos hubieran matado. Ahora, muéstrame el cofre con monedas.

—¡Ah, sí! El cofre está aquí abajo. —Va corriendo hacia el sótano mientras Charlotte lo sigue caminando.

Bajando las escaleras, ve que la parte de abajo de una casa tan maltratada está, de hecho, muy limpia, y sobre todo, vacía. Había una ventana que lograba hacer que rebote la luz desde el piso hasta el techo, dando una iluminación pobre, pero bastaba para visualizar dónde terminaba el suelo y empezaban las paredes.

Danny estaba en medio del sótano, viendo cómo Charlotte bajaba las escaleras mientras señalaba con un dedo la ubicación del cofre. No era difícil de asumir. Obviamente estaba debajo de las tablas de madera desgastada, a unos pasos de la pared este. Al ver que Charlotte iba directo hacia él, Danny la detuvo.



—Ten cuidado —le advirtió Danny—. Cuando intento sacar monedas de ahí, el cofre siempre se cierra solo y las paredes empiezan a temblar.

—Hubiera sido muy útil que me dijeras eso justo después de aceptar la ausencia de fantasmas en la casa —le respondió Charlotte.

Mientras más se acercaba a la pared, más denso se volvía el aire. Era obvio que algo estaba pasando y que en realidad la propiedad no estaba tan abandonada. Charlotte removió las tablas del piso. En ese preciso instante, pudo sentir la presencia de un ente de otro plano. Charlotte se detuvo, pues nunca había tenido esa sensación antes. De pronto, escuchó un profundo y escalofriante susurro que dictaba: *Estás perdida, ¿no es así?*

Esa era la señal que esperaba para confirmar que había un espíritu en la casa. Para asegurar que su mano siga conectada a su cuerpo, abrió el cofre con una tabla de madera para luego mantenerla abierta con ella. Sin duda valió la pena llegar hasta ahí. Eran monedas legítimas y utilizables, al parecer conservadas desde décadas atrás. El misterio en ese momento era saber a quién le pertenecían, pero esa pregunta no duró mucho tiempo, ya que la misteriosa voz no tardó en presentarse otra vez.

La única luz que iluminaba el sótano se tornó gris, haciendo que todo alrededor se vea en blanco y negro. Danny cubrió su cabeza y se puso en posición fetal. Charlotte miró hacia todas las direcciones buscando alguna señal de peligro. El aire se tornó muy pesado y lo que más se notaba dentro de esas cuatro paredes era la estruendosa voz de aquella esotérica identidad.

—¡Aléjense de mi tesoro! —se escuchaba desde la profunda oscuridad del sótano.

—No me digas —respondió Charlotte con intención sarcástica.

—¡Pasé la mitad de mi vida arriesgándome para que esté en mi posesión. ¡Ni tú, ni ese malcriado niño me sacarán un solo doblón más! —remarcó la voz.

—Quiero que te muestres —solicitó Charlotte.

—Por mucho que quiera sacarte a patadas de mi propiedad, no pienso mostrar mi espíritu ante ti.

—¿Dijo espíritu? —preguntó Danny completamente espantado.

—Explícame tus reglas. No saldremos de aquí hasta que todos estemos satisfechos —dijo Charlotte con voz imponente.

—Estas son las reglas: Ustedes se van y no los mato aquí mismo.

—No somos tan inocentes —dijo Charlotte segundos después de que Danny soltara un grito de miedo—. Si nos hubieras querido muertos, ya lo habríamos estado. Tu poder no llega hasta ese punto.

—Tienes razón. Por favor, toma un doblón y vete —dijo el fantasma con una voz sospechosamente calmada.

—No soy idiota, sé que el cofre es donde reside tu espíritu —respondió Charlotte con audacia.

—No te hagas la lista conmigo. Ni siquiera sabes de lo que estás hablando.

—Claro que sí. Sé una cosa o dos sobre de lo que estamos hechos. Sé que los humanos tienen desde su nacimiento cosas llamadas «cuerpo, alma y espíritu», y también sé, por cultura general, que las almas en pena están condenadas a mantener su espíritu en la Tierra, y el tuyo está enlazado a ese cofre que no quieres soltar.

La presión en la habitación se condensa aún más hasta que la voz grita en un muy grave e inquietante tono: «¡ALÉJENSE DE MI TESORO!»

El cofre rompió en pedazos la tabla de madera que lo mantenía abierto e hizo caer las demás tablas del suelo hacia el profundo hueco donde se suspendían. (Un pésimo trabajo de excavación si me lo preguntan).

Los dos infantes salieron corriendo del sótano mientras el suelo se hundía a sus espaldas. Ya fuera de la casa, la situación no se veía favorable, pero no imposible de resolver.

—¿Cómo pudiste hablar con el fantasma? —preguntó Danny completamente inquietado.

—¿Es la primera vez que lo escuchas?

—Sí, y eso que lo he visitado desde hace años.

—Pues tal vez sea porque no tengo alma.

Danny se quedó con la boca abierta tras escuchar esas palabras en ese orden. Charlotte no se había percatado hasta ese momento, pero no tener alma no es algo muy común entre las personas vivas.

—¡¿Cómo que no tienes alma?! —preguntó gritando.

—Significa que no tengo valor como ser vivo, y tal vez eso y algunos detalles más relacionados a mi historial con temas esotéricos me den una extraña conexión con lo paranormal.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Danny con genuina sinceridad.

—Significa que... tengo poderes mágicos —le respondió Charlotte buscando evadir más preguntas. Lastimosamente, no funcionó.

—¿Qué poderes tienes?

—Puedo leer mentes.

—¡¿En serio?! —

—Sí. Es más, sé que ahora vas a decir: *¿Cómo lo supiste?*

—¿Cómo lo supiste? —dice mostrando una expresión de pura sorpresa tras presenciar ese simple truco.



Las estrepitosas desventuras de Charlotte Gaspel nunca van a acabar. Es más, apenas comienzan, ya que al experimentar un nuevo hogar y un nuevo propósito, los siguientes días iban a ser una odisea para ambos huérfanos.

# XV

## RESENTIMIENTOS

**L**a vida está llena de sorpresas, un día asesinan a tus padres y al siguiente tienes que liberar a un fantasma de su sufrimiento eterno.

—¿Te queda algo de dinero? —preguntó Charlotte.

—No. Lo que queda está en el cofre —respondió Danny.

—Entonces debemos exterminar al fantasma.

—¿Cómo lo haremos?

—Es muy simple, solo tienes que quedarte aquí y recolectar todos los objetos interesantes que encuentres.

—¡Genial!

Charlotte se alejó de Danny, caminando hacia las entrañas de la ciudad mientras este corría de un lado al otro en búsqueda de algo que no conoce.

¿Cuál era el objetivo de nuestra protagonista? No es muy complicado; se dirigía a la biblioteca en búsqueda de

información sobre los seres de otro mundo, cualquier pista que la cultura popular haya dejado iba a funcionar. Antes que nada, lo más importante era reconocer la ciudad. Al contrario de su lugar de origen, *Spoirtown* tenía muchas ubicaciones extensas y urbanizadas, así que no es sorpresa que sea algo confuso ubicarse.

Entre apartamentos y restaurantes, un mapa sería de mucha utilidad, pero ya que no son comunes esas cosas en pleno siglo XX, Charlotte decidió pedir indicaciones.

Para no hacer el cuento largo, logró encontrar la biblioteca. Era temprano, así que tenía mucho tiempo disponible para revisar todas las enciclopedias que pudo encontrar sobre temas paranormales. Los resultados no eran muy satisfactorios. La mayoría de los libros que encontró eran de pura ficción romántica, y las novelas de terror iban a tomar mucho tiempo para apenas dar una pizca de información útil. Lo único que le quedaba era buscar entre esos infames libros para niños.

Charlotte se dirigió hacia el pequeño estante de *libritos cortos* y por suerte, estaban ordenados alfabéticamente. Buscó desde «¡Arriba, Ratoncito!» hasta «Zoológicos Apestosos». Por sorpresa, pudo conseguir dos libros con el tema de *seres de otras dimensiones*, concretamente: «Mi abuelo me visita» y «Mi amigo Fantasmardo». No parecían fuentes profesionales pero eran la mejor opción. Mientras Charlotte estudiaba las oraciones y dibujos de los dos ejemplares, la sensación de una misteriosa mirada que la acechaba se hacía notar sobre su nuca. Ella miró hacia los lados con cautela; no había mucha gente ahí, y eso lo hacía más aterrador, incluso sabiendo que la privacidad era más que bienvenida en su vida. De pronto se escucharon unos pasos, unos lentos y agudos pasos. No había otra opción, Charlotte tenía que voltearse y usar lo que tenía en sus manos como arma. Finalmente, se pone en su pose de

batalla, con sus ojos bien abiertos y sus pies anclados al piso. Todo para avistar la presencia de su nuevo enemigo: Una niña de pelo rubio.

«Identifícate», dijo Charlotte sin moverse de su posición.

La misteriosa figura no dijo una sola palabra, puesto que se quedó quieta por unos segundos y se fue corriendo a otra sección.

Charlotte podría seguirla para averiguar más de ella, pero literalmente no tenía ninguna razón para hacerlo, así que volvió a la casa abandonada.

En otras noticias, los detectives Quickley y Allard están recostados en sus mesas llenas de papeles y archivos. En eso, el jefe los despierta.

—¿Ya resolvieron el caso? —preguntó con un notable acento sarcástico.

—¡Ya casi, capitán! —exclamó Quickley tras levantar la cabeza—. Ya distribuimos carteles de búsqueda para encontrar al pequeño Charlie. Estarán completamente instalados esta tarde si hay suerte.

—¿Eso es todo? —preguntó el capitán.

—No lo es —añadió la detective Allard—. Hicimos una lista de pueblos y ciudades donde el asesino puede estar. Se preguntará por qué, y yo le respondo que, si el asesino se hospeda en un lugar de *Spoirtown*, ya hubiésemos tenido registro de algún loco arrastrando bultos sospechosos. Tal vez sea una teoría alocada, pero es lo más razonable que tenemos y no hemos dormido desde ayer, así que le aseguro que hemos avanzado mucho.

—Me alegra que trabajen duro —dijo el capitán—, pero los necesito en otro caso.

—¡¿Qué?! —gritaron los dos al unísono.

—Se reportó un allanamiento en la casa de una pareja de casados y la esposa dice que vio cómo robaron la camioneta de su marido, y ya que mi sobrino, el oficial Greyson, está visitando a su madre en *Soufreville*, ustedes dos son los únicos que tengo disponibles para esta ocasión.

—¡Por favor, estamos tan cerca de resolverlo! —suplicó Quickley.

—No se los estoy pidiendo. Si siguen en el caso *Gospel* se van a volver locos. Tómense esto como un descanso para despejar la mente.

—Gracias, jefe —dijo la detective Allard algo angustiada—. Lo tomaremos.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Quickley a su compañera susurrando y agarrándola del brazo.

—Después de terminarlo podemos retomar el caso *Gospel* más relajados que antes. No te preocupes, el asesino no irá a ningún lado por ahora; es decir, pasaron sólo veintitrés horas desde que reportaron la desaparición del niño.

—Bien —dijo Quickley con cierto remordimiento.

Tal vez te llamó la atención que el tal oficial *Greyson* se fue de viaje a *Soufreville*, y con razón; ahí está el núcleo de los problemas de nuestra querida protagonista, incluyendo a nuestro querido hechicero.

El momento de hablar de Steven vendrá pronto, pero por ahora necesitamos concluir la situación paranormal de Charlotte.

Charlotte abre la puerta de la casa tras regresar de la biblioteca. Sinceramente, ella esperaba que Danny no estuviera ahí, pero no es fácil perderlo. Él estaba durmiendo sobre la mesa, tomando un merecido descanso después de haber encontrado todo tipo de cosas escondidas por toda la propiedad. Charlotte intentó no despertarlo mientras levantaba las once cosas que él había recolectado.



Había traído dos velas; un martillo; un pequeño catalejo roto; un largo pañuelo gris de tela; una brújula medianamente funcional; un compás; dos anillos plateados; una pequeña botella de alcohol y una gran bolsa marrón. Fue entonces que pensó que el fallecido probablemente era más viejo de lo que aparentaba. Charlotte despertó a Danny y le dijo antes de que pudiera levantarse:

—Prepara tus armas, porque vamos a expulsar a un fantasma.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó Danny mientras abría los ojos.

—Simple —le respondió Charlotte—. Solamente tenemos que hacer que acepte su destino. Generalmente, las personas que se convierten en fantasmas están resentidas con la vida que vivieron. Están atados a este plano, supongo que porque dejaron algo sin terminar y eso les carcome por dentro. Por naturaleza, no existen fantasmas buenos, porque lo que los hace poderosos es la maldad. En otras palabras, si no pereces en paz y sucumbes a los impulsos del inframundo, no podrás abandonar la Tierra.

—Gracias por explicármelo. Ya me siento mejor —dijo de forma tímida.

Como ella sabía que él no entendía el sarcasmo, asumió que se siente seguro de que ese extraño ser tiene una debilidad, pero para que le quede claro, le dijo lo que tenían que hacer para deshacerse de él en palabras más sencillas.

—El fantasma está muy enojado porque quiere cuidar su tesoro —dijo Charlotte mientras le mostraba el libro «Mi Abuelo me Visita»—. En este libro, el pequeño *Erik* se encuentra con el espíritu de su abuelo, y al principio tenía mucho miedo, pero al final, se dio cuenta de que lo único que debía hacer para que se vaya era despedirse de él, ya que el abuelo estaba muy enojado porque nunca pudo despedirse

de su nieto. Luego de que se dieran un abrazo, el abuelo pudo irse en paz.

—¡Vaya! —exclamó Danny—. ¡Ya entendí! ¡Si lo abrazamos podrá irse en paz y viviremos felices para siempre!

Aunque no lograba comprender la situación, entendió el concepto. Finalmente los libros infantiles sirvieron de algo.

Los dos bajaron al sótano. Charlotte sabía lo que tenía que hacer. Puso dos velas en el suelo que aún quedaba, colocó los dos libros sobre la cabeza de Danny para mantenerlo quieto y comenzó a hablar.

—Te traigo una ofrenda —dijo Charlotte en voz alta.

—¿Siguen aquí? —replicó de repente la voz siniestra—. ¡Ya les dije que no los quiero cerca de mi tesoro!

—No vinimos por eso —le respondió Charlotte.

—¿Y por qué vinieron entonces? ¿Para darme una ofrenda?

—No, sólo quería asegurarme de que aparecieras.

—¡Niña insolente! —gritó el fantasma—. ¿Por qué no pueden dejarme en paz?

—Porque voy a ayudarte. Estás atado a la avaricia; tu espíritu está condenado a arrastrar tu alma por la Tierra mientras tus ojos están cegados por un sentimiento que ya no tiene ningún valor.

—¡No tienes la menor idea de lo que hablas! —gritó el fantasma muy irritado.

—Sí, la tengo. —Charlotte saca el pañuelo gris de tela desgastada que encontró Danny y lo alza con su mano derecha—. Eras un pirata.

—¿Y eso qué importa? —respondió usando un tono engreído.

—¿Cómo te llamas?

Charlotte nunca le había preguntado eso a alguien, principalmente porque no le interesaba saber el nombre de las personas con las que compartía pocas oraciones, pero más que nada, porque siempre los demás se lo preguntaban a ella.

—Mi nombre —decía el fantasma—, es Alexandre García Montenegro. Yo era un fiel ayudante en altamar. Limpiaba y pulía como todos los demás tripulantes. No éramos muy poderosos, pero robábamos con gran agresión; y durante muchos años he guardado cada doblón de oro que encontraba. Sólo robaba doblones. Eran mi obsesión. ¡Y ese muchacho se ha robado decenas de ellos cada vez que le apetecía!

Charlotte miró al cofre abierto y le preguntó a Alexandre:

—¿Dónde naciste?

—Mis padres eran franceses, pero me criaron en Burgos —respondió orgulloso.

—¿Eso es España?

—Siempre lo consideraré mi verdadero hogar, aunque siempre solíamos navegar por aguas francesas —respondió con cierta nostalgia en su hablar.

—¿Estás seguro que esos son doblones? —preguntó Charlotte de forma algo burlesca.

—¡Son doblones, doblones españoles! ¡Toda mi vida los he robado, así que sé cómo se ven! —exclamó muy furioso.

Charlotte observaba las pequeñas y plateadas monedas a las que Alexandre llamaba *doblones*.

—Lamento decirte esto —pronunciaba Charlotte sin ningún tipo de lamento—, pero esos son francos franceses.

—¿Qué dices? —gritó desconcertado mientras devolvía las tablas del suelo a su lugar.

—Puede que tu ignorancia también se expanda hacia los temas de la economía, pero no puedes ignorar que durante toda tu vida le has robado a franceses.

—¡Eso es bueno! ¡Siempre he aborrecido a los franceses, sobre todo a mis padres!

Charlotte se acercó al cofre y tomó unas cuantas monedas.

—Creo que ya veo el problema. Pensabas que podías gastar dinero extranjero en tu país favorito, pero al final, aunque hayas ahorrado todo el dinero que tenías, nunca habrías podido gastarlo en vida; y ahora, estás aferrado a un montón de níquel y bronce completamente inútil. Claro, a menos de que quieras ayudar a la economía francesa.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —gritó con toda su esencia mientras el sótano se sacudía ferozmente, creando un ruido casi atronador.

—Se está enojando mucho —dijo Danny muy aterrado—. Así no va a irse en paz.

—¡No te preocupes por él! —dijo Charlotte mientras sacaba la bolsa marrón que tenía guardada en su camiseta— ¡Ayúdame a meter todas las monedas en la bolsa!

Los dos se apresuraron en guardar todo lo posible mientras que el sótano colapsaba. Al final, solo pudieron llenar la bolsa hasta la mitad antes de que la madera del techo se derrumbara. En cuanto terminaron, la forma fantasmal de Alexandre se hizo notar sollozando ruidosamente. Se veía como un desdichado hombre de mediana edad con una amplia calvicie, solamente con un aura gris resplandeciente y una figura inestable. Los hoyos de su cara se volvieron más grandes y profundos mientras más gritaba con desesperación.

Salieron del sótano y vieron cómo toda la casa también estaba temblando y desmoronándose. El golpe de realidad le afectó mucho al señor García Montenegro, tanto así que su espíritu se había expandido por toda la propiedad, dejando a los dos huérfanos sin más opción que saltar por la puerta principal para sentir el dulce tacto del pavimento común y corriente en sus rodillas.

Al parecer no se puede tener todo en la vida. Tal vez Alexandre no pudo irse en paz, pero al menos ya no era un problema siempre y cuando no sea necesario entrar a la casa de nuevo.

Era temprano aún. Los dos infantes morían de hambre, y lo más sensato que podían hacer era ocultar esa gran bolsa de dinero en su camino a buscar un nuevo refugio.



Muchas preguntas se creaban en el panorama, pero la más frecuente era: *¿Qué estará haciendo Steven G. Ledger?*

La noche anterior a ese día, en las frías penumbras de *Soufreville*, el mencionado hechicero estaba sentado en el sillón acolchado ubicado en la sala de su casa, terminando su taza de café y leyendo algunas páginas específicas de su libro de encantamientos. Su nueva casa era muy diferente al viejo apartamento donde se mostró ante los Gaspel. Esta tenía un aspecto más ostentoso; las paredes tenían un tapiz de color rojo caprichoso y la madera del piso tenía un tono muy oscuro. La casa era por mucho la más lujosa de todo el pueblo, pues tenía columnas, candelabros dorados, un techo puntiagudo, alfombras color naranja y otros detalles. El interior estaba decorado con cuadros de arte abstracto; los cojines eran gruesos y muy rojos; los detalles de los demás muebles estaban retocados con finos acabados dorados y tenía una pecera con algunos peces que tenía de mascotas.

Sobraba decir que se sentía a gusto en su hogar. Ser el hechicero de la mafia daba sus beneficios, de eso no hay duda.

Luego de terminar su bebida, fue a preparar otra taza, dejó el libro en la mesa y encendió la cafetera. Volvió a la sala y marcó un número en su teléfono de pared, lo puso en su oído y esperó. Tras unos segundos, Steven empezó a hablar:

«¡Hola! Soy yo, Steven. Sé que no hablamos desde hace tiempo, pero he estado ocupado. No, no me he olvidado de ti. Sé que papá no te da la atención necesaria, pero siempre me vas a tener a mí». Cuatro segundos pasaron y siguió hablando. «¿Cómo estuvo la escuela? ¿Conseguiste nuevos amigos? No me agradan tus viejos compañeros, ¿recuerdas cuando te tiraron a ese pozo? Qué bueno que ya no los volverás a ver. Te aseguro que ahora mismo están ardiendo en el infierno. Sí, yo también te extraño, pero nos veremos pronto, sólo me falta un ingrediente para terminar la poción. Si todo sale bien, te veré mañana. Bueno, me tengo que ir, el café está casi listo. Adiós, *Deffi*. Yo también te quiero».

Steven colgó el teléfono. Estaba feliz, porque finalmente iba a ver a alguien cercano después de tanto tiempo.

## XVI

# LA CAÍDA

**E**l sol en *Soufreville* apenas alumbraba sus rocosas calles, los pájaros cantaban en una muy baja frecuencia y si ya vives ahí desde hace tiempo, no te sorprenderá saber que en el pueblo era muy común el tráfico de drogas.

Era verdad. En *Soufreville* existía una fábrica de azúcar. Era patrimonio del lugar por ser la principal fuente de ingresos para el gobierno del pueblo, es decir, *El Ataúd*. Es un negocio muy lucrativo, principalmente porque el azúcar no era la única sustancia cristalina que exportaban. *El Ataúd* fabricaba una droga llamada *blast*, esta era fabricada en forma de pastilla y se vendían muy bien en *Soufreville*, ya que beneficiaba a la mafia en todos los sentidos. La fábrica les servía para conseguir azúcar gratis para su té y camuflar su negocio de sustancias ilícitas.

Ya que conoces el negocio principal de la mafia, te puedes dar una idea de lo que estaba haciendo Steven en las

puertas de aquella fábrica. No buscaba hacer ningún negocio ilegal, solo buscaba comprar una bolsa de azúcar.

Por muy sorprendente que parezca, el azúcar no era fácil de conseguir en el pueblo, ya que era mayormente exportado a otros lugares y lo que quedaba se lo quedaba *El Ataúd*, así que la reserva que tenían para los demás era muy escasa. Si querías comprar una bolsa entera tenías que ser muy importante para la mafia; por suerte, Steven era una figura esencial para ellos, así que supuso que le permitirían comprar al por mayor.

Mientras Steven estaba esperando a que le abran las puertas, el oficial Greyson desempacaba sus maletas tras haber llegado de *Spoirtown*. Su madre tenía dificultades para caminar, y al estar viuda, no recibía mucha ayuda porque también era muda y socializar nunca le fue fácil. Al no poder pronunciar palabras, los sentimientos que recibes de una persona con esa discapacidad son más evidentes, y si una anciana viuda no daba la suficiente pena, que no pueda hablar hace que estar con ella sea una situación muy triste.

El oficial Greyson no le dirigía mucho la mirada a su madre, y aunque haya venido desde lejos para acompañarla, la repudiaba desde hace años por siempre privarlo de su propia felicidad. Es algo difícil pensar en una situación donde una viuda discapacitada sea estricta con su único hijo, pero las familias en general son así. Greyson no tenía nada que arreglar con ella, iba a actuar amablemente hasta que termine el fin de semana para luego abandonar ese pueblo polvoriento. Guardó su ropa y se preparó para comprar unas cuantas frutas cuando su madre tocó fuertemente el suelo con su bastón, fue en ese momento cuando le señaló el arma que llevaba en la cintura, insinuando que se la quite. Greyson no toleraba que su madre lo controle incluso desde una silla, así que en lenguaje de señas le dijo: «Si se me antoja llevar mi arma, la voy a llevar aunque no te guste». Su madre, dejando el bastón a un lado, le respondió: «Mientras estés



viviendo bajo mi techo, no usarás un arma cerca de mí». Greyson no se molestó en responderle, solo salió y tiró la puerta con agresión. Se nota que son familia porque ambos tienen muy mal carácter.

Tal vez el resentimiento que habita en el pecho del oficial Greyson sea un poco injustificado, pero no tenía tiempo para pensar en eso, pues ya tenía un día bastante interesante por delante.

Steven G. Ledger se cansó de esperar sin que nadie lo viera, así que decidió pasar atravesando las vallas. Esto, lógicamente, atrajo la atención de los que estaban vigilando desde dentro y no se hicieron esperar para frenarlo. Steven se mostró confundido, ya que no recibía la atención que merecía.

—Detente ahí. ¿Qué buscas? —exclamó uno de los tres hombres de traje que salieron de la puerta principal.

—No hay de qué preocuparse, soy *El Hechicero Personal del Ataúd*, y solo deseo una gran bolsa de azúcar —dijo Steven con tranquilidad.

—Escucha, *señor brujo* —dijo el mismo hombre con voz ligeramente burlesca—, si quieres mercancía, tendrás que comprarla como todos los demás.

—¿Qué acaso no sabes quién soy? —replicó Steven.

—Sí, sé muy bien quién eres, ahora vete de aquí.

Steven los miró muy seriamente a los tres por unos cuantos segundos. La presión era muy fuerte en el ambiente, pero Steven cortó el hielo cuando dijo de repente: «Está bien, no volveré a molestarlos».

Se volteó y parecía que ya se iba, pero volvió a voltearse y dijo: «Una última cosa...». Acto seguido, convierte su mano en una gran garra de cuervo y la extiende hasta la cara del hombre en traje que le estaba hablando para exprimir su cabeza, haciendo que su cráneo se desfigure como una pelota

de estrés, pero sin volver a su forma original. En cuanto los dos hombres reaccionaron, intentaron sacar sus armas; uno de ellos logró sacarla a tiempo pero no sirvió de mucho, porque Steven ya estaba cerrándole las vías respiratorias con la otra mano mientras susurraba palabras en latín, eso provocó que el hombre de traje se ahogue desesperadamente hasta caer muerto. El hombre restante lo miró aterrado, su corazón latía como si hubiera corrido durante dos horas sin descanso, lo cual no le permitía sacar su arma apropiadamente. A ese punto, lo mejor que podía hacer era correr, lástima que todo pasó tan rápido que lo único que pudo hacer fue caerse hacia atrás mientras contemplaba con pánico la figura de Steven G. Ledger desde el suelo. Este lo miró fijamente y mientras movía las manos de formas misteriosas, pronunciaba: *telekinetic imperium* con una tétrica voz. Esto provocó que Steven tuviera el control total sobre el cuerpo del ya condenado hombre usando la telequinesis, y lo primero que sucedió fue que invirtió la dirección donde se doblaban los codos y las rodillas de la víctima para luego estirar todas sus extremidades hacia atrás, lo cual provocó que su columna se partiera a la mitad, logrando así doblarlo como una hoja de papel. Tras haber aplastado completamente su cuerpo, vio que todavía estaba vomitando sangre; se sintió piadoso y decidió acabar con su sufrimiento girando su cabeza cuatro veces sobre su eje. Finalmente, se limpió las manchas de sangre de su cara con un pañuelo y entró a la fábrica tranquilamente, donde más compañía lo esperaba.

Charlotte reposaba tranquilamente mientras degustaba la famosa *comida callejera*. Danny comía a su lado. Para ser más exactos, comía a cuatro metros de ella.

Al contemplar la amplitud del parque público sentada en un banco, Charlotte bajó ligeramente la guardia, lo cual no le permitió ver que una persona se acercaba con nada más y nada menos que una pelota color rosa, lo que podría ser

perfectamente un arma homicida. Era una niña con una edad similar a la de Charlotte, tenía pelo rubio y dos coletas extrañamente colocadas. Sus ojos eran azules y su piel muy blanca, no solamente debido a sus genes, también por su limpieza, así que se podría asumir que ella sí tenía un hogar.

La misteriosa niña se quedó mirando a Charlotte atentamente mientras comía. Se quedó inmóvil, como una gacela mirando la luz de un auto yendo a toda velocidad a su dirección. Danny apenas notaba a alguien cerca de él, pero Charlotte no paraba de pensar en todo lo que esa nueva amenaza podría hacerle en ese momento tan vulnerable. Tal vez sea solo una niña con una pelota, pero Charlotte era la que estaba con las manos manchadas de salsa y con su *guardaespaldas* sentado en otro banco a cuatro metros de distancia. A sus ojos, si la misteriosa niña tenía un arma secreta, no había escapatoria.

Al no tener un alma, Charlotte no poseía ninguna emoción natural como las tendría un perro o un canario, pero su cerebro seguía siendo humano, uno con una mente privilegiada y una personalidad exageradamente precavida y minuciosa capaz de crear inseguridades. Tal vez no tenga ataques de ansiedad, pero sí puede ejecutar decisiones absurdamente paranoicas, así que no es sorpresa que haya entrado en pánico al ver cómo esa niña se quedó mirándola por más de tres segundos.

Luego de un largo suspenso, la niña comenzó a hablar lanzando un grito:

—¡Te ví en la biblioteca! —exclamó sin contemplación.

—¡Identificate! —respondió Charlotte de forma agitada y escandalosa, en parte para asegurarse de que la escuche, pero principalmente porque estaba muy exaltada.

—¡Sí, dijiste exactamente eso cuando te ví! —dijo, como si hubiera descubierto el secreto del Triángulo de las Bermudas.

Al escuchar todo el ruido que las dos estaban provocando, Danny, con la boca cubierta de comida, levantó la mirada con neutralidad.

—Deja de gritar —le ordenó Charlotte—, di tu nombre, dirección e intenciones.

—Me llamo Annie —respondió después de unos cuantos segundos de silencio—. Mis padres me dicen que no le diga dónde vivo a extraños, y mi intención es saber cómo te llamas.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Conozco a todos los de la cuadra, pero nunca te vi a ti —dijo, poniendo las manos en la cintura.

—¿Lo conoces a él? —dijo, señalando a su estimado *guardaespaldas*.

—Él es el huérfano Danny. ¡Hola, Danny!

—Hola —dijo Danny casi expulsando la comida de su boca.

—¿Cómo los conoces a todos? —preguntó Charlotte.

—Porque todos aquí van a la misma escuela, y quiero ser amiga de todos —dijo, con la boca llena de sus propias palabras.

Tener otro aliado no estaba en la lista de Charlotte. Era muy arriesgado y hasta ese momento había tenido mucha suerte, pero se podía acabar en cualquier momento. Ahora tenían dinero encima, así que los dos tenían que cuidarse mucho más, pero Charlotte aún no respondía la pregunta implícita con el titular: *¿Cuál es tu nombre?*

«Me llamo Sarah», dijo Charlotte, pero con la precaución de asegurarse de que Danny tenga la boca llena para que no pudiera hablar. «Mucho gusto», le dijo Annie

mientras extendía su mano para saludarla. Charlotte no podía creer que tenía que saludar siempre sacudiendo las manos cuando es tan fácil usar palabras, pero igualmente se limpió con una servilleta y la saludó apropiadamente. «Tienes una voz algo grave», dijo Annie. «Así nací», le respondió Charlotte.

—Soy nueva aquí, ¿me puedes decir dónde queda la escuela? —preguntó Charlotte.

—Está a unas cuantas calles por allá —le respondió mientras señalaba la dirección—. ¿Cuándo te inscribes?

—No lo sé, solo tengo curiosidad —le dijo mientras tomaba un sorbo de su jugo en caja imponentemente, ya que en términos de información sobre el otro, ella iba ganando.

En eso, Danny terminó de comer y gritó: «¡Ella también es huérfana!». Charlotte no podía creer que Danny haya dicho tal insolencia, pero más que nada, no podía creer que haya descubierto eso por su cuenta sin darle esa información previamente. Luego se dio cuenta de que no debía preocuparse por que Danny dijera su verdadero nombre, sino que pudiera pensar en que fuera huérfana también. Después de todo, nunca se presentó correctamente ante él.

—¿Cómo dices? —preguntó Annie confundida.

—Ella pasó toda la noche en la casa abandonada y sus padres nunca vinieron a buscarla —dijo Danny con todo el orgullo de un detective internacional encerrando al asesino del zodiaco.

—¿Eso es cierto?

Charlotte nunca había tenido tantas ganas de romperle la nariz a alguien.

—Es correcto —dijo Charlotte cerrando los ojos y frunciendo el ceño—, yo también soy huérfana.

—¡Eso explica tu estado! —exclamó Annie—. ¿Por qué no vas al orfanato?

—¿Orfanato? —preguntó Charlotte. Nunca le habían propuesto algo parecido antes.

—¡Sí, ya que eres nueva y no tienes padres, debes ir al orfanato o de lo contrario vivirás como Danny por el resto de tu vida!

Charlotte entró en conflicto. Por un lado, estar en un orfanato la haría vulnerable ante las autoridades, pero por otro lado, tendría un lugar seguro donde ir y venir sin preocuparse de estar directamente expuesta.

Antes de que pudiera pensar en algo, Annie ya estaba hablando con sus padres al otro lado del parque para que la inscriban en el orfanato de la ciudad. Era un momento de impotencia, pero no completamente en vano. Al fin y al cabo, quizás no sea tan malo dejar que otros tomen el control de su vida, al menos por esta vez.

En la otra parte de la historia, las alarmas de la fábrica de azúcar sonaban por todo lo alto. Steven había conseguido su objetivo, y el único costo fue asesinar a gran parte del personal de la fábrica.

Al salir por la puerta trasera, silenció la alarma con uno de sus hechizos, lo que le permitió escapar caminando sin ninguna complicación. Ahí estaba él, arrastrando un gran saco de azúcar, cubierto de sangre ajena y con una sonrisa en su rostro. No lo malentiendan, él no quería matar a nadie, pero imponer su poder ante los cerdos del *Ataúd* le alegraría la mañana a cualquiera.

Mientras caminaba por la rocosa calle, no podía dejar de notar que todo a su alrededor estaba vacío. No había nadie fuera de casa, lo cual daba un poco de miedo, pero es entendible, pues escuchar una alarma en uno de los edificios más peligrosos del pueblo no daba ningún mensaje de que

sea seguro estar afuera; además, era muy conveniente no tener testigos.

Faltaban pocas cuerdas para llegar a su destino, pero el viaje se sentía eterno, y mirando entre la niebla, cualquier cosa podría aparecer, y en una situación estresante como esa, es normal escuchar cosas donde no las hay, pero no hace ningún mal caminar un poco más rápido. Tal vez sea demasiado tarde para detenerse y demasiado pronto para asegurarlo, pero era definitivo, alguien estaba caminando hacia su dirección entre la espesa niebla. Steven abrió bien los ojos y agudizó sus sentidos lo más que pudo pero no pudo prevenir que cruzando la esquina estaba el oficial Greyson cargando su bolsa de frutas. Él, al ver a un hombre con un traje elegante cubierto de sangre fresca arrastrando una gran bolsa por el suelo, entendiblemente se paralizó y puso su mano en su arma. En cuanto Steven vio su posición de alerta, enseguida asimiló que si hacía un movimiento fuera de lo común, el oficial Greyson podría volarle la cabeza; pero, ¿qué es una víctima más? Sería mucho más productivo si solo hace que su propio estómago lo consuma hasta que queden solo los huesos, así que sin tardar más, Steven soltó la bolsa de azúcar y empezó a mover los brazos para hacer el hechizo.

Si Greyson fuera buen policía, no hubiera salido vivo de aquella situación. Afortunadamente para él, no lo es, porque le disparó a Steven en la mano en cuanto vio que las movía de formas misteriosas, lo cual lo puso razonablemente indispuerto para usar magia para defenderse. Steven, al contemplar cómo el gran orificio en su mano derecha se transformaba en una fuente de sangre, en seguida supo que la mejor opción era correr hacia su casa. El oficial Greyson lo seguía mientras le gritaba que se detenga, pero pocas veces ese truco funcionó en la historia de la humanidad. Steven seguía corriendo y sintiendo las balas rebotando sobre la rocosa calle cuando en un intento desesperado, intentó

formular el hechizo de reubicación geográfica mientras seguía moviéndose en zigzag, pero no fue buena idea, porque al estar tan concentrado en los movimientos de los dedos que le quedaban, tropezó y se golpeó en la cabeza para luego quedar inconsciente. El oficial Greyson, al observar su cuerpo en el suelo, se apresuró para atarlo con la bolsa de frutas que traía en su mano izquierda, tirando todas las berenjenas al suelo.



No fue un momento muy afortunado para el *gran hechicero*, y al igual que aquellas berenjenas tiradas en la rocosa calle, su futuro se veía oscuro.



## XVII

# EL FONDO DEL BARRIL

**E**n la casa de aquella pareja de casados había siempre mucha tensión, pero por alguna razón, la esposa no transmitía ninguna señal de estar angustiada por el reciente robo de la camioneta de su marido y el desorden que dejaron dentro de la casa.

Los detectives Quickley y Allard estaban bañados en las tibias aguas del aburrimiento. Ambos tenían la misma teoría de lo que pasó en ese escenario, pero había que matar el tiempo de alguna manera, así que siguieron interrogando a la señora.

—Entonces —dijo la detective Allard, iniciando la conversación—, ¿no se robaron nada más?

—No lo sé, tal vez —respondió la señora sin terminar de convencerse.

—En base a lo que nos dijo —siguió hablando la detective Allard—, entraron en la casa, rebuscaron por todas

las habitaciones, pero terminaron robando solamente la camioneta.

—Tal vez los ladrones no sabían dónde estaba —añadió el detective Quickley sarcásticamente.

—Sí —le respondió su compañera siguiéndole el juego —; las camionetas siempre son difíciles de encontrar.

—Por favor, ayúdeme a recuperarla —imploró muy nerviosa.

—Y, dígame —insistió Allard—, fue su esposo quien nos llamó, ¿cierto?

—Sí... Quiero decir... No.

—Interesante —dice Allard mientras actúa como si estuviera escribiendo en su libreta.

De repente, el teléfono de la casa suena y la señora va corriendo a responder para escapar de la conversación. Quickley y Allard se miraban con seriedad para confirmar su más que evidente teoría cuando repentinamente la señora llamó al detective Quickley para avisarle que la llamada era para él.

Quickley fue a atender al teléfono y empezó a hablar.

—Leonard Quickley al habla.

—¡Quickley! —exclamó el capitán al otro lado de la línea.

—Dígame, jefe —respondió vigorosamente.

—Hace unas horas, el oficial Greyson trajo a un criminal en potencia al hospital desde *Soufreville* y necesita tu ayuda para interrogarlo y asegurarse de que no termine arrestado.

—Pero... ¿arrestarlo no era la idea principal? —preguntó confundido.

—Me estoy refiriendo a Greyson.

Quickley se preocupó un poco con la situación, pero involucrarse en ella era más interesante que seguir en el caso

que le asignaron, así que terminó la llamada y se dirigió hacia su compañera para decirle: «Me llamaron desde el recinto para ayudar a Greyson en una situación complicada, ¿crees poder ocuparte del *ladrón de camionetas* tú sola?». La detective Allard lo miró con una sonrisa acompañada de un ceño fruncido y le respondió: «Prácticamente solo me falta hacer el papeleo. Tú ve a cumplir tu deber».

Tras encender el auto y dirigirse al hospital de *Spoirtown*, el detective Quickley vio que el sospechoso hospitalizado estaba acostado con ambas manos enyesadas. Greyson dice que estaba preocupado de que su otra mano esté fracturada, pero era obvio que hizo que le pongan yesos en sus dos manos porque tenía miedo de que esas sean sus armas más letales.

Quickley vio a Greyson sentado en una silla al lado de la camilla y le preguntó:

—¿Qué hiciste con este hombre para que esté inconsciente y con las manos destruidas?

—Tal vez te parezca raro, pero en cuanto lo vi, él tenía aspecto de haber cometido al menos cinco crímenes.

—¿Qué fue lo que hizo? —dijo Quickley después de ver a Steven unos cuantos segundos.

—Sospecho que fue el causante de que las alarmas en la fábrica de azúcar de allá se activaran. Vi que traía un saco de azúcar y, además, estaba cubierto de sangre.

—¿Lo viste en el acto?

—No, pero es obvio que fue el culpable de todo ese escándalo.

—¿Y te atacó?

—Intentó hacerme brujería.

—...¿Perdona?

—Empezó a mover las manos de forma rara, así que le disparé y por eso las tiene así.

—¿No crees que simplemente era mudo e intentaba comunicarse contigo? —dijo Quickley exaltado.

—Yo sé cómo usar el lenguaje de señas, y él no estaba diciendo nada.

—¡Ese no es el punto! ¡Disparar a un civil sin pruebas o muestras de agresión puede hacerte perder tu trabajo!

—No si tú lo impides.

—¿Estás loco?! —exclamó Quickley con incredulidad—. ¡No soy abogado, soy investigador!

—¡Pues investiga cómo puedo salir impune de esto! —respondió muy inquieto.

El detective Quickley mira a Steven con todo tipo de dudas, pero tiene muy claro que no hay escenario posible donde Greyson salga bien parado.

—¿Alguien más sabe de esto? —preguntó Quickley angustiado.

—Solo él —señalando a Steven— y tú.

—Está bien. Esto es lo que harás —le ordenó firmemente—: En tu informe no mencionarás nada sobre el disparo imprudente, solo dirás que lo viste saliendo de una escena del crimen de forma sospechosa e intentó escapar pero se tropezó, se fracturó las muñecas y quedó inconsciente.

—¿Y qué pasará cuando despierte?

—Tú estarás lejos de él y yo me encargaré de interrogarlo.

—Muchas gracias, Leo —le dijo mientras le daba la mano con fuerza—. Eres increíble.

—Solo asegúrate de que no vuelva a ocurrir.

El oficial Greyson salió de la habitación, dejando a Quickley solo con Steven. El detective lo miró directamente a la cara y a su herida causada por el golpe. Era una situación muy peculiar tener que sentarse al lado de un sospechoso

hospitalizado esperando a que despierte para interrogarlo, pero si la vida te da limones, tíralos a la basura y te privarás de una buena dosis de vitamina C.



Un nuevo amanecer surgió. Charlotte despertó en su nuevo hogar. Eso es debido a que los padres de Annie no perdieron tiempo en inscribirla, y tampoco había mucho que empacar. Una elipsis como esa deja muchas dudas en el aire. Qué bueno que no me gusta saltarme eventos importantes.

Cuando los padres de Annie le preguntaron a Charlotte si no tenía nada extra que empacar, esta recordó que dejó su maletín en la casa embrujada. Ahí había muchas cosas, entre ellas: ropa, documentos, medicinas y una botella plástica de agua. También estaba la extensa libreta de Arthur y el mono amarillo de felpa.

Ese maletín contenía toda la vida de Charlotte, y era indispensable tenerlo a su lado, pero en una casa abandonada estaba más seguro que en un orfanato frecuentado, así que decidió que lo mejor era dejarlo ahí.

Ya mirando al techo a las seis de la mañana, Charlotte sentía la necesidad de darse un baño para poder despedirse de la libertad para vestirse, puesto que en ese orfanato todos los niños tienen que usar un uniforme durante todo el día. Ella ya lo tenía tendido sobre su cama; era incómodamente colorido y estaba conformado por un suéter anaranjado, una camisa blanca y una falda negra. La institución no quería pagar por zapatos, así que esos sí eran libres de escoger. Un dato curioso que compensa la falta de calzado es que el orfanato teje sus propias medias negras, y de ellas habían por montones, tanto así que podías encontrar docenas tiradas por todos los rincones.

Su habitación era un pequeño espacio entre cuatro paredes con dos literas y dos mesas de trabajo, pero con una

sola silla. Tenía una ventana con barrotes que daba a la calle y una puerta que daba al pasillo que conducía a más habitaciones como esa. Las paredes estaban decoradas con los colores del arcoíris, si el arcoíris fuera un deprimente abismo cubierto con pena y mugre. No era el mejor hogar del mundo, pero al menos era uno.

Sus tres compañeros de habitación estaban dormidos, lo cual es normal a esa edad y hora del día. No iba a durar mucho, pues pronto los pasillos empezarían a contaminarse con el irritante ruido de pequeñas y aturdidoras campanas anunciando el inicio del día. Las docentes del orfanato suelen hacer eso cada mañana: agitar pequeñas campanas fuertemente a lo largo del pasillo de las habitaciones.

Algo interesante de los orfanatos es que nunca es dirigido por personas amables y cariñosas. Usualmente, la gente con más autoridad en esos lugares son señoras de mediana edad con problemas psicológicos cuyos mayores propósitos en la vida son: Hacer sufrir a generaciones más jóvenes y proteger su autoridad con su vida. En otras palabras, los maestros estrictos quieren cumplir su sueño frustrado de ser la persona más popular de la secundaria.

Empezaron a abrir bruscamente las puertas de cada habitación para lograr un mejor trauma matutino para los infantes y Charlotte no podía estar más preparada. Ya estaba vestida y con una libreta de 200 hojas que le había sido otorgada a todos los huérfanos respectivamente. Curiosamente, Charlotte no recibió nada para escribir, pero eso no era necesario, pues si miras al piso el tiempo suficiente podrás encontrar uno o dos bolígrafos junto a alguna media.

A las 7:06 empezaban las clases y a las 8:25 servían el desayuno. Los miércoles eran los únicos días donde no servían carne reciclada, lástima que ese día era sábado.

Tal como suena estar en un orfanato, es fácil entender la decisión de abortar un hijo, pero no fue el caso de estas almas juguetonas, así que lo mejor para ellos es disfrutar mientras vivan.

Ya que todos estamos en sincronía, podemos entender por qué Charlotte usaba su libreta de anotaciones como bitácora para pasar el tiempo. El salón de clases no era muy diferente de cualquier otra habitación, ya que lo único que lo hacía distinto era sus pequeños pupitres color menta, (ese asqueroso color menta). Es importante recalcar esos pupitres porque no cumplían bien su función principal. El asiento era más grande que la mesa y, al estar conectados entre sí por una extensión de metal, solo puedes sentarte de un solo lado y para colmo, la mesa no está completamente horizontal. Las patas tampoco estaban niveladas pero eso no era culpa del pupitre, sino del suelo.

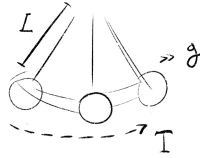
29 alumnos, 27 pupitres y 1 maestro. Iba a ser una mañana muy interesante para Charlotte.

En su bitácora improvisada escribió todo lo que estaba pasando, así que es mejor leer lo que escribió ella.

*Son las siete con siete minutos. Mis compañeros de clase se dividen en dos claros grupos: Los que están hartos del sistema educativo y por lo tanto, están con la cabeza oculta entre sus brazos recostados sobre la mesa, y los que no les importa seguir adelante en la vida, y por lo tanto, están hablando muy fuerte y haciendo mucho desorden. El profesor que vino a presentarse hoy no se ve muy amigable ni muy alegre, pero no sé si debería estarlo.*

*El profesor empezó a escribir en el pizarrón muchas cosas que le ayudan a complementar el punto que estaba dando, más no es para nada interesante saber sobre las*

bases de la termodinámica de su exesposa al momento de dormir juntos.



$$T = 2\pi \sqrt{\frac{L}{g}}$$

$$\pi = 3.14$$

Después de varios minutos, creo que entendí algo de lo que me dijo entre tantas palabras rebuscadas, y es que el periodo de un péndulo es proporcional a la raíz cuadrada de la longitud del péndulo e inversamente proporcional a la raíz cuadrada de  $g$ , lo cual es bastante interesante, pero creo que un poco avanzado para la edad que tenemos, aunque en el mismo salón estamos niños de varias edades. No soy experta en temas educativos, pero cosas como la “raíz cuadrada” son relatadas en libros de estantes superiores en las bibliotecas. Si es así, me siento bien de que enseñen algo útil en estos lugares.

Olvida lo que dije, ahora nos está enseñando sobre los sonidos de los animales de ganadería.

Me quitaron mi cuaderno. Al parecer creen que por la impecable ortografía le pertenecía a un universitario que dejó escrito algunas cosas en las primeras páginas. Lástima que al ver mi caligrafía se dieron cuenta de que yo escribí todas esas cosas sobre el profesor y al parecer a él no le



*gustó. Pasé unas horas en la sala de castigados por ser la única persona que escribía coherentemente en ese salón. Al menos eso creo.*

Luego de una peculiar sesión de clases, Charlotte y los demás fueron a consumir su desayuno diario. Esta vez les tocó avena. La avena está bien como desayuno, pero esta era muy espesa, eso porque el orfanato suele ahorrar en recursos, así que no usaron mucha leche.

Charlotte se sentó con su bandeja con avena. Mientras observaba a los demás niños retozando por todo el comedor, se puso a pensar en Danny y por qué estaba en una parada de autobús tan lejos de su lugar de origen. Tal vez se perdió; tal vez buscaba otro hogar, o al menos alguien a quien aferrarse.

No había tiempo para pensar en esas cosas, porque una nueva oponente se acercaba y no se veía amigable. Era una niña de cabellos castaños y baja estatura, acompañada de sus dos hermanos mayores y de sus complejas trenzas. Mincy era su nombre y molestar era su propósito. «Tienes cara de varón», ella decía. Charlotte se dio cuenta de que su delineador de ojos se había desvanecido de su cara después de dos días, así que su cutis denotaba un poco más de masculinidad. «Así es como vine a este mundo», le respondió.

Todo para Mincy era un completo drama; por ende, no permitiría que la conversación acabara ahí.

—¿De dónde vienes? ¿De la basura? —preguntó Mincy con todo el propósito de ofender.

—Esto es un orfanato, así que lo más probable es que todos aquí vengan de un basurero —le respondió Charlotte.

—Las niñas de la basura no necesitan comida —decía mientras le quitaba su plato de avena.

Charlotte vio cómo se retiraba con su desayuno y sintió que algo le ardía en el pecho, lo cual era raro, porque no se supone que ella deba sentir algo tras ser revocada de su alma, pero por alguna razón, sentía unas enormes ganas de hacer sufrir a esa niña.

Desdichada es la vida de los que despiertan del sueño eterno. Steven abrió los ojos para encontrarse con un agente de policía dormido en una silla al lado de la camilla donde estaba acostado con las manos inmóviles. Al ver que su situación no era la óptima, decidió levantarse silenciosamente y caminar hacia la puerta, pero no pasó mucho tiempo hasta que el detective Quickley alzara su placa y le enunció:

—Buenos días, *bello durmiente*. Le agradecería que me responda algunas preguntas, si no es mucha molestia.

—¿Dónde está mi amuleto? —preguntó Steven sin ningún tipo de respeto.

—Te dije que yo haría las preguntas.

—Es parecido a un triángulo metálico sujeto a una cuerda oscura —insistió Steven.

—Señor, no tengo idea de lo que está hablando. Cuando entré a esta habitación usted no traía ningún *amuleto*.

—¿Dónde está mi ropa?

—En otra sala. Si te encuentras en buen estado, será mejor que me acompañes para que podamos terminar con estos inconvenientes de una vez y puedas salir de aquí.

Steven miró fijamente a Quickley y decidió cooperar, puesto que en este tipo de situaciones hay que pisar con cuidado. Después de un profundo suspiro, accedió a acompañar al detective.

*El gran hechicero* fue llevado al cuarto donde dejaron sus prendas y, al ver que no estaba su amuleto, supo que su única salida era su ingenio, y dado a que para conseguir una

bolsa de azúcar tuvo que asesinar a varios guardias, no era el mejor escenario para él.

De seguro habrás adivinado que aquel collar no era un simple amuleto de la suerte, sino que es en cierta medida su principal fuente de poder.

Steven fue procesado y ubicado en el cuarto de interrogatorios con completa tranquilidad, usando el traje que llevaba el día anterior, además de vendas en sus manos y su frente. El detective Quickley se sentó frente a él y lo empezó a interrogar.

—Ayúdame con esto, ¿sí? —dijo el detective deseando terminar rápidamente—. Si confiesas ahora, estarás pocos años en la cárcel.

—¿Confesar? ¿Hice algo malo? Creo que no recuerdo nada desde el golpe en la cabeza —actuó Steven en tono inocente.

—Muy gracioso. Si tuvieras amnesia harías más preguntas sobre tus heridas.

—Bien. ¿Ya me puedes quitar las vendas? Cubrieron tanto mis manos que parecen yesos.

—Eso es porque son yesos.

—¡Pero si solo me dispararon en la mano derecha! No tengo ningún hueso fracturado —exclamó ligeramente.

—Uy no —expresó Quickley—, no debes mencionar que te dispararon, debes decir que te *caíste* y te *fracturaste* las manos —dijo haciendo el gesto de comillas con los dedos.

—No. Él me disparó.

—Bien, te propongo esto: Si no presentas cargos hacia el oficial Greyson, vamos a olvidar tu sospechosa aparición en una escena del crimen.

—¿Hablas en serio? —exclamó indignado—. ¿Has visto mi estado actual?

—Mira, la justicia está muy lejos de ser perfecta, pero podemos sacar provecho de ella, y si nos ayudas quedarás libre y volverás a tu pueblo.

—Está bien —dijo luego de pensarlo un rato—, pero quiero mi amuleto de vuelta.

—Muchas gracias. Espera aquí, voy a ver si logro ubicarlo.

Quickley se levanta de la silla y sale por la puerta para hablar con su compañera al otro lado del cristal.

—¿Qué conseguiste? —preguntó la detective Allard.

—No está dispuesto a sacrificarse por un bien común, pero no presentará cargos si decimos que se fracturó las manos por accidente, siempre y cuando le devolvamos un objeto que perdió.

—¿Estás bromeando? —exclamó dejándolo a media oración.

—Sé que no es la acción más correcta, pero recibí órdenes de defender a Greyson a toda costa.

—¡¿Estás demente?! —exclamó aún más indignada—. Greyson debe afrontar las consecuencias de ser un gatillo fácil. Él es la razón por la cual los civiles odian a los policías.

—Si algo le pasa a Greyson, el jefe me va a despedir a mí. Este trabajo es todo lo que tiene y probablemente haga una locura si se lo quitan o tan siquiera lo suspenden.

—No puedo creer que dejes esto pasar —expresó decepcionada.

—¿Averiguaste quién es?

—Steven Gideon Ledger —dijo resoplando—, un mago callejero que no cambió su nombre a pesar de sus antecedentes de estafas y robos menores. No tiene familiares cercanos. Tenía una hermana, pero se desconoce su estado actual.

—Gracias, Elena.

—Voy a conservar su foto de registro para recordarte todos los días que lo dejaste libre —le susurró furiosamente en su cara.

Luego de eso, Allard sale de la habitación con un portazo. Quickley presiona su frente con sus dedos para consolarse por lo que hará. Se dirige al teléfono de la pared para llamar al oficial Greyson y así preguntarle sobre la ubicación del amuleto.

—¿Quién es? —responde Greyson desde su casa.

—Greyson, soy Quickley. Necesito saber dónde está el collar que llevaba la víctima. A la que le disparaste.

—Oye, oye, no me hables así. ¿Cómo voy a saber eso? —dijo mientras veía al objeto colgado de su antebrazo.

—Por favor, dime dónde pudo haber terminado. De esto depende tu trabajo y tu libertad.

—Esa cosa debe estar maldita. Si no lo estuviera, el sospechoso no la necesitaría tanto.

—¿Puedes dejar tus supersticiones a un lado por un momento?! —exclamó enojado—. ¡Es propiedad ajena y si no la devuelves no te dejará en paz!

—Al contrario. Si se lo doy, él me va a matar.

Quickley suelta un grito comprimido entre sus dientes mientras golpea el teléfono contra la pared.

—Ven aquí ahora mismo —le ordenó a Greyson de forma agresiva.

—Lo siento, pero la mejor opción es encerrarlo.

—¡Si lo llevas a juicio, tú vas a perder!

—Voy a conseguir un buen abogado y terminaremos con esto de la mejor manera. Ya reservé el auditorio para mañana.

—¡Vas a complicar todo!

—Valdrá la pena.

—¡Dale el maldito amuleto! —gritó desesperado.

Greyson colgó la llamada. Quickley colgó también, pero un poco más despacio que de costumbre. Luego se volteó y gritó a todo pulmón cubriéndose la boca con su antebrazo.

Steven estaba impaciente. Sin su amuleto, su única forma de infringir daño era dictar maldiciones de memoria o crear algún brebaje, y a menos que encuentre algún caldero en la comisaría, no había forma de escapar a la fuerza. En eso, Quickley entró por la puerta y le dijo lo siguiente:

—Escucha, no encontramos tu amuleto. Será mejor que encuentres un buen abogado si aún quieres presentar los cargos.

Steven sostuvo un largo silencio mirando a la nada.

—¿Quién lo tiene? —preguntó sin expresión en su rostro mirando al detective Quickley a los ojos.

—Se perdió, ya te dije.

—Mientes. Dime el nombre del que me disparó.

—No puedo hacer eso —dijo temeroso.

—Greyson es su apellido. ¿Cuál es su nombre completo?

—Lo siento mucho, mañana se decidirá tu destino. Por ahora, estás bajo arresto.

—¿Cómo se llama? —Insistió Steven.

—Tienes derecho a guardar silencio —decía Quickley mientras se preparaba para ponerle las esposas a Steven—. Cualquier cosa que digas puede ser usada en tu contra en un tribunal judicial.

—¿¡Cuál es su nombre?! —gritó exasperado.

—Tienes derecho a un abogado —continuó—. Si no lo puedes pagar, la corte te asignará uno si así lo deseas.

—¡Vas a morir, Leonard Quickley! —dijo mientras el detective le colocaba las esposas por detrás.

—Puedes pedir un abogado aún si decides contestar las preguntas sin uno y tienes derecho a una llamada, pero no creo que tengas a alguien cercano que te ayude.

Steven detuvo su forcejeo y se le ocurrió una salida simple. Solicitó hacer una llamada y esta le fue concedida.

Quickley le retiró sus esposas y se las colocó de nuevo de frente para que pudiera usar el teléfono. Steven era afortunado de tener a la mafia de su lado, una ayuda como esa le vendría bien en esos momentos. Marcó el número forzosamente y esperó. El Sr. Clement respondió.

—Dígame.

—Buenos días, señor —dijo Steven con una sonrisa.

—¿Quién es?

—Soy Steven Ledger, el hechicero. Le llamo para solicitar su ayuda.

—¿Ayuda? —preguntó incrédulo—. Eres muy gracioso, Gideon.

—¿Cómo dice? —dijo mientras su sonrisa se borraba.

—¿Tú crees que después del espectáculo que hiciste en mi fábrica se me ocurriría tan siquiera dejarte con vida?

—Pero ya pagué mi condena. Estoy arrestado en *Spoirtown* con heridas graves. Si me recoges, puedes matarme ahí.

—¡Pusiste en peligro al *Ataúd!* —gritó exaltado— ¡Ahora estamos en el radar! Y si hay un lugar donde quiero que te pudras es la prisión, y da las gracias a que estás lejos de mi alcance.

El Sr. Clement cuelga y las esperanzas de Steven se desploman, arrastrándose por el frío suelo de la comisaría. Estando tan cerca de conseguir su objetivo, Steven tocó el fondo del barril y se quedó esposado a él.



Hablando de fondos de barriles, Charlotte solo quería hacer un hoyo en la pared del orfanato con los dientes para aliviar el dolor de cabeza que le proporcionó aquella insufrible niña durante todo el día. La noche se acercaba y era momento de convivir con sus tres compañeros de habitación. ¿Qué les parece?, son trillizos. En realidad dos de ellos lo son, porque el otro hermano estaba en otra habitación, siendo este reemplazado por otra niña. Así que eran dos niños idénticos y una niña normal. No hace falta que memorices sus nombres, pues solo entran a su habitación a dormir. Charlotte miró con admiración la velocidad con la que tres infantes podían quedar en trance. Naturalmente ella tarda dos horas en dormir, debido a que por las noches su cerebro trabaja más y su situación económica y social no eran precisamente de las que evocaban una conciencia tranquila. Después de vender su alma, las noches para Charlotte se sienten más cortas.

Se acostó en su cama e intentó conciliar el sueño, pero por alguna razón, algo la retenía de poder cerrar los ojos por completo. Después de 33 minutos de intentar dormir, un extraño sonido llamó la atención Charlotte. Al poner los pies sobre su cama y mirar por los barrotes de la *ventana*, divisó a su estimado secuaz lanzando piedras a la pared. Danny quería llamar su atención para saludar desde la acera.

—Estas no son horas para molestar —le replicó Charlotte.

—¿Necesitas ayuda? —dijo susurrando de forma innecesaria.

—¿Por qué dices eso?

—Es que si yo fuera tú, querría que mi *yo* del futuro me ayudara a superar los primeros días en el orfanato.



—No, no necesito ayuda —le respondió, intentando hacerle pensar que lo que dijo puede usarse en una conversación normal para que no lo intente explicar.

—¡Bueno, me iré ahora! —exclamó, ignorando su anterior intento de ser sigiloso.

—Espera —dijo Charlotte con un tono extrañamente suplicante.

—¿Qué?

—...¿Te acuerdas del cuarto donde me quedé a dormir en la casa abandonada? —preguntó ligeramente apenada.

—Sí, era el cuarto de las arañas.

—Bajo la cama guardé un maletín. Si logras entrar, ábrelo y tráeme un mono de peluche que se encuentra dentro.

—Está bien.

Danny se fue corriendo a buscar el muñeco sin hacer ninguna otra pregunta. Algunos dirán que fue un acto de valentía, otros dirán que se compadeció de su amiga, pero en el fondo todos sabemos que su mente se concentró tanto en las instrucciones que ignoró completamente los peligros que suponía entrar a esa casa.

Charlotte se acostó de nuevo. Le pidió a Danny que le lleve un juguete que está a varios kilómetros de distancia a mitad de la noche en un lugar con altos niveles de riesgo. Estaba un 78% segura de que no iba a volver, así que intentó dormir.

Una hora más tarde, Charlotte vio que una pequeña piedra entró a la habitación. Se negaba a creer que si asomaba la cabeza por la ventana vería a Danny con el muñeco en sus manos; sin embargo, se puso de pie sobre su cama de nuevo y ahí estaba, el preciado mono amarillo de peluche que Danny recuperó sin ningún rasguño aparente.

—¿Cómo lograste traerlo? —preguntó más extrañada que impresionada.

—Pues —decía mientras respiraba fuertemente por la boca— al entrar a la casa todo estaba tranquilo. Al parecer el fantasma estaba dormido. Encontrar el maletín fue difícil porque estaba todo oscuro, pero conseguí salir solamente con raspones en las rodillas.

—Eres increíble.

—¿Te lo lanzo?

—Sí —dijo luego de mirar a todos lados.

El mono logró entrar entre los barrotes de la ventana y Charlotte pudo sentir esa polvorienta felpa de nuevo. Algo en su interior se sentía bien, tal vez sea por sus impulsos infantiles, los cuales no puede abandonar. Luego miró a Danny y le dijo:

—Gracias, significa mucho.

—De nada —le respondió sonriendo—. Yo hubiera deseado tener un amigo en el orfanato también.

—Lo tengo desde antes de que mis padres murieran.

—¿Cómo se llama? —refiriéndose al muñeco.

Es cierto, el mono amarillo no tiene nombre. Charlotte miró directamente a sus ojos de botón y decidió bautizarlo con un nombre que pueda recordar.

—Arthur —dijo Charlotte decidida de su respuesta—. Se llama Arthur.

—Me gusta el nombre.

Danny soltó pequeñas carcajadas y se fue saltando repitiendo el nombre *Arthur* como si fuera la palabra más interesante del mundo.

Charlotte puso su cabeza sobre su almohada y, abrazando a Arthur, pudo cerrar los ojos.

# XVIII

## SANGRE FRÍA

**U**n buen día comienza con un buen hábito. En el caso de Charlotte, lo primero que hizo al levantarse fue escribir en su cuaderno todos los tipos de tortura que pudo imaginar para hacer sufrir a esa miserable rata caminante a la que todos llaman *Mincy*. Entre todas las opciones, las más razonables eran: Hacer que trague un guiso con la carne de sus hermanos; encerrarla en un baño inundado con las tuberías tapadas durante tres días; colgarla de los dedos de los pies; usarla como piñata; y, sacarle los dientes con tenazas y un martillo. Algo se le ocurrirá algún día.

Las primeras horas de clases iniciaron y, al parecer, la profesora de Ciencias amaneció creativa esa mañana, porque se le ocurrió que los alumnos trabajarían mejor realizando proyectos en pareja. Te apuesto a que no adivinas a quién más le tocó la misma clase ese día. No te rompas la cabeza, es *Mincy*. Los alumnos no están ordenados por aulas, así que solo toman a los que se ven de la misma edad y los ponen

juntos de forma aleatoria en distintas clases del mismo nivel. Vaya suerte tuvo que tener Charlotte para que su pareja de trabajo sea la misma niña con el nombre que inundaba las hojas de su cuaderno de palabras de odio.

Hora de trabajar. Charlotte se acercó a su mesa y esperaba a que al verla llegar se muestre un poco más débil sin sus dos guardaespaldas, pero nada más lejos de la realidad. Apenas Charlotte se inclinó para sentarse, ella apartó la silla, provocando que se caiga y se raspe la espalda y el cuello. Si te ha pasado, sabrás que todo dolor físico que te provoque otra persona tiene un añadido especial que te impulsa a querer retribuir. Charlotte sentía lo mismo, pero el doble. Ya te imaginarás lo que tuvo que aguantar para no arrancarle las uñas a esa maldita.

Hey, no me juzgues, a veces hay que ponerse en su lugar.

Las dos no intercambiaron una sola palabra, dirigieron sus ojos hacia adelante y de vez en cuando se miraban con repudio, pero ninguna iba a darle la satisfacción a la otra de mostrarse molesta.

El trabajo consistía en disecar una rana. Las unidades educativas que aprueban ese tipo de prácticas deberían sentirse mal por tan siquiera considerarlas, pero en esa época no era la gran cosa. Todas las parejas recibieron una rana. Por suerte, todas ya estaban muertas y lo único que tenían que hacer los estudiantes era abrirles el vientre con un bisturí para ver sus órganos. Charlotte no sabía muy bien cuál era el propósito de esa actividad, pero una vez que vio el viscoso anfibio recostado en la mesa, se dio cuenta de que podía poner en práctica todo lo que leyó sobre cirugías en la extensa libreta de Arthur. La profesora les explicó que el interior de la rana es en mayor parte parecido al humano y que podían incluso jugar con sus órganos vitales para simular ser un cirujano. Charlotte no podía esperar, pero su

impaciencia era superada por su prudencia, así que se aseguró de que Mincy no la apuñale con el bisturí en cuanto se lo entreguen, pero no tenía de qué preocuparse, porque ella ya estaba alejada unos cuantos metros de la mesa debido a su miedo a los anfibios.

Todo iba de maravilla. La profesora salió del salón para fumar. Todos estaban ocupados en lo suyo y nada podía impedir que Charlotte examinara la anatomía de esa pequeña criatura saltarina. Recibió su bisturí y empezó a abrir el cadáver. En ese momento, Charlotte estaba tan concentrada que bajó la guardia. Todas esas malolientes entrañas y órganos perfectamente ensamblados en miniatura la distrajeron de lo que es su principal peligro: La niña que está detrás de ella. Vio la cabeza inclinada de Charlotte y no pudo detener el impulso de estamparla contra la mesa y sobre la rana muerta.

Así fue. Charlotte no podía más que respirar sobre el viscoso interior ya aplastado del anfibio. Apoyó sus brazos en la mesa intentando levantarse, pero Mincy la empujaba con sus dos manos y estaba decidida a mantenerla en esa posición hasta que comience a llorar y ya no pueda defenderse, pero por lo visto, eso no iba a pasar. Charlotte entró en pánico. Su bisturí estaba a pocos milímetros de atravesar su frente, pero por suerte, este permaneció horizontal todo el tiempo. Nadie en la habitación hizo nada para detener a Mincy, era más divertido ver cómo la niña nueva lloraba sobre las tripas de una rana.

La ira y la impotencia corrían por las venas de Charlotte como sopa caliente. La infame última gota de impaciencia finalmente derramó el vaso y provocó que la adrenalina actúe sobre el pensamiento racional. Charlotte empujó su silla hacia atrás con sus pies, haciendo que Mincy pierda el equilibrio y liberándola de la trampa de entrañas en la que estaba. Agarró el bisturí y lo enterró en la mano izquierda de Mincy, clavándola en el suelo, y cuando comenzó a gritar se abalanzó sobre ella para sostenerle el otro brazo y callarla,

pero, ¿qué mejor manera de cerrarle la boca a alguien que exponerlo a su límite? Tomó la rana muerta sobre la mesa y la metió con fuerza dentro de la boca de Mincy mientras esta gemía desesperada. Charlotte no quería darle una lección, quería causarle un trauma para que no se atreva a tan siquiera mirarse a un espejo sin sentir asco, así que se aseguró de que la rana entre muy bien a su laringe y termine tragándose, junto a su vómito si es necesario. Presionó el cadáver contra su garganta y mantuvo sus mandíbulas abiertas; los demás compañeros estaban parados en un círculo viendo cómo Mincy mojaba el piso con su saliva y lágrimas mientras sollozaba aterrada moviendo las piernas con desesperación. Charlotte se cansó de ver cómo su cuerpo rechazaba tragar a un animal entero, así que le arrancó el bisturí de la mano y lo posicionó en su cuello, amenazándola con que si no se tragaba a la rana, la madera del suelo comenzaría a atraer hongos por la humedad que dejará la gran cantidad de sangre que saldrá de su cuerpo. Mincy, al sentir el filo de la cuchilla en su cuello, solo pudo romper en llanto y vomitar los restos del anfibio. Charlotte se apartó y dejó que se rompa psicológicamente, retorciéndose entre sus fluidos corporales.

Al oír todo el ruido, la profesora entró y presencié el panorama de una niña llorando en el suelo con restos de lo que eran órganos funcionales de un ser vivo esparcidos por todos lados, rodeada de varios niños sorprendidos y otra niña con lo que parece ser sangre fría esparcida por su cara y un bisturí cubierto con sangre caliente en su mano. «Ella empezó» afirmó Charlotte,

No pasó mucho tiempo antes de que las dos aparezcan sentadas en la oficina del director.

Mincy fue aseada y ligeramente hospitalizada con unas vendas en la mano, pero seguía sollozando. Charlotte no mostraba expresión alguna como de costumbre, pero se sentía increíblemente bien. Vengarse violentamente le

proporcionó una explosión de placer mayor a una inyección de dopamina. No era algo humano lo que sentía, era algo más.

El director las miró a los ojos y fuera de ver una clara situación de agresividad institucional, vio a dos infantes con dificultades para solucionar problemas sociales entre compañeros. Para no hacer el cuento largo, soltó un extenso monólogo sobre el respeto que duró por lo menos tres minutos, y al final, les dijo que se dieran la mano y que solucionaran lo que sea que tengan como *amigas* que eran. Mincy sacó su cara de entre sus manos y miró lentamente con miedo los penetrantes ojos de Charlotte; ella vio cómo Mincy temblaba de pánico y aguantando sus escalofríos de placer, extendió su mano y esperó pacientemente a que esta terminara de sollozar para imponer su dominancia.

Finalmente, se tomaron de la mano y salieron impunes de cualquier consecuencia. El sistema educativo nunca funcionó, pero ese era un gran paso hacia atrás para la historia de la educación. ¿A quién engaño? A nadie le importan esas cosas de todos modos.

Un sistema mejor estructurado que el educativo es el de la justicia, ya que logró hacer que a Steven Gideon Ledger le dieran 61 años de cárcel apenas al medio día. El detective Quickley salió con él del tribunal y sólo pudo respirar profundo para aliviar todos los nervios residuales. Steven se mostraba cansado; no tenía nada que hacer si lo dejaban libre, así que para terminar con todo rápidamente, se declaró culpable y se dispuso a prepararse para una vida entera tras las rejas.

A pesar de todo, Steven aún tenía algo por hacer y no iba a olvidarlo ni muerto: Asesinar al oficial Greyson. Gracias a su aparición en la corte pudo saber su nombre completo y no podía estar más contento dentro de lo que cabe, porque ahora que sabe su nombre y su aspecto, puede hacer un muñeco voodoo y torturarlo hasta su muerte sin siquiera

estar cerca. Es una lástima que no pueda regresar a su casa para fabricar el muñeco, pero ya sabes lo que dicen: *La magia negra te acompañará estés donde estés*. Estaba listo para ser condenado, pero antes de que pudiera estrenar su nueva ropa de prisionero, el detective Quickley le dijo que su destino no era la cárcel local, sino una reservada para terroristas y criminales altamente peligrosos, y quedaba a cientos de kilómetros de *Spoirtown*. Esto no le quitó el sueño a Steven. Al fin y al cabo, no tenía prisas.

Antes de que salieran del edificio, el oficial Greyson los detuvo para poder decir unas cuantas cosas.

—Leonard, lamento que tuviera que ser así, pero nunca he estado tan seguro de algo en la vida —luego, mirando a Steven, dijo—. Ese malnacido tenía que perder.

Steven, fuera de enojarse, lo miró con ojos de superioridad, en parte porque quería contemplar cada detalle de su estructura corporal y así hacer un muñeco más realista, pero al bajar levemente su mirada, notó que debajo de su camisa usaba un colgante, y no cualquiera, porque el maldito tenía su amuleto. ¿Quién lo iba a imaginar? Su arma más útil estaba a menos de un metro de distancia, colgando del cuello de su enemigo. Steven nunca se planteó pasar por ese tipo de tortura psicológica.

—Gracias por tu ayuda, Greyson —dijo Quickley con el propósito de alejarse de él cuanto antes—, pero creo que ya deberías volver a casa. Yo me encargo de llevarlo a su nuevo hogar.

Steven se quedó mirando a Greyson sin poder hacer nada, con las manos esposadas y bajando por las escaleras del fracaso.

Como terminaron temprano, Quickley le ofreció a Steven que almuercen juntos en su celda para que reciba su



*última cena* antes de ir a una cárcel de alta seguridad. ¿Qué podía perder? Steven aceptó.

Ambos, comiendo pasta, comenzaron a platicar.

—Debe ser duro ser un policía y aún así ser esclavo de otros —dijo Steven sin ningún tipo de censura.

—¿Por qué lo dices? —preguntó confundido y ofendido.

—Es que no pude evitar notar que siempre eres tú el que recibe órdenes.

—No sé qué caricatura viste para pensar que un diálogo como ese te salvaría, pero yo no soy esclavo de nadie.

—Eso dijeron los nativos de Ecuador cuando cosechaban para los españoles.

—¿Puedes usar una analogía más general para mostrar tu punto? No conozco la historia de Ecuador.

—Es prácticamente igual a la de todos los países del continente americano: Esclavitud por parte de los europeos hasta terminar contaminados por su cultura sin más opción que abandonar o transformar sus propias raíces.

—Puede que tengas razón, pero tú también naciste en Europa.

—Yo no soy europeo, soy de Estados Unidos.

—¿Qué? —preguntó extrañado, ya que en su expediente su nacionalidad era diferente.

—Me mudé a Europa para iniciar una nueva vida. Una cosa vino a la otra y terminé en Francia, por desgracia.

—No odies a Francia por ser el país donde te capturaron.

—No, en serio. Este país es un asco.

—Bueno, basta de charla amistosa, voy a ir al punto. — De repente se puso serio y sacó una carpeta con fotos—. ¿Quién hizo estas heridas? —le preguntó mientras señalaba una foto de una de las víctimas de la fábrica.

—¿Tanta poca fe tienes en mí? —dijo, mirándolo a los ojos y sonriendo levemente, actuando genuinamente como si se sintiera subestimado.

—No juegues. Estos cadáveres no son normales. ¿Qué les hiciste? —preguntó aún más serio mientras su corazón latía notablemente.

—¿Qué harás, interrogarme otra vez? Ya no puedes hacer nada, porque, aunque no lo quieras, no estás ni remotamente cerca de llegar al poder que tienen tus dueños.

El ambiente se volvió trece veces más pesado, y parecía que el mundo exterior se quedaba callado en un oscuro silencio.

—Nadie más sabe de esto. Los del equipo forense aceptaron guardar silencio, pero necesito saber cómo demonios le cerraste las malditas vías respiratorias a este hombre —le dijo Quickley, susurrando pero con la voz quebrada de la incredulidad.

—¿Quieres que te muestre?

—No te molestes en intimidarme, es obvio que sin tu amuleto no puedes hacerme daño. Si ese no fuera el caso, no estaría hablando contigo. Dime lo que sabes, maldito psicópata.

—Escúchame bien, *Sherlock*, mis capacidades están fuera de tu incumbencia. Ya he matado antes, y la masacre que reside en esa fábrica no es ni por lejos lo más cruel que le he provocado a una persona. Ellos se lo merecían, y disfruté mientras se desangraban por todo el suelo, pero no soy un psicópata. Tú no sabes nada sobre mí, y si no fuera por ese maldito policía, ya estaría muy lejos de este mugroso lugar —dijo Steven con una notable ira y determinación en su expresión.

—Y pensar que te ofrecí dejarte libre.

—Oh, no lo olvidaré. Eres una de las personas más amables que he conocido, pero te conozco, Leonard Brandon

Quickley —pronunció lentamente—. Es un nombre algo difícil de pronunciar, pero aún más difícil de olvidar. La profunda ansiedad caerá sobre tu cabeza algún día y sabrás que será gracias a mi, y solo yo podré liberarte de ese tormento.

—¿Acabas de amenazarme con magia negra? —preguntó ligeramente ofendido.

—Básicamente.

—Así que en realidad sí eres un hechicero. Eso explica todo —Quickley guardó las fotos en su carpeta—. Me aseguraré de informarle a los guardias de la prisión que tengan un especial cuidado contigo. Les diré que eres esquizofrénico, eso te asegurará al menos una camisa de fuerza.

—No te atreverías.

—Ten la seguridad de que haré todo lo posible para que lo que te quede de vida te deje traumas en el infierno.

—Ahí me esperarás, y no te gustará cuando llegue —dijo seriamente amenazante.

—No me digas —expresó incrédulo.

—Hablo en serio. Sé cómo lucen las llamas del inframundo, y las vas a amar, cada una de ellas, mientras perforan tus órganos con alta presión.

La atmósfera se sentía más densa que la leche condensada, pero eso no alteró el biorritmo de ninguno de los dos, pues se miraron fijamente por un rato antes de despedirse.

La hora del almuerzo ha terminado. Era tiempo de dejar que el condenado descanse.



Esa noche, dormiría en la comisaría, pero la siguiente iba a ser en su hogar.



# XIX

## RAYO DE LUZ

**L**a luz de la luna impuso su presencia en el orfanato, despertando a alguien a media noche. De tantas locuras Charlotte se sentía cansada y confundida. Sentir esa ira no era normal, y mucho menos el placer que sintió después, así que lo más prudente era hablar con el demonio que ahora posee su alma, pero Charlotte no sabía cómo invocarlo. Pensó por un largo rato en su cama hasta que llegó a la conclusión de que si rompía una taza como lo hizo la última vez, tal vez podía captar su atención de alguna forma. Como no perdía nada intentando, se dirigió a la cocina a mitad de la noche en máximo silencio.

En la cocina había todo tipo de recipientes, y Charlotte empezó a buscar entre ellos con cautela. Encontró ollas, sartenes, vasos, teteras, cafeteras, tazones, botellas, platos y cucharas extrañamente profundas hasta que finalmente encontró una taza de porcelana. Impaciente, la tomó y cerró los ojos, pensando en todo lo que se le pudo ocurrir para que las fuerzas del más allá notaran su presencia, luego colocó la

taza en el suelo y la pisó, haciendo un ruido demasiado fuerte para ser pasado por alto a la mitad de la noche. Por suerte, no despertó a nadie, pero no fue necesario para meterse en problemas, ya que los hermanos de Mincy estaban ya preparados para cobrar venganza, buscando a Charlotte por las habitaciones, y esa taza rota logró desviar su atención hacia la cocina.

Charlotte no esperaba nada de eso, y es lógico, aún es una niña que se pelea con otros infantes, y curiosamente, esa conducta le trajo consecuencias notables, como que dos trogloditas de doce años la cuelguen de los pies en la entrada del orfanato, pero no nos adelantemos, ella apenas se da cuenta de que el truco de pisar una taza en la oscuridad no funcionó. Al voltear vio a los dos hermanos parados al otro lado de la cocina, y rápidamente se puso a pensar en cómo deshacerse de ellos.

Lo más lógico era tomar cualquier objeto a su alrededor como un arma, lo cual sería fácil, porque las cocinas son prácticamente campos minados para niños, pero los hermanos fueron corriendo hacia ella en cuanto vieron que intentaba buscar un cuchillo. La tomaron de sus extremidades y le cubrieron la boca con unas medias. Uno sostenía sus brazos y otro sus piernas, dejándola completamente impotente. El primer hermano le susurró aterradoramente calmado: «Ya que te gustan las bromas, te vamos a hacer una aún más divertida», y tal cual lo leíste en el párrafo anterior, los dos hermanos, con toda la alegría del mundo, ataron las manos de Charlotte con aquellas medias negras y la elevaron con una soga hasta el tubo de hierro que sostiene el letrero con el nombre del orfanato. Una gran presentación para el prestigioso Orfanato *Mar Rojo*.

Se quedaron unos doce segundos aproximadamente debajo de ella para asegurarse de que no pueda escapar, y fuera de querer hacerlo, la prioridad de Charlotte era sobrevivir, porque estar de cabeza durante mucho tiempo puede causar daños permanentes a su estructura craneal.

Luego de pasar el suficiente tiempo viendo a su víctima colgando en el frío de la noche, los dos hermanos decidieron entrar. Charlotte sabía que si no cambiaba de posición pronto, sus ojos se iban a tornar rojos y su sangre saldría por cualquier orificio disponible de su cabeza hasta morir horriblemente.

La situación era la siguiente: Sus pies estaban atados con una soga bajo una estable extensión de hierro soldada al edificio; el otro extremo de la soga lo sostenía una boca de incendios, así que no se podía pasar por alto, pero ya que eran las primeras horas de la mañana, no había mucha gente que pueda ser de ayuda. Estaba a tres metros y catorce centímetros sobre el suelo, así que la altura no la mataría, pero algo que podría salvarla sería un objeto afilado para cortar la soga, no obstante, no tuvo tiempo de tomar el cuchillo de la cocina, así que esa opción queda descartada. La última alternativa sería gritar por ayuda, pero sus manos atadas a su espalda no le permitían quitarse el calcetín que silenciaba sus gritos. Solo quedaba hacer fuerza en el abdomen para desviar la sangre que iba a su cerebro para que se dirija hacia su espalda.

Ya que Charlotte ha tenido bastante suerte estos últimos días, esperar a que alguien aparezca no era una idea muy loca.

Nueve minutos y nadie apareció. Hora del plan *B*: Columpiarse hasta que su cabeza toque la campana que está a su lado. Solo hay un problema, y es que la campana está a un metro de distancia, y para llegar, deberá actuar como péndulo por bastante tiempo para obtener el impulso necesario, lo cual no será saludable para sus blancas escleróticas. No había otra salida, puesto que procedió a balancearse con toda su fuerza y coordinación. Poco a poco se sentía más extraña, pero se mantuvo firme y como si fuera

un juguete rústico, logró elevarse lo suficiente hasta chocar con la campana.

El sonido no alertó a nadie dentro del orfanato, y diría que Charlotte no pudo ver el sol luego de eso, pero estaría mintiendo. Danny estaba cerca, y tras oír el aterrador llamado del hierro en la madrugada, corrió directamente al orfanato, porque una campana sonando en las tinieblas le da de alguna forma la imagen de alguien como Charlotte solicitando ayuda. O tal vez fue simple curiosidad.

Charlotte solo veía la profunda oscuridad de las calles, solamente iluminadas por las penetrantes y amarillas luces de las farolas. Mientras su visión se volvía cada vez más borrosa, un pequeño niño regordete se acercaba con el fin de desatar la sogá.

Ella despierta de lo que fue un doloroso desmayo. Danny la miró mientras abría los ojos y sonríe al ver que sigue viva después del pequeño golpe en la cabeza que recibió al ser liberada.

—Danny —dice Charlotte con voz mareada—, ¿cómo llegaste tan rápido?

—No me he separado del Orfanato —le respondió—. Cuido tus cosas en el callejón de al lado para cuando quieras escapar de aquí.

—¿Mis... Mis cosas? —pregunta desorientada.

—Sí, traje tu maletín para que estés lista cuando nos vayamos. Por las noches uso toda la ropa que hay dentro para cubrirme.

—Espera —dijo recuperando la conciencia—, ¿cómo sabes si quiero irme o no?

—A nadie le gusta estar aquí, por eso me escapé.

—No puedo creer que desordenaste mis cosas, pero, gracias por ayudarme.



Charlotte se da cuenta que es la primera vez que dice la palabra *gracias* sin tener un alma, lo cual no le fue muy satisfactorio.

Después de levantarse, Danny la abraza con fuerza como si fuera el último día del mundo. Charlotte abre los ojos de par en par, como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. No correspondió el abrazo de ninguna forma, pero Danny no quitaba sus brazos de su cuerpo, haciendo esos seis segundos una tortura para ella. Finalmente, sus cuerpos se separaron y Charlotte solo quería recostarse y descansar. Como no había planeado dormir esa noche para intentar invocar un ser de otro mundo, no se había quitado el uniforme, lo cual fue una ventaja para no morir de hipotermia mientras estaba desmayada, o en los tres minutos que se quedó colgando mientras Danny intentaba desatar la cuerda.

Charlotte caminó hacia la puerta principal para luego detenerse y mirar a Danny. Él la miraba con timidez, como diciendo que no vale la pena entrar de nuevo. Ella luego miró al suelo y le dijo a Danny con los ojos cerrados:

—Escúchame, tengo hasta mañana para hacer pagar a esos patanes. Vamos a buscar unas pinzas para arrancarles los dedos.

—¡Yo sé dónde hay algunas! —dijo sin prestarle atención a la última parte del enunciado.

No hay nada más relajante y desintoxicante que caminar en la obscuridad de la noche, a menos que vivas en un lugar peligroso o le tengas pánico a la oscuridad. Y ahí estaban, yendo a por cualquier cosa que podrían usar para torturar a esos bravucones, cuando de pronto, Danny identificó unos periódicos nuevos tirados en el suelo. «¡Genial!», él gritó. No muchos entienden su entusiasmo, pero cuando no tienes muchos recursos, las hojas de periódico son multiuso; además, ¡son divertidas! Charlotte

estaba a punto de decirle que deje los periódicos en el suelo donde los encontró, pero al leer el titular principal, decidió quitárselos de las manos para corroborar lo que vieron sus ojos.

*¡Encierran a un brujo en una cárcel de máxima seguridad! «Me atacó con su varita mágica», dice el oficial responsable.*

Junto a aquel pobre parafraseo al que sin escrúpulos le llaman *Titular atrapante* estaba una fotografía del oficial Greyson junto al infame asesino de padres: Steven G. Ledger. Charlotte no lo podía creer. *El que reina en los Cielos* parecía compadecerse de aquella criatura sin alma al ponerle a su principal némesis en bandeja de plata.

Leyendo detenidamente bajo la luz de una farola, pudo enterarse de que lo iban a transferir a aquella cárcel ese mismo día en la tarde, y que lo único que los separaba era una caminata de unos cuantos kilómetros.

Era la hora de actuar, y ella lo sabía, por eso le dijo a Danny: «Busca el dinero. Debemos hacer una visita a la ferretería, ya que este será un día ocupado».



Se abren las rejas. Steven sale de la comisaría para entrar a la cárcel para criminales peligrosos, tal como los niños terminan la escuela para entrar a la universidad. Es un arte salir de una prisión para entrar a otra.

La forma en la que Steven celebraba sus *vacaciones de fin de año* era entrar en la parte trasera de un camión blindado y ser transportado por varias horas sin una clara percepción de dónde estaba, pero ya se sabe dónde está: en un bonito y apretado suburbio llamado *depresión*. Sufría una pequeña crisis de impotencia al saber que su ambición y su ego fueron los principales responsables de su perdición.

Saber que el proyecto en el que trabajó durante tanto tiempo será reducido a cenizas era un paisaje desconsolador para contemplar. Su mirada estaba perdida entre sus dedos, sus ahora ocho dedos. No podía escapar de una situación así, no solamente porque no podría ejecutar ningún hechizo con sus manos, sino porque no le veía sentido escapar a otro sitio. Como estar entre la espada y la pared, solamente que la pared también es una espada.

Las horas pasaban, el pequeño camión para prisioneros individuales estaba a unos pocos kilómetros de llegar a su destino. El exterior no era nada más que un desierto campo amarillo y tal vez unos cuantos árboles. El cielo se veía despejado y la carretera vacía, pero una de esas afirmaciones era mentira. Te va a preocupar saber que era un día bastante bonito, porque había alguien en medio de la carretera: Un niño tirado en el suelo como perro atropellado. No te alarmes, Danny estaba bien, aunque parecía tener manchas de sangre esparcidas por todo su cuerpo y el pavimento.

El camión vio eso a la distancia y se detuvo a unos cuantos metros del cuerpo. Usualmente estos camiones son pilotados por guardias altamente entrenados, escoltados por otros guardias altamente entrenados que no se detienen por nada, pero es algo gracioso admitir que a nadie le importaba el prisionero al que estaban llevando. En los asientos del frente solamente había un conductor dudosamente entrenado, ni siquiera se podía considerar alguien capacitado para ese tipo de trabajos, pero ya sabes lo que dicen: *Que se vaya a cubrir la portería el más gordo del equipo.*

El conductor salió del vehículo y fue a ver el estado del niño, y se alivió al ver que su regordete figura se movía dejando claro que estaba respirando. Mirando más de cerca, notó que no tenía rastros de ser atropellado, tenía más la apariencia de ser herido con una palanca de metal y dejado como carnada. Una de esas cosas era cierta, y te alegrará saber que el golpe en la cabeza con una palanca de metal no

lo recibió Danny, sino el conductor segundos después, mientras estaba distraído.

El plan salió a la perfección. Charlotte vio caer al conductor al suelo mientras sostenía la palanca. Danny, al escuchar el golpe, se levantó y vio que su esfuerzo al quedarse quieto con pintura roja bajo el sol valió la pena. Charlotte respira profundamente para estabilizar la adrenalina que produjo su cuerpo luego de salir de las hierbas para atacar a un adulto de mediana edad con todas sus fuerzas.

—¿Está muerto? —preguntó Danny algo asustado.

—Ve a ver, ¿sigue respirando? —dijo Charlotte sin mostrar expresiones de ningún tipo.

Danny se acerca al cuerpo y pone la oreja en su espalda, y al oír que su corazón palpitaba aún, le dijo a Charlotte: «Sí, aún respira».

Acto seguido, Charlotte, despiadadamente, le da más golpes en la cabeza al ya cadáver, destrozando su cráneo como un huevo hervido.

La traviesa travesía que ambos emprendían se había convertido de golpe en algo bastante serio, sin contemplaciones ni romanticismos. El primer asesinato de Charlotte no iba a ser algo especial ni mucho menos algo poético, fue simplemente un acto de pura maldad.

Al ver cómo la sangre de verdad se mezclaba con la falsa, Danny se alejó unos pasos para permitirse asustarse ante el sorpresivo acto de violencia que acababa de contemplar. Charlotte, al ver su reacción, lo intentó tranquilizar con las palabras: «No te preocupes, él era un hombre malo». Danny le pregunta luego: «¿Por qué? ¿Qué hizo?», a lo que Charlotte contesta: «Privarme de mi venganza».

Steven ya empezaba a inquietarse por la repentina parada del conductor. Esperaba escuchar la puerta delantera cerrarse para que puedan seguir avanzando en cualquier momento, pero no fue así. Lo que lo asustó fue escuchar la puerta trasera ser golpeada por lo que parecía sonar como una palanca. Charlotte entonces esperó a que el prisionero dentro dé señales de ser Steven G. Ledger. Finalmente logró escuchar: «¿Qué pasa ahí fuera?». Eso fue suficiente para confirmar que alguien adentro vivía.

—¿Hay alguien más junto a ti? —preguntó Charlotte alzando su aguda voz.

—No, solo yo —respondió Steven con cierta incertidumbre.

—En ese caso, escucha con atención. De seguro me recuerdas, porque yo no me he olvidado de ti. Voy a hacerte un favor, si a cambio me lo devuelves.

Steven trata de identificar a algún niño con quien tenga cuentas pendientes, pero no se le viene nadie a la mente.

—Está bien, te escucho —dijo, nada más por curiosidad.

—Quiero que me llesves a *Soufreville*. Sé que puedes hacerlo. A cambio, te liberaré de tu condena.

Al final, un rayo de luz alumbra el futuro del agraciado hechicero. Un escape fácil a su hogar, con tiempo suficiente para empezar de nuevo.

—Me parece razonable —dijo, y aunque erguido, algo emocionado.

—Entonces te vamos a liberar.

El candado que protegía la puerta de la parte trasera del camión era comprensiblemente resistente, una palanca simple no podría romperlo. Suerte que también trajeron

unas pinzas. En un santiamén, las puertas se abrieron y el hechicero salió de entre las tinieblas como siempre, pero esta vez con un atuendo diferente. Y no fue el único.

Al ver la libertad, Steven también divisó a dos niños parados en frente, uno cubierto detrás del otro, siendo el de delante un viejo amigo, pero completamente cambiado. Tras deshacerse de sus esposas fácilmente, se inclinó y mostró su gratitud a los que serían sus salvadores, pero al levantar la vista, vio algo familiar en aquella niña que lo miraba con la mirada más fría que podría tener un ser viviente. No podía creer lo que sus propios ojos contemplaban. Era *Charlie*, aquel simpático niño que conoció hace menos de un año, con la diferencia de que ahora llevaba una falda, unas zapatillas blancas y negras, una camisa blanca y un suéter naranja. Frunciendo el ceño, intentando identificar su cara, le dijo con incredulidad: «¿Charlie? ¿Eres tú?». Charlotte lo miraba como si luego tuviera que describir detalladamente cada centímetro de su cara y le responde: «Casi».

Danny se adelanta y le dice a Steven:

—No, se llama Sarah, y yo soy Danny.

—Pues mucho gusto, *Dannyel* —le dice mientras le da la mano—. Y mucho gusto también..., Sarah, puedo asumir.

—No te daré la mano en lo que me queda de vida, Sr. Ledger —le dijo cruzada de brazos, como si le estuviera escupiendo en la cara—. Además, mi nombre no es *Sarah*, sino Charlotte. Hay mucho de lo que debemos hablar.

—¿No te llamas Sarah? —exclamó Danny muy sorprendido.

—En realidad —continuó Charlotte—, *Charlie* es un nombre que dejé de usar desde que cumplí nueve años.

Fue entonces que Steven empezó a atar cabos. Al ver que su cabello era genuino y que sus ojos estaban vacíos como un profundo estanque en invierno, pudo intuir que su regalo de cumpleaños no fue uno muy común.

Extrañamente, la pregunta que le iba a hacer después no era relacionada con su misteriosa *reencarnación*, sino con su repentino cambio de apariencia.

—Me alegra verte bien; aunque, quisiera que me disculpes si pregunto, ¿por qué el femenino atuendo?

Charlotte entendió su inquietud, pero no quería darle el placer de conocer su orientación ante su propia identidad.

—Mi forma de vestir no es de tu interés personal —le respondió—. Quisiera omitir los aspectos irrelevantes de nuestros planes. ¿Podemos proseguir?

—No te enojas, *Charlotte*. Después de todo, *el diablo está en los detalles*, ¿no es verdad? —dijo con soberbia—. Solo una pregunta más. ¿Cómo llegaron hasta aquí?

—¡Muy fácil! —le respondió Danny—. Le pagamos a un taxi en la madrugada para que nos lleve a la comisaría de la policía. Luego, le pagamos extra para que nos lleve a la cárcel que dice en los periódicos. Después, nos bajamos aquí, y Charlotte me cubrió de pintura y me dijo que me hiciera el muerto.

—Gracias, Danny —dijo Charlotte sarcásticamente con los ojos cerrados y sus dedos índice y pulgar oprimiendo su ceño—. Ahora, haz lo que sabes hacer. Ubícanos en tu casa usando ese extraño hechizo de reubicación.

—De hecho, me gustaría que lo llames *teletransportación*. Es más fácil y rápido.

—Le llamaré como gustes, pero es necesario que regresemos a *Soufreville* antes de que tu ausencia sea un problema.

—Ah, sí. Eso no será posible. Necesito mis dedos *anular* y *medio* para hacerlo correctamente, y me temo que se desprendieron de mi mano al momento de recibir un disparo. Así que, la forma más rápida de volver sería con este camión blindado.

—Espera —Charlotte se concentró y empezó a pensar en ese cambio repentino de planes—. Bien. Iremos a lo seguro, siempre y cuando no tardemos demasiado.

—Descuida, si no nos detenemos, llegaremos mañana en la mañana.

Al terminar de escucharlo hablar, Charlotte se subió al asiento del copiloto y empezó a hacer algo parecido a un berrinche, remarcando su impaciencia, repitiendo varias veces: «Vámonos ya. Ya, vamos. Vámonos ahora. Ahora. Súbanse. Hay que irnos. Vámonos. ¡Ahora!» mientras se movía frenéticamente en el asiento.

Finalmente partieron. Subieron la maleta de Charlotte con todas sus pertenencias. Danny dormía en la parte trasera del camión, mientras Charlotte permanecía sentada en el asiento del copiloto, sosteniendo con fuerza la palanca de metal. Steven conducía, aunque un poco tenso porque entendía que la persona con la que estaba sentado no poseía un alma para sentir escrúpulos, así que sabe que no dudaría un solo segundo en exponer sus sesos como le pasó al conductor anterior. De cualquier forma, él no quería deshacerse de Charlotte, ya que necesitaba con urgencia una *mano derecha*.

Mantener los ojos abiertos durante horas cuando no dormiste la noche anterior es difícil, y más para un infante. De repente, Charlotte sentía que la palanca se hacía más pesada. Sabía que en algún momento se iba a quedar dormida, pero se negaba a bajar la guardia. Steven notó lo cansada que estaba, así que decidió romper el hielo tras largas horas de silencio.

—Escucha —dijo Steven sin quitar la mirada del camino —, sé que aquí ninguno de los dos es un *santo*, pero siento que debo aclarar que lo que le hice a tus padres estaba en



contra de mi voluntad. Yo solo trabajo para *El Ataúd* por necesidades personales, así que... ¿Sin rencores?

Charlotte le disparó con la mirada. Quería dejarle muy en claro lo que pensaba sobre él.

—Sé que no me dejaste *vivir* en el hospital por misericordia. Tú solo querías lavarte las manos conmigo, confesándome lo que hiciste. Sabías que si lograba sobrevivir te buscaría. No me hables tú de *rencores*. Ví en el periódico lo que hiciste para ser arrestado. No me digas que vas tú a dejar que esos dedos que te faltan se queden como un simple recuerdo. Si estás vulnerable es porque *El Ataúd* no te quiere ayudar, y si no me mataste es porque me necesitas. No voy a abandonar mis *rencores*, pero una vez me ayudes, estaremos en paz.

A Steven le sorprendió cómo el callado *Charlie* se convirtió en ese diccionario parlante. Manipularla no era una opción, así que le respondió con toda la sinceridad que pudo:

—Puedes dormir tranquilo, planeo hacer muchas cosas cuando llegemos y te necesito despierto para entonces.

Charlotte decidió esta vez confiar. Sus ojos ya le pesaban demasiado y el asiento era en realidad muy cómodo. Cerró sus pestañas y dejó la palanca a un lado. Al principio solo tenía los ojos entreabiertos para comprobar que Steven no hiciera nada extraño, pero no pudo hacerlo por más de diecisiete segundos.

La silla del copiloto nunca se había sentido tan cómoda. Charlotte abrió los ojos cuando ya era de noche y lo primero que vio fue el asiento vacío de Steven. Exaltada, buscó su palanca y vio que también se había ido. Parecía una clara traición, pero al ver por la ventana, encontró a Steven a sólo

unos metros tratando de abrir la puerta de una casa con la palanca. De pronto, Charlotte se dio cuenta de que ya no estaban en una desierta carretera, sino en una avenida común.

Era muy imprudente hacer tanto escándalo a esas horas, así que salió del vehículo y se dirigió hacia él.

—¿Qué estás haciendo? —le dijo susurrando.

—Ah, que bueno que despertaste —le respondió sin dejar de forzar la puerta—. Ayúdame a entrar. El desgraciado que vive aquí tiene algo que es mío.

—¿Qué pertenencia merece tanto riesgo? —preguntó enojada.

—Lo entenderás cuando crezcas. Ah, ya pude abrirla.

El acceso a esa casa tamaño mediano se pudo conseguir. El ruido no despertó a nadie, salvo a unos perros, pero nadie les va a creer. Steven dirige su mirada a Charlotte insinuando que lo acompañe adentro, arriesgando todo lo que habían logrado hasta ese momento. Al final, si no consigue recuperar lo que es suyo, probablemente no quiera continuar, así que no había otra alternativa.

La oscuridad de esa casa le parecía familiar. No es la primera vez que ella busca algo en un lugar peligroso a oscuras, pero Steven actuaba como si esa fuera su casa, pues fue caminando normalmente hacia lo que serían escaleras que llevarían al segundo piso. A Charlotte le sorprendió la falta de seguridad, pero es que no sabía que esa propiedad era del oficial Greyson, y él no teme a disparar por las noches a cualquier intruso, así que no temía por la vulnerabilidad de su morada. Ya te imaginas por qué Steven se mostraba tan impaciente por entrar.

Charlotte buscaba por los escaparates algo que le pudiera interesar. Steven no se retrasaba con nada. Se movió sigilosamente por todas las puertas del segundo piso hasta

encontrar el dormitorio. Charlotte se preguntaba cómo actuaba con tanta seguridad, siendo esta una casa ajena. Luego entendió. Al abrir la puerta donde el oficial Greyson dormía, Steven pudo ver en su cuello su preciado amuleto. Se quedó quieto unos segundos, pensando en cómo quitárselo sin despertarlo. Charlotte, por otro lado, observaba la cantidad de objetos inútiles que este tenía. Su curiosidad dirigió su mirada hacia una cámara instantánea que tenía en su mesa de noche, y tal vez no sea la gran cosa, pero *Charlie* siempre quiso coleccionar fotos de todos los anfibios e insectos que encontraba en su casa.

El plan era fácil: Ir de puntitas hacia su cama, sacar el collar y con él matarlo.

Hora del show.

Llegar no fue difícil, pues lo importante era moverse lentamente. Charlotte hacía lo mismo, pero para robar la cámara. Lentamente, puso sus manos en el cuello de Greyson y con cuidado sacó el collar de su cabeza. Era fascinante. El sueño profundo del oficial Greyson facilitó el momento de mayor tensión, pero antes de poder ponerse el amuleto de nuevo, Steven se espantó por un ruido repentino.

El teléfono comenzó a sonar. Steven, por miedo, se ocultó bajo la cama. Charlotte hizo lo mismo. Greyson despertó y encendió la luz de su lámpara. «¿Quién es?», preguntó muy molesto. Los dos debajo de la cama no podían escuchar la voz de la persona al otro lado de la llamada, pero sonaba molesta. «¿Ahora qué quieres, tío?» le replicó ignorando lo obvio. La otra voz le replicaba una tarea que Greyson debía cumplir, pero no ha completado, de ahí el enojo. Charlotte solo podía hacer teorías paranoicas de quién estaba llamando, principalmente porque podrían ser malas noticias para ellos. El tono de voz empezó a calmarse, y se podía escuchar algo relacionado a un fin de semana. Greyson le responde: «Tenía que volver, y te guste o no, mi trabajo es

primero». Sin escrúpulos, colgó el teléfono y se dio cuenta de que le faltaba el collar. Luego vio la puerta abierta y se puso paranoico. Charlotte y Steven estaban a segundos de ser asesinados, principalmente porque Greyson tomó la escopeta que guardaba en su armario a toda velocidad. Steven sabía que el condenado sólo necesitaba dos segundos para dispararle, y él ni siquiera tenía el amuleto puesto. Todo recaía en la estrategia, Charlotte lo sabía, y por eso, siempre es bueno saber qué tienes a la mano, y una cámara bastaba. Repentinamente, Charlotte salió de debajo de la cama y le tomó una precisa fotografía con flash a la cara de Greyson. Él apenas se dio cuenta de que había un infante en su cuarto cuando recibió el impacto de luz en la oscuridad de la noche. Esto lo cegó por unos segundos, los necesarios para que los dos salieran corriendo.

Al recuperarse, Greyson salió corriendo hacia la puerta principal para atraparlos. Ambos ya estaban en el primer piso cuando vieron a Greyson al final de las escaleras. Él, con toda la ira de un señor de mediana edad, bajó corriendo las escaleras apuntando con la escopeta, pero eso, por muy alocado que suene, no fue una buena idea. Bajar en la oscuridad por escaleras a toda velocidad apuntando con un arma provocó que sus piernas le fallen, logrando que cayera por los escalones con la gracia de un cisne sobre un bonsái, pero el cisne al menos tendría la decencia de no golpearse tanto en la cabeza.

El obeso cuerpo del oficial descansaba adolorido en el suelo. Sus ojos estaban abiertos y su escopeta aún seguía en su mano. Steven se la arrebató enseguida y notó que Greyson no había muerto en realidad, solo estaba increíblemente fuera de conciencia. Su pecho aún mostraba movimientos respiratorios, sus ojos se entrecerraban con furia y parecía que pronto entraría en coma. Charlotte lo miró con mucha atención; verlo sufrir le hacía estremecerse de satisfacción y le ofreció a Steven matarlo por él. El hechicero tenía una mejor idea.

Detuvo a Charlotte de hacer alguna acción y le preguntó: «¿Tienes la foto que le tomaste?». Ella le respondió que sí, y la levantó del suelo para mostrársela. Steven sonrió tétricamente y le dijo a Charlotte con ilusión en sus ojos: «Ven, tengo una mejor idea para deshacernos de él». Rápidamente fue a buscar ropajes de Greyson y una cuerda. Se puso su amuleto y comprimió una camiseta para hacer un bulto que terminó cubriendo con otra camiseta. Recortó las mangas y con la cuerda dividió el bulto en dos, haciendo así un muñeco voodoo de última hora. Tomó la foto y con una tachuela la pegó en el bulto más pequeño. Para hacer que esta clase de muñecos voodoo funcione hace falta un amuleto que canalice el poder sin tener que poner velas y otras cosas en el suelo. Con un bulto con una cuerda y una foto se puede torturar a cualquiera si se hace correctamente.

Steven sostuvo al muñeco y pronunció con detenimiento: *Arnold Connor Greyson*. Acto seguido, dirigió su mirada a Charlotte y la invitó a torturarlo como desee. Ella sostuvo el muñeco y lo agitó, haciendo que las entrañas de Greyson se sacudieran de un lado para el otro, moviendo su panza muy cómicamente. Charlotte empezó a comprender el funcionamiento de su juguete nuevo y se divirtió un poco enrollando su cabeza. Girando los dos bultos en lados contrarios pudo observar que el cuello del cuerpo se convertía en un exprimidor natural, haciendo girar su cabeza y desprendiendo su cráneo de su columna. Su piel comenzó a cambiar de color, tomando un tono rojizo, y mientras más giraba su cabeza, más morado se hacía su torso. Steven se sentía de cierta forma orgulloso de Charlotte, pues, aunque limitada de creatividad, era bastante ingeniosa a la hora de hacer su trabajo.

El desfigurado cadáver de Greyson yacía en el suelo, y ahí se quedó.

Los dos volvieron al vehículo. Steven no paraba de reír, pues su venganza se logró concluir, y ahora que tenía su

amuleto, todo era posible. Charlotte, algo exaltada por la situación, le preguntó para qué necesitaba el amuleto, y él le respondió: «Verás, cuando eres libre, la impotencia es tu mayor debilidad. Por eso, es necesario tener algo de ayuda del más allá para no perder nunca».

El vínculo formado en base a una serie de graves delitos logró hacer que Charlotte se sintiera más segura al lado de una de las personas más peligrosas de su entorno, por muy irónico que suene.

Luego de una profunda respiración, Steven se concentró en lograr el hechizo de teletransportación y terminar con la pesadilla, pero no pudo. Ya había memorizado todo lo que debía decir, solo necesitaba dos dedos más. Por suerte, su nueva *mano derecha* estaba cerca.

Así es, Steven estaba a punto de encargarle una gran responsabilidad macabra a Charlotte: Ejecutar un hechizo avanzado.

—...Escucha, niña —dijo Steven con visible remordimiento—, necesito que prestes mucha atención a lo que te voy a decir.

Charlotte lo miró directamente y puso toda su atención en sus palabras, ya que no era normal ver a Steven serio.

—Este —dijo Steven sosteniendo el collar— es un amuleto mágico, y no suena muy profesional, pero créeme cuando digo que no tiene nada de ridículo. Su poder es inconmensurable. Verás, existen dos tipos de magia: La magia blanca, que es algo sagrado, es un método que se usa para ayudar a otros, por lo tanto, es inútil. La magia negra, por otro lado, proviene de lo maligno, del mismísimo infierno, y busca, más que nada, beneficiar al emisor y perjudicar al receptor. Como podrás deducir, yo uso la última, y una vez te comprometes a dominarla, hay que hacer

sacrificios. Este amuleto me costó un ojo de la cara, no literalmente, hay que aclarar. Un ojo humano no es tan valioso. Lo que quiero decir es que tuve que hacer un trato con un demonio para conseguir un canalizador de poder y así tener la posibilidad de usar la magia mediante mi cuerpo directamente. Usarlo no te da poderes mágicos, pero si sabes cómo ejecutar los hechizos, un amuleto te facilita el proceso. Te lo facilita tanto que prácticamente es imposible perderlo, porque de cierta forma parece *llamarte* cuando no lo traes puesto. Lo que quiero que hagas ahora es ejecutar el hechizo de teletransportación, ya que para lograrlo hace falta tener al menos diez dedos. La magia negra puede ser acogedora, pero no es inclusiva.

Charlotte se quedó en blanco. Una tarea como esa era una locura. Dado a que la única experiencia que tiene con la magia negra fue jugar con un muñeco, Charlotte era apenas una aspirante a aspirante. Sin embargo, la oferta resultaba tan tentadora que decidió aceptar.

Steven colocó el amuleto en su cuello por un momento, dándole a Charlotte una increíble sensación de poder, pero aún debía hacer el hechizo, y para eso debe prestar el doble de atención a lo que haga y diga su nuevo *tutor*.

Lo primero que hizo Steven fue mostrarle paso a paso las posiciones de las manos. Siendo estas solo seis, no fue muy complicado aprenderlas. Si cometía un solo error las cosas podrían terminar muy mal. Una vez terminó de perfeccionar las seis posiciones y su orden, solo debía repetir lo que Steven le diga, pero esta vez con el amuleto puesto. No podían perder el tiempo. Charlotte se puso el amuleto otra vez y Steven le dictaba las palabras en latín. Con un ritmo algo lento, finalmente lograron ver que no pasó nada. ¿Qué salió mal? Steven lo sabe. Charlotte no estaba intentando hacer el hechizo, solo estaba siguiendo indicaciones. Es un error común a la hora de hacer magia negra. Seguir instrucciones es un poco contradictorio a la hora de hacer un

hechizo, porque lo haces para complacer a otra persona cuando deberías estar pensando solo en ti mismo. Esto mismo le dice Steven, usando exactamente esas redundantes palabras.

Charlotte lo intentaría de nuevo, pero esta vez, enfocándose en su propio beneficio. Cerró los ojos, repitió las palabras, movió las manos y mientras lo hacía, los cabellos de los dos empezaban a levantarse como si la gravedad se estuviera perdiendo. El interior de Charlotte era prácticamente un parque de atracciones en el infierno, pues todo parecía funcionar y los clientes se divertían al máximo, pero el magma en el suelo hacía que naturalmente todas las maquinarias estuvieran en ardientes llamas, y los ácidos vientos provocaban majestuosos y metafóricos aros de fuego.

El camión entero se transportó a *Soufreville*. Eso fue una gran victoria. Los efectos colaterales ya empezaban a afectarlos, haciendo que Steven y Danny tuvieran dolores en el cráneo y sintieran que su piel estaba cubierta de espinas saladas.

El dolor despertó a Danny, que estaba resguardando el maletín con las pertenencias en la parte trasera. Steven miró por la ventana y gritó: «¡Lo logramos!». Charlotte abrió los ojos y lo confirmó. Llegaron a su lugar de origen, pero aún no llegaban a su destino. Tras celebrar brevemente, Steven intentó encender el vehículo, pero este parecía haber sufrido una gran descompostura tras el viaje. La situación no era tan mala, pero aún tienen que tomar en cuenta el detalle de que no están en la casa de Steven, sino frente al hospital. Sería muy difícil pasar por ese lugar para *Charlie*, pero no para Charlotte.





*El hijo pródigo ha regresado.*



# ACTO III: APOCALIPSIS





# XX

## ALFA

**S**i nos alejamos un poco del *lado oscuro de la luna*, podremos observar a dos detectives trabajando en su escritorio. Mientras nuestros protagonistas aún estaban por carretera, Quickley y Allard trataban de retomar el caso *Gospel*, y no les iba muy bien.

Leonard Quickley se sentía algo estresado, pero no tenía muchas razones para estarlo; es decir, tuvo que encubrir un caso de moralidad dudosa; estuvo cara a cara con un asesino explícitamente mortífero en su trabajo; y fue manipulado por más de una persona, pero al final todo salió bien, ¿verdad?

—¿Qué tal? —pregunta la detective Allard, apareciendo sorprendentemente, poniendo una foto de Steven G. Ledger en su mesa y mostrando una gran sonrisa.

—¡Ah!—exclama asustado—. Me asustaste. —(Te lo dije).

—¿Cómo te fue en la audiencia de ayer?

—Ya viste las noticias, el *brujito* ni siquiera se defendió, así que fue muy fácil ser su abogado —dijo, recostando su cara en las palmas de sus manos.

—Oye, no te enojas por lo que dije antes. Sabes que suelo ser muy moralista a veces. Hiciste lo que debías hacer. Al menos terminó bien para todos.

—No me preocupa eso, es que fue un caso demasiado extraño; quiero decir, de repente viene un extraño mago callejero herido por un compañero y debo hacerme la idea de que es un criminal que controla lo paranormal.

—Ya sabes, así es la vida de un policía en Francia. Y por muy podrida que esté la sociedad, al fin y al cabo, no es para tanto.

Quickley estaba a punto de decirle que en realidad sí lo era, porque sabe lo que Steven hizo para terminar en esa cárcel. Sabía que no eran rumores sus supuestos *poderes mágicos*. Pero luego recordó que si le hacía saber a alguien más sobre la horrible escena del crimen, seguramente todo a su alrededor colapsaría de alguna forma, así que solo dijo:

—Sí, no es para tanto.

—Ey —exclamó la detective Allard—, ya sé qué te animará: Vamos a cerrar el caso de los Gaspel.

—¿En serio? —preguntó sin ganas—. Ya asumimos que quien sea que los haya hecho desaparecer se escapó por la ventana. Sin huellas ni testigos. Y colocar carteles por toda la ciudad en busca de las víctimas no funciona, tal vez porque ya deben estar muertos.

—¿Sabes?, nunca hemos considerado que el asesino no mató a los tres.

—¿Qué insinúas?

—Quiero decir, todo este tiempo hemos asumido que el asesino se quedó en la habitación la noche antes de la desaparición del niño. Sabemos que el niño escapó del

hospital y se dirigió al motel. Lo que no sabemos es si el asesino escapó ese día, o la noche anterior, por lo que el niño pudo salvarse.

—Ahora que lo dices..., tiene sentido, pero... ¿Por qué el niño escaparía por la ventana? Y lo más importante, ¿cómo?

—Esa es otra cosa que no sabemos, pero no tomamos en cuenta la teoría de que el niño aún siga vivo. Sabemos que escapó del hospital sin ser visto, así que tal vez pudo escapar del motel de igual manera.

—Sí, y en la noche anterior a esa, el asesino pudo haber escapado con mayor facilidad. ¡Por su puesto! Todo se basa en la hora del día. ¿Cómo no pensamos en eso antes?

—Estábamos más preocupados en saber cómo el asesino escapó con dos cuerpos. Sigue siendo una duda muy concreta, y a menos que el secuestro/asesinato/fuga de los Gaspel haya sido planeada años atrás, no hay forma lógica de resolverlo. Tal vez el niño y el asesino trabajaron juntos, no sé.

Irónicamente, fueron las palabras «forma lógica» las que encendieron la bombilla de Quickley. Durante dos segundos enteros, el detective logró atar todos los cabos que estaban sueltos. Tomó la foto de Steven, la mano de su compañera y le dijo que lo acompañara al auto. Tenían que hacerle una última visita a la escena del crimen.

—Espera, ¿qué idea tuviste? —preguntó Allard mientras Quickley manejaba.

—Dijiste que no había una forma lógica de resolver el caso, y espero que esa afirmación sea cierta.

—No entiendo lo que quieres decir.

Ella no lo entendía, pero en la cabeza de Leonard solo resonaban las palabras que decía Steven el día anterior, sobre todo tres en específico: «He matado antes».

La puerta del motel chocó fuertemente con la pared porque Quickley la había azotado para entrar, tal vez de manera demasiado dramática. El dueño suspiró de tedio, pues ya estaba cansado de lidiar con tantos agentes de la ley. Quickley corrió hacia la recepción, donde él estaba, y con brillo en sus ojos le preguntó si recordaba la cara del misterioso hombre que acompañaba a los Gaspel. El dueño dijo que lo recordaba vagamente, pues solo lo había visto por unos segundos. Quickley le mostró la foto que traía, esperando refrescarle la memoria diciendo: «¿Se parecía a él?». El dueño miró la foto por un tiempo remarcable. «No lo sé —le respondió—, veo muchas caras a diario. Lo único que recuerdo de él es que llevaba un traje de muy mal gusto». Eso fue prueba suficiente. ¡Leonard Brandon Quickley había resuelto el caso! Los hoyos argumentales de la historia se rellenaban con magia negra, como si de un guión pobremente escrito se tratara.

Soltó un grito de alivio y alegría, pues no solo había completado un caso incompleto, sino que la persona responsable estaba ya tras las rejas. Los dos subieron al auto apenas recibieron la información.

—¡Lo terminamos, Elena! —exclamó de felicidad.

—¿El caso? —pregunta extrañada— ¿Me estás diciendo que Ledger es el asesino?

—¡Exacto! Con sus poderes mágicos logró salir de la escena del crimen sin dejar huella.

—Entonces, ¿tuvimos al asesino que tanto buscábamos, el que pudo hacer desaparecer a dos, tal vez tres cuerpos y sin dejar huella en frente durante dos días?

—Así es, un delirio total.

—Leonard —dijo algo preocupada—, ¿en serio le crees al supersticioso de Greyson?

—No solo le creo, sino que lo apoyo. El equipo forense hizo un trato con el capitán para no hacer públicas las fotos que tomaron en la fábrica donde Greyson lo encontró, pero



yo las vi. Yo sé de lo que Ledger es capaz. Solo debiste ver el estado en el que estaban los cuerpos, eso no lo puede hacer una persona normal.

—Leonard, ¿estás hablando de una conspiración?

—Más o menos. El capitán debía asegurarse de que no despidieran a su sobrino. Pero por tu seguridad, nunca se lo preguntes. No sabemos lo que te podría hacer si desconfía de ti.

—Leonard... Eso es una acusación muy seria. No solo estás diciendo que el capitán ocultó evidencia esencial para el juicio de Ledger, sino que también asumes que la magia existe.

—¿Entonces no me crees?

—No es eso. Solo quiero que estés completamente seguro de lo que dices, porque sin ningún tipo de evidencia física, no podrás hacer nada en contra del capitán.

—¿Qué? No planeo hacer nada en contra del capitán. ¿De qué sirve?

—¿Perdona? —dijo algo enojada—. Si Ledger en realidad cometió el delito por el que lo acusaron y el capitán ocultó evidencia clave del asesinato de varias vidas, debemos hacer que sea castigado de alguna forma.

—¿Estás loca? Hacerlo sería revelarnos contra el sistema, y no cualquier sistema, hablamos de todo un cuerpo policial. Sería suicidio.

—La justicia debe prevalecer, eso es en lo único que creo. Y me uní a la policía para hacer de mi entorno un lugar menos catastrófico. Si alguien hace algo malo, debemos hacer que pague.

—Pero así no funcionan las cosas. Tú misma dijiste que no era para tanto.

—¡Yo pensaba que el incidente era solo un acto de violencia hacia un criminal común! —se mostró exaltada.

—¿Podemos solamente dejar pasar esto? No hicimos pagar a Greyson por salir impune ante un caso de abuso policial y estabas bien con eso.

—¡Pero se trataba de Ledger, maldita sea! ¡No es lo mismo que ignorar el asesinato de decenas de civiles ya identificados!

—Relájate, Ledger ya está pagando su condena; además, no eran civiles. Él dijo que se lo merecían.

—¡Eso dicen todos, Leonard!

—Mira, aún si quisiera demandar al capitán, no tengo las fotos. Habría que ir a *Soufreville* nosotros mismos para fotografiar los restos que los forenses no pudieron limpiar.

—Pues que no te quede la más mínima duda de que voy a ir yo misma a interrogar a cada individuo que habite ahí.

—¿A *Soufreville*? Créeme, no quieres ir ahí. ¿No lees las noticias? Es de los lugares más peligrosos del área. Si vas proclamando ser policía te van a disechar y usar como trofeo.

—Iré de incógnito entonces. ¿Me acompañas o no?

—Ey, espera un momento. ¿Apenas te enteras de esto y ya quieres sacrificarte por la causa?

—Si eres tan cobarde, ¿por qué no te convertiste en abogado? —dijo enojada.

—Mejor olvídalo. No debí decirte nada.

—Oh, no. Ahora me vas a tener que aguantar. Vamos a ir a *Soufreville* quieras o no. ¿No estás harto de los tratos del jefe?

—El jefe nos trata bien. Él solo tiene una atención especial hacia su sobrino.

—¿Tienes miedo?

—¿Sabes qué? Iré caminando a la comisaría —dijo mientras salía del auto—.

Su compañera conducía a su lado mientras él caminaba, tocando el claxon y diciendo «Oh, vamos. No fue mi intención molestarte, gallina. Ponte los pantalones y hablemos de esto». Quickley no le dirigió la mirada, pero le contestó: «Tener sentido común no es ser cobarde. Nadie entiende eso, al parecer». Ella no dijo nada, solo siguió manejando hasta la comisaría, esperando a que Quickley la

detuviera, pero siguió caminando. El clima no era malo, pero un día nublado sigue siendo un día en el que es mejor usar un vehículo.

Por muy mal que se sienta sobre el asunto, Allard tiene que reflexionar sobre las mejores opciones para solucionarlo. Su moral no es fácil de quebrantar, y eso puede ser un problema.

Cuando te vuelves adulto, tu alma se convierte en una monótona lista de reglas inquebrantables por las cuales vas a guiar tus decisiones. Los niños suelen tener un alma cambiante, su espíritu es moldeable y su cuerpo es flexible, eso los hace una página en blanco con un futuro completamente impredecible, llenos de energía y decisiones variadas. Un adulto cambia al universo a su alrededor, y un niño es cambiado por el universo a su alrededor.

Aunque Charlotte sea una niña, ya no tiene un alma, y eso la priva de cambiar su forma de pensar. Ella cambia el universo a su alrededor, puesto que el mundo ya la ha cambiado lo suficiente.

Caminando por las calles de *Soufreville*, viendo los hogares podridos por la humedad, esquivando las baldosas rotas y observando a indigentes consumidos por la droga, Charlotte volvía a sentirse en casa, pero ya no era tan mágico como lo recordaba. Las dulces memorias del pasado solo cobraban vida al tener emociones vibrantes que las acompañaban. Ella ya no veía esa magia de lo desconocido en cada rincón, solo veía la cruda realidad que tanto le costaba ver hace unos años. Es como ver una película vieja de tu infancia después de muchos años, solo para darte cuenta de que en realidad no es tan buena como la recordabas. Danny aún veía la magia; un lugar nuevo resulta en algo de lo que sorprenderse, y ver las plantas grises que

crecían en las devastadas paredes era cautivante de cierta forma.

Steven guiaba a Charlotte y a Danny hasta su casa, esperando a que no haya sido usurpada por *El Ataúd*.

Finalmente llegaron. Era, sin duda, una gran propiedad, tan excéntrica como su dueño. No había casas a su alrededor, tal y como se lo pidió a la mafia. De alguna forma, algo estarán haciendo los del *Ataúd* para no estar vigilando los alrededores, ya que no estaban más asociados con Steven debido a su traición. Tal vez la policía local no estaba tan muerta después de todo.

*Soufreville* era un lugar en penumbras, pero no le faltaban estaciones de policía, ni bomberos, ni áreas comerciales, así que la mafia no era tan autoritaria como *Charlie* recordaba. *El Ataúd* era ignorado por la policía porque les convenía estar en paz, pero eso no era ningún impedimento para que los dos bandos hicieran lo que les diera la gana.

Los tres entraron usando una llave escondida. Todo estaba en el mismo lugar donde Steven lo dejó. Si todo salía tan bien es porque les quedaba poco tiempo, esa es la filosofía de Steven. «Pónganse cómodos —él dijo—, pues ahora vivirán aquí». Era algo aterrador pensar que un adulto le dijera eso a unos niños, pero dadas las circunstancias, fue una amable propuesta.

Danny contemplaba la majestuosidad de los pretenciosos cuadros junto a los vibrantes colores de las paredes. Charlotte solo veía inseguridad plasmada en innecesario consumismo costoso. Steven les dio un recorrido por todas las habitaciones existentes en los dos pisos. En el de abajo estaba la cocina; la sala de estar; el comedor; dos baños, y una gran pecera con diversos peces. En el segundo piso estaba la habitación de Steven, la cual está sellada; otro baño; una habitación con candado; un ático; otra habitación,

pero sin candado; una biblioteca con todo tipo de artefactos mágicos, y un mirador, el cual se accedía por el ático. En la biblioteca había varios estantes que contenían pocos libros, pero muchos cristales; en el centro estaba una gran caldera; alrededor había otros escaparates y en el piso había una alfombra negra con tonos morados. La habitación de Steven era privada, así que no voy a dar detalles para no irrumpir su privacidad. La habitación donde Charlotte y Danny iban a dormir era bastante espaciosa, había una gran cama; una mesa de noche, y las paredes tenían una singular mezcla de tonos naranjas. Era simplemente perfecto para descansar tras unos días de completo escándalo. Todo pasó tan rápido que apenas daba tiempo de digerir todos los sucesos de la semana entera. Dios creó el mundo en siete días, según dicen, así que se sabe que no es un período de tiempo insignificante.

Charlotte dejó su maletín ahí y se dirigió a la pecera de abajo, donde Steven le mostraba a Danny todos los nombres de los cuatro peces en ese pequeño castillo subacuático. Había un pez dorado que se llamaba *Deces*, y era realmente bello, ya que sus escamas daban la ilusión de ser de varios colores según la luz que captaba. También había uno llamado *Guerre*, era un pez betta, uno muy raro, pero increíblemente glorioso, ya que sus largas y rojas aletas hacían que su presencia sea ineludible. Uno muy gracioso era el pez telescopio, cuyo nombre era *Faim*; sus ojos eran muy grandes y sus negras escamas lo hacían resaltar en el blanco suelo de la pecera. Por último, Danny notó uno muy curioso, era un pez globo llamado *Conquete*; se veía muy simpático y amigable, pues su color era blanco con pequeñas manchas grises. Sin duda, unos peces muy peculiares que no verías en el mismo lugar. Steven decía que le hubiera gustado tener caballitos de mar para que los cuatro peces pudieran cabalgarlos, pero eso es prácticamente solo un chiste, porque todos sabemos que los caballitos de mar no se parecen en nada a los caballos terrestres, pues no tienen extremidades,

pelos ni dientes; su verticalidad no les permite *cabalgar* y ni siquiera pueden relinchar.

Como sea, la pecera era cautivadora, pero ya era hora de cenar. Ninguno de los tres comió nada desde el mediodía y ya se acercaban las primeras horas del día siguiente. Steven se dirigió a la cocina para prepararles algo; por mientras, les sugirió que tomaran un baño. Como los dos apestaban, y no solo a pintura, sangre y hierro, sino también a sudor, fueron a bañarse. Veo necesario aclarar que habían tres baños, y dos tenían una ducha, así que se bañaron al mismo tiempo, pero en baños distintos.

Era un alivio sentir agua caliente en la piel otra vez. Charlotte tuvo el segundo mejor baño de su vida, aunque primero inspeccionó cada rincón para asegurarse de no estar vulnerable ante ningún ataque. La cantidad de productos para la higiene era fascinante: Champú, acondicionador, jabón líquido, jabón sólido, y casi nada más. Hay que tener en cuenta que lo máximo que Charlotte pudo contemplar en una ducha antes era un sobre de champú y una cucaracha muerta. La confianza que ella ya tenía con Steven le permitía relajarse, pero sabía que, aunque estaban en una alianza temporal, él seguía siendo su enemigo.

Salió del baño con su ropa sucia puesta y una toalla en la cabeza, y aunque no pudo lavar sus recientes prendas, sí tenía ropa interior de repuesto en su maletín. Al salir, le sorprendió ver que a su lado, Steven le había puesto ropa limpia para usar. No le sorprendió la generosidad de Steven, sino que tuviera ropa femenina de su talla. Aunque fuese dudoso, Charlotte no pensó que fuera *ropa maldita*, pues vio que encima había una nota que decía: «Sé que es un gesto muy sospechoso, pero no soportaría verlos con la misma ropa todos los días».

Después de meditarlo un rato, decidió usarla. Entró al baño de nuevo para cambiarse y vio que eran unas muy apropiadas vestimentas: Para el torso, tenía una camiseta

polo color blanco; para la parte de abajo, tenía unos cómodos pantalones chandal color negro; y para sus zapatos, tenía unas botas negras de cuero muy asombrosas junto a unas medias blancas. Nadie esperaría que Steven fuera capaz de cuidar infantes correctamente, siendo este un sujeto tan extraño, pero nunca se conoce a una persona hasta que entras a su casa.

Bajando las escaleras, Charlotte pudo ver a Danny con una camiseta color rosa y unos shorts blancos comiendo unos sándwiches de tocino que Steven les preparó. Los americanos así son, tan generosos con la carne de cerdo. Charlotte pudo sentarse a comer en paz algo que no sea comida callejera, comida de cafetería pública, comida de hospital ni comida de pobre; al fin estaba comiendo comida casera de calidad, aunque sean solo dos piezas de pan con tiras de carne en medio.

Steven se sentó a comer su sándwich, haciendo que los tres parezcan una suerte de familia de parientes abandonados. Era una situación genuinamente agradable, principalmente porque Danny no paraba de mover la cabeza hacia los lados felizmente, haciendo reír a Steven.

Luego de comer, Charlotte se dejó de rodeos y, repentinamente, golpeó la mesa con sus manos y alzó la voz para decir: «¿Qué es lo que quieres?!». Steven dejó de masticar y con los ojos bien abiertos le respondió:

—¿A qué te refieres? —Terminó de tragar.

—Quieres que hagamos algo, por eso nos tratas bien —dijo Charlotte con cierto repudio—. Sea lo que sea, quiero que sepas que no voy a abandonar mi propósito inicial de arreglar las cuentas contigo.

—Charlie, estás siendo irracional...

—¡No me llamo Charlie! —gritó muy molesta, prácticamente interrumpiéndolo—. ¡No me llamo Charlie!

¡Ya no me llamo Charlie porque tú mataste a los autores de ese nombre!

Steven, anonadado, mantuvo la calma y le dijo:

—*Charlie* es un diminutivo de *Charlotte*. Sé que estás pasando por un momento difícil, pero no pierdas los estribos de esa manera. Pensé que vender tu alma te liberaría de esos arrebatos de ira.

—¿Qué? —preguntó sorprendida—. Yo nunca te dije que vendí mi alma.

—Oh, por favor —dijo con soberbia—, ¿crees que nací ayer? No te salvas del cáncer tan rápido naturalmente sin una ayuda sobrenatural. Lo veo bien en tus ojos, sin ningún rastro de vida. Ni una sola luz es reflejada en tus negras pupilas. La venganza no te cambia tanto como el abandono de toda esperanza. Y al contrario de ti, vivir con mi alma me permite disfrutar la vida que me queda, pero no deja de ser un lastre. No puedo vivir feliz estando solo en este oscuro mundo, por eso quiero hacer que su compañía sea la más agradable posible. No les pediré nada a cambio, lo juro.

Charlotte no dijo nada; en cambio, se sentó de nuevo y miró al suelo, no porque se sentía culpable, sino porque trataba de pensar en las vulnerabilidades que le quedaban expuestas. Danny, ajeno a todo, solo eructó de forma graciosa. Los eructos no son graciosos, pero en un silencio incómodo son la respuesta más hilarante posible. Ante eso, Steven inició una pequeña carcajada que fue creciendo hasta hacerse cada vez más ruidosa. Estaba riéndose como maníaco mientras golpeaba la mesa con el puño, denotando que era una genuina carcajada digna de un tío borracho en fiesta de aniversario o de un villano de caricatura. Danny acompañó a Steven en su risa por varios segundos hasta que se cansaron y Charlotte se paró lentamente de la mesa para llevar su plato a la cocina. Al retirarse a su cuarto, Steven le



dijo mientras ella subía las escaleras: «Recuerda que mañana voy a necesitar tu ayuda para un hechizo». Ella no respondió.



Mirando al retocado y amarillento techo, Charlotte solo pensaba. Si Steven tuviera en mente deshacerse de ella, no le convendría ganarse primero su confianza. Era obvio que no los envenenaría en la cena, pues si ya los quisiera muertos no estarían en su casa ahora mismo. Solamente podía llegar a una conclusión: Él en realidad solo quiere hijos. Suena algo turbio pensar que tiene guardada ropa infantil solamente por eso. Es aún más raro considerar que tal vez no tenga ropa para recién nacidos, sino de infantes en adelante. Tal vez sus deseos no eran precisamente dulces e inocentes. Tal vez en aquella habitación haya algo difícil de olvidar.

Danny abrió la puerta. No eran dos camas individuales, así que tenían que compartir la misma. Antes de que Danny se acostara, Charlotte fue a buscar una sábana, con ella iba a separar la cama en dos partes, enrollándola para hacer una especie de pared de seis centímetros de altura. Cada uno iba a dormir en su lado, sin tocar la sábana. Una resolución simple para un problema común, pero no suele funcionar, porque en las noches, un niño hiperactivo como Danny se mueve mucho de un lado para el otro mientras duerme.

A las 5:58 de la madrugada, Charlotte casi no pudo dormir. Las carnosas manos de Danny sobrepasaban la sábana que los separaba y acaparaban la otra sábana que los cubría. Finalmente, decidió levantarse. Fue en busca de su mono de peluche para abrazarlo lo más fuerte posible. Mientras lo sostenía, cantaba en voz muy baja la canción *Los Niños que Hacen Preguntas son Tontos*. Esa actividad calmó sus nervios de alguna manera, pues ya se sentía regular.

Al otro lado de la puerta se podían apreciar luces encendidas, y Charlotte se preguntaba si Steven había

dormido siquiera un poco. Salió de la oscura habitación y notó que la luz encendida se ubicaba en la biblioteca. Con cautela, Charlotte se dirigió hacia allí, tratando de no hacer ningún ruido. Girando lentamente el picaporte, Charlotte podía escuchar el sonido de páginas moviéndose y artefactos de metal cayendo. Su ritmo cardíaco aumentaba mientras más abría la puerta. A duras penas lograba ver a Steven rebuscando entre todos sus libros, dejando caer los demás objetos de los estantes. Se podían ver restos de cristales en el suelo, además de la desesperación en los movimientos de Steven. Después de un rato buscando entre páginas, el hechicero se rindió y recostó sus manos en los bordes la gran caldera, cabeza abajo, como si estuviera pensando frenéticamente, golpeando con su dedo índice derecho el exterior del metal, haciendo un sonido tintineante y profundo. Charlotte hasta ahora era imperceptible, pero se le heló la sangre cuando escuchó que Steven decía: «Charlotte, ven, por favor».

Obedeciendo, abrió completamente la puerta y entró, parándose a su lado. Steven la miró a los ojos y le dijo en un tono dubitativo: «¿Estás... segura de que necesitas...? No. ¿Crees que tu amigo vaya a...? No —parpadeó notablemente y tomó una posición más segura—. ¿Sabes qué? Olvídalo, necesito que me ayudes».

Ese fue un extraño diálogo. ¿Qué iba a proponer al principio? ¿Por qué se mostraba indeciso? Eran preguntas razonables, pero antes de dudar, decidió prestar atención a sus siguientes palabras.

—Dado a mi visible discapacidad —explicó Steven señalando su mano derecha—, no podré continuar con el hechizo que tengo en mente, por eso te quiero hacer una pregunta, y quiero que me respondas con la mayor sinceridad posible.

Charlotte lo miraba con los ojos bien abiertos, demostrando prestar atención, mientras asentía con la cabeza.

—¿Estás dispuesta a adentrarte al infinito vórtice de las tinieblas; manipular lo que hoy conoces como realidad, y guiarte tú misma hacia el profundo pozo de la perdición, usando el poder prohibido por todo tipo de autoridad justa? —dijo muy seriamente.

Charlotte, al escucharlo, sintió que las máximas fuerzas del universo la habían llevado hasta ahí para cumplir con el mayor propósito de su vida, para lograr lo que tanto había anhelado desde que tuvo conciencia: El poder absoluto.

—Completamente —le respondió sin cerrar los ojos.

—Pues tu futuro está sellado. No hay vuelta atrás. No hay salidas misericordiosas. No hay escape o consecuencia que justifique las acciones que estarás dispuesta a cometer.

Charlotte, sin quitarle la vista a Steven, le respondió con todo el júbilo que su falta de alma podía fabricar:

—Suen a un plan maravilloso.

—En ese caso —proclamó Steven con alegría—, te nombro mi aprendiz. —Puso su mano izquierda en los laterales de la cabeza de Charlotte, simulando pobremente un espaldarazo real—. Esto no significa que debas aprender mucho de mí, solo quiero que seas mi leal asistente. Me viene muy bien alguien con sus dos manos enteras.

—Comprendo, pero... ¿Qué hechizo tienes planeado hacer con tanta urgencia?

Steven vio en su muy complicada expresión facial que ella estaba dispuesta a hacer lo que sea con tal de aprender magia negra. Le dio la espalda y dijo con seriedad:

—Resurrección.

—¿Resurrección? —preguntó con curiosidad y un poco de asombro—. ¿A quién piensas resucitar?

Steven bajó la cabeza, y al alzarla de nuevo, mirando al techo le dijo:

—*Jeff Gaspel y Clara Moreau.*

## XXI

### ÁNGEL CAÍDO

**L**a detective Allard mordía su lápiz mientras movía su pie nerviosamente en su silla de oficina. Sinceramente consideraba la idea de ir a *Soufreville* para registrar todos esos cuerpos y tal vez hacer que su jefe sea encarcelado, pero pensándolo más fríamente, es una locura. ¿Realmente es necesario arriesgar tanto por tan poco? En medio de ese pensamiento, Quickley entró corriendo a la comisaría para darle a su compañera una increíble noticia: «¡El niño está vivo!».

Para ponerte en situación, primero hay que ubicarse en el presente. Leonard Quickley entró corriendo por la puerta el 24 de octubre de 1966 a las 4:42 de la tarde. En ese preciso momento, Charlotte y Danny estaban durmiendo en el camión de policía mientras Steven conducía. Diez minutos antes de eso, Quickley estaba caminando por el parque para llegar a la comisaría, cuando de pronto, una peculiar niña se le acercó para preguntarle algo.

—¿Es usted policía? —preguntó Annie, la niña rubia amiga de Danny.

—Así es, ¿qué pasa? —respondió Quickley.

—Mire, creo conocer a la niña de la foto —dijo mientras le mostraba uno de los carteles de *se busca* pegados por la ciudad con la imagen de un retrato hablado de Charlotte—. Aquí dice que se llama *Charlie*, pero ella me dijo que se llamaba *Sarah*.

—¿Ella te dijo? —preguntó sorprendido.

—Sí. Supuse que fue un error de tipografía. La conocí no hace mucho aquí mismo. Me preguntó dónde se podría quedar porque no tenía padres y yo le dije que hay un orfanato cerca. Al día siguiente, mis padres la llevaron allá.

—Niña, esto es muy importante. —Se agachó e hizo contacto visual con Annie—. ¿Estás completamente segura?

—Sí —le respondió—. Tenía el mismo peinado.

—¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó mientras su ritmo cardíaco se aceleraba lentamente.

—Ya le dije, en el orfanato de aquí.

Leonard, sin tiempo siquiera de pensar, fue corriendo a la comisaría.

—¡El niño está vivo!

—Perdón, ¿qué?

—El hijo de los Gaspel que tenía cáncer. Se escapó y ahora sabemos que está en un orfanato.

—¡Él nos puede decir qué pasó con sus padres! —dijo enérgicamente.

—¡Incluso podríamos saber más de Ledger! —dijo aún más emocionado.

Corte repentino. Los dos están tocando la puerta del orfanato. Quickley nota una cuerda y calcetines negros en el suelo. «Probablemente no limpian mucho los exteriores», pensaron. Abre la puerta una de las maestras y los detectives

se presentan, pidiendo que los dejen entrar para hacerle algunas preguntas al director.

Por el suelo seguían apareciendo calcetines negros, algunos en el techo. Finalmente llegaron a la oficina del director, donde se pusieron muy serios y empezaron el interrogatorio.

—Buenas tardes, oficiales —dijo el director—. ¿A qué debo el honor?

—Sí, necesitamos que nos confirme algo —dijo Allard mientras ponía el retrato de Charlotte en la mesa—. ¿En esta institución se ha inscrito un estudiante con estas características físicas? Responde al nombre de *Sarah* o *Charlie*.

—Ahora que lo dicen —dijo el director—, justo ayer vino a mi oficina junto a otra niña. Habían peleado por algo, pero ya lo solucionaron. Ya ven, que en esta institución no se toleran las discusiones sin sentido.

—¿Nos puede decir en dónde está ahora? —preguntó Quickley.

—Está bien, déjenme revisar.

El director miró en los expedientes y les dijo que *Sarah* estaba instalada en el dormitorio 19, en el segundo piso. Los dos le agradecieron y se dirigieron a esa ubicación. Entraron en busca de pistas que puedan evidenciar la presencia de *Charlie*, pero solo encontraron un cuaderno tirado en el piso. Aunque la evidencia era poca, era un objeto perfecto para investigar, así que empezaron a leerlo. Sin duda, era una redacción impecable, digna de un infante capaz de escapar de un hospital sin ayuda.

A estas horas los niños están en clase, por lo cual era prudente dirigirse al salón donde su grupo estaba para encontrarla. Quickley y Allard sentían la adrenalina de estar tan cerca de la victoria que se podía saborear mientras caminaban por los pasillos. Abrieron la puerta del salón de

clases correspondiente y se pusieron al frente, junto al profesor, para dar un anuncio.

«¡Atención, por favor! —exclamó Allard—. Somos la policía y estamos buscando a uno de sus compañeros. Ya sea varón o hembra, necesitamos que nos digan si reconocen esta cara». Al momento de mostrar el retrato de Charlotte, la clase se quedó en silencio hasta que una niña empezó a hacer ruidos de incomodidad y miedo. «Tú, la de las trenzas —dijo Quickley señalando a esa niña—; ¿la conoces?». Unos cuantos niños empezaron a reír en silencio cuando de repente otro dijo en voz alta: «¡Claro que la conoce, ella le hizo comerse una rana muerta!». En ese entonces, los demás comenzaron a reír a carcajadas. Los detectives se dirigieron a Mincy, la niña de las trenzas y los ojos aguados, y le preguntaron seriamente: «¿Dónde está ahora?». Mincy, jadeando, les dijo que no la vio desde ayer.

Buscaron por todo el orfanato para preguntarles a todos los profesores con los que se topaban sobre el paradero de Charlotte, pero todos les daban la misma respuesta: «Hoy nadie la vio».

Los dos volvieron al auto. La teoría más razonable era que escapó de nuevo, pero..., ¿a dónde? Era obvio que *Charlie* no era un niño común y corriente, pues su intelecto era impresionante. No sólo logró escapar de un hospital, un motel y un orfanato, sino que logró ocultar su identidad con un alter ego femenino. Era, sin duda, un caso especial. Un hechicero y un niño prodigio escapando de la ley por razones desconocidas. ¿Qué será lo siguiente?, ¿viajes en el tiempo?

—¿Dónde puede estar ahora? —preguntó Quickley.

—No debe estar muy lejos. Apenas se escapó ayer —respondió Allard.

—Repasemos. Escapó del hospital, ordenó el cuarto del motel, se quedó en un orfanato y, ¿luego?

—Parece que todo gira en torno a Ledger.



—¿A qué te refieres?

—Piénsalo. Charlie fue al motel, donde ya sabemos que fue Ledger. ¿Qué fue lo que vio que lo hizo escapar?

—Por su breve expediente en el orfanato, no creo que sea fácil de perturbar.

—No sé. Tal vez fue a buscarlo.

—¿Pero, por qué?

—Quiero decir, ¿qué tal si escapar con él era el último paso para la gran fuga de los Gaspel?

—No tendría sentido, ¿por qué entonces se quedaría en un orfanato? ¿No tendría más sentido escapar antes si los dos son cómplices?

—¡Maldita sea! Estamos tan cerca, pero aún así, terminamos en un callejón sin salida.

—Elena, estamos en un callejón sin salida desde que empezamos; sin embargo, mira cuánto hemos avanzado. Probablemente solo nos quede un paso para encontrar a los Gaspel. Solamente necesitamos una ubicación en específico y terminaremos con el caso.

Elena miró al suelo del auto, echándole más carbón a la gran máquina de vapor que es su cerebro. De pronto, un nombre se le vino a la mente.

—*Soufreville*.

—¿Qué? —preguntó Quickley.

—¡Ahí debería estar! —dijo entusiasmada—. ¡Ese era su objetivo!

—¿Por qué?

—Ahí fue donde Ledger fue capturado. Si planeamos saber dónde escaparon los Gaspel, es ahí.

—¿Estás segura de que no es una excusa para encontrar los cuerpos? —preguntó desconfiado.

—Piénsalo, Leonard. En cualquier teoría posible, que Ledger esté ahí después del incidente es la única prueba que necesitamos.

Quickley, enseguida se puso en la misma página que su compañera. Era su única opción. Lo único que les quedaba por hacer era pedirle permiso al jefe para que continúen con la investigación desde allá.

—No —le respondió el jefe sin dejar lo que estaba haciendo.

—¿Por qué no? —preguntaron al unísono Quickley y Allard.

—El caso ya se cerró —afirmó el jefe, mirándolos a los ojos—. Asumimos que Ledger fue el que mató a los Gaspel. Pueden retirarse.

—Señor —insistió Allard—, tenemos testigos que afirman que el niño aún sigue vivo.

—Ustedes ya terminaron —dijo muy enojado—. No van a ir a *Soufreville*. Es una orden.

—¿A qué le teme, señor? —insinuó Allard.

—¡Allard! —exclamó el jefe poniéndose en pie—. No me falte el respeto de esa forma. Salgan de mi oficina ahora mismo.

—Elena, ya vámonos —le suplicó Quickley en voz baja.

Allard, casi resoplando, salió de la oficina azotando la puerta. Quickley miró al jefe pidiendo piedad con sus ojos, porque sabe que su paciencia se le va a acabar pronto. El jefe niega con la cabeza, haciéndole saber que no irán a *Soufreville* ni aunque su vida dependiera de ello.

Creo que todos aquí sabemos cómo va a terminar esto. Por ahora, hay que avanzar un poco en el tiempo.

—¿Vas a revivir a mis padres? —preguntó Charlotte completamente sorprendida.

—Ciertamente —le respondió Steven—, pues desde que acepté el trabajo de llevarlos directo a su muerte no he hecho

más que arrepentirme. Quiero arreglar ese error, enviándolos a ellos y a ti a un lugar mejor para vivir.

Era un poco temprano para juzgar a Steven, pero la imagen que Charlotte tenía de él no era precisamente la de un buen samaritano. No lo conocía bien, nunca mostró crueldad ante ella, pero de alguna forma, el hecho de que haya sido un principal responsable de la muerte de sus padres deja una marca psicológica. De cualquier manera, ese es el único argumento que tiene en contra de él; además, Steven también fue el que los sacó de *Soufreville*, así que más que tenerle rencor, debería considerar la idea de confiar un poco en él.

—Steven, ¿esta es una clase de broma? —preguntó Charlotte con todo tipo de dudas.

—Para realizar el hechizo —continuó hablando—, necesitamos hacer una pócima. Esta pócima será clave para traer no solo sus almas, sino también sus cuerpos a la vida.

—¿Cuerpo, alma y espíritu?

—Todo.

—¿Cómo es eso posible?

—En la magia negra es fácil modificar cualquiera de estos tres elementos. En teoría, esa área está completamente prohibida para los de buena moral, pues ya no es jugar con fósforos, sino jugar con un lanzallamas, cosa que solo *El de Arriba* puede hacer. Por suerte, *El de Abajo* nos regaló armas de fuego para que nos divirtamos propagando el caos. Y eso haremos.

No había una forma razonable de estar en desacuerdo ante esa filosofía. Finalmente, era hora de hacer justicia por mano propia, ajustando los hilos del destino a su favor.

—¿Qué necesitamos para completarlo? —preguntó Charlotte completamente determinada.

Steven soltó una sonrisa.

—Ya tengo casi todos los ingredientes. El único complemento mágico que nos falta es un poco de azúcar.

—¿En serio? —preguntó seriamente—. ¿El ingrediente que decidiste dejar al último es uno tan terrenal? ¿Por eso te atraparon en la fábrica de azúcar?

—Oye, siempre digo que hay que hacer lo más difícil primero. La cosa es que terminé con el azúcar que me quedaba endulzando mi café.

—¿Cuánto necesitamos?

—Dos kilogramos de azúcar morena.

—¿Y eso es todo?

—Sí, pero en este pueblo estamos en una escasez de todo. El azúcar es un privilegio privado para *El Ataúd*, por lo cual es mucho más difícil de lo normal conseguir esa cantidad.

—Pero... ¿Por qué no buscaste en otras ciudades?

—Eso es algo complicado. Con la cantidad exorbitante de lugares donde estoy vetado, no creo que encuentre uno que sea tan gentil de venderme algo.

—Pues teletransportate a un lugar donde no seas buscado.

—No funciona así. —Se agachó para hablarle directamente—. La teletransportación solo te lleva a lugares en los que has estado, lugares que conoces y, principalmente, donde haya estado el amuleto. Nunca eres completamente libre de tu pasado.

—Entonces, eso quiere decir que estuviste en *Spoirtown* antes de mudarte aquí.

—¿No se te escapa una, verdad? —dijo sonriendo.

—¿Necesitas hacer este hechizo con urgencia? Porque tengo otros planes en mente.

—Bueno... No es que esté muy apresurado, pero se supone que no debería estar aquí. Ya sabes; a los ojos del *Ataúd* estoy en la cárcel.

Charlotte puso sus brazos en posición de pensar y se volteó para caminar en círculos, lo cual es bastante productivo a la hora de enfocar tu mente. Estaba pensando en tantas cosas, tantas probabilidades y finales alternos para que esta historia termine. Trece segundos después, dijo lo siguiente:

—¿Me prestas tu libro?

—¿Qué libro?

—*Magia Negra para Principiantes*. Sé que tienes uno con ese nombre.

—En realidad, no lo necesito tanto —dijo, tratando de justificar el hecho de que aún lo tiene—. Suelo utilizar otros métodos para aprender mis encantamientos.

—¿Lo tienes o no?

Steven muestra una expresión de pena, entrecerrando los ojos y dejando caer los brazos para luego ir a buscarlo y entregárselo. Charlotte hojeaba las páginas cautelosamente, como si estuviera supervisando la veracidad del libro, cuando encontró algo.

—¿Dónde está la página que falta? —preguntó, mostrando lo que queda de una página arrancada.

—Esa es la del hechizo de *reubicación geográfica*, o *teletransportación*. Resulta que lo necesitaba más de lo que había pensado. Perdí la página, pero tengo todos los procedimientos aquí —dijo, señalando su cabeza.

Charlotte siguió buscando. Muchas de las frases escritas estaban en latín, pero las indicaciones estaban en francés, lo cual le llamó la atención.

—¿Por qué las indicaciones están traducidas?

—Es curioso. Los libros y guías relacionados con las artes oscuras no son muy difíciles de encontrar, puesto que las comunidades alrededor del tema los trafican entre sus miembros. Yo conseguí este antes de llegar aquí. Como estaba en francés, tenía que familiarizarme más con el idioma, así que aproveché para escapar a este país.

Increíble. La magia negra no es algo exclusivo. Hay comunidades alrededor del mundo que la mantienen viva, y eso ya es mucho de por sí, pues la gente apenas se atreve a hablar de eso a menos que se encuentren con algo que no entienden.

Todo el libro tenía conjuros impresionantes, entre ellos: *Cambiar extremidades; Hechizo cegador; Invertir pelvis; Hervir sangre; Cerrar hoyos; Metamorfosis animal y Extirpar piel*. Era fascinante la cantidad de poder que te daría aprender todos y cada uno de esos hechizos, cosa que Steven por poco logra. A la séptima frase en latín que memorizas se vuelve algo tedioso a la par de confuso.

—Interesante, ¿verdad? —mencionó Steven tras ver la concentración de Charlotte.

—Entonces, ¿dónde dices que lo conseguiste? —dijo sin apartar la mirada.

—En el Reino Unido. No fue fácil...

—No hables —lo interrumpió mientras seguía leyendo.

Steven vio con curiosidad la determinación en la actitud de su nueva aprendiz. Con menos de treinta y siete años ya tenía un legado asegurado.

Podría decir que los tres tuvieron un final feliz, pero el ardiente sentimiento de venganza de Charlotte seguía latente en su pequeño corazón. Solamente habrá acabado cuando se deshaga de todo aquel que la hizo sufrir, y la lista no es corta.



—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —le preguntó Quickley a su compañera en su espacio de trabajo en la comisaría, apenas unas horas después de lo anterior; es decir, la mañana después de intentar convencer al jefe.

—Es obvio que —le respondió Allard en un angustiado tono—, para resolver el caso, necesitamos ir a *Soufreville*, aclarar nuestras dudas y, si tenemos suerte, encontrar a Charlie.

—¿Por qué no dejamos la respuesta flotar por el aire?, no hace daño de vez en cuando.

—Quickley —dijo Allard con enojo y sorpresa—, ¿te estás escuchando? Tú nunca te rindes ante nada. Nunca. ¿Recuerdas cuando no pudimos encontrar al pederasta que dejaba pistas a propósito? ¿Cómo se llamaba?

—Vincent Rogers; alias, *El Inconmensurable*. Sí, lo recuerdo —dijo con desgano.

—Yo no quería continuar el caso porque llevábamos cuatro meses sin encontrarlo, pero su manera de fanfarronear sus victorias te motivaba a ponerlo tras las rejas, y eso hicimos. Lograste encontrar su patrón de ataque antes de que él mismo se diera cuenta.

—Mira, esto no es lo mismo. Investigamos la desaparición de una familia que a nadie le importa. Hay cartas en nuestra contra y hay empleos en juego.

—¡Pero logramos encerrar a un mago! ¿No te emociona eso?

—No lo encerramos. En todo caso, yo lo tenía que proteger a base de una amenaza; además, no lo encontramos nosotros, sino el idiota de Greyson. ¿Sabes?, ni siquiera nos dimos cuenta de que estaba involucrado en el caso hasta mucho después. Esto es más grande que nosotros.

—Todo siempre será más grande que tú, Leo. A veces tienes que montar el toro por los cuernos.

—Creí que estabas en contra de las corridas de toros.

—No si el toro te ataca primero.

De pronto, un compañero policía tocó el hombro de Quickley. Parecía que estaba en problemas, porque le anunció que el jefe quiere verlos a ambos en su oficina inmediatamente.

Nuevamente, se sentaron en la oficina del jefe, pensando que al menos consideró la solicitud del día anterior.

—¿Para qué nos llamó? —preguntó Allard con una mezcla de esperanza y miedo, al contrario de Quickley, que solo sentía miedo.

—¿Pensaste que te podías salir con la tuya, Leonard? —preguntó el jefe de forma amenazante.

—¿Perdone? —tartamudeó Quickley.

—¿Dónde está Ledger?! —gritó golpeando la mesa.

—¿De qué habla? —preguntó asombrosamente confundido— ¿No está en la cárcel de máxima seguridad?

—¡No te hagas el listo conmigo! ¡Hiciste un trato con él!, ¿no es así?

—¿Trato? —preguntó Elena.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Un trato! ¡Un acuerdo que pactaron para que él lograra escapar!

—Señor, ¿de qué me acusa exactamente? —preguntó Quickley con las manos temblorosas.

—¡Por eso no se defendió en el juicio! ¡Por eso no atacó a nadie! ¡Lo ayudaste a escapar!

—¿Ledger escapó?! —exclamó Allard.

—¡Tú también estás involucrada de alguna forma, no te hagas la inocente!

—¿Me puede decir qué pasó exactamente?! —gritó Quickley muy exaltado.

—Steven G. Ledger —dijo más calmado— no llegó a la otra cárcel. Intentaron comunicarse con el conductor, pero no respondió. Nos confiamos al enviar a un solo hombre. El



prisionero debió llegar allá hace catorce horas. Claramente logró escapar y destruyó la radio. O tal vez, el conductor era cómplice, junto a ti, Quickley.

Quickley dejó la mirada en el vacío. No respondió a la acusación, principalmente porque el hecho de que Steven esté suelto ocupaba toda su cabeza. Su compañera le tocaba el hombro diciéndole que reaccione, pero no daba resultado. Repentinamente, Quickley los miró a los dos y dijo con una voz muy neutral: «Hay que ir a *Soufreville*».

Esta vez no iba a ser retenido.

—¿A *Soufreville*? —preguntó el jefe—. ¿No me escucharon? Les dije que no.

—Usted no entiende —replicó Quickley—. *Soufreville* es el único lugar donde puede estar, y si vamos ahora podremos alcanzarlo, a menos que se haya teletransportado.

—¿Qué dices? —preguntó el jefe bastante molesto.

—Es una teoría —le respondió Quickley—. Es la única manera razonable de escapar de un motel con dos cuerpos. Mientras estaba retenido no pudo hacerlo porque no tenía su amuleto, por lo cual pensé que llegaría sin problemas a la cárcel de máxima seguridad. —Quickley miró al vacío otra vez. Finalmente se dio cuenta—. Greyson. Está en peligro.

—¿Qué? —replicó el jefe.

—Él tiene su amuleto. Antes de ir a cualquier parte, necesita recuperar lo que es suyo.

—¿No crees que ya es demasiado tarde? —dijo Allard.

—No lo es —replicó el jefe—. Ayer lo llamé a media noche para hacerle saber que su madre se quedó sola todo el fin de semana. Él se escuchaba bastante vivo.

—Entonces tenemos tiempo —afirmó Quickley.

—Espera, listillo —replicó el jefe otra vez—. No te vas a escapar tan fácil. Lo voy a llamar ahora. Si no responde, tienen mi autorización para ir y revisar la propiedad.

El capitán llamó una vez más a la casa de Greyson. Tras asimilar que no hubo respuesta, obviamente pensó que estaba fuera de casa, pero igualmente les dio autorización a los detectives de inspeccionar la zona. No se pierde nada, ¿verdad?

Los dos corrieron al auto para revisar la casa de su compañero Greyson. Como ya sabrán, no se encontraron con una linda sorpresa.

# XXII

## PLAGAS

**B**itácora. Día: 1.

*Para una mejor experiencia en el aprendizaje de las artes oscuras, Steven me dio esta libreta. Probablemente deba anotar solamente las cosas importantes, pero, estando en un ambiente donde puedo perder la memoria de alguna forma, es mejor anotar todas mis observaciones para no perderlas.*

*Hoy salimos al jardín trasero. Él dice que me va a enseñar a realizar hechizos de defensa. Yo diría que es mejor aprender a atacar antes que defenderse, porque, al fin y al cabo, para eso se defienden los demás, para evitar los ataques. Si soy lo suficientemente buena atacando, no necesitaré defenderme, pero dice Steven que hay que hacer lo más difícil primero.*

*Fue una extraña experiencia, porque él llevaba el amuleto todo el tiempo, mientras yo no tenía nada. Estuve moviendo las manos como esquizofrénica sin tener resultados, pero él dice que lo estoy haciendo bien. Dice que mi coordinación es bastante buena, y eso es importante a la hora de maniobrar. Aún tengo problemas con las frases en latín. Sigo pronunciando mal las erres. Danny nos mira con admiración, pues los brillos que salen de las manos de Steven son hipnóticos. A veces me pregunto cómo se sentirá tener tan escasa comprensión de la realidad.*

*No fue difícil adaptarme a los movimientos rápidos de brazos. Es fundamental la posición de tus extremidades, creo que es como un lenguaje de señas para los seres del inframundo o algo así.*

*Ya le pregunté. No es un lenguaje de señas. Es más, cuando tienes el conjuro muy claro en tu mente, no es necesario conducir la energía con tu cuerpo, sino con tu voluntad nada más. Los hechiceros más poderosos tienen la capacidad de mover la realidad a su alrededor sin siquiera mover un dedo.*

*Apenas Steven me puso el amuleto, logré realizar los encantamientos de defensa a la perfección. Creo que le causé algo de envidia, porque no fue tan fácil para él. Me dijo que no tener alma ayuda mucho en manejar la magia negra, porque no tengo nada que me aferre a mi humanidad. La moral y la empatía son las principales debilidades de todo hechicero oscuro.*

*Logré hacer que Steven me dejara ver el libro otra vez. No hay un hechizo de borrar la memoria, pero sí encontré uno para controlar la mente de otros. Apenas es una fracción de todo su potencial, porque sólo sirve para manipular pensamientos no tan complejos. Tal vez un libro superior enseñe cómo controlar el cuerpo entero.*

*Ya es de tarde. Steven y Danny se la pasaron jugando con la pelota. Aún no me inspira confianza su tan amable actitud. Probablemente se siente muy solo en su gran casa.*

—Oye —dijo Steven, apareciendo de repente—, deja de escribir. *El Ataúd* está aquí.

Vaya noticia. ¿A qué se refería con eso? ¿Estaban afuera? ¿Estaban dentro de la casa? No puedes decir algo así de esa manera.

Para ser más precisos, *El Ataúd* estaba apunto de llegar a la puerta. Esta vez volvemos a ver al inolvidable dúo: El fornido y el rubio, que al parecer no se toma la casa de un brujo muy en serio, porque, a pesar de conocer los peligros de la magia negra, no llevan protección ni refuerzos por si alguien termina hechizado. Al parecer, la mafia no se deja intimidar por supersticiones, aunque, irónicamente, esa fue el arma más fuerte de Greyson.

—Desgraciados —dijo Steven desde la ventana mientras los veía tratando de abrir la puerta—, ni siquiera tienen la decencia de esperar una semana.

—¿Qué es lo que haremos? —preguntó Charlotte mientras los veía con él.

—Buena pregunta —se voltea y comienza a caminar hacia la biblioteca—. Tú vas a amordazar a Danny para que no se mueva. Yo crearé una maldición para proteger la casa de futuros ataques.

—¿Qué? —pregunta Charlotte seriamente mientras lo sigue—. ¿Para qué servirá eso ahora? ¿Y si logran entrar antes?

—Por eso debo actuar rápido.

—Pero, ¿no dijiste que las maldiciones tardan más en hacerse que los hechizos de ataque básicos?

—Así es, pero no puedo hacer hechizos de ataque sin mis dedos faltantes. Una maldición es más segura para repeler a los intrusos.

—¿Hablas en serio? —preguntó ofendida—. ¿Qué hay de mí?

—¿De ti? —dijo mientras abría un libro aún más grande que el anterior, llamado: *Maldiciones para Principiantes*.

—Sí. Puedo hacer hechizos de ataque si me dejas intentarlo.

—¿Tú? —preguntó genuinamente dubitativo—. Es obvio que no estás lista. ¿Crees que por lograr la teletransportación ya puedes hacer cualquier cosa? Esta es una situación seria, y, digo, yo mismo los sacaría de mi casa a puño limpio, pero soy especialmente sensible en el aspecto físico. Cualquier golpe en la cabeza me puede noquear y cualquier resfriado me puede dejar en la cama por meses.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Lo siento, suelo hablar mucho bajo presión. No soy tan fuerte como tus pequeños ojos tal vez asimilen. ¡No me distraigas! —gritó alterado—. Estoy perdiendo el tiempo cuando podría estar en la mitad del párrafo que necesito memorizar y que ni siquiera puedo encontrar.

Charlotte lo miró con otros ojos. Dejó ver su verdadera piel. Ya no ve a un patán avaricioso y escurridizo, ahora ve la razón por la cual es un patán avaricioso y escurridizo. Era simplemente muy débil para no caer en las garras de la magia negra.

—Dame el amuleto —le ordenó Charlotte.

—Olvidalo, ve a proteger a Danny —dijo sin quitarle la vista al libro.

—¿Cuánto tiempo tardaste en aprender el hechizo de reubicación geográfica? —preguntó firmemente.

—No lo sé, dos semanas, tal vez.

—¿Cuánto tiempo tardé en hacerlo yo?

Steven dejó de moverse y miró seriamente a Charlotte.

—No te daré el amuleto. No hay tiempo.

—En el libro —afirmó Charlotte sin apartar la vista—, la *reubicación geográfica* está en la sección más avanzada. Transporta al instante enemigos a otros lugares, causándoles dolores fatales al momento de llegada. Si se usa para beneficio personal, no tiene efectos secundarios. Para realizarlo se necesita experiencia avanzada de pronunciación, concentración y coordinación.

—¿Cómo lo sabes con tanta exactitud?

—Porque no perdiste la página. No podrías. La tenías escondida en tu mesa de noche.

Steven, intimidado, se levanta bruscamente y grita:

—¿iEntraste a mi cuarto!?

—No fue difícil. Como puedes apreciar allá afuera, no tienes ni idea de lo que es *seguridad*. Se te olvida volver a cerrar la puerta de tu cuarto con llave cuando vas al baño.

—¿En serio desconfías tanto de mí?

—¿Por qué cierras tu puerta con llave entonces?

—¿Estás demente? ¡Hay dos mafiosos detrás de la puerta principal!

—Es importante saber cuándo tus enemigos van al baño porque es su momento de mayor debilidad. Danny está en él justo ahora. Estoy seis pasos por delante de ti, Steven. Dame el amuleto y terminaré con esta situación antes de lo que tú te tardas en hacer del uno.

—¿Memorizaste toda una página mientras iba al baño?

—Claro que no. Le tomé una foto con la cámara —dijo mientras le mostraba la foto, que estaba guardada en la parte de atrás de su pantalón—. Por cierto, es muy extraño que tu habitación esté tan repleta de cosas inútiles. ¿De qué te sirve

coleccionar tanta ropa y tazas decorativas si estás siempre al borde de la muerte?

Steven apretó su propio cráneo con sus uñas, desesperado y gritando entre dientes de frustración mientras se encogía. Luego miró a los desalmados ojos de Charlotte con una expresión de enfado. Ella, sin mostrar reacción alguna, insistió una última vez.

—Dame el amuleto.

Sacando el libro de encantamientos del estante y exhalando aire fuertemente por la boca, Steven se quitó su amuleto para buscar un hechizo que funcione para esa situación. Charlotte se lo puso y sintió cómo el poder le erizaba la piel desde dentro. La paranoia da frutos, después de todo.

Los dos mafiosos lograron entrar. El fornido se puso a inspeccionar el piso de abajo mientras que el rubio subió las escaleras para rebuscar el piso de arriba.

La biblioteca estaba cerrada desde dentro. El hombre rubio lo notó, y se aseguró de mantener un ojo en esa puerta mientras entraba a las otras habitaciones. La de huéspedes, vacía; no había nada valioso aparte del maletín de Charlotte, el cual contenía tres calzoncillos y unas cuantas medias, junto a una cuerda de tiras de ropa, un mono de peluche y una libreta excesivamente grande. En la cama pudo ver un cuaderno un poco más pequeño, cuya caligrafía era un poco más infantil. Por ahora, Steven no estaba dando una buena señal de su morada, pero eso no le interesaba al hombre rubio, que con impaciencia intentó abrir las demás puertas, pero todas estaban con seguro. Solo quedaba el baño, que parecía estar en uso. Si se acercaba lo suficiente, podía oír pequeñas manos haciendo rodar el rollo de papel higiénico, desperdiciando todo su contenido, haciendo que sus hojas se



esparzan por el piso y vuelvan a su posición original repetidamente. Al poner las manos en el picaporte, la decepción cayó sobre su cabeza cuando vio que esa habitación también estaba bloqueada. Como ya estaba cansado, empezó a patear la puerta con rencor y desahogo, y como ya es de costumbre de él, no le llamó la atención al hombre fornido en el piso de abajo.

Entre todo el ruido que emanaba de sus pies y la madera, el hombre rubio escuchó pequeños pasos detrás de él, lo cual provocó que se volteara apuntando su arma. A pesar de tener una visión general de todo el pasillo, no pudo ver a nadie, pero sí vio algo: la puerta de la biblioteca estaba abierta. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que ese era el camino a tomar si quería dar con un objetivo. Se acercó lentamente, y con pistola en mano, terminó de abrir la puerta, logrando ver que en el interior de esa habitación solo había libros desordenados por el suelo, cristales rotos y un montón de porquerías que no valen la pena describir, porque lo importante yacía en todo lo demás, más precisamente, debajo de la mesa que estaba en el centro, donde estaba Steven.

Al dar un paso en la oscura alfombra, el hombre rubio escuchó pisadas por el pasillo otra vez. Esta vez no se le iba a escapar. Cubrió la única salida por las escaleras y mantuvo sus ojos bien abiertos. El pasillo era bastante largo y oscuro, y, al ser recto, no hay nada que dé lugar a la imaginación fuera de la profunda oscuridad del otro extremo. La luz del baño al final del pasillo estaba apagada, todas las luces lo estaban. De repente parecía que se había ido la luz, lo cual es normal en *Soufreville*, pero no fue por ninguna falla en los circuitos, sino porque Charlotte así lo quería.

Tal vez no parezca evidente, pero la magia negra suele presentarse de la manera más *genial* posible. Detrás de las sombras siempre hay alguien dispuesto a salir de forma dramática, y esta vez será Charlotte, con el blanco de sus ojos casi resaltando en la oscuridad, sus botas de cuero haciendo

una potente presencia junto a su sudadera roja y su amuleto colgando de su cuello mientras camina con tranquilidad hacia el campo de visión del hombre rubio. Él, apenas logrando ver lo que se asomaba, empezó a disparar. Las balas rebotaban ante los hechizos de bloqueo que ella conjuraba, y al contemplar que los disparos no servían de nada, el hombre rubio soltó el arma completamente petrificado y comenzó a rezar arrodillado, implorando piedad ante Dios. Charlotte lo consideraba un movimiento indignante y patético, pues considera que es mucho más digno pelear hasta morir que rendirse ante un ser celestial, y por eso, se paró en frente de él y le dijo:

«Le estás pidiendo misericordia a la persona equivocada».

Su cabeza rubia voló por los aires tras haber sido exitosamente afectada por el hechizo *Sesos Explosivos*, que consistía en poner los dedos alrededor de la cabeza de la víctima para generar una onda expansiva en su cerebro, que, naturalmente, destroza todo el cráneo, haciendo un gran desastre a su alrededor. Lo sé, es genial. Ese fue un magnífico despliegue de sangre y materia gris, satisfactorio como repugnante, porque sentir las cuencas de los ojos del mafioso que casi le dispara a tus padres en varias ocasiones resbalando sobre tu cara da una sensación peculiar.

Los disparos y los sonidos de carne desparramándose por el suelo y las paredes no sonaban como una situación bajo control, así que, el hombre fornido se acercó a las escaleras para preguntar si estaba todo bien. Desde el segundo piso salió rodando el cadáver, esparciendo su sangre por cada escalón hasta llegar al hombre fornido, cuya expresión de sorpresa al ver el cuerpo sin cabeza de su compañero lo incitó a pedir refuerzos. La decisión que lo llevó a su perdición fue intentar llegar al teléfono de la casa, pues Charlotte aún seguía ahí dentro, y desconectó el cable

telefónico justo antes de que el hombre fornido pudiera terminar de marcar el número.

El miedo recorría su nuca, al igual que su sudor. Una situación así pone en perspectiva todo lo que has hecho en tu vida y todo lo que no podrás hacer después. Sacó su pistola para enfrentar a la niña que yacía sobre la mesa del comedor, pero no disparó, porque sabe de alguna u otra forma que si tira del gatillo, se va a arrepentir segundos después. Charlotte lo miró desde arriba, parada sobre la mesa con el cable del teléfono en su mano, sabiendo que él sabe que quien tiene el poder en esa situación es ella. Soltó el cable y se bajó de la mesa para decirle al hombre fornido unas cuantas cosas antes de sellar su destino.

—¿Es una coincidencia o sólo es que *El Ataúd* no tiene suficiente presupuesto?

—¿Quién eres? —preguntó educadamente el hombre fornido sin bajar el arma—. ¿El hijo de Ledger?

—Es que es muy extraño que sólo conozca a dos agentes de la mafia y sean ustedes dos —retomó Charlotte.

—¿Qué estás diciendo?

—Responde a esta pregunta: ¿Hay más empleados del *Ataúd*, o sólo son ustedes dos?

—Nosotros —respondió— somos los encargados de recolectar los pagos, supervisar y corroborar ciertas inquietudes. Somos..., en realidad, soy, prácticamente la primera línea de defensa del jefe.

—Ya entiendo. Tu compañero sin cabeza y tú son el cebo.

—¿Disculpa?

—Son peones; ya sabes, *la primera línea de defensa* es una forma elegante de decir que son las primeras piedras que ellos tiran al vacío para comprobar si se puede bajar.

—Interesante observación, pero debo cumplir mi deber, no importa qué pieza del juego sea. Si me dejas ir, le avisaré al jefe que no hay nada que se pueda sacar de esta casa.

—Sí, por supuesto —dijo Charlotte sarcásticamente, claramente alterada—. Crees que soy idiota, ¿verdad?

—Mira, no voy a...

—Guarda tu arma. —El hombre fornido obedece—. Ahora quiero que me digas, ¿dónde están?

—¿Perdona?

—¡¿DÓNDE ESTÁN LOS CUERPOS!?! —gritó repentinamente, rompiendo su voz, mientras movía las manos enérgicamente para crear un hechizo, generando una luz rojiza.

—¡¿Cuáles cuerpos?! —preguntó exaltado.

En ese momento, Charlotte perdió la compostura. Algo en su interior no parecía estar en sintonía y tuvo un ataque de ira, lo cual provocó que terminara asesinando al hombre fornido gritando las palabras: *incendia insaniae, damnatorum fibra cremant omnia corporis*.

En pocos segundos, el cuerpo del hombre fornido empezó a arder en radiantes llamas moradas. Sus atormentantes gritos eran su único consuelo mientras se retorció en el suelo en pura agonía. Charlotte sólo lo veía con un gesto de enojo y algo de frustración. Era un espectáculo muy difícil de ver.

Unos segundos después, el ruido terminó.

Danny salió del baño un poco asustado, vio sangre en el piso y un poco en las paredes y, ya tiene suficiente experiencia con Charlotte para asimilar que ella tuvo algo que ver en eso. Entró a la biblioteca donde estaba Steven, aún escondido debajo del escritorio.

—¿Qué pasó? —preguntó Danny.

—¿Danny? —preguntó Steven—. Oh, verás, entraron dos mafiosos a la casa y Charlotte se está haciendo cargo de ellos.

—¿Dos? ¡Qué miedo! ¿Dónde está Charlotte ahora?

—No lo sé, solo espero que haya logrado deshacerse de ellos.

—¿Por qué estás aquí?

—Pues, ahora mismo estoy indefenso, y ella no, así que me quedé aquí mientras ella hacía lo suyo.

—Yo no escucho nada ahora, ¿crees que ya terminó?

—Bueno, vamos a ver, pero dame tu mano para estar seguros.

Los dos bajaron por las escaleras lentamente. Al dar un vistazo, la imagen que presenciaron era la de un tipo tirado en el suelo sin cabeza, y otro rostizado al lado del teléfono. Junto a este último, se podía ver a Charlotte sentada en el piso, cubierta con sangre y mirando hacia el vacío. Hubo un largo silencio hasta que ella comenzó a hablar.

—Necesito más —dijo con una voz tranquila.

—¿Más? —preguntó Steven.

—Usé los primeros hechizos de ataque que venían en el libro, los memoricé cuando me enseñabas los de defensa. Debo mejorar mi arsenal.

—Oye —dijo Steven en forma de consuelo—, hiciste un buen trabajo aquí. Yo hasta sospechaba que te ibas a teletransportar a la mínima oportunidad. Si lograste acabar con dos mafiosos experimentados con hechizos básicos, no tendrás problema en aprender los más complejos.

—No eran mafiosos experimentados —dijo, mirando a Steven a los ojos—, eran carnada.

—¿Carnada? —preguntó Steven.

—Sabían que era peligroso entrar aquí. Si ellos no vuelven, van a enviar a más hombres o a demoler la casa.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

Danny se quedó tocando la piel rostizada de lo que era el hombre fornido. A sus ojos, eran solo otros dos tipos malos que se metieron en el camino de Charlotte. Ver tanta

violencia plasmada en tu entorno no es muy traumático si no humanizas a los cadáveres.

Charlotte se levantó y dijo con determinación:

—Voy a acabar con todos y cada uno de los integrantes del *Ataúd*, pero para ir calentando, voy a acabar con otros que hicieron mi vida miserable.

—¿A quién tienes en mente? —preguntó Steven.

—Antes de que nos ayudaras a salir de *Soufreville*, mis padres y yo estábamos resguardados en el hospital. Esta información era totalmente ajena para *El Ataúd*, pero se les fue revelada por los integrantes del grupo de teatro de mi padre, y esta información, a su vez, se me fue revelada por uno de ellos momentos después.

—¿El antiguo grupo de tu padre? Creo que ya los ubico. Sin duda son extraños, pero no parecen tan malos.

—No me importa su inclinación moral. Si contribuyeron al asesinato de mis padres, deben ser eliminados.

—¿Vas a hacer una especie de lista?

—No hace falta.

—Está bien. Entonces..., ¿quién quiere un helado? —preguntó en voz alta con entusiasmo.

—¡Yo! —respondió instintivamente Danny—. ¡Por favor! ¡No he comido helado desde hace mucho!

Las cosas empezaron a iluminarse de una forma retorcida. El campo estaba completamente libre para Charlotte, y parecía que todo iba sobre ruedas, pero aún nos queda un pequeño problema por resolver, y es que los detectives Quickley y Allard estaban en camino para participar en el fuego cruzado.

—No se ve nada bien —dijo Allard, viendo el cuerpo desfigurado de Greyson.

—¿Ya crees que la magia existe? —le dijo Quickley con cierta arrogancia y preocupación.

—Sin duda alguna —le respondió.

—Llama a los forenses.

—Espera, ¿vas a hacerlo público, verdad?

—¿Acaso estás ciega? Esto es un delirio total. ¿Sabes lo mucho que le afectará al capitán?

—Ese es el punto, Quickley. Si mantenemos esto en secreto, el mundo nunca sabrá del peligro al que se enfrenta.

—Lo que hacen las noticias es crear pánico. Si mantenemos esto en secreto y logramos capturar a Ledger y al niño, todo se resolverá y nadie saldrá herido.

—¿Y qué tal si descubrimos que hay más magos criminales? No nos van a creer.

—¿Sabes qué? —Saca su cámara de bolsillo y le toma una foto al cadáver—. Toma —le dice, dándole la cámara—, si las cosas salen mal, puedes hacer que publiquen esta foto y las que quieras, pero primero necesitamos resolver el caso.

Elena mira a Quickley entrecerrando los ojos, pensando en si el acuerdo vale la pena. Después de asimilarlo, lo acepta y deciden no mostrarle la foto a nadie hasta poner a Ledger tras las rejas..., de nuevo.

—Dígame —respondía el capitán desde el teléfono de su oficina.

—Hola —decía Quickley del otro lado de la llamada—, capitán, tenemos malas noticias.

—¡Habla, Quickley! —respondió exaltado.

—Ledger le clavó un cuchillo a Greyson mientras dormía. Ahora los forenses están ocupándose de la limpieza. Mil disculpas.

—Mi más sentido pésame —añadió Allard.

El capitán se quedó en silencio por varios segundos.

—Escuche —continuó Quickley—, vamos a *Soufreville* para buscar al asesino. No hay otra alternativa, jefe.

—...Bien —contestó el capitán.

—Volveremos con un informe, capitán. Hasta luego. —  
Cuelga el teléfono.

—¿Nos vamos? —preguntó Allard.

—Afirmativo. Trae lo que necesitamos.

—¡Sí! —dice en voz baja mientras aprieta el puño en forma de victoria.

La decisión estaba tomada. Cerca del mediodía, los dos ya habían empacado agua, refrigerios, armas de emergencia, libretas de anotaciones, entre otras cosas para sobrevivir en un entorno desconocido. Subieron todo al auto de Quickley y se pusieron en marcha.

A muchas personas les suelen gustar los viajes por carretera, tal vez porque disfrutan el tiempo libre, las vistas y los largos minutos de silencio, a veces acompañados con música. Compartir asiento con otra persona en un vehículo en movimiento por horas no es tan agradable en ciertas ocasiones, pero es un trámite que muchos consideran necesario. Además, no es tan malo compartir ideas con tu compañero de trabajo, sobre todo cuando los dos son detectives talentosos.

—¿Alguna vez te has preguntado si hay un propósito en los intermedios? —preguntó Quickley tras unas cuantas horas de trayecto.

—¿Intermedios?

—Quiero decir, los caminos entre destinos. ¿Crees que tengan un propósito?

—La respuesta está bastante bien acomodada en la pregunta, creo yo.

—No, es que es una pregunta más filosófica que racional. Viéndolo desde un punto de vista filosófico, ¿crees



que el espacio entre dos acontecimientos importantes tiene un fin?

—Filosóficamente, creo que el cuestionamiento es algo tonto. Sin los intermedios, los acontecimientos importantes no existirían.

—Sí, pero normalmente solemos omitirlos, como si fueran algo sin importancia, cuando en realidad, el dicho dice que *lo importante no es el destino, sino el camino que tomas para llegar a él*.

—Estás confundiendo los propósitos con las metas personales. Un propósito sería *recoger tu almuerzo*, y una meta personal sería *ser cantante*. Creo que en el propósito no es necesario apreciar el recorrido que tomas, ya que eso le quitaría el mérito a la recompensa. Tal vez sí debas apreciar más lo que haces en el transcurso de convertirte en cantante para no sentir frustración y falta de motivación, pero, en general, creo que los *intermedios* son solo tareas que hay que cumplir para conseguir nuestros objetivos.

—Es una gran formulación, pero yo creo que el recorrido que tomamos para cualquier finalidad también debe ser apreciado, o al menos en ciertos casos. Supongo que es la forma más optimista de vivir la vida.

—Pero no creo que sea la más productiva, al final de cuentas.

—¿Qué es más productivo, hallar una mayor cantidad de felicidad, o completar la felicidad propuesta sin distracciones?

—Literalmente, lo segundo tiene más sentido.

—Qué extraño; yo pensé que el planteamiento más obvio era el primero.

Distintas perspectivas logran hacer pensar a dos personas. Los dos detectives guardaron silencio durante el resto del trayecto hasta llegar a *Soufreville*.

Un buen café amargo acompaña de maravilla a una sesión de planificación y entrenamiento. Steven odiaba tomar café sin azúcar, pero odiaba más no tomar café en absoluto. Un poco de leche bastará para aclarar el sabor.

Charlotte no paraba de leer. Libro tras libro, su conocimiento se fue expandiendo, y aunque no le diera tiempo a aprenderse todo, al menos no ignoraba nada. La idea era hojear cada página que podía hasta terminar de ver todo el repertorio de magia negra que tenía Steven. Mirar de reojo cada ilustración y palabra clave impregnada en cada anotación hasta que tenga una idea de qué tan grande puede llegar a ser su poder.

—Entonces, ¿qué vas a aprender primero? —preguntó Steven con su taza de café en su mano.

—Tengo bastante interés en aprender inglés —le respondió sin dejar de leer.

—Supongo que es importante para ciertas cosas, pero, ¿lo importante no era la venganza?

—Claro que sí. Aprenderé inglés sobre la marcha; así podré leer aún más libros. Lo primero que haré será buscar en el parque principal al grupo de teatro y estudiar sus horarios.

—No será fácil. Tienes que cubrir tu identidad, porque, aunque te vistas como una niña, aún te ves como *Charlie*.

—¿Crees que necesite una máscara?

—Tal vez, pero también debes cuidarte de la estación de policía local. Y ya que se corrió la voz sobre tu desaparición, no dudo que el sheriff esté informado.

—¿Sheriff?

—*Sheriff, jefe de policía, comisario, protector del pueblo*, como quieras llamarlo. No hace mucho, pero si se pone a sospechar, será una piedra en el zapato asegurada.

—Qué extraño —dijo cerrando el libro que estaba leyendo—, jamás me han informado sobre eso.

—Así de relevante es. Oye, si quieres mantener un perfil bajo, será mejor que te cambies de ropa. Esa camiseta y leggins ensangrentados no dan una buena primera impresión.

Charlotte vio lo que traía puesto. Es cierto. Tal vez se haya lavado la cara, pero estaba tan ocupada documentándose que olvidó mantener su higiene intacta. De pronto, se le ocurrió una idea. Ya era hora de un cambio de look, y sabía muy bien qué ponerse.

Buscó su suéter del orfanato y lo llevó hacia la cocina.

—Steven, ¿sabes coser?

—Bueno, no me va mal.

—Quiero que le quites el logotipo a este suéter.

—¿Para qué?

—Voy a rediseñarlo.

—Pero, ¿para qué?

Charlotte lo miró y con mucha seguridad dijo:

—Para verme bien.

En la puerta principal, Danny estaba haciendo guardia. En realidad, lo mandaron afuera para vigilar, pero él sólo va a jugar en el jardín. Mientras, los detectives llegan al pueblo finalmente. El plan era hospedarse en algún motel para luego consultar la estación de policía local.

—Así que..., esto es *Soufreville* —mencionó Quickley con cierta incomodidad cuando salió del auto.

—No te encariñes demasiado, hay que continuar —le respondió Allard sacando los maletines.

Desempacaron todo lo que tenían empacado, luego, se dirigieron al motel *Séjour Émouvant*, donde la dueña no

tenía cara de recibir buenas reseñas. Leonard Quickley se presentó y pidió una habitación con dos camas. La dueña los miró a los dos con recelo, como si los estuviera investigando para sacar cualquier excusa para crear un momento incómodo. La señora de casi setenta y tres años levantó la frente y con intuición dijo: «¿Recién divorciados?», a lo que Quickley le responde con una pequeña risa y con las palabras: «No, somos compañeros de trabajo». «Así empiezan», mencionó la señora. Para no alargar más la situación, Allard insistió en que les diera la habitación, pero la dueña le respondió: «Lo siento, sólo tenemos habitaciones de una cama. ¿Acaso no saben para qué sirven los moteles?». Ante la falta de opciones, terminaron aceptando.

La habitación no estaba tan mal: Las manchas de humedad en el techo no daban mal olor y las cucarachas no salían de las paredes. La cama no se veía en muy mal estado, había una mesita de noche al lado y hasta tenían un baño con llaves funcionales.

—¿Quieres descansar del viaje o vamos de lleno a lo que vinimos? —preguntó Quickley.

—No voy a esperar ni un segundo más —le respondió Allard.

Ni un segundo más esperó. Perder el tiempo era impensable. Salieron sin demora hacia la estación de policía, como si estuvieran a contrarreloj o quisieran salir de ese pueblo lo antes posible.

A pesar del apuro de su compañera, la mente de Quickley no estaba del todo enfocada, y es que esa reflexión que tuvo en el auto le hizo recordar un antiguo poema que leyó en sus años de adolescencia llamado: *En Medio del Agua*. El poema iba así:

*En medio de los mares hay islas solitarias.*

*En medio de las mareas hay barcos sin rumbo.*

*Ves el agua desde la cima; la miras muy distante,  
pero la ilusión es muy lejana, por lo tanto, muy ajena.  
Te acercas hasta que puedes distinguir tu rostro,  
miras tu reflejo, tan claro y tan borroso.  
Ves a través de ella, ves a través de ti.  
Ves seres vivientes de un mundo opuesto.  
Ves la arena, tan sencilla;  
y la oscuridad, tan compleja.  
Le temes a lo que no ves, por eso te ves a ti.*

Era un poema muy hermoso, pero no tenía una historia muy reconfortante detrás, pues el autor lo publicó tres años y medio después de escribirlo, lo que significa que, en el momento en que sus compañeros de literatura leyeron sus once versos, el autor ya tenía diecinueve años, lo que significaba que lo escribió en su juventud, y sus conocimientos en la escritura no eran óptimos. Sin embargo, no quiso cambiar ni una sola palabra de aquella estrofa, lo cual provocó ciertos desacuerdos en su comunidad de escritores. Después de varios sucesos misteriosos, el autor fue encontrado muerto en un callejón con veinticuatro puñaladas en el pecho. La identidad de los asesinos sigue siendo debatida. Desde ese día, el autor pasó de ser un aficionado a una figura reconocida en el mundo de la literatura.

Quickley no paraba de pensar en aquel poema. Nada acerca del *agua* parecía objetivo o estructurado, como el mismo líquido en su estado natural. El agua es el material más productivo de todo el planeta, pues todo acerca de sus moléculas de hidrógeno y oxígeno parecía tener un propósito. El agua nunca es inútil, ni siquiera en reposo. Quickley buscaba el concepto del agua en su compañera Elena, pues era una buena manera de entender sus actitudes. La detective Elena Allard es instintiva, intuitiva y perspicaz, sus decisiones son objetivamente acertadas y su percepción de lo moralmente correcto está protegida con una coraza de

acero inoxidable. ¿Cómo podría relacionarla con un fluido tan ambiguo como lo es el agua? Por un lado, si decide reflejar sus ideales en ella, tal vez los vea oscuros, o refugiados bajo un profundo vacío de incertidumbre color azul. Tal vez necesitaba zambullirse en su vasto océano de percepciones e ideas para poder entenderla y cambiar la dirección por donde ella fluye.

—¿Llamas tú o llamo yo? —preguntó Allard.

—¿Qué? —respondió Quickley, despertando de su pequeño trance de distracción—. Ah, ya llegamos. Llamaré yo a la puerta.

Apenas se escucharon los golpes de la puerta, otro tipo de ruido se escuchó desde dentro de la estación. No parecía algo grave, y en efecto, se trataba del comisario Tom Vane, el oficial más caricaturesco que el pueblo podría tener, y eso es decir bastante, aunque no haya mucha competencia. Los ruidos que se escuchaban eran de cristales estrellándose contra el suelo, muebles tropezando entre ellos y pasos torpes entre botellas de alcohol. El comisario abrió la puerta después de unos cuantos segundos.

Se podía ver su profesionalidad en todo su esplendor. Sus ojos estaban sospechosamente rojos y su vestimenta un poco alejada de estar ordenada, sin mencionar su extraña forma de mantenerse en pie. El comisario no parecía tener más de veintiocho años; llevaba un traje azul oscuro notablemente desmejorado, como si se lo hubiera puesto rápidamente, además de una camisa medio desabrochada y una corbata muy dispareja. No había que ser un detective para darse cuenta de que el comisario no hacía un muy buen trabajo.

—Buenos medio-días —dijo el comisario mirando a los dos detectives a los ojos—. ¿En qué les puedo ayudar?

—¿*Medio-días*? —dijo Allard confundida.

—Sí —le respondió el comisario—, es que ya casi es mediodía y supongo que es la mejor forma de saludar a estas horas.

—Comprendo —afirmó Allard adaptándose al estado de cordura del oficial que tiene enfrente—. Soy la detective Elena Allard y este es mi compañero Leonard Quickley —dijo mientras los dos mostraban sus placas.

—Entonces tú eres Sherlock y él es Wattson —mencionó el comisario.

—Los dos tenemos el mismo rango —respondió Quickley algo molesto.

—Como digas, *Wattson*. Mi nombre es Tom Vane, jefe de este recinto. —Les estrechó la mano para saludarlos pero no recibió respuesta.

—¿Nos puede dejar pasar? —preguntó Allard.

—Por favor, siéntanse en casa.

Al entrar, el olor a desdicha y miseria se hacía notar. El interior del recinto no daba una verdadera impresión de que respiraba aire fresco ni que trabajaba con frecuencia, principalmente por los únicos siete *policías* holgazaneando y pareciendo esconder sustancias ilegales detrás de sus bolsas de almuerzo.

Por mucho que los dos quisieran sentenciar a esos malgastadores de oxígeno, no era el momento ni tampoco el lugar. Como autoridades de la ley, ellos tienen el control sobre todos en *Soufreville*, incluyendo a Quickley y Allard. La policía controla el pueblo y la mafia controla a la policía; o en otras palabras, *El Ataúd* les da drogas y ellos dejan a la mafia en paz. Allard estaba cerrando los puños fuertemente para controlar la tentación de arrestarlos a todos por no hacer su trabajo, pero la mirada de Quickley no la dejaba ni considerar la idea.

—Y... ¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó Tom.

—Solo necesitamos que nos responda unas cuantas preguntas —dijo Allard mientras sacaba su libreta de anotaciones.



Unos segundos después, en el parque principal, los niños correteaban alrededor de las plantas mientras que los adultos buscaban un lugar tranquilo para fumar. Después de todo, era octubre, y el pueblo celebraba el otoño como todos los años. En el centro, donde el escenario se ubicaba, un grupo de bailarinas estaba practicando una obra. El grupo de teatro de Jeff Gaspel no estaba a la vista, pero no hacía daño seguir buscando. Charlotte no parecía esforzarse mucho para pasar desapercibida, pues llevaba una máscara de plástico que resaltaba sobre las demás cabezas de los infantes. La máscara era una genérica imagen de la cara de un demonio: piel roja, dos cuernos, sonrisa malvada, barba por debajo del labio inferior y mentón afilado. Si tenemos un contexto específico, podríamos decir que Charlotte era sólo una niña con una máscara barata atada a su cara, una camisa blanca, un suéter anaranjado, falda negra, medias blancas y botas negras. Su objetivo era vigilar, analizar y crear un plan de ataque, y la ausencia del grupo de teatro no iba a impedir su victoria.

Ver las atracciones cerradas y los puestos vacíos en su mayoría le traía recuerdos. La rueda de la fortuna ya no operaba correctamente, y no se suele usar hasta que aparezca alguna festividad. Los escombros donde antes estaba el inestable carrusel aún se mantenían junto a unas flores y lápidas con forma de cruz, en honor a todos aquellos niños que murieron en aquel accidente.

Charlotte miraba aquel cementerio rodeado por una cerca de madera, tratando de recordar las caras de aquellas niñas que le arrancaron la felicidad de las manos, pero su memoria solo las pinta como pequeños demonios con los



ojos tachados con un par de cruces. Ni aunque lo intentara, Charlotte no lograba recordar aquel trauma; solamente recordaba ese sentimiento de felicidad al presenciar la justicia poética. Lo único humano que le quedaba se desvanecía como tinta en el agua, creando una mezcla homogénea de sentimientos y resentimientos. Sin alma, Charlotte sólo era una pila de huesos, nervios, carne y energía motora cuyas acciones se guiaban por el instinto de la venganza y el poder, por lo cual, un momento de empatía no cabía en su razonamiento general. Sin embargo, algo extraño estaba pasando. Sus ojos empezaron a humedecerse, dejando caer lágrimas debajo de aquella máscara. Era inaceptable, su cara comenzó a retorcerse, su pecho le dolía y sus manos temblaban, como si una presa de agua al fin reaccionara a sus grietas.

Charlotte se levantó la máscara, dejando ver su expresión de agonía y arrodillándose. Todos los recuerdos que alguna vez la quebraron en el pasado salen de la tumba donde estaban enterrados, haciendo que su corazón arda con intensidad, o al menos así ella lo sentía. Pasó casi dos minutos enteros sufriendo física y emocionalmente con las rodillas en el suelo hasta que sintió una mano tocando su hombro.

Charlotte no tuvo fuerzas para saltar del susto, así que, temblando, volteó su cabeza lentamente. El hombre agachado a su lado le despertó una señal de alarma, pues usaba un traje color morado.



## XXIII

### VIGILANTE

**E**l morado era el color por el cual *El Ataúd* se identificaba. Todos los hombres de la mafia usaban ese color denotando su autoridad, pero, aunque aquella mano que tocaba el hombro de Charlotte le pertenecía a un hombre que usaba un traje de ese color, en realidad se trataba de Clyde, el rubio psicópata, llevando un disfraz para un personaje que iba a interpretar en una obra esa tarde.

«Sé que es duro», dice Clyde, a lo cual Charlotte se queda sin palabras, pues su cabeza no paraba de dar vueltas. «Yo mismo divisé cómo el techo de aquel mecanismo descendió sobre aquellas pobres almas. Es, sin duda alguna, el resultado de varios lustros de porfiada actitud, una total indiferencia ante la vida, y la atroz perseverancia hacia el dinero y sus beneficios materiales».

La vida antes del escape hacia *Spoirtown* era bastante limitada. La mayor parte del tiempo Charlie se lo pasaba

leyendo en la biblioteca y jugando con sus padres en el parque o en su casa, así que no tenía muchas oportunidades de conocer a los integrantes del grupo, pero sabía cómo se veían, hablaban y comportaban, y Clyde nunca ha abierto la boca fuera del escenario. «Por favor, perdona mi repentina intromisión, pero me sentí obligado a consolar a otra persona relacionada con las víctimas. Sabes, mi primo también falleció en aquel accidente».

Charlotte miró a los escombros y secó sus lágrimas.

—No fue un accidente —dijo ella seriamente sin dejar de mirar las lápidas.

—¿No lo fue? —preguntó Clyde.

—El responsable de que todo el mecanismo colapsara fue un simple roedor. Un mapache fue el verdugo de todas esas vidas. Lo sé porque yo lo vi.

—No es prudente sacar esa conclusión. La máquina estaba compuesta de materiales sensibles; sus mecanismos estaban viejos. Es obvio que la atracción no estaba en condiciones de ser usada.

—Si seguimos fingiendo que nada pasó nunca aprenderemos. Si seguimos dejando clavos sobresaliendo de la madera, nuestros pies seguirán siendo apuñalados con tétanos. Ignorar lo que tenemos enfrente traerá desdicha y miseria a menos que actuemos.

Clyde observa a Charlotte mientras que ella se levanta y se pone la máscara de vuelta. «¿Habrás una obra esta tarde?», ella preguntó. Clyde se mostró un poco más serio y tras unos cuantos segundos le respondió: «*Giselle*. Tal vez te guste, vamos a añadir diálogos».

El rubio psicópata se retira de ahí caminando. Charlotte aún no sabe por qué lo llamaban así, pero no va a molestarse en averiguarlo. Para ella, todos los del grupo merecen morir.

En casa, Steven buscaba a Danny, pues ya no se encontraba en el jardín. Buscó por la cocina, el comedor, los baños, la sala principal y la habitación de huéspedes, pero terminó encontrándolo en la biblioteca, comiéndose uno de los cristales de los estantes.

—¡Dannyel! —exclamó Steven.

Danny, intentando masticar lo que tenía en la boca, lo miró y masticó más rápido.

—¿Qué haces? ¡Suéltalo ahora, es peligroso!

—No —le dijo con cierta dificultad.

—¡Eso es un cristal de gula! ¡Si te lo tragas no servirá de nada! Aunque, irónicamente estás comiéndote sus efectos.

Mientras se lo intentaba arrancar de la boca, Danny se resistía, como un perro mordiendo el mango de un cuchillo. Tras mucho forcejeo, Steven consiguió sacarlo sin que se rompiera.

—¿Tragaste algo? —preguntó Steven agitado.

—No —respondió mirando al piso.

Steven busca si hay otros artefactos pequeños faltantes. Por suerte, sólo se había comido parte de un recipiente de vidrio que estaba tirado en el suelo.

—¿Qué pasa, Danny? ¿Tienes hambre? ¿Fue que no comiste bien?

—... No —respondió en voz baja.

—¿Entonces?

—Es que —dijo, frunciendo el ceño de preocupación— no sé qué pasa. ¿Charlotte estará bien?

—Dannyel —dijo de forma reconfortante—, no te preocupes por eso. Todo está bajo control. Nunca pensé que

serías uno de esos chicos que cuando están nerviosos se meten objetos afilados a la boca para sentir como bajan por su esófago.

Danny mira sus pies, buscando algo más para masticar, sin dar una respuesta.

—¿Qué te parece si hoy por la tarde vamos al parque para ver una obra? Son las fiestas de otoño y siempre hacen algo interesante en estas fechas.

Hablando de la obra, de seguro te interesará saber qué estaba haciendo el grupo de teatro. No hay mucho misterio. Todos ensayaban alrededor de un gran árbol. Cada uno cumplía un papel en el escenario: Mari, la delgada tímida, era *Giselle*; ella llevaba un vestido muy vistoso color rosa. Joanna, la gorda engreída, actuaba de *su madre*, usando un traje de monja. Viktor, el gordo gruñón, era el guardabosques *Hilarion*, y usaba un disfraz de arquero. Emilio, el enano amable, era el noble *Albrecht*, y sus ropajes eran dorados, elegantes y limitados de movimiento. Hautel, el alto tonto, estaba vestido de *un árbol* con una lápida de cartón pegada a su vientre. Clyde, el rubio psicópata, era el *asistente del noble*, el que lo aconsejaba y sostenía su espada, y usaba su traje morado.

—*Mi amor nunca se me será arrebatado, porque cuando lo deposite en alguien, este será eterno* —pronunciaba Mari, practicando las líneas con fervor.

—*Oh, por todos los cielos* —pronunciaba Emilio en otra parte del guión—, *la acabo de condenar. Los condené a todos y cada uno de este pueblo*. Oigan —dijo, angustiada, saliéndose del personaje—, ¿en serio creen que es necesario añadir diálogos a una obra de ballet?

—¿Qué prefieres? —preguntó Viktor con enojo—, ¿memorizar líneas o agitar tus pies en el aire por una hora?

—Comprendo la idea —le respondió—, pero se siente un poco fuera de lugar, considerando que la danza y la actuación tienen distintos énfasis. Además, ¿por qué hay que hacerlo descalzos?

—¿Quieres arruinar la lona nueva? Debo devolverla a mi primo para que tape su piscina, y no aceptará ninguna mancha de barro.

—Oye, yo estoy feliz —añadió Joanna—. Por fin verán mi gran talento actoral en vivo.

—Son por lo mucho cuarenta y cinco personas —replicó Hautel—. No creo que tus dotes sean reconocidos a una gran escala ni que salgan de esta comunidad. Más bien pienso que se olvidarán de tu interpretación a los pocos días.

—¡Sal de mi cabeza, Hautel! —gritó Joanna furiosa—. No has visto todo mi potencial en acción.

—*¡Déjenlo en paz!* —exclamó Mari, haciendo que todos se volteen a verla—. *Su alma está protegida por mi gran amor, y aunque esté muerta...*

—Olviden lo que dije —dijo Emilio desganado—, mejor sigo ensayando.

—Más te vale —dijo Viktor—. La obra empezará en cinco horas y Clyde aún no viene.

—Tampoco es como si su papel sea muy importante —añadió Hautel—. Fácilmente podemos prescindir de él.

—¿De qué hablas? —replicó Joanna—. Él escribió el guión. Si resulta inconforme con lo que hacemos será un dolor de cabeza.

Detrás de aquel árbol, escondida en arbustos, la máscara de demonio de Charlotte estaba discretamente observando el comportamiento de cada integrante del grupo, asegurándose de que no hubiera ningún fallo a la hora de *actuar*. Clyde parecía estar tomando un descanso, pero todos los demás estaban ahí.

Para una mejor planificación, Charlotte decidió estudiar mejor la obra. Para ello, tenía que volver a aquella

biblioteca donde aún se mantenía fresco el recuerdo del primer dolor de abdomen que sintió.

La bibliotecaria seguía ahí, leyendo pequeños libros en su escritorio, como siempre. Charlotte la notó al entrar. Ella notó su llegada y le dio la bienvenida.

—Hola, pequeña —dijo entusiasmada al ver a Charlotte entrar con aquella máscara puesta—. Casi nadie viene aquí últimamente. ¿Qué libro buscas?

—*Giselle*. ¿Tiene algún libro relacionado a esa obra? — pregunta sin moverse, mirándola de frente.

—¿Quieres saber más sobre la obra que presentarán hoy? ¡Qué alegría! De seguro te gusta el teatro.

—Me solía gustar. ¿Dónde encuentro la información?

—Lo siento, no hay ningún libro relacionado al ballet. Si gustas, puedo recomendarte libros de romance y tragedia de la edad media para que no pierdas el hilo.

—¿Dónde están estos libros?

—En la sección de *Tragedias*, busca un nombre que suene romántico.

Charlotte se dirige hacia ahí enseguida. Tenía pocas horas para documentarse sobre la cultura del amor y la muerte en la Europa medieval.

En las repisas había varios libros como: *Mi Caída Personal*; *Resentimientos Paranormales*; *Alberto, el Gran Amante*; *La Maldita de mi Esposa*, etc. Parecía que Charlotte iba a estar ahí por un buen rato. Aún si tuviera alma, no disfrutaría leer esos libros, pues la redacción de aquellos viejos escritores era demasiado compleja. Si un libro tenía muchas frases abstractas y confusas, significaba una de dos cosas: O era una obra maestra difícil de comprender, o era pura pretensión sin creatividad. Lastimosamente, cuando se habla de amor, todos los conceptos son abstractos, y eso le traerá problemas a Charlotte, porque sus instintos no podían



comprender algo tan superficialmente extendido como el romance. Para ella, todo eso era simple atracción carnal para complacer deseos ocultos y procrear.

Pasaron horas. Charlotte nunca había bostezado tanto. Apenas terminaba de leer los últimos párrafos del primer libro de 274 páginas, pero se sintieron como 832. Era como dos kilos de glaseado sobre un pastel de ocho centímetros de diámetro: innecesariamente empalagoso e inútil.

Con cierta ira, Charlotte decidió detenerse y volver a la casa de Steven para empezar a ejecutar su plan de ataque. Dado a que este último y Danny fueron al parque, la puerta estaba cerrada, y ella ya empezaba a tener hambre. No era una muy bonita situación, porque le dejó su amuleto a Steven y él dejó la casa cerrada con el libro de encantamientos dentro, lo que significaba que Charlotte no podía usar sus conocimientos de magia, y aún si pudiera, todo lo que estaba en su cabeza era un montón de frases románticas sin sentido.

La única opción era buscarlo en el parque. ¿Qué sentido tendría exponerse así? ¿Por qué hacerlo? ¡Por supuesto!, usaba un disfraz. Si Charlotte en realidad conoce a Steven, sabe que no será difícil identificar su forma de vestir, pues su sentido de la moda no es de muy buen gusto.

«Qué perspicaz soy», se decía a sí misma mientras corría hacia el parque. Su ego se elevó por un momento sin mucha razón, pero no era momento de alabarse, pues aún tenía que encontrar a un hechicero en medio de la muchedumbre. Al principio se le ocurrió llamar la atención de Danny con algún tipo de campana o ruido llamativo para los infantes, pero después se dio cuenta de que toda la gente se estaba dirigiendo al escenario porque la obra ya iba a empezar. Se le fue el tiempo investigando, o tal vez recibió mal la información, pero la cuestión es que ya todos los asientos estaban ocupados y lo único que quedaba por hacer era buscarlos a los dos discretamente con una máscara

llamativa puesta. Por fortuna, no tuvo que caminar tanto, porque Danny chocó con ella mientras no miraba.

—¿Charlotte? —preguntó Danny sorprendido de verla, dejando caer sus palomitas de maíz por el choque.

—Danny, ¿dónde está Steven?

—Ven, vamos a ver la obra —decía mientras la tomaba de la mano para llevarla hacia donde los dos se sentaban.

Charlotte y Danny se sientan en primera fila, de frente al escenario, donde un señor con traje azul y monóculo los espera.

—Hola, Charlie —decía el hombre del monóculo.

—¿Ese se supone que es tu disfraz? —preguntó Charlotte un poco enojada.

—Por favor —replicaba Steven—, modifiqué mi cara. Danny me ayudó.

—El bigote y el monóculo te hacen resaltar. Solo te hace falta un saco color beige para terminar de dar el mensaje de *estoy de incógnito* —dijo Charlotte cínicamente—. Además, debes ocultar tu mano derecha.

—Qué aguafiestas eres —replicó Steven—. En fin, ¿qué tienes planeado hacer para asesinar al grupo?

—Aún lo estoy pensando. Ni siquiera sé de qué va la obra.

—¿En serio nunca viste el ballet *Giselle*? —pregunta Steven incrédulo.

—¿Cómo termina? —pregunta desesperada.

—Bueno, no recuerdo bien, pero sé que la protagonista muere y que su amado va a buscarla entre los muertos.

—¿Desentierra el cuerpo?

—No. Más bien, es arrastrado al mundo de las novias muertas que han sido engañadas. Luego de eso, Giselle lo salva de ser condenado a bailar por toda la eternidad.

—Eso sí es un castigo —añadió Danny.

—Supongo que es todo lo que necesito —dijo Charlotte mirando las cortinas del escenario—. Dame el amuleto.

—Oye, lo siento, no puedo quitármelo. Si me lo quito, mi disfraz se desvanece.

—No puede ser —dice Charlotte, lamentándose con las manos en la cara.

—¿Y para qué quieres saber el final de la obra? —preguntó Steven.

—Quiero asegurarme de que cada miembro del grupo salga.

—Demonios, date un respiro. Estás apurando mucho tu venganza. ¿Por qué no disfrutas del espectáculo un poco?

—No puedo. Si no los mato ahora siento que voy a explotar.

—¿En serio? —dijo Danny.

—Me parece que estás consumida en una adicción.

—¿Adicción? Pensé que eso era de gente con alma.

—En realidad, las adicciones son muy bien vistas en el infierno. Tal vez no tengas sentimientos o valores como todos los demás, pero sí conservas un espíritu diabólico.

—¿De qué hablas?

—Ya sabes, el ser humano es malvado por naturaleza. Se supone que todo lo bueno que puede tener una persona proviene del alma. Sin alma, supongo que no tienes nada bueno dentro de ti.

Charlotte miró fijamente hacia la nada. Ella pensaba que tenía los valores que le inculcaron sus padres. Después de todo, nunca se puso a reflexionar sobre su propio sentido de la moral. Solamente seguía las instrucciones y los pasos de ellos. Pero ya todos sabemos cómo acabó eso para ella. Sin embargo, mira hasta dónde llegó con su puro instinto natural y su gran intelecto. Le ganó a la muerte gracias al mal que residía en su interior.

En el accidente del carrusel, ella estaba sonriendo.

Epifanía. Charlotte ya tenía claro lo que iba a hacer. Se para de las gradas y se pone la máscara.

—¿A dónde vas? —pregunta Steven.

—Voy a dar un buen espectáculo.

Esa tarde en *Soufreville* era muy oscura. Las nubes no daban espacio a que el sol diera señales de vida y los faroles de las calles ya no se encontraban apagados. Por otro lado, la fábrica de azúcar estaba rodeada por cinta policial. Dentro de ella, Allard y Quickley inspeccionaron los manchones de sangre en las paredes, y era justo como lo imaginaban. El comisario Tom Vane estaba recostado en la puerta fumando. A él no le importaba lo que pasaba. En efecto, solo quería complacer a los detectives para que se vayan lo antes posible.

—Esto es insólito —reclamaba Allard—. No dejaron nada. ¿Cuántas víctimas dices que hubo?

—Más de veinte —le respondió Quickley, bastante incómodo.

—Les dije. No queda nada aquí —dijo Vane con desinterés.

—Entonces, ¿el pueblo se quedará sin azúcar? —le preguntó Quickley.

—Lastimosamente. Pero se reanudará la producción la siguiente semana, en cuanto quiten estas cintas amarillas y ya nos dejen hacer lo nuestro.

—¿Sabes qué? —dijo Quickley con cansancio—. Ya está oscureciendo, ¿qué tal si comemos algo?

—¿En serio? —exclamó Allard con furia—. ¿Comer? El olor aquí adentro me da náuseas. Nuestro trabajo apenas comienza.

—Pero ya estuvimos horas investigando e interrogando a todos los civiles cercanos —replicó Quickley—. Todos niegan la existencia de un hechicero aquí.

—¿No entiendes que eso significa que están amenazados? —dijo muy enojada—. ¡Estamos muy cerca!

—Vienes diciendo eso desde que iniciamos el caso. ¿Por qué no continuamos mañana?

Allard resopla de la desesperación. No puede creer que las cosas se hayan detenido tan rápidamente. Se suponía que estar en *Soufreville* haría el caso más fácil, pero sólo lo complicó más.

—Ustedes dos son simplemente adorables —exclamó Tom, llamando la atención de ambos.

—¿Qué? —preguntó Allard.

—Es decir, por favor —dice con soberbia—. Deben relajarse un poco. Su actitud de detectives determinados a la causa parece irreal, como si no tuvieran una vida fuera de su trabajo.

Los dos, al escuchar eso, se ponen a reflexionar, pues nunca han pensado en qué hacer con sus vidas fuera de su trabajo. Ambos se levantan temprano, trabajan en la comisaría todo el día y vuelven en la noche. Ninguno de los dos tiene pareja romántica, familia cercana o alguna afición fuera de ser los héroes de su comunidad. Se puede decir que son adictos al trabajo porque le temen a la hostilidad y fragilidad del mundo de los civiles comunes. ¿Quién sabe?, tal vez sea la misma razón para los dos, pero con diferente contexto y percepción.

—Si lo que intentas decir es que ya quieres ir a casa sólo dilo —dijo Allard con su temperamento aún muy frágil—. De todos modos, creo que pensaremos mejor descansados.

—Escuchen, este pueblo puede ser una basura, pero uno sabe cómo entretenerse por aquí fácilmente. En efecto, hoy se va a realizar una obra de teatro en el parque. Cada año hacemos algo parecido. ¿Quieren ir? Yo invito los dulces.

—Espero que los dulces de los que hablas sean de azúcar y no de otra cosa —proclamó Quickley, sospechando del comisario.

—Por favor —dijo Tom vacilando—, ¿de dónde creen que salen los productos más deleitantes de este pueblo? Les doy una pista, detectives: Es donde están parados ahora mismo.

El comisario Vane sale por la puerta después de aplastar el cigarrillo que estaba fumando con el pié. Claramente pensó que era una salida desgarradoramente épica, pero Allard y Quickley solo veían a un drogadicto abandonar sus responsabilidades como ya lo habría hecho antes.

—¿Qué dices —le preguntó Quickley a su compañera—, quieres despejar tu mente en el escenario?

Allard salió caminando de la fábrica sin mostrar ninguna expresión positiva. No parecía estar de humor para distraerse de ninguna forma. Quickley, al contrario, ya estaba cansado de todo lo que estaba pasando. Estaban en un terreno totalmente ajeno y descontrolado, y saben que el más mínimo error o la más pequeña intromisión en el sistema provocaría grandes problemas para ellos.

La madre y padre de todos sus posibles problemas es *El Ataúd*, y, hablando de ellos, viene siendo hora de ver qué están haciendo fuera de escena.



En la oficina del jefe, sobre la mesa para el té, dos subordinados dejaron caer varias armas salidas de una gran bolsa. El jefe, alias: el Sr. Clement, tenía agendado comprobar la efectividad y veracidad de aquellas armas compradas en el extranjero. Esta vez sin una taza de té en la

mano, se dedicó a observar las 17 diferentes pistolas y subfusiles en la mesa, primero colocándolas ordenadamente.

—¿Francella recibió el dinero? —preguntó el Sr. Clement poniendo las armas en orden de tamaño.

—Así es —le respondió un subordinado—. No creo que se rehúse a seguir enviándonos mercancía.

—Tenemos suerte —dijo el Sr. Clement—, después del último atentado ni siquiera yo nos perdonaría.

—¿Y qué dice —preguntó el otro subordinado—, no las falsificó?

—Bueno —afirmó el Sr. Clement—, no se ven mal, pero respóndeme algo.

De pronto, el jefe levantó una de las pistolas y la apuntó al subordinado que preguntó para luego apretar el gatillo. Al ver que no salió nada de aquel cañón, el subordinado, con el corazón palpitando a mil por hora, soltó un suspiro nervioso.

—¿En serio se te pasó por la cabeza que esta pistola era real? —preguntó enojado el jefe—. ¡Tiene una pieza de plástico color naranja en la boca del cañón! —gritó con furia—. Estas cosas las venden en jugueterías y tú se las compraste a precio completo. ¿Qué dices si probamos las demás?

—No creo que sea necesario —respondió atemorizado.

—No te preocupes —insistió el jefe—. Según nuestra petición, todas deberían estar cargadas, pero ya que hay una alta probabilidad de que estén rellenas de plástico, no creo que sea un problema.

—Conseguiré el doble de mi propio bolsillo, se lo prometo —pidió casi de rodillas el subordinado mientras que el otro se apartó para evitar roces.

El jefe lo apuntó con otra de las pistolas. Ambos esperaban resultados diferentes, pero de cualquier forma, el

subordinado iba a morir. Haló del gatillo. No pasó nada. El ambiente se puso tenso. «Siguiente», dijo el Sr. Clement con entusiasmo. Tiró la pistola de juguete hacia atrás y tomó otra. Esta vez, al tirar del gatillo, una bala atravesó el hombro del subordinado. «¡Siguiente!», exclamó el jefe mientras tomaba otra. El subordinado gemía de dolor mientras sostenía sus heridas, pero no le sirvió, porque la siguiente pistola también era real. ¡Bum!, plomo en el riñón. «Por ahora es aceptable, ¿no lo creen?», dijo el jefe sin detenerse. La siguiente pistola era de agua, lo cual no era bueno para el subordinado. Mientras más balas reciba, menores serán las probabilidades de que muera al final, aunque suene irónico. Esas eran todas las pistolas; ahora era el turno de los subfusiles. El primero que fue expuesto a la prueba soltó tres balazos que terminaron en el vientre del subordinado, el cual ya no podía contener los gritos. El siguiente, lamentablemente, era falso y pudo romperse con facilidad. Al momento de poner a prueba el otro subfusil, sus balas hicieron que la víctima renuncié a sus pulmones y muriera segundos después. Eso no le sentó nada bien a su compañero, pues él era la siguiente víctima, y si salía vivo, iba a ser severamente torturado.

Al final logró superar la prueba, quedándose sin la capacidad de caminar, pero de poco le serviría, porque al poco tiempo de ser sanado iba a perder la piel de sus antebrazos.

A veces la disciplina puede ser dura de aplicar, pero siempre dará resultados visibles, aunque deje secuelas.

El Sr. Clement ya se sintió satisfecho; bajo su perspectiva, hizo lo justo y correcto para resolver la situación. Lo interesante de las percepciones es que no existe una correcta, y ninguna prevalecerá ante la otra a menos que tenga el suficiente poder. Charlotte también tenía su sentido de la justicia, y es que su modo tan infantil de ver el mundo



la impedía de ver todo el panorama desde un inicio, principalmente porque vivió siempre en la miseria, pero eso no la detuvo al momento de tomar las decisiones más difíciles. En el caso de Steven, la justicia es demasiado ajena como para hacer algo al respecto. Hay que saber diferenciar a los que apoyan el *vive y deja vivir* y los que se inclinan más a la filosofía de: *Si no es correcto no debería pasar*. En el caso de Charlotte, hay que reconocer que no dejó *vivir* a muchos de los que se encontró por el camino, y no lo va hacer ahora.



Empieza la obra. Todos aplauden mientras se abre el telón. Danny está muy emocionado. A Steven lo carcome un poco más el suspenso.

Por el momento no pasaba gran cosa: El viejo gramófono reproducía el disco de vinilo que contenía toda la música del ballet y los personajes se ponían en escena, sin zapatos ni medias, según ellos para remarcar el contexto histórico. O tal vez sea porque no querían ensuciar la lona negra donde estaban parados.

—*Buenos días, bella damisela* —proclamaba el *duque* mientras hacía su mejor intento de mover las piernas junto al ritmo—. *¿Aceptaría estas flores de mi persona a cambio de que me conceda un baile?*

—*Si tanto insiste, bailaré con vos, pero más le vale tener un buen compás* —le respondió *Giselle*.

—Están masacrando al arte —decía quejándose entre dientes un viejo conservador amante del arte en primera fila.

La obra continuó y no había rastro de Charlotte.

—*¡Qué tragedia! ¡Giselle ha muerto por la hiriente traición de su amado!*

—*¡Aléjate del cadáver de mi hija, tú, mentiroso patán!*  
—*He de alejarme, y eso haré. ¡Pero que quede claro que mi corazón aún late por ella!*

Emilio, que interpretaba al *duque*, salió de la escena para entrar en el segundo acto. Mientras abandonaba el escenario, los demás personajes se mantenían en su lugar consolando a *Giselle* mientras moría de dolor simbólico. De pronto, el piso se cubrió de agua; muchos pensaban que simbolizaba algo en algún punto y los demás teorizaban que instalaron mal un retrete portátil. En realidad, toda esa agua que cubría la lona del escenario provenía de cuatro baldes que fueron tirados a propósito. Cuando se dieron cuenta de que estaba empezando a molestar, los que estaban en escena: bailarinas, actores y gente de fondo, se quedaron paralizados con los músculos y tendones tensos, quemándose por dentro. Naturalmente no se nota a simple vista, pero ellos estaban a pocos segundos de perder la vida por electrocución. El agua condujo la electricidad emanada de unos cables de corriente hacia los pies descalzos de los que estaban presentes. Unos seis segundos bastaron para hacer que los corazones de las víctimas se convirtieran en gelatina.

¿Cómo pasó esto? La respuesta es fácil. ¿Quién más tiraría cuatro baldes de agua para ponerlos en contacto con cables directos de electricidad? Una de las varias personas que querían muertos a esos actores, nada más ni nada menos que la que tiene una máscara de demonio detrás de las cortinas. No tuvo piedad. Quitó los cables del agua cuando apenas empezó a oler a carne quemada.

El público comenzó a preocuparse por el repentino cambio de peinado de los actores, y no pasó mucho hasta que comenzaron a gritar al ver los cuerpos caer. Emilio, al ver todo eso desde el costado del escenario, se puso los zapatos y se dirigió a comprobar si estaban vivos. Efectivamente, no lo estaban. Fue algo tan rápido que no le dio tiempo a su cerebro de procesarlo como trauma.

—Steven, ¿por qué la gente grita? —preguntó Danny muy confundido.

—Me parece que Charlotte logró su cometido a la perfección —le respondió con una sonrisa—. Me pregunto cómo lo hizo.

Emilio, tratando de calmar los nervios del público, decidió anunciar lo siguiente:

—¡Atención a todos! —gritó levantando los brazos y colocando el micrófono—. ¡No se asusten! Esto es parte de la obra. Ellos están bien, sólo representaron lo que sería la vida ante los ojos del mundo de la muerte.

—En efecto —se escuchó desde atrás—. El show aún no acaba.

Charlotte se muestra desde las sombras, llevando su máscara, acercándose al micrófono. Emilio la deja pasar, pues parece la única persona sobre el escenario que tiene una respuesta a lo que está pasando.

—¿No es esto en lo que consiste el arte? —enunció Charlotte en el micrófono—. Nos encantan las tragedias, las historias que van de mal en peor, disfrutando de nuestra posición de espectador mientras que los personajes sufren un camino de desdicha. La muerte es muy usual en este tipo de historias; es más, leí el guión de esta obra. Luego de que *Giselle* muere dramáticamente por estar en medio del juego de dos patanes aprovechados, es condenada a sufrir para siempre en un mundo de agonía y oscuridad, donde el mentiroso de su amante es arrastrado para luego ser perdonado por el poder del amor. ¿De todo esto se trata? ¿El amor es algo tan poderoso? ¡Ellos no saben nada de lo que es el amor! —gritó de repente—. *Giselle* es una llorona estúpida sin fundamento. ¿Se suicidó porque jugaron con sus

sentimientos? *Oh, pobrecita* —dijo en tono sarcástico—. ¡El amor no es solamente bailar con alguien por media hora, ni tampoco mentir por beneficio propio! ¡Eso se llama atracción sexual, y es más cegador que cualquier gas pimienta! Nadie en esta estúpida obra sabe lo que es el amor. Yo, una vez lo supe, pero ahora sé que no era más que un conjunto de cadenas de las que aún debo liberarme. El amor es el principal responsable de que todos los que están ahora bajo mis pies estén muertos. Por otro lado, el amor es también responsable de que el *duque* aquí a mi lado siga con vida. Gracias a él estoy hablando con ustedes justo ahora, así que no vayan a desaprovechar esta oportunidad para comprender que toda acción tiene su consecuencia. He matado a diez personas en doce segundos gracias al pobre mantenimiento de los cables eléctricos y la poca seguridad en las calles. He vivido toda mi vida en las sombras de este condenado pueblo, y sé cómo acabar con toda esta miseria de raíz. Se atreven a meterse en mi camino y acabarán como estas inocentes bailarinas reposando en el agua fría. Vuelvan a sus casas, vuelvan a sus cajas de cartón mojado y duerman bien, porque la justicia finalmente ha llegado... Tienen tiempo hasta que cuente hasta diez para salir corriendo. Diez... Nueve... —anunció en forma amenazante mientras encendía un mechero.

El público empezó a huir con los ojos bien abiertos al igual que sus bocas. Emilio se unió a ellos, y aunque suene poco racional, una niña con una máscara de demonio sobre un montón de cadáveres en un escenario oscuro da mucho miedo. Charlotte paró de contar en el número siete, soltó el micrófono, apagó el mechero y bajó las escaleras con tranquilidad. Steven la aguardaba aplaudiendo junto a Danny en las gradas.

—¡Estupendo! —exclamó—. A eso le llamo dar un buen espectáculo. ¿Cómo se te ocurrió todo eso?

—No se me ocurrió —le respondió Charlotte—. Hablé de forma sincera.

—¿Salió directamente de tu corazón sin alma?

—El corazón solamente bombea sangre. Abstente de volver a mencionar esa metáfora. La odio demasiado.

—Como gustes, pero en serio hay que ocultarnos ahora que llamaste mucho la atención con ese número. ¿Y para qué era el mechero?

—La gente suele huir cuando ve a alguien sospechoso usando fuego, pero en el caso de que no corrieran iba a incendiar el escenario al llegar a cero. Y en cuanto a lo de ocultarse, no te preocupes, de eso me encargo ahora.

Charlotte le quita el amuleto a Steven, haciéndolo volver a su imagen original y se lo pone para realizar el hechizo de teletransportación. Los tres desaparecen dejando un rastro de infortunio detrás.

La redonda declaración de Charlotte pudo ser perfecta para cerrar el caso *Gospel*, pero la detective Allard no quiso perder el tiempo en actividades recreativas. A veces hay que tomar en cuenta que el tiempo nunca se pierde si lo disfrutas. En realidad, el tiempo nunca se pierde porque nadie lo posee, pero eso es otro tema.

—¿Te sientes mejor ahora? —le preguntó Quickley a su compañera mientras los dos comían un sándwich en un restaurante callejero.

—Un poco. Lamento haber arruinado tu semana.

—Mi semana se arruinó apenas conocí a Ledger. No te culpes por eso. Además, creo que estamos avanzando bastante.

—¿Dónde crees que debemos investigar mañana?

—La casa del hechicero. Vamos a encontrarla aunque tengamos que interrogar a la mafia.

—¿De dónde sacaste esa valentía?

—Sólo bromeo; si tenemos que investigar a la mafia mejor me regreso a *Spoirtown*.

—Oye, ¿de dónde viene toda esa gente corriendo?

Por las calles se podía observar a unos cuantos civiles esparciendo la noticia de lo que vieron en el escenario del parque principal. Algunos atemorizados y otros con una sonrisa en el rostro.

Lógicamente, no pasó mucho tiempo hasta que los detectives se enteraron de que Charlie aún existe y está muy cerca.

# XXIV

## OMEGA

**E**l objetivo fue cumplido. Sin el estorbo de terceros en el camino, Charlotte puede completar su misión sin mucho problema. Claro, si tan solo no hubiera dado ese discurso, tal vez se habría salido con la suya de forma magistral, pero no resultó ser. Algo que sí resultó ser, fue la teoría de los detectives, y solo era cuestión de tiempo para que todo colapsara.

—¿Sigues despierta? —pregunta Steven al ver a Charlotte leyendo en la biblioteca a las dos de la madrugada.

—No puedo darme el lujo de descansar —le respondió Charlotte pasando de página—. ¿Tú qué haces despierto?

—Tengo un mal presentimiento. ¿Quieres seguir con tus clases?

—No. Aprendo mejor por mi cuenta.

—Sí, pero nunca bastará tener la teoría nada más. También necesitas la experiencia.

—En cuanto termine con la teoría empezaré con la experiencia.

—... Como quieras.

Steven iba a prepararse un café en la cocina, pero su ansiedad se hacía notar mucho más. Se quedó parado en la puerta un rato. Con todo lo vivido, no podía tomar más riesgos.

Buscó en las estanterías un papel específico, uno que se encontraba enrollado en un palo bastante viejo; cortó un pedazo de tamaño normal y lo puso encima de la mesa. Charlotte dejó lo que estaba haciendo y se puso a observar lo que Steven hacía en completo silencio. Él tomó un recipiente de tinta y lo vertió sobre el papel, cubriendo una gran parte. Acto seguido, con el amuleto puesto, cerró los ojos y se concentró en susurrar con perfecta exactitud la idea que construía en su mente mientras presionaba sus dedos en la tinta.

De pronto, retiró las manos del papel para luego levantarlo verticalmente y dejar que la tinta se corriera hacia fuera de este. Mientras la hoja se desnudaba, en la mesa cayó la oscura tinta, pero no toda, porque cierta parte se quedó en el papel, formando palabras bien estructuradas y entendibles en francés, creando párrafos enteros con una letra tan perfecta que daba miedo. El miedo no era injustificado, pues ese truco es muy famoso en el inframundo, porque a base de él se crean contratos, y si hay algo que le gusta a los demonios es hacer acuerdos en papel.

—¿Qué haces? —preguntó Charlotte con curiosidad.

—Silencio y presta atención —le respondió Steven seriamente—. Este es un contrato, pero no cualquier tipo de contrato; si lo que está escrito en estos renglones es de alguna forma quebrantado por alguna de las dos partes, esta será condenada con la muerte. Lo que acabo de hacer es implantar todas las condiciones del acuerdo que vas a firmar.



¿Lo puedes ver bien? —preguntó mientras sostenía la hoja con su mano entintada en frente de Charlotte.

Ella pudo leer perfectamente lo que estaba escrito. Haciendo resumen de las catorce líneas del contrato, este decía: *Si de alguna forma, Steven Gideon Ledger es asesinado a manos de Charlie ó Charlotte Gaspel, persona que lo liberó de su condena en Spoirtown, ya sea con magia o cualquier otro tipo de medio intencional directo o indirecto, esta última estará condenada a arder en lo más profundo del infierno inmediatamente después de la muerte de Steven Gideon Ledger.*

Charlotte se quedó perpleja. Cualquier acción que desemboque en la muerte de su tutor de forma intencional será su perdición, lo cual significa que lo tendrá que soportar por el resto de su vida. Era un jaque directo. Si ella se negaba, Steven tiene todo el derecho de deshacerse de ella, pero si acepta, no podrá quitar al hechicero del pueblo de su camino nunca. Ante eso, Charlotte sólo pudo responder una cosa.

—¿Tu segundo nombre es Gideon? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Entiendes o no? —insistió Steven con mucha más seriedad.

—Entiendo tus preocupaciones. Yo haría lo mismo si fuera tú.

—Debes firmarlo en el espacio punteado.

Charlotte no podía mostrar signos de duda ante aquella acción, si lo hacía, quedaría definitivamente al descubierto. Así que tomó una pluma y escribió su nombre en el papel, sellando así el trato. Una vez firmado, no hay manera de que el acuerdo se cancele a no ser que sea en presencia de un ser superior.

—Bien, eso me quita un gran peso de encima —dijo Steven enrollando la hoja con repentina tranquilidad y una sonrisa en el rostro—. ¿Qué querrás para desayunar luego?

Charlotte se quedó en silencio. Steven lo interpretó como indecisión, así que sólo le dijo que ya verá qué se le ocurre, pero el silencio representaba la derrota absoluta de ella ante alguien de su nivel.

El radiante sol de la mañana no hizo presencia. Desafortunadamente, su luz no es muy común en *Soufreville* debido al exceso de humedad y polución. En todo caso, la pareja de detectives abrió los ojos en aquella cama empolvada, y no podían estar más entusiasmados por avanzar en la investigación. Allard, por supuesto, ya estaba preparada veinte minutos antes de que Quickley despertara. Ambos se pusieron sus abrigos y se dispusieron a dar el 200% para hallar a aquella niña detrás de la máscara.

Lo primero que se les ocurrió fue tocar todas las puertas cercanas al parque hasta encontrar cualquier indicio de infantes asesinos de cabello negro, pero luego tuvieron una mejor idea: Esperar junto a la estación de policía hasta que Charlie se acerque. Si te pones a pensar, es un gran plan. Si los testigos estaban en lo cierto y la intención de *La manifestación de Satanás* era acabar con la maldad de raíz, un buen lugar para empezar sería el hogar de los cerdos y las ratas.

—Parece que va a llover —afirmó Quickley en el asiento del copiloto tras ver el nublado cielo.

—No tengo hambre —dijo Allard mirando por la ventanilla con notable desilusión.

—¿Te sientes bien?

—No exactamente.

—Ya sé que no es una situación muy esperanzadora, pero en realidad...

—Pudimos atraparlo —dijo Allard interrumpiéndolo.

—¿Qué?

—Pudimos haber ido a la obra y arrestarlo en ese momento. Si tan solo me hubiera relajado un rato y te hiciera caso...

—Elena, tomaste tus decisiones y no puedes cambiarlo. De nada te servirá lamentarse del pasado. Además, yo tampoco quería ir.

—Da igual. Pudimos haber ido y el caso ya estaría resuelto.

Sin ningún aviso previo, el suelo comenzó a temblar. Los dos notaron el escándalo, pero no les dio tiempo a reaccionar, porque en cuestión de segundos, todo se detuvo abruptamente y, en medio del conflicto, sobre el capó del auto cayó un venado macho. Ese tipo de situaciones repentinas siempre sacan de lugar, y con fundamento, pero por ninguna circunstancia deben ser ignoradas. Voy a repetirlo para confirmar que quedó claro: Un venado, con cuernos, pelo y pezuñas como cualquier otro, cayó repentinamente desde el cielo para colisionar sobre el capó del auto donde los dos detectives estaban. Eso provocó que los dos soltaran un grito por el gran susto que sólo un venado cayendo sobre tu auto puede provocar.

Salieron rápidamente para ver con más claridad lo que había pasado. Claramente el venado no chocó de frente y por obvias razones no salió de las nubes, pero no había más opciones para creer. El animal no se movía. Parecía muerto, pero aún estaba en una sola pieza, por lo cual no se sabía con seguridad su estado.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Allard demasiado desconcertada.

—No tengo la menor idea —le respondió Quickley con un desconcierto aún mayor—, pero es obvio que no lo atropellamos.

—Y tampoco hay una fauna tan silvestre en esta zona. Esto parece más una situación paranormal.

—¿Magia, quizás? ¿Crees que Ledger está cerca?

—En ese caso, sería mejor para nosotros.

—¿Qué?! —exclamó Quickley.

—Así atamos todos los cabos. Hay que tomar esto como una señal.

—Si es una señal, hay que huir de aquí. Probablemente signifique que estamos condenados ahora. ¿Y si es una maldición!?

—Hubiera sido un poco más sutil, ¿no lo crees?

El venado se despierta de su trance, se para sobre sus cuatro patas y comienza a hacer ruidos agonizantes para luego salir corriendo, destruyendo el parabrisas del auto. Algo inusual, sin duda, pero no había tiempo de reflexionar, porque la decisión más cuerda en esa situación era seguirlo, y eso hicieron. Los dos corrieron detrás del animal, sin mucho éxito porque desapareció entre la niebla, dejando un mar de preguntas.

—Hay que reportar esto ante las autoridades —dijo Allard sin despeinarse—. Tomemos esto como otra pieza del rompecabezas.

—¿Cómo siquiera puedes...?! ¿Sabes qué?, yo me voy de aquí —argumentó Quickley completamente harto—. No creo poder aguantar todo esto. Me da igual encontrar a los Gaspel o no.

Elena no dice nada, solo mira a su compañero retirarse lentamente hacia el auto, pero no era necesario detenerlo para que cambie de opinión, porque apenas dio unos pasos y se quedó quieto.

—Oye, está bien si te quieres retirar —manifestó Allard—. Al fin y al cabo, yo te arrastré desde el inicio. Si te digo la verdad, no sé ni siquiera lo que intento resolver...

—En realidad —dijo Quickley tras haber tenido una pequeña epifanía—, yo sí lo sé, y sé exactamente dónde empezar a buscar.

Para entender el por qué de la materialización repentina de un venado, hay que retroceder un poco en el tiempo, más precisamente, a las seis de la mañana, cuando Charlotte golpeaba las paredes de la biblioteca por ansiedad y desesperación.

«¡Maldita sea!», pensaba ella mientras azotaba la madera con sus puños. Eso le dolía, pero es bastante desestresante si quieres liberar presión. «¿Qué haré luego?», «¿Cuáles son los límites?» y «¿Así voy a terminar?» eran las preguntas más recurrentes en su mente en ese momento. Junto a muchos otros pensamientos, las ideas de Charlotte nadaban caóticamente en las turbias e inquietas aguas del océano dentro de su materia gris.

Al parecer, asesinar a Steven estaba en la lista de pendientes de Charlotte. Tal vez sea despiadado, cruel e injusto, pero el tema no entró en discusión en ningún momento. La mejor manera de salirse con la suya era encontrar en algún lado un agujero legal para librarse del contrato. Solamente necesitaba un pequeño error en las especificaciones que le permitiera hacer trampa. Definitivamente no había otra salida. En su desesperación, Charlotte subió hacia los estantes más elevados donde estaban los hechizos y encantamientos más complejos y rebuscados. Nunca había leído nada que no fuera relativamente básico en cuanto a las artes oscuras se refiere. Lo más complicado que podía lograr en base a lo que leyó hasta ese momento sería el hechizo de *control de masas de*

*fauna*, que consistía en poder manipular la mente de varios animales a la vez para que hagan algo en concreto. Sabiendo que eso lo podían hacer las princesas de las películas animadas, el potencial que había por delante era aterrador.

Tomó uno de los cinco libros de la estantería superior: *Magia Negra para Avanzados*, un tomo muy extenso. Entre sus páginas se podía apreciar la falta de dibujos, lo cual no ayudó a la lectura. El que lo leyera podría jurar que hay más palabras en latín que en francés, pero no había otra alternativa, o al menos no parecía.

Era impresionante. Revivir a los muertos, animar objetos inanimados, clonación espectral, volar, telequinesis; todo eso estaba en el libro. Por un momento, Charlotte olvidó lo que estaba buscando y se perdió entre tanto conocimiento prohibido.

Entre palabra y palabra encontró un hechizo que le llamó especialmente la atención: *Invocar demonios*. Estaba casi al final, lo que significaba que ya eran ligas mayores, y por lo tanto, era perfecto, tanto así que se anotó una nueva meta: Invocar a un demonio antes de navidad.

Alguien toca la puerta, y eso provoca el instinto de Charlotte de esconder el libro, pero sus nervios se calman al escuchar la voz de Danny. «*Soy el fantasma de la ópera, y voy a sacarte los ojos*», decía con un intento de voz espeluznante detrás de la madera. Charlotte abre la puerta y le dice con arrogancia:

—¿Fantasma de la ópera? ¿De dónde sacaste eso?

—Steven me contó sobre otras obras de fantasmas. Ya no les tengo miedo.

—Pues deberías. ¿No recuerdas lo que pasó en la casa abandonada?

—Estoy seguro de que el pirata enojado ya se fue. Debiste ver lo calmado que estaba todo cuando entré la última vez.

—Da igual. ¿Qué es lo que quieres?

—Hoy vamos a desayunar temprano. ¡Comeremos panqueques!

—¿Qué es eso?

—¡Es como pan dulce pero suave! —dijo con sumo entusiasmo— ¡Tienes que verlo!

Danny la toma de la mano y la lleva por las escaleras corriendo hasta llegar a la mesa, donde Steven está sirviendo los platos y cocinando los que quedan. El amuleto no estaba en su cuello, sino en la mesa, a la vista de Charlotte, lo que demostraba que ahora él es intocable y puede sentirse seguro en su propia casa.

—¿Qué tal? —dice Steven con un delantal sobre su camisa celeste—. Es un nutritivo desayuno, y les aseguro que no podrán resistirse a comer más.

—¿Es dulce? —pregunta Charlotte con sospecha.

—Así es, pero no lleva ni una pizca de azúcar. Está hecho con leche, harina, huevos y plátano.

—¿Plátano? —pregunta Charlotte con incredulidad.

—Si no te gusta puedo usar otra fruta, pero no estoy seguro si sabrá bien.

—¿Tienes papaya?

—Es... una extraña sugerencia, pero sí. Tal vez tenga. En unos minutos estará lista.

Steven vuelve a la cocina para crear la receta más inusual que haya preparado. Danny pregunta: «¿Qué es *papaya*?», a lo que Charlotte le responde con dos palmadas en la espalda sin apartar la vista de la cocina, porque luego iba a correr hacia la biblioteca con el amuleto en la mano para hacer un movimiento desesperado.

Con prácticamente el corazón en la garganta, se dispuso a buscar cualquier hechizo avanzado en aquel libro que encontró minutos antes. *Invocar demonios* tal vez sea demasiado pronto, pero si te sientes tan acorralado no piensas bien. Empezó a leer apresuradamente, sin dejar espacio a la contemplación, porque bajo su perspectiva, solo tenía pocos minutos y era cuestión de tiempo para que el hechicero se diera cuenta de que su amuleto no está donde lo dejó.

El procedimiento era complejo. Antes que nada, tenía que dibujar un pentagrama en el suelo y poner cinco velas a su alrededor. El espacio era ajustado, por lo que tenía que mover la mesa para que al menos se pudiera identificar la figura. La tiza, las velas y el fuego estaban a la vista, así que no fue problema organizar los materiales, pero sí fue algo complicado escribir sobre aquella alfombra negra y morada. Con fósforos encendió las velas, y con limitada precisión dibujó el pentagrama, pero era suficiente para que funcione. El libro indicaba que es necesario concentrarse en el tipo de demonio que se quería invocar, su propósito y su tiempo en la Tierra, por lo cual era indispensable tener en claro tus ideas, cosa que Charlotte no hacía. Ella pensaba: «Quiero un agente de impecable razonamiento, conocimiento en todo tipo de acuerdos y un gran poder, para que me libere de una maldición. Necesito que su estancia dure veinticuatro horas por lo mucho», mientras cerraba los ojos y sostenía el libro con fuerza entre sus dos manos. El siguiente paso era leer la larga estrofa en latín que le seguía al texto. Un reto muy complicado para hacerlo a prisas, pero no se paró ni un segundo a pensarlo dos veces.

*Ab inferno invoco te. Servus meus eris, et exspectem te facere quod iubeo, quia merces tua ex eo pendet.*

*Veni ad me, abyssi creatura, paciscor, et te solum relinquam.*



El amuleto se elevaba, brillando y haciendo que el suelo tiemble. Charlotte no pudo mantenerse en pie ni concentrarse en el hechizo, por lo que terminó golpeando la alfombra con su cabeza al caer. Las hojas sueltas volaban por toda la habitación, muchos objetos levitaban y todo se sentía muy caótico. No sólo dentro de la biblioteca, porque Steven, Danny, y gran parte del pueblo también sintieron el extraño sismo.

Segundos después se terminó. Charlotte reaccionó, se levantó y, al ver que no pasó nada, guardó todas las velas, el libro, y procuró borrar lo más posible el pentagrama para cubrir lo que quedaba con la mesa. Steven, al asegurarse de que Danny estaba bien, notó que su amuleto no estaba en la mesa, lo que solo podía significar una cosa, y no era precisamente algo bueno. Subió a toda velocidad las escaleras para abrir la puerta de la biblioteca y encontrarse con Charlotte acomodando todas las hojas desordenadas.

—¿Estás bien? —preguntó Steven muy preocupado mirándola a los ojos.

—Lo siento —le respondió con un tono de voz notablemente culpable—, tomé tu amuleto sin permiso porque quería hacer varios hechizos simples a la vez antes de que te dieras cuenta.

Ni ella sabe cómo pudo expresar tanta culpa de forma tan convincente, pero se sabe que la mejor forma de mentir es usando parte de la verdad.

—Qué susto me diste —expresó Steven con un suspiro—. Yo también hice algo parecido cuando apenas empezaba y por poco pierdo mi cuero cabelludo.

—¿Cómo hiciste eso?! —preguntó Danny muy sorprendido.

—Magia, creo —le respondió Charlotte con una dudosa expresión y un malestar en su abdomen—. Disculpen, debo ir a un lugar.

Charlotte se quitó el amuleto y salió de forma apresurada hacia la puerta principal.

—¿A dónde vas? —dice Steven mientras la ve ponerse sus zapatos de cuero—. ¡Espera, recuerda que ahora la gente sabe que existes! ¡Es muy peligroso que salgas!

Ella hace caso omiso, pues sale igualmente. Cierra la puerta con lentitud y comienza a correr hacia la calle. Su expresión mostraba sufrimiento, sus ojos se aguaban mientras ella corría, pero nada de eso tenía sentido. Nada tenía sentido. ¿Por qué se sentía tan inestable? ¿Qué estaba pasando? Por alguna razón, Charlotte pensó que encontraría las respuestas a esas preguntas en aquel lugar donde la felicidad brotaba como margaritas en primavera, su único y verdadero hogar: La casa donde fue criada.

El lugar no se conservó bien, principalmente porque *El Ataúd* se encargó de destruirlo con actos de vandalismo. La puerta de enfrente ya no existía; ningún objeto dentro estaba en una pieza, y la mayoría de pertenencias habían sido robadas. Era una choza de sueños destrozados. Su cuarto en el ático no fue ninguna excepción; su cama se convirtió en una pila de resortes, algodón y madera; las paredes tenían graffitis ofensivos y el suelo de madera ahora era hogar de preservativos usados y botellas de alcohol.

Las lágrimas querían salir de sus ojos, no podían aguantar más tiempo en cautiverio, pero de ninguna forma ella lo iba a permitir. Se secó los lagrimales, inhaló fuertemente por la nariz y bajó hacia lo que antes era la cocina. No se atrevió a entrar al antiguo cuarto de sus padres; sus lágrimas no lo podrían soportar y saltarían desde sus mejillas en un intento desesperado por quitarse la vida.

Al salir, miró el frente de la casa una última vez, pero al voltearse de vuelta no se llevaría una grata sorpresa.

—Charlie Gaspel; Sarah; *Manifestación de Satanás...* Tienes una curiosa variedad de sobrenombres, pero a nosotros nos gusta llamarte: *El prófugo infantil* —dijo la detective Allard con implacable y justificada soberbia mientras su compañero, el detective Quickley, prepara las esposas.

—¿Quién los envía? —preguntó Charlotte con la posición de defensa más rígida que haya hecho en su vida.

—Créeme que te hemos buscado por semanas —decía Quickley, acercándose tranquilamente—, y no tienes idea del gusto que nos da decir: Estás bajo arresto.

Los fuegos al fin se cruzaron. Unir todas las pistas del caso a un solo lugar de origen culminó en la resolución total de la incógnita. Charlotte no podía hacer nada, no tenía un contenedor de basura reciclable donde esconderse, ni un maletín de ropa para escapar, tampoco tenía a su secuaz para socorrerla, ni un balde de agua junto a unos cables de corriente. La única salida era entregarse.

Fue llevada a la estación de policía, donde los oxidados barrotes la retenían de cualquier intento de escape. Se sentó en la dura cama y miró al suelo con exorbitante decepción y enojo.

Quickley y Allard estaban preparados para hacerle todo tipo de preguntas desde el otro lado de la celda, sentados en sillas de plástico con su libreta de anotaciones a mano.

—Dinos tu nombre completo, por favor —dijo Quickley, empezando la conversación.

—... Charles Gaspel. Sin segundo nombre —le respondió sin quejarse y sin quitar la mirada del suelo, con un tono apagado.

—Muy bien. ¿Sabes por qué te arrestamos el día de hoy?

—¿Por causar pánico en un lugar público? —decía sin cambiar el tono de voz.

—Sí, pero no te conocemos por eso.

—¿De dónde me conocen entonces?

—No hace mucho, fuiste reportado como desaparecido en un hospital de *Spoirtown*. ¿Sabes cuando fue?

Los recuerdos vuelven.

—Veinte de octubre. Era paciente de cáncer de hígado.

—Excelente. Gracias por cooperar. Ahora necesitamos que nos respondas unas cuantas preguntas muy importantes. ¿Estás listo?

Charlotte no muestra respuesta.

—¿Dónde están tus padres? —inició Allard.

Charlotte sigue sin dar respuesta.

—Bien... ¿Conoces a alguien llamado Steven Gideon Ledger?

Nada.

—¿Qué me dices de Annie, una niña de pelo rubio?

...

—Desde que te escapaste del hospital, ¿te has quedado a dormir en algún lado?

—Sí —les respondió finalmente—. Me quedé en sus casas. Los veía dormir todas las noches mientras pensaban en mí —decía con una escalofriante espontaneidad mientras subía la mirada con lentitud—. Escuchaba todas sus teorías en su estación de policía. Entraba en sus subconscientes hasta hacerles sufrir pesadillas. —comenzó a levantar la voz y mostrar una muy, muy, muy extraña sonrisa mientras hablaba cada vez más animada—. Me reía de ustedes por cada paso en falso que daban, ¡PORQUE ERA SIMPLEMENTE CÓMICO VERLOS DERROTADOS ANTE UNA NIÑA DE NUEVE AÑOS!

De pronto, comenzó a reír como maniática, o como una infante de esa edad, lo que es lo mismo. Es la primera vez que ríe después de demasiado tiempo, y se notaba, porque mantuvo esa carcajada por dos minutos mientras movía las piernas felizmente a la vez que se inclinaba hacia atrás.

—¿Estaremos seguros de que es el niño que buscamos? —preguntó Allard con mucha preocupación—. Parece que sólo se divierte con nosotros.

—Eso ha estado haciendo desde el momento en que desapareció —le respondió Quickley muy determinado—. Ahora no puede escapar. ¡Charlie! —dijo, llamando su atención, haciendo que corte su risa abruptamente—. ¿Conoces al oficial Greyson?

Charlotte no suelta una palabra, sólo mira a Quickley seriamente y mueve sus manos de forma en la que se puede identificar el gesto de exprimir un trapo húmedo mientras hace el sonido con la boca.

—Maldita sea... —expresó Allard con asco y miedo.

—¿Qué me dices de Mincy del orfanato? ¿Tuviste algún conflicto con ella?

Charlotte lleva sus manos lentamente hacia su garganta y hace el gesto de ahogarse para luego hacer el gesto de vomitar, y cuando termina vuelve a mirar seriamente al detective.

—Y... ¿Qué me dices de...?

Quickley es interrumpido por Charlotte haciendo la onomatopeya de las ranas de forma juguetona.

—¡Suficiente! —exclamó Allard muy furiosa—. ¡Acabas de confesar acciones graves! ¡Esto no es un juego! Ahora quiero que nos digas dónde están tus padres.

Charlotte gira la cabeza verticalmente y entrecierra los ojos, haciendo entender que: o está haciendo memoria, o se tomó personal la pregunta.

Si tan solo dejara ir el pasado...

—Sinceramente —respondió con un tono normal—, no tengo la menor idea. Tal vez estén bajo tierra, o tal vez en el fondo del mar. Tal vez ahora son comida para animales carroñeros, o tal vez sus órganos están siendo traficados, quemados, o incluso comidos. Al decir verdad, no me importa, porque en mi corazón ya no están.

—¿Te abandonaron? —preguntó Allard un poco más comprensiva.

—Más bien yo los abandoné a ellos. Por mi culpa ahora están muertos. Ahora, por culpa de ellos, la mafia tiene que morir.

—¿La mafia mató a tus padres?

—No lo hubiera hecho si no fuera por Steven, por eso también tiene que morir.

—¿Steven? ¿Steven G. Ledger? Entonces sí estás relacionado con él.

—No es tan difícil de adivinar. Es decir, desaparezco después de mis padres sin dejar huella, un hechicero viene al pueblo y desaparece al igual que yo después de aparecer en el radar de nuevo. ¿No es obvio?

—¿Has estado leyendo nuestros apuntes? —pregunta Quickley impresionado.

—No hace falta, hasta un civil con tiempo libre y periódicos diarios puede resolver el caso en menos tiempo.

—Eres... increíblemente lista —dijo Quickley anonadado—. ¿Cómo es que terminaste así?

—Creo que ya les conté toda la historia. Son detectives, ¿no? Unan los cabos.

Charlotte se acuesta en la cama y les da la espalda.

—Sin duda es nuestro sospechoso —afirmó Allard.

—Creo que hasta tiene en claro su propia identidad sexual. Siempre se refiere a ella misma como una niña. ¿Cuán alto crees que es su coeficiente?

—Debe tener al menos un IQ de 180. ¿Qué hacías tú a los nueve años?

—Me adelantaron un año en la escuela, pero apenas podía con matemáticas.

—Mi mayor preocupación a esa edad era tener la mayor altura posible para que no me rechacen en el club de chicas populares.

—Como sea, ya que tenemos a Charlie y confirmamos que los Gaspel están muertos, podemos completar el caso, ¿verdad?

—¿Cómo es la historia completa?

—A ver, anota. Ledger estaba relacionado con la mafia, y en conjunto mataron a los Gaspel. Charlie, de alguna forma, se dio cuenta y por causa de eso se escapó del hospital. Se refugió en el orfanato e hizo amigos, Steven apareció y se la llevó después de escapar del camión de prisioneros, tal vez con ayuda de Charlie. Ambos volvieron

aquí ya que es su lugar de origen, lo que explicaría por qué no hay registro de ninguno de ellos, no sin antes matar a Greyson porque tenía el amuleto de Ledger.

—¿Amuleto?

—Te explico luego. Por lo que sabemos, Ledger aún puede estar en el pueblo, y ya que es socio de Charlie, no tardará en encontrarla. Podemos arrestar a ambos si logramos quitarle el amuleto. Regresamos triunfantes y nos dan un reconocimiento por nuestro coraje y determinación.

Los dos chocan sus manos en forma de celebración. Lo único que quedaba por hacer era usar a Charlotte como carnada, capturar a Steven y escoltar a ambos hasta *Spoirtown*. Por seguridad, Allard se quedó en la estación para vigilar al prisionero mientras que Quickley salió a buscar alcohol para cantar victoria. Si Steven no se apresura, será el fin para nuestra protagonista.



El ambiente ya se encuentra más calmado. Allard vigila la puerta desde el escritorio ya que el comisario y los demás se tomaron el día libre, y Charlotte se encuentra reflexionando mirando el techo. El silencio abundaba, tanto como aquella noche en el hospital. No es poca la coincidencia, porque ella empieza a experimentar lo mismo que antes: Los colores a su alrededor se vuelven opacos y oscuros, la gravedad se siente más fuerte; todo daba indicios de que esa iba a ser otra situación paranormal.

El tiempo se sentía más lento mientras ella se levantaba de la cama. No esperaba que su viejo conocido Pitt, el demonio de cuatro alas, volviera a hablar con ella, lo que daba una señal de que algo muy malo estaba pasando. En la penumbra, Charlotte se levanta y con incredulidad lo mira, confirmando su presencia saliendo de la oscuridad.



—¿Tú? —dijo Charlotte sorprendida—. ¿Qué haces aquí? ¿No dijiste que no nos volveríamos a ver?

—No tengo tiempo para tus tonterías —le respondió ligeramente molesto—. Estoy aquí porque resulta que algo anda mal con nuestro acuerdo.

—¿Entonces te invoqué con mi hechizo?

—¿Qué? Claro que no. Invocaste a este demonio —dice mientras hace aparecer de un chasquido al *venado* que chocó con el auto de los detectives—. Claramente un error de principiante.

—¿Ese venado es un demonio? —dudó, frunciendo el ceño.

—¿Cómo creías que se veían? Los agentes del inframundo pueden tener cualquier forma, especialmente la de animales. Este debe ser solo un infeliz sacado de una cueva o algo.

De pronto, lo devuelve al infierno con una llamarada.

—Entonces, ¿qué tenemos pendiente? —preguntó Charlotte.

—Resulta que al momento de darme tu alma, no me la diste al completo.

—¿De qué hablas?

—¿No has notado ciertas contradicciones en tu comportamiento? Tal vez algún sentimiento humano que se te haya escapado.

—Ahora que lo pienso..., ya me preguntaba por qué aún me sentía viva en ocasiones.

—Eso es porque no me diste tu alma en su totalidad. Dijiste que querías conservar tu conciencia, y eso me costó caro. Tu alma no resultó estar del todo funcional, creo que porque cuando te quedaste con un pedazo de ella, esta creció de nuevo en tu cuerpo de alguna manera.

—¿Mi alma volvió a crecer?

—Más o menos. Mira, sólo vengo a reclamar lo que es mío, así que despídetes de lo que te queda de humanidad.

—¡Oye! ¡No puedes hacer eso, hicimos un trato!

—El trato consistía en que me dieras tu alma. Al parecer, la conciencia también es parte de ella, por lo tanto, ahora es mía.

—¡Eso no es justo!

—...¿Qué dijiste?

—Dije que no es justo. El error no fue mío, y si me vas a quitar lo que me queda de alma, al menos concédeme otro favor.

Pitt guardó silencio un momento y, frustrado, le respondió:

—De todos los argumentos posibles que pude haber evadido, decidiste usar el de la justicia. Maldita sea tu suerte... Bien, te concederé otro favor.

—Creí que ser justos no les importaba a ustedes.

—Al contrario. Nuestro creador, el portador de luz: Lucifer, nos creó con el propósito de ejercer su más grande motivación: La justicia. Desde su nacimiento se dedicó sólo a eso, y bestias como nosotros no tenemos otra alternativa que seguir su ideología. Tú tienes razón, no sería justo castigarte por un error de mi parte. Te concederé otro favor a cambio de tu alma al completo.

—No entiendo. Yo siempre he interpretado que *El de Abajo* era alguien malvado.

—La moral no afecta a las deidades. Él es el que trae un equilibrio a las asquerosas vidas de los mortales. Gracias a su benevolencia, criaturas como nosotros podemos vivir con un propósito. Podemos poner a prueba a los humanos y crear un orden en el repugnante reino de los cielos.

—¿Eres alguien sensible, no es así?

—Cállate y pide tu deseo.

—¿Puedo pedir cualquier cosa?

—Debe ser menor a la magnitud de quitarte un cáncer.

Charlotte se puso a pensar. ¿Qué podría serle útil en ese momento y que no esté a la par de quitar o salvar la vida de alguien? Necesitaba sacar ventaja de esa situación de alguna manera. Saber aprovechar una vida sin una conciencia o identidad propia. No. Su identidad era lo único que le quedaba, lo único por lo que vivía. Tenía que pensar fuera de la caja.

—¿Qué te parece si en vez de hacerme un favor, hacemos un acuerdo? —propuso casi sonriendo.

—¿Otro acuerdo? —preguntó extrañado.

—Te propongo algo —dice mientras camina lentamente con las manos en la espalda—. ¿Qué tal si en vez de entregarte mi alma, te doy la de otra persona?

—De ninguna manera.

—¿Qué impide que eso sea una buena oferta?

—En primer lugar, para que me entregues un alma en lugar de la tuya, tienes que matar a una persona tomando en cuenta que su destino debe ya estar asegurado en el infierno. Si no tengo la garantía de que su alma no irá al paraíso, no la podré reclamar como mía.

—¿Qué tan asegurada en el infierno está el alma de un hechicero de las artes oscuras? —pregunta mirándolo a sus cuatro ojos.

—En teoría, todo aquel que ejerza la magia negra irá al inframundo cuando muera, pero dudo mucho que logres matar a alguien tan poderoso.

—Al contrario. En menos de veinticuatro horas puedo cumplir con mi parte.

—Oh, ¿una garantía de veinticuatro horas? Magnífico. Ese será tu favor.

—Espera. Debes sacarme de esta celda primero.

—Si te saco de la celda tendrías dos favores, y no cometeré ese error de nuevo.

—Está bien, ¿qué más puedo darte?

—Ya que tocas el tema de las almas, otra sería perfecta para cerrar el trato.

—¿Otra? No sé si pueda encontrar a otra persona con su destino asegurado al infierno.

—En ese caso, no te preocupes. Solamente tendrás que recolectar una, pero tendrás que salir de esta jaula por tu cuenta.

—No, espera un momento. Creo que sé cómo alegrarte el día.

—Te escucho.

—¿Qué tal el alma de todo un edificio lleno de mafiosos?

—¿Miembros de una mafia? Claro. Debe haber al menos cuatro condenados al sufrimiento eterno. ¿Estás segura de que puedes conseguir todas esas almas a tiempo?

—Si no lo consigo, puedes tomar la mía. ¿Tenemos un trato?

Pitt se pone a buscar cualquier fisura en aquella proposición. No tiene caso, en cualquier escenario, él terminaba ganando.

—Bien. Me has convencido. Tienes hasta la medianoche para asesinar al hechicero y al menos una persona más para que puedas conservar tu alma. Te sacaré de la celda y tendrás unos segundos de ventaja antes de que alguien se dé cuenta de que ya no estás. ¿Estás de acuerdo con los términos?

—No lo dudes ni un segundo.

Truenos lejanos sonaron al mismo tiempo que los dos sacudieron sus manos por segunda vez, y al hacerlo, Charlotte confirmó la acción más despiadada y cruel que jamás haya hecho, considerando que varias horas antes electrocutó a diez personas parcialmente inocentes a sangre fría.



En un abrir y cerrar de ojos, Pitt desaparece, haciendo que el tiempo se detenga a los ojos de Charlotte. Ella lo podía sentir. La silla donde estaba inclinada la detective Allard se quedó congelada al igual que ella. La puerta de la celda ya no estaba cerrada, y con un simple empujón, Charlotte pudo abrirla y escapar con eficacia. Apenas salió de la estación de policía, el tiempo volvió a la normalidad. Su prórroga había acabado; ahora, cada segundo contaba, porque su destino estaría sellado en poco más de doce horas.

*Cuando estás en la cima de la rueda de la fortuna, eres la persona más poderosa y vulnerable de la feria.*



## XXV

# CONOZCO TUS OBRAS

Steven Gideon Ledger mira su teléfono rojo en la pared. Sentado en su sillón, mueve su pie nerviosamente con las piernas cruzadas preguntándose por qué Charlotte aún no aparece. Danny está mordiendo un lápiz con el que se supone que iba a dibujar, pero el borrador de la punta ya está en su estómago por el estrés. Desde dentro se escucha el ruido de la lluvia chocando contra el techo, pero es interrumpido por los sonidos de golpes que emanan de la puerta, y los dos saben que la preocupación puede posponerse.

Steven abre la puerta con cautela y la ve, empapada y con un trueno detrás anunciando su llegada.

—¿Estás bien? ¿Qué hiciste? —pregunta Steven desasosegado.

Charlotte lo mira con la cara más fría que haya dado en toda su existencia.

—Salí a caminar —dijo mientras entraba dirigiéndose a la cocina—. Ya me encuentro mejor, pero necesito que me respondas dos cosas.

—Dime.

—¿Tienes tinta para pintar tela? —preguntó Charlotte a la vez que abría cajones en la cocina.

—La pregunta ofende —respondió con soberbia—. ¿De qué color necesitas?

—Roja. Quiero cambiarle el color a mi suéter. El color naranja es muy brillante e infantil.

—En la alacena hay una caja de metal con todo tipo de cosas que uso para la ropa. ¿Quieres que te enseñe?

—No hace falta —le dijo, subida a un banco, tomando las pequeñas botellas—, yo solía teñir ropa vieja para venderla como nueva cuando mis padres necesitaban dinero. Ah, sí. La siguiente pregunta es: ¿Has hecho uno de esos contratos mágicos antes? —preguntó sin dejar lo que estaba haciendo.

—¡Oh! —exclamó Steven, pues recordó algo—. Qué bueno que lo preguntas. Los contratos mágicos e inquebrantables siempre me han llamado la atención. Le hice uno a una chica un día para probar si funcionaba. El contrato decía que si no se acostaba conmigo esa noche la piel de sus manos se iba a desprender como la de una fruta podrida. Al final pude comprobar que sí funcionó, porque me quedé en el bar toda la noche vigilándola hasta que se la llevaron al hospital. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que le hice firmar un contrato al *Ataúd* también.

—¡¿Qué?! —reaccionó Charlotte completamente intrigada.

—La idea era que yo tendría total seguridad por su parte a cambio de mis servicios. Sé que para eso no hace falta un contrato, pero me quería asegurar de que no me apuñalaran por la espalda.



—¿Eso es todo? —preguntó impaciente.

—No. Si estás pensando en acabar con ellos, te debo avisar que el jefe, el Sr. Clement, me pidió que lo hiciera completamente inmune a la magia negra.

—¿Y eso no se puede revertir?

—No. Y tuve suerte de cumplirle ese capricho, porque tuve que darle otro amuleto que tenía desde hace un tiempo que actuaba de escudo contra los ataques de las artes oscuras. Me lo obsequió un amigo en Alemania que también estaba en ese mundo.

—¿Qué tipo de amuleto es?

—Es como un broche metálico con forma de armadillo. Ni intentes quitárselo. Con lo perfeccionista que es, creo que se lo metió dentro de su piel.

—¿Tiene alguna otra ventaja?

—también me exigió invocar a un demonio para que hiciera un trato con él, pero no me dejó saber qué fue lo que pidió.

—¿Tú invocaste a un demonio? —preguntó sorprendida.

—Sí. Estuve trabajando en ese hechizo por años. Es, por mucho, el más poderoso. ¿Sabes?, cualquier creación de satanás es capaz de realizar cualquier deseo material a cualquiera con la condición de que se entreguen a ellos. Sin almas, los demonios no pueden vivir. Es como su alimento.

—¿Tú hiciste un trato con alguno?

—Sí. Cambié mi alma por este amuleto —dice mientras lo señala en su cuello—. Quiero decir; no la vendí enseguida como en tu caso, sino que la aseguré en el infierno para que cuando yo muera, aquel demonio pueda tenerla en su posesión. Pero ya basta de *demoniedades*. Danny, Charlotte; les voy a enseñar algo.

Steven los lleva a la biblioteca, donde les va a explicar su plan para su próximo hechizo y abre un cajón de su escritorio con llave que contiene una gran cantidad de

frascos con varias sustancias: polvos, minerales, partes de animales, líquidos ácidos, entre otros.

—Este es el trabajo de mi vida.

—¿Coleccionas rocas? —pregunta Danny.

—No. Todas estas cosas son ingredientes para una receta: *La receta de la resurrección*.

—¿Así que estos son todos los materiales para la pócima? —pregunta Charlotte.

—Sí. Solo falta el azúcar y podremos resucitar a quien sea.

—¿A mis padres, verdad? —pregunta Charlotte mirando a Steven a los ojos.

—Sí... A tus padres —le respondió Steven con inseguridad—. Bien. ¿Se animan a verter todo esto en la caldera? —preguntó entusiasmado.

—¡Sí! —exclamó obviamente Danny.

—Yo mejor voy abajo para teñir mi suéter —argumentó Charlotte.

—¿No quieres acompañarnos en este precioso momento? —imploró Steven haciendo ojos de perro.

—No. Sigán sin mí, voy a preparar café.

Charlotte bajó las escaleras. Sabía que la idea de preparar café era perfecta para ejecutar su plan de asesinato, solamente necesitaba algo para envenenar su taza. Fue ahí cuando recordó el contrato que firmó. ¿Cómo se supone que lo iba a matar si cualquier intento que hiciera la condenaría para siempre?

Rápidamente, se puso a mirar a sus alrededores, pensando en tantas cosas que resultaba difícil conseguir una resolución. Pero, milagrosamente, al ver la pecera de la sala de estar, la mejor idea que se le haya ocurrido se apoderó de su mente como un conquistador europeo en tierras vírgenes. El veneno yacía frente a sus ojos, y el plan empezaba a cobrar forma.

Se dirigió a la cocina a buscar los granos de café. En los cajones encontró muchas cosas desordenadas, como cucharas, utensilios de limpieza, tijeras, jeringas, recipientes, lápices, granos de todo tipo, frutos secos y velas, pero solamente una de esas herramientas era suficiente para completar lo que tenía en mente.

Sacó el café, preparó la cafetera, añadió agua, presión y un ingrediente sorpresa... Pero para eso iba a necesitar a Danny. Después de un buen rato haciendo la mezcla, tranquilamente subió a donde estaba y le pidió que le ayudara como asistente. Él aceptó, pues el trabajo era rápido, y de hecho, muy fácil.

—Toma esta jeringa, quiero que inyectes lo que tiene dentro en esta caja de leche —le dijo mientras le entregaba la jeringa con un líquido transparente.

—Un momento... ¿Por qué?, ¿qué tiene dentro?, y ¿por qué no lo haces tú?

—Está bien; lo que tiene esa jeringa es agua; he probado la leche y noté que le faltó ese ingrediente, por eso hace falta ponérsela, y una inyección sería más efectiva; y no lo quiero hacer yo porque me dan miedo las agujas.

—Ah, sí. Es verdad. Yo también le temía a las agujas —decía mientras inyectaba el líquido—, pero se me quitó luego de aceptar que la sangre no es tan mala.

—Bien —le dijo, mirando cómo la jeringa se vaciaba—, ya puedes volver. Me ayudaste un montón con la limpieza, dile eso a Steven cuando subas.

Danny volvió corriendo, completamente ignorante de las consecuencias de sus actos a ayudar a Steven con su otro plan.

Después de una hora y siete minutos, Ambos terminaron de colocar todos los ingredientes dentro de la

caldera. No se veía como en las películas de brujas, sino como una olla llena de porquerías y líquidos mezclados con mucha agua. Como una sopa de muy mal olor. Aún no encendieron el fuego ni formularon ningún hechizo, así que no había ningún efecto por el momento, porque la idea era tener todo listo para cuando consigan el azúcar. Ponen una tapa de metal en el caldero y consideran el trabajo semi-completado.

Los dos bajan para recibir su café de victoria. Charlotte los espera pacientemente sentada en la mesa.

—Ya estamos por terminar —anuncia Steven—. Hoy por la noche vamos a burlarnos de la muerte.

—¡Fue divertido! —añadió Danny—. ¡Seguimos la receta al pie de la letra y logramos crear una sopa mágica!

—¿Cómo va tu suéter? —preguntó Steven, al verla usando únicamente su camisa blanca.

—Está tomando color —le respondió con tranquilidad—. En media hora ya estará completamente carmesí.

—Bonito color —añadió Steven—. ¿Ese es el café que preparaste?

—Así es. Lo hice con un ingrediente especial. De seguro lo notarás diferente.

—¿En serio? —dijo Steven entusiasmado—. ¡Qué emoción! ¿Cuál es ese ingrediente?

—Es un secreto.

—Bueno, es hora de averiguarlo.

Steven sirvió dos tazas. Sea cual sea el contenido, lo iba a compartir con su creadora.

—Yo también quiero probar —dijo Danny.

—Aún eres muy pequeño, Dannyel —le respondió Steven.

—Pero Charlotte sí puede tomar. ¿Por qué yo no?

—Porque sería una lástima que ella misma no pruebe su propio elixir, ¿verdad? —dijo, mirándola a los ojos.

—Así es, Danny —añadió Charlotte, compartiendo el contacto visual—. Yo he tomado café antes. A ti te sabría muy mal.

—¡Como quieran! —replicó Danny—. ¡Voy a preparar mi propio elixir y no se lo daré a nadie! —dijo mientras corría a la cocina a verter agua en un vaso y meterle cualquier cosa que encontrara.

Los dos quedan solos en la mesa, compartiendo miradas y una taza de lo que podría ser su última bebida. Steven la mira, sugiriendo que ella tome el primer sorbo. Ella no aparta la mirada y bebe con total prepotencia. Después del sorbo, suelta una exhalación de frescura, como si no tuviera en cuenta que lo que acababa de tomar era una bebida caliente. Steven se ve convencido. Acerca sus labios a la taza y el líquido comienza a correr por su garganta. El ambiente era demasiado tenso, casi como el interior de un submarino en las profundidades de la fosa de las Marianas.

De pronto reacciona al sabor. Fue considerablemente agradable.

—Sabe extraño. ¿Qué fue lo que le pusiste? —preguntó con curiosidad.

—Canela.

—¿Canela? ¡Demonios! —exclamó—. Eso explica lo extrañamente amargo que es.

En un intento de suavizar el sabor, Steven buscó el cartón de leche en el refrigerador para añadirlo a la mezcla...

—El mejor ingrediente para un café es la leche, sin duda alguna —afirmó el hechicero en su ignorancia—. Toma tú también —le dijo mientras le vertía leche en su taza.

Tras beber la mezcla de nuevo, Steven notó un sabor aún más extraño.

—Vaya —dijo asqueado—. Recordaba que la canela con leche sabía mejor.

—Sí. A veces engaña —argumentó Charlotte mientras llevaba su taza al lavaplatos para tirar el líquido por el desagüe.

—Oye, ¿ya se te ocurrió algo para destruir al *Ataúd*?

—Estoy en eso. ¿Dices que ya has estado en la oficina del jefe antes?

—Sí, varias veces. Es increíble la cantidad de té que tiene almacenado en sus escaparates. Estoy seguro de que tiene toneladas de azúcar en alguna parte.

—¿Y cómo se supone que lo vas a conseguir?

—Tal vez algún día me perdonen por lo que hice.

—¿Esa es tu esperanza?

—El plan B era hacer que tú misma lo busques, pero sería demasiado arriesgado.

—¿Sabes? No es una idea tan loca. Luego de quemar el edificio puedo conseguir un poco de azúcar de regreso.

—Por supuesto. —Se ríe de forma simpática—. Cuando las nubes se hagan más claras iremos a buscar azúcar en algún otro lado.

Se acerca el mediodía y sería una pena no aprovechar esos momentos de refugio bajo la lluvia.



En la estación de policía, Allard aún no nota el menor cambio hasta que llega Quickley con una bolsa de panes dulces. Junto a él iban el comisario y los demás agentes locales, comiendo los antes mencionados panes dulces.

—¿Cómo te fue con la retenida? —preguntó Quickley sacando algunos de los panes para compartirlos con su compañera.

—No ha hecho ningún ruido —le respondió Allard—. Creo que está dormida.

—Déjenme ver la famosa *manifestación de Satanás* de quien tanto hablan —dijo el comisario Tom Vane.

Tom se acerca a la celda para echar un vistazo, pero como sabemos, no encontró a nadie.

—Ya sabía que estaban mintiendo —afirmó mirando a los detectives con soberbia.

—¿Por qué? —preguntó Quickley mientras se acercaba a revisar.

Se le heló la sangre al contemplar la ausencia de Charlotte. En su escalofriante ignorancia, le preguntó a su compañera:

—Allard, ¿dejaste a la prisionera salir de la celda?

—No. Estaba todo cerrado excepto mis ojos. ¿Por qué?

—Ven aquí, por favor —dijo casi tartamudeando.

La detective consigue estar en el mismo estado de shock que su compañero, y en un momento de desesperación, abre la puerta para asegurarse de que cada rincón estaba vacío, lo cual era innecesario considerando que la jaula era diminuta.

Allard grita despavoridamente, dejando en claro que no le queda ninguna esperanza. Quickley intenta calmarla tomándola de los hombros y sacudiéndola para que entre en razón.

—¡Reacciona, Elena! —exclamó igual de asustado—. Tal vez Ledger la haya liberado sin que te des cuenta. En ese

caso, hay que preguntar por la ubicación de él. No es tan complicado. Además, tenemos la información necesaria para volver a casa con pruebas.

—¡Claro que no! —exclamó sosteniendo a Quickley de la misma manera—. No voy a irme de aquí hasta ver a esos dos tras las rejas.

—Allard, esto es más grande que nosotros. Dejemos este caso y larguémonos a alguna otra parte. Podemos salir vivos de esta.

—Ni en sueños. Nací para este momento. Si le temes a la muerte puedes retirarte, pero yo no voy a rendirme hasta ganar.

—Oigan, oigan, oigan —dijo el comisario intentando calmar las aguas—. ¿Buscan a Ledger, no? ¿El hechicero? Yo sé donde vive.

—¿Lo sabes? —preguntó Allard con brillo en sus ojos.

—Claro, pero si se acercan estarán directamente en el radar de *El Ataúd*.

—¿El qué? —preguntó Quickley.

—Es el banco del pueblo. Les pagan cada mes por protección y les piden préstamos.

—*El Ataúd* suena muy fúnebre para ser un banco —argumentó Allard—. De seguro es la mafia de la que tanto me han advertido.

—Si vamos por ese camino lamento decirte que esta vez no te apoyaré —le dice Quickley.

—¿Te rendirás otra vez?

—Saber cuándo retirarse no es rendirse. Ya resolvimos el acertijo. Ya tenemos pruebas y testigos. Según yo lo veo, el caso está resuelto. Si conseguimos refuerzos...

—Si conseguimos refuerzos los sospechosos van a escaparse otra vez y esta vez no los encontraremos.

—Es un riesgo que prefiero tomar. Viéndolo fríamente, es el momento perfecto para que volvamos y dejemos todo esto atrás.



Elena aparta la mirada. Piensa un momento lo que va a decir antes de tomar la decisión que determinará su vida o su muerte.

—No puedo volver —dijo con la voz más calmada.

—Claro que puedes —replicó Quickley.

—No. No puedo. Si regreso, nunca me lo perdonaré. Llévate todos los documentos. Yo voy a encerrar a esos malditos brujos.

—Elena, no piensas claramente —dijo Quickley, intentando convencerla de que no haga una locura mientras ve que ella se pone su abrigo para salir.

—Al contrario, Leonard. Nunca he estado más segura de dónde quiero estar.

De pronto, la detective Elena Allard se acerca al detective Leonard Quickley para sostener su cabeza con ternura y besarlo en los labios de forma repentina.

Los demás policías en ese momento hicieron un sonido de aullido en conjunto, pero para Leonard, todo el mundo exterior desapareció. Después del beso, toda percepción que tenía de la realidad cambió por completo. Su mente por primera vez se quedó en blanco y no podía estar más confundido.

—No quiero convencerte de hacer algo que no quieres —le dijo Elena cálidamente a Quickley—. Ve, elimina la evidencia de todo esto y haz lo que creas correcto. Volveré. Te lo prometo.

Acto seguido, sale de la estación con el comisario, preparada para dar su máximo esfuerzo o morir en el intento.

¿Qué se supone que haga Quickley en esa situación? ¿Qué es lo que un protagonista de una película romántica haría en su lugar? Olvídalo. No va a aparecer luego en la

historia para salvar a Elena de alguna situación comprometida. En realidad, volvió a *Spoirtown* en su auto, justo como dijo.

La lluvia continuaba, y no parecía que iba a cesar pronto.

Danny intentaba tomarse su *café* hecho a mano, pero ni siquiera sus dientes se lo permitían.

El reloj seguía avanzando.

Charlotte ve a Steven algo inquieto leyendo en la biblioteca mientras movía su lengua de forma extraña, así que decide abrir una conversación.

—¿Para quién es el hechizo? —preguntó Charlotte.

—¿Cómo? —respondió distraído.

—¿A quién vas a revivir en realidad?

—A tus padres. Ya te lo dije.

—No mientas. Dijiste que este era el trabajo de tu vida. No conoces a mis padres desde hace tanto tiempo.

—Me atrapaste —admitió con los brazos abiertos—. Te dije eso para que te pongas de mi lado. Pero ya que estamos en confianza, permíteme contarte una historia.

Charlotte mira el reloj y acepta, conteniendo un ligero entusiasmo.

—Cuando era joven, era un pequeño sabelotodo. Casi como tú. Y aunque no iba a la escuela, sabía mucho sobre la vida, porque donde yo crecí había mucha diferencia de clases. Mi padre siempre me golpeaba como a un burro de carga y me hacía recoger siempre todas las revistas para adultos que él tiraba por el suelo. Fue terrible, porque nunca pude tener una madre que regule sus comportamientos, al

menos no desde que nació mi hermana. Tras haberla tenido, mi madre murió por pérdida de sangre. Siempre estaba muy enferma y cuando murió toda la culpa cayó sobre mi hermana. Papá la odiaba. Él nunca la dejaba salir de su habitación ni siquiera para comer. Yo tenía que alimentarla en secreto, porque para mi padre ella sólo era una mascota. Unos años más tarde, los dos escapamos de la casa, enfrentando al destino y sus crueldades. Conseguí un trabajo a los catorce años como mesero en un restaurante donde estoy seguro que usaban carne de rata para sus hamburguesas. No era alguien fuerte; al contrario, era muy, muy débil para mi edad, así que no podía hacer trabajos forzosos porque me quedaba sin aire, pero todo valió la pena al final, porque con el dinero que conseguí le pude comprar libros y un uniforme a mi hermana para que asistiera a la escuela y así tener un futuro. Por desgracia, eso la perjudicó para siempre. Siempre que ella hablaba era la burla de todos porque no sabía leer. ¿No se supone que para eso era la escuela? Siempre reprobaba y sus compañeros abusaban de ella por ser siempre muy débil ante todos. Si tan solo le hubiera enseñado a confrontar a su padre antes todo hubiera sido diferente... Pero ya era demasiado tarde. Ella siempre lloraba. Lloraba mucho. Era normal a su edad, ¿sabes? ¿Por qué no lloraría? Eso no aplicaba con los profesores, porque siempre la castigaban por interrumpir la clase con sus llantos. Yo intenté defenderla cuando pude, pero esos malditos niños eran más fuertes que yo. La vergüenza que pasaba era imperdonable. Un chico de catorce siendo derrotado por menores de diez. Era demasiado inútil para ella, pero siempre mostraba una sonrisa cuando estaba cerca de mí. Un día... —Steven hace una pausa para retorcerse de dolor, pues su estómago empezó a arder, pero continuó—. Un día los niños se sobrepasaron. Sus abusos nunca fueron tan lejos. Al parecer, enterrar su pequeña cara en la tierra, lanzar su pobre cuerpo a un pozo y arrancarle pelos de la cabeza no fue suficiente para ellos. Un día, decidieron

lanzarla por una colina empinada para ver cómo rodaba por el césped. Parecía un inocente juego de niños, pero las risas pararon cuando una piedra detuvo su caída golpeándola en la frente.

Steven cierra sus ojos de dolor. En parte, era dolor emocional, pero también dolor físico. Sintió cómo sus músculos se tensaban.

—Ella murió —continuó sin quejarse—. Murió por culpa de esos bastardos. ¿Qué podía hacer yo? ¿A quién dirijo la queja? Nadie estaba ahí para mí. Nadie excepto un extraño vendedor ambulante que hacía trucos de magia para entretener. En una ocasión lo encontré solo en un banco y decidí contarle lo que había sucedido. Hasta ese punto ya había robado incontables bolsos y pocas veces he tenido éxito en mis escapes de la policía. Él me enseñó algo muy valioso, me enseñó a usar armas; no armas de fuego, sino de intelecto. Él sacó un pañuelo de su bolsillo y de él salió una rana con dientes de cabra. Me dijo que si me encontraba con aquellos niños de nuevo, les lanzara ese animal a las caras y esperara a que devore sus huesos. Fue el gesto más amable y cariñoso que haya experimentado en mi vida. No fue en vano. Aunque haya pasado casi un año, decidí hacerlo; decidí hacer justicia y acabar con aquellos desgraciados y con todos los de aquel sangriento salón de clase. Los encerré con aquel animal del infierno y este aumentó de tamaño para masticar a todos los allí presentes. Desde ese día no paré de huir, pero se sintió tan bien que quería más. Varios años después, hallé una forma de traer a mi hermana pequeña de vuelta. Dedicué el resto de mi vida a encontrar lo necesario para crear este hechizo, esperando que algún día logre verla de nuevo. Hoy es ese día. Con ustedes aquí, mi hermana tendrá los mejores amigos que haya tenido, y todo será perfecto — dice con una dulce sonrisa en su rostro.

Charlotte lo mira sin hacer ninguna expresión después de que él le haya contado la historia de su vida.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó acercándose a él.

Steven vuelve a retorcerse sin poderle contestar, con tanta agonía que cae al suelo.

—Creo que la canela no me sentó bien —dice a duras penas—. ¿Me traes el frasco color verde que está en aquella cómoda, por favor?

—Claro.

Ella va con tranquilidad hacia el lugar donde señaló Steven y abre el cajón previamente indicado donde había varios frascos con líquidos de distintos colores.

—¿Qué tipo de verde?

—Lima —le responde con dificultad—, verde lima.

Charlotte lo toma con su mano izquierda y procede a mostrárselo. Él confirma que es el correcto con un movimiento de cabeza. Ella mira el frasco con cautela y lo lanza hacia un costado, rompiéndolo contra la pared.

—¿Qué haces?! —gritó Steven—. ¡Eso iba a curarme!

—Ese es el punto —dijo, acercándose lentamente.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. ¡¿Qué demonios le pusiste al café?!

—Yo no le puse nada. Canela, quizás, pero fuera de eso, era un café perfectamente normal.

—Si yo muero, tú mueres, ¿no te acuerdas?

—Error. Estipulaste en tu contrato que yo moriría si te asesinaba directa y voluntariamente. Tú sabías que envenenar el café cuenta como intento de asesinato, así que hice que te enfocaras en eso mientras te lo tomabas. Cuando

bajaste la guardia, por tu cuenta decidiste tomar la leche que estaba en el refrigerador.

—¿Envenenaste la leche?! ¿Cómo?

—¿Recuerdas a tu preciado pez globo? De seguro no notaste que faltaba en la pecera.

—¿*Conquete*? ¡¿Qué hiciste con él?!

—Hay muchos libros de biología marina en la biblioteca del pueblo, y gracias a una breve lectura me enteré que los peces globo de su estilo tienen un veneno dentro de su cuerpo capaz de matar a alguien en cuestión de horas, o en tu caso, unos pocos minutos. Yo no te sugerí en ningún momento que bebieras esa leche; es más, yo ni siquiera le inyecté el veneno a la caja, yo solamente la dejé en el refrigerador. En cualquier caso, el único responsable de tu asesinato no es nadie más que tú, y también tu querido *Dannyel*.

Steven suelta una pequeña risa cerrando los ojos, aceptando su derrota.

—Lograste superar al sistema —dijo con dificultad—. Supongo que así termina todo... ¿No fuiste capaz de perdonarme, verdad?

—Sé lo que has hecho en el pasado. No importa lo que hagas por mí después. El único pago que existe para personas como tú es la muerte. Ha sido un placer vivir bajo tu techo —dijo mientras le quitaba el amuleto del cuello para ponérselo ella—, pero tu historia acaba aquí.

Steven ríe silenciosamente. Charlotte pensaba que lo hacía por miedo a la muerte, pero en realidad, él solamente se sentía orgulloso de su aprendiz.

—Una cosa más, Steven —añadió mientras se agachaba, mostrando superioridad ante su futuro ex-tutor—. Hace tiempo me dijiste en un jovial tono de voz que mi futuro iba a

ser difícil, pero que al final gozaría de una gran fortuna. Debo admitir que, tal vez tenías razón después de todo. Tengo todo lo que quiero en la palma de mi mano.

—No te confíes, Charlie... Tarde o temprano te convertirás en mí. Si lo haces, por favor..., cuida bien de Danny.

Charlotte mira directamente a sus moribundos ojos y decide hacerle una última pregunta para despedirse de él.

—¿Cómo se llamaba tu hermana?

Steven, con su último aliento, muestra una pequeña risa y le responde:

—... *Deffi*... Su nombre era Deffi... Era una niña maravillosa.

Esas fueron sus últimas palabras.

Sus ojos se cerraron y su alma fue directo al infierno.

Charlotte se puso de pie y le dio un último vistazo a su cuerpo tibio recostado sobre la oscura alfombra. «El alumno superó al maestro», dirán algunos. Yo no lo diré; en cambio, voy a decir que Danny no va a reaccionar muy bien ante los acontecimientos presentados.

La puerta de la biblioteca se cierra. Ahora, Charlotte debe ocultarle lo que acaba de hacer por el resto de su vida, lo cual no será difícil, porque ella no suele hablar mucho.

Baja las escaleras para ver a Danny observando los ahora tres peces. Parece disfrutarlo.

—Oye —dice Danny—, ¿ya está listo tu suéter?

—Tal vez —le respondió sin mirarlo—. Voy a revisar.

Dejó el amuleto sobre la mesa para no mancharlo, y, efectivamente, el suéter ya estaba en condiciones de ser sacado para secarlo.

Con una cuchara de madera, removió la prenda en el agua para terminar de darle el toque final. Luego, lo sacó para colgarlo en un perchero.

—Quedó muy rojo —añadió Danny al verlo.

—Sí. Con el tiempo se va a oscurecer.

—¿Cómo dijiste que se llamaba el color?

—Carmesí. Es como rojo, pero más oscuro.

—¿Ese es tu color favorito?

—Se puede decir que sí. Me empieza a gustar.

Los dos miran el suéter en silencio por un rato.

—Voy a avisarle a Steven —dijo Danny, para rápidamente subir por las escaleras.

Charlotte intentó detenerlo, pero él era mucho más rápido que ella.

Cuando llegó a la biblioteca, él ya estaba paralizado. El color que tenía el cuerpo en el suelo no era normal. Su cerebro asimiló rápido lo que estaba pasando, pero no lo podía aceptar. Tanta muerte a su alrededor finalmente lo llega a afectar de forma directa. Sus ojos no están del todo abiertos, su posición es neutral, su boca cerrada con sus comisuras decaídas, y su ceño está fruncido de manera triste. Es como si de alguna manera supiera que algo así pasaría tarde o temprano.

—¿Qué te hizo? —preguntó Danny con la voz apagada.

—Le dio un infarto y se desplomó en el piso.

—No soy tonto, Charlotte. Sé que lo mataste. Estuviste aquí con él y bajaste con su amuleto.



—Es algo que debía haber hecho desde antes.

—Él no hizo nada malo. Él fue el padre que nunca tuve.  
¿Por qué lo hiciste?

—Porque él mató al padre que yo sí tuve.

—¿Y tu solución era matar al padre que tienes?

—... Él y yo tenemos historia desde antes. Lo que importa ahora es que volvemos a ser tú y yo contra el mundo. Ahora ayúdame a sacarlo de aquí.

Danny no respondió. Se limitó a ver cómo Charlotte se disponía a intentar levantar el cuerpo de su difunto amigo sin escrúpulos.

—Vamos, Danny. Ayúdame con la cabeza —le dijo mientras ella sostenía las piernas.

No hizo caso. Bajó caminando a buscar consuelo en la pecera que antes desbordaba asombro, pero que ahora solo muestra luto y tristeza. Charlotte comprendió su estado, así que se concentró en empujar el cadáver hacia las escaleras.

Un rato después, el cuerpo logró caer por los escalones hasta el piso de abajo, donde estaba Danny buscando algo de comer en el refrigerador.

—No bebas la leche —le dijo al verlo hurgando en los líquidos.

Él no respondió nada. No quería beber, solo comer. Quería ahogar sus pensamientos con sólidos.

—Danny —insistió Charlotte tratando de animarlo—, ¿sabías que un cuerpo muerto pesa más que un cuerpo vivo?

Él no quiso voltearse a mirar. Eso no era un gran problema para Charlotte, por lo que siguió empujando el

cuerpo con dificultad hasta llegar al jardín trasero donde lo iba a cremar posteriormente.

Danny se encontraba sentado en posición fetal en un asiento mientras Charlotte buscaba su amuleto en la mesa.

No estaba.

—Danny —dijo Charlotte en un tono elevado—, ¿dónde está mi amuleto?

Siguió sin dar respuesta.

—¿Dónde lo pusiste? Lo dejé justo ahí. ¿Qué hiciste con él? —preguntó más enojada.

—No sé... —le respondió mirando sus rodillas.

—No te molestes, puedo sentir dónde está.

Cerró los ojos y se concentró en sentir su presencia. No estaba lejos; sin embargo, hubiera deseado nunca saber su ubicación.

Se localizaba en el estómago de Danny.

Él, por el estrés, se puso el puntiagudo amuleto en la boca y se lo tragó. Tal vez no lo sabía, pero había cometido el mayor error de su existencia.

—¿Te lo comiste?! —exclamó Charlotte exaltada.

—¡Aaah! —gritó Danny, parándose del asiento para correr a su cuarto.

—¿A dónde vas?! ¡Debes expulsarlo ahora mismo!

Él cerró la puerta con seguro. Ella gritaba de rabia desde el otro lado.

¡Todo iba tan bien! ¿Qué se supone que hará ahora para recuperarlo? No puede invocar a un demonio para pedir otro; con su poca experiencia y sus deudas pendientes no

podría aunque quisiera. El lapso de tiempo termina en doce horas, y el cuerpo de Danny probablemente no expulsará el amuleto hasta al menos el día de mañana. De cualquier manera, no quedaría tiempo suficiente para completar su plan. En pocos segundos se estropeó todo y no había nada que se pudiera hacer al respecto.

A menos que...

Charlotte se rehusaba a pensar en esa opción, pero por más que lo pensaba, menos opciones aparecían.

Era el momento. Si Danny no expulsa el amuleto, Charlotte lo tendrá que tomar por su cuenta. Y eso iba a hacer.

Se dirigió a la cocina a buscar un cuchillo discreto, algo afilado que pudiera cortar carne; caminó casi temblando hacia el cuarto de arriba, tocó la puerta y se mostró amable.

—Oye, está bien. Sal de ahí. Vamos a hablar —dijo con voz calmada.

—No —respondió con los ojos llorosos—. Te vas a enojar.

—No estoy enojada. Solo quiero disculparme por todo lo que he hecho.

—¿De verdad?

—Sí. He sido una horrible amiga. No te ayudé en ningún momento y ni siquiera te agradecí apropiadamente cuando me salvaste la vida. Perdóname, por favor.

—Te dejaré entrar si me prometes que no vas a matar a nadie más.

—Yo... Yo te lo prometo.

—No lo dices en serio.

—Te propongo algo. Si mato a una persona más, puedes dejar de hablarme por siempre.

Danny lo pensó por un momento.

Desafortunadamente, su corazón de oro le permitió perdonarla y abrirle la puerta. Ella lo vio con una expresión de notable arrepentimiento, así que no dudó dos veces antes de dejarla entrar. Ella se acercó a él y con dificultad lo abrazó. Fue un momento muy bonito, el último momento que Danny presenciara. Los ojos de ambos soltaban lágrimas mientras él sostenía fuertemente a Charlotte.

Era muy tarde para retirarse. Sacó el cuchillo que llevaba escondido detrás de su falda y cortó su cuello con rapidez. Danny comenzó a gemir de dolor mientras trataba de detener su flujo de sangre en vano. Charlotte no tuvo más alternativa que ver su cara de pavor y decepción con la cual murió desangrado.

Cayó al suelo de espaldas, con la ausencia de cualquier tipo de esperanza. Charlotte, con su camisa y cara cubiertas de sangre, recostó su cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y respirando profundamente. Asesinó la vida que se le había ofrecido con tal de no pagar las consecuencias de sus malas acciones.

El remordimiento era demasiado. Ya no había nadie de su lado, así que decidió escribir en su libreta de anotaciones una última entrada.

*Estimado Steven, me cuesta admitir que me equivoqué sobre tu predicción, pero debo romper una lanza a tu favor. Sí eres muchas cosas: Un mentiroso, un aprovechado, un avaro patán, un mediocre hechicero, un buen hermano y una admirable figura paternal, pero sin duda alguna, no eres un profeta.*



Tal vez se le hayan salido las cosas de las manos, pero Charlotte tenía razón en algo:

Los cuerpos muertos sí son más pesados que los vivos, no en la forma literal, sino bajo la perspectiva de los que se encargan de transportarlo. Se cree que es porque una vez inconscientes, no hay una voluntad presente que facilite su transporte. También existe la creencia de que un cuerpo muerto pesa 21 gramos menos. Algunos piensan que es por la pérdida de líquidos y gases, pero otros piensan que se debe a que ya no tienen alma.



# XXVI

## REVENTAR TUS RODILLAS

**S**e acerca el final del camino. El suéter se había secado por completo. La lluvia al fin se detuvo y Charlotte se miraba al espejo con su nuevo aspecto carmesí.

Momentos atrás, sus manos estaban rebuscando en las entrañas de Danny un triángulo de metal en una cuerda. Coció sus ojos para tener la seguridad de que no lo estaba viendo caer tan bajo. Era muy inquietante, pero se sentía mejor desordenar su interior así.

Los guantes que usaba le quedaban muy grandes y eso dificultaba su tacto, pero consiguió encontrar su amuleto. La cuerda a la que estaba conectado no se había desintegrado por el ácido estomacal, lo cual eran buenas noticias, pero igualmente, todo debía ser profundamente desinfectado.

Puso el cuerpo de su ex-amigo sobre el de su ex-tutor en el jardín trasero para envolverlos en un muy rojo fuego y así convertirlos en cenizas. Se sentó a contemplar la fogata,

pensando en lo que haría luego de lograr su cometido, pero el futuro sólo se veía oscuro.

Por fortuna, no estaría sola en ese momento, porque la puerta suena de nuevo, y no son agradables visitas. Nunca son agradables visitas. Allard y Vane llegaron y aseguraron todas las salidas por enfrente de la casa, listos para derribar la puerta si era necesario. Charlotte se acercó a la ventana para ver quiénes eran, y no entró en pánico al enterarse; al contrario, se acercó a la puerta para escucharlos hablar.

—¿No crees que nos mate apenas abra la puerta? —preguntó Allard.

—Nah —le respondió Vane sin preocupación—, él no es así. Solo mata a los soplones y los que lo molestan, y ni siquiera necesita abrir la puerta para hacerlo.

—Bien, no responde. Hay que derribarla.

—Calma. Ya nos recibirá. No es tan malo cuando lo conoces.

—Sé que tú has vivido aquí y tienes la experiencia, pero yo soy una oficial graduada con honores, y en *Spoirtown* nos encargamos de situaciones como estas todo el tiempo. Si el sospechoso no responde en treinta segundos, debemos entrar a la fuerza antes de que escape.

—Mira, sólo dame un minuto más, ¿sí? No quiero meterme en problemas con él.

Tocan la puerta de nuevo, aclarando que es la policía. Charlotte sigue escuchando.

—No muestra indicios de que esté en casa. Debemos investigar la propiedad —afirma Allard.

—Está bien. Un paso atrás, señorita —advierte mientras se prepara para patear la puerta.



Unos doce golpes bastaron para romper la cerradura. Cuando entraron, todas las luces estaban apagadas, pero vieron con claridad toda la sangre esparcida por el piso y las escaleras. El rastro se dirigía hacia la parte de atrás, donde estaba el jardín. Siguiendo las marcas, poco a poco fueron descubriendo el origen de ese extraño humo que se veía desde la otra cuadra.

No quedaba mucho sobre la tierra y el barro, solamente dos esqueletos casi convertidos en cenizas.

—Diablos —expresó Allard con asco.

—Huele horrible. ¿Crees que sea algún fetiche sexual?

—De todas las teorías que se me pudieron haber ocurrido, esa era la menos relevante —dijo algo molesta, acercándose a los restos—. Aún está humeando y se nota el calor. Ledger no debe estar lejos.

—Oye, hay una niña aquí.

Antes de que Allard pudiera reaccionar, la cabeza del comisario Tom Vane voló por los aires en varios pedazos. La detective apenas pudo procesar aquel suceso, porque tenía que darse la vuelta para ubicar a Charlotte y apuntarle con su arma antes de que sea la siguiente víctima.

Pudo divisarla, pero no por mucho tiempo, porque lo único que pudo ver fueron los labios de la niña pronunciando: «Duerme».

Allard se había quedado inconsciente por un largo rato por causa de un hechizo de sueño. Abrió los ojos tiempo después para darse cuenta de que estaba en la habitación de huéspedes atada a la cama, viendo dos varas de madera posicionadas a sus dos costados de su cabeza sosteniendo una jarra de metal encima de ella.

Charlotte vio cómo intentaba liberarse en vano apenas despertó y le dijo:

—De seguro ya sabes por qué es inútil intentar escapar.

—¿Qué es esto, una guillotina? —preguntó Allard casi gritando.

—Si quisiera matarte lo habría hecho como a tu otro compañero.

—Entonces, ¿qué vas a hacer conmigo?

—No puedo hacer que desaparezcas repentinamente. Hay personas que atestiguan tu existencia en *Spoirtown*. Debes volver.

—No volveré mientras tú sigas libre —afirmó determinada.

—Vaya que eres testaruda. Ni siquiera en una posición de desventaja eres capaz de rendirte.

—¿Dónde está Ledger?

—Ya viste sus cenizas. Sólo quedo yo, y dudo que te dejen traer a una niña a una cárcel. Si me llevas a *Spoirtown*, no tendría otra alternativa más que matar a civiles ahí para escapar y hacer tu búsqueda más complicada. ¿Quieres toda esa culpa sobre tus hombros?

—Si no puedo ponerte tras las rejas, tendré que matarte.

—¿Y cómo justificas tu expedición a este remoto lugar? No traes sospechosos, ni nueva evidencia, y además, se descubren varias muertes justo al mismo tiempo en el que vienes. No es muy inteligente insistir. Además, dudo que puedas matarme en tu estado actual.

—¡Maldito engendro! —gritó muy irritada—. ¡Déjame salir para romperte la cara!

—Si lo haces, también te acusarán de maltrato infantil. Soy intocable.

Allard se puso a pensar resoplando de desesperación, ya que era lo único que le quedaba.

—Tal vez, pero yo también lo soy —replicó Elena un poco más controlada—. No puedes matarme tú tampoco porque mi compañero enviaría refuerzos.

—¿En serio? ¿Y dónde está ahora?

—Esperando para ir a mi rescate.

—¿Y cuánto más va a esperar? Ya pasaron cuarenta minutos y todavía no aparece.

—Se toma su tiempo.

—¿Acaso tiene miedo? No vino contigo. Puedo incluso suponer que te abandonó.

—No es verdad. En cualquier momento cambiará de opinión.

—¿Cambiar de opinión? Entonces sí te abandonó.

—¡No es cierto!

—Así que estás sola. Pobre de ti.

—¡¿Qué es lo que quieres de mí?!

—Voy a proponerte algo muy difícil de rechazar: Te dejaré vivir si decides volver y declarar que no viste nada. Te vas a olvidar completamente de todo lo relacionado con mi familia o la magia y seguirás con tu vida.

—¿Crees que soy así de fácil de convencer?

—Al menos lo intenté. Como dijiste, no te puedo matar, así que voy a someterte a una clásica tortura china hasta que cambies de opinión.

—¿Tortura? Te recuerdo que no puedo aparecer en la comisaría con heridas visibles en mi cuerpo.

—No te preocupes por eso —dijo mientras tomaba la jarra de metal que estaba en la cima de las dos varas.

Al lado de la cama había otra jarra más grande que contenía agua fría con hielos. Llenó la jarra de metal con esa agua y la puso de vuelta sobre las dos varas.

—¿Qué haces? —preguntó Allard algo confundida.

—Este recipiente de metal que puse encima de ti tiene una pequeñísima fuga en la parte inferior que hace que cualquier líquido dentro de él salga lentamente mediante pequeñas gotas cada cierto tiempo. La tortura trata de que esa pequeña gota de agua fría caiga sobre tu frente cada

cuatro segundos. Cuando pase un largo rato, el pequeño impacto sobre tu cabeza dejará de ser una pequeña molestia para convertirse en algo insoportable. Los constantes toques húmedos no te dejarán dormir y provocarán en ti una incesante sed. El frío y la impotencia te volverán loca en menos de un día. Claro que, podemos saltarnos todo eso si decides cerrar la boca.

—¿Y cómo sabes que no voy a morir antes?

—Me aseguraré de alimentarte e hidratarte lo necesario con un suero que me robé del hospital. Sé muy bien cómo funcionan, no te preocupes.

—¿Por qué te importa tanto que no te atrapen si puedes escapar tan fácilmente?

—Hay dos razones: Una de ellas es que necesito a alguien de conejillo de indias por si algo pasara.

—¿Cuál es la segunda?

—No te la puedo decir. De cualquier manera, se me hace tarde. Tengo cosas que hacer. Es tu última oportunidad. ¿Miseria o silencio?

—Miseria —dijo determinada—. Toda mi vida elegiré miseria.

—Como gustes.

Charlotte hizo un hechizo para paralizar los músculos de la detective para asegurar que no pudiera mover la cabeza. Las gotas de agua fría caían directamente entre ceja y ceja sin cesar. Ella no podía hacer más que parpadear y expulsar ruidos de su garganta. Charlotte salió de la habitación, cerrando la puerta con llave.

Desafortunadamente, ella tenía razón; Quickley había vuelto a *Spoirtown*, y cuestionando su decisión en cada minuto que pasaba en la carretera.

En la mesa del comedor, Charlotte comenzó a formular su plan para matar al *Ataúd*, el cual no era precisamente seguro. El amuleto ya había estado en el edificio, y eso le

permitiría teletransportarse a la oficina del jefe sin mayor problema, pero acabar con él no es suficiente. Debe quemarlo todo, desde la primera planta hasta el último cuadro de arte robado. Lo ideal era empezar desde el piso, colocando un generador de fuego en la puerta, pero había que esperar a que fuera de noche. Tenía tiempo suficiente, y lo iba a aprovechar al máximo cubriendo cualquier agujero que pudiera tener su operación.

Será un proceso algo aburrido, así que será mejor ver el otro lado de la moneda mientras tanto.

En el establecimiento de la mafia, preparaban los cargamentos de droga y azúcar para exportación. El Sr. Clement supervisaba a sus subordinados con las manos atrás, paseándose por el reemplazo de la fábrica, que era uno de los cuartos de recreación. De pronto, un subordinado molesto aparece.

—Mi queridísimo jefe —exclamó saludando el robusto subordinado caminando hacia su dirección—, ¿tiene la menor idea de lo que hace?

—¿Qué quieres, Jon? —le responde el Sr. Clement tranquilamente.

—¿Qué quiero? Quiero un poco de respeto al *sagrado billar*.

—¿*Sagrado billar*, dices?

—Este lugar, mi señor —dijo con insolencia—. Desde que instalaron estas mesas de metal y lo ensuciaron con estas drogas, este lugar quedó obsoleto. Es nuestro lugar favorito de descanso, jefe. Todos aquí venimos todos los martes y jueves a beber, charlar, ver televisión y sobre todo, jugar billar. Esa mesa de billar que movieron al cuarto de lavado es nuestro patrimonio. ¡No puedes quitarnos esto simplemente porque interrumpieron el negocio de las drogas! ¡Nos están contaminando!

—Escucha, Jon —dijo pacientemente el Sr. Clement—. No podemos arriesgarnos a volver a la fábrica. No solamente porque sigue siendo inoperable, sino porque vinieron policías de afuera ¡y podemos perder todo lo que tenemos! Si quieren jugar billar, háganlo en el cuarto de lavado con el resto de la ropa sucia.

—Tú nunca nos escuchas —replicó Jon—. ¡Nunca nos tomas en cuenta en nada! He sido uno de tus más leales súbditos y consejeros, pero hasta aquí llegó mi límite. Mi único escape era este lugar y lo arruinaste de nuevo. ¿Sabes qué? no voy a aguantar más de tus pésimas decisiones —dijo mientras sacaba su pistola dispuesto a dispararle.

Fue demasiado rápido. Nadie tuvo tiempo de parar a Jon. La bala salió del revólver y atravesó la cabeza del Sr. Clement.

Todos pararon de hacer lo que estaban haciendo para ver al jefe caer al piso después del disparo. Jon soltó una sonrisa de victoria mientras los demás se quedaron perplejos, pero no duró mucho, porque apenas se dio la vuelta para retirarse, sintió cómo el cuerpo del Sr. Clement se levantó. Pensaba que era sólo una sensación de inseguridad, pero dejó de serlo cuando sintió una mano tocando su hombro. Se volteó lentamente y, efectivamente, no había muerto. La frente del Sr. Clement no tenía ninguna herida, como si el balazo hubiera desaparecido. Y Jon, por desgracia, estaba en la misma habitación que su resucitado jefe.

—Me da lástima —dijo el Sr. Clement de manera intimidante— que decidieras morir de esta manera.

—¿C-cómo lo hiciste? —tartamudeó Jon con la sangre helada.

—Te lo explicaré luego.

Acto seguido, el Sr. Clement golpeó a su subordinado fuertemente en el estómago, luego en la cara, y finalmente en el cuello, rompiéndole la laringe y dejándolo sin respiración. Cayó al suelo con la presión del pie de su jefe en su garganta. Murió lentamente.

Clement no se alteró en lo absoluto y continuó supervisando, obligando a los demás a seguir trabajando con la seguridad de que su jefe es ahora inmortal.

La sangre que descansaba en el suelo junto a la bala comenzó a desintegrarse como una hoja quemándose, dejando un extraño sentimiento de peligro alrededor.

Gemidos de angustia se escuchaban dentro de las paredes de la habitación de huéspedes en la casa de Ledger. Allard sentía el agua fría pasar por su cabello y espalda, mojando la cama y molestando su piel. No podía hacer nada más que pensar a duras penas en qué era lo mejor para ella, pues la ética general se vuelve borrosa después de dos horas.

Otra cosa que se veía borrosa era la habitación, pues empezaba a perder sus colores, todo eso acompañado de un ambiente muy pesado, y tú y yo sabemos lo que eso significa. La silueta de Pitt se lograba percibir saliendo de la oscuridad, preparado para capturar una nueva presa.

—Veo que estás en una situación algo incómoda, ¿no es así? —reafirmó el demonio.

Allard se quedó paralizada, y no sólo por el hechizo. Su mente intentó procesar todo lo que estaba pasando.

—Por favor, permíteme —dijo mientras le devolvía la movilidad a sus músculos con un chasquido.

—¿Qué está pasando?! —gritó Allard con los ojos llorosos.

—No te alarmes, soy un demonio proveniente de lo que se le conoce como *infierno*. Estoy aquí para proponerte un trato.

—¿De qué hablas? ¿Un demonio? ¿Qué se supone que hice ahora? —preguntó preocupada.

—¿No has escuchado ninguna historia? Criaturas como nosotros de vez en vez nos paseamos por este plano para recolectar almas vulnerables mediante un acuerdo. Y si me lo preguntas a mí, estoy en racha.

—¿Vienes por mi alma?

—No puedo tomarla si no me lo permites. No sería justo. Pero la puedes intercambiar por cualquier bien material que desees.

—Entonces, eres como un genio de la lámpara, ¿no?

—Si te ayuda a entenderlo, sí. Pero solo podrás tener un deseo, y no hay reglas fuera de que lo que pidas siempre sea a tu propio beneficio. No puedes pedir por nadie más, ni decidir el destino de nadie además del tuyo.

—¿Puedes matar a la persona que me tiene capturada? Eso me beneficiaría.

—Te lo acabo de decir. No es posible cambiar el destino de otros.

—Bien. Entonces, ¿puedes liberarme?

—En efecto. ¿Tenemos un trato?

—No, no. Espera. No puedo tener poder ilimitado y sólo pedir que me liberen de unas cuatro cuerdas. Déjame pensar.

—Como gustes. Tengo todo el tiempo del mundo.

Ella comenzó a reflexionar sobre cualquier detalle que la haga tener ventaja en aquella situación. ¿Cómo detener a Charlotte y a la vez ser invulnerable? No fue muy difícil asimilar la respuesta.

—Ya lo tengo —dijo Allard—. Pero primero, necesito saber qué voy a perder y lo que significa para mí.



—Perderás tu alma, lo que te convertirá prácticamente en una muerta viviente. No tendrás personalidad, emociones ni propósito. Tendrás el mismo valor existencial que un gusano de tierra o una silla de madera. Seguirás viva, pero no serás más una persona. Serás teóricamente un insecto con pulgares oponibles y la habilidad de resolver problemas complejos identificando patrones. Una hoja en el viento, sin un destino fuera de su inevitable deterioro.

—Eso no suena muy convincente. Pensé que sería más como asegurar que iría al infierno cuando muera.

—Sí, también está esa opción, pero me gusta más la primera porque no tengo que esperar a que fallezcas.

—Qué bueno que pregunté.

—Entonces, ¿cuál es tu trato?

—Quiero que me des la habilidad de tener una gran resistencia y fuerza cuando sea necesario, que pueda camuflar mis habilidades y así pasar desapercibida. Quiero ser humanamente invencible para que pueda escapar de aquí y logre acabar con mis enemigos.

—Parece una buena idea. Te daré lo que pides, y a cambio, cuando llegue tu hora de morir, tu alma será transferida a mí. ¿Estás de acuerdo?

—Tenemos un trato.

Pitt cerró los ojos e hizo el gesto de afirmar con la cabeza. Levantó sus cuatro brazos y elevó a Allard por los aires, retorciendo sus arterias y preparándola para su transformación. Ella gritó de dolor y vio cómo su torso, brazos y piernas se alargaban y tomaban formas extrañas. Repentinamente, el proceso terminó, Pitt desapareció y Allard cayó en la cama de nuevo. Su cuerpo no cambió, pero pronto lo haría.

Miró sus extremidades respirando frenéticamente, porque de un momento a otro, estas pasarían por una horripilante metamorfosis. Sus dedos comenzaron a transformar sus uñas en garras afiladas, cambiando su

blanca piel a un oscuro y grisáceo tono. Comenzó a crecerle pelo por todos lados; sus músculos tomaron un gran tamaño, logrando así romper las cuerdas; su rostro comenzó a perder su forma humana y a tomar una más canina; sus ojos cambiaron y sus pupilas se tornaron a las de un depredador. Finalmente, le creció una cola de lobo, porque, en efecto, se había transformado en un lobo antropomórfico, una *mujer lobo*: como un lobo común, pero de un tamaño colosal y con propiedades humanas, como la habilidad de pararse en sus patas traseras. Su monstruosa forma, tal y como lo relata la cultura popular, nublabla su pensamiento racional y la convertía en una bestia salvaje.

Charlotte, al oír todo aquel estruendo, subió corriendo las escaleras, pero paró a la mitad del camino, porque el monstruo había derribado la puerta para salir. La niña no se podía dar el lujo de asustarse; tenía que escapar de ahí de alguna forma u otra. El hechizo de teletransportación tomaría demasiado tiempo. Lo mejor era correr hacia el jardín y tomar algún arma. La bestia miró a su objetivo escapando, y, sedienta de su sangre, se dispuso a alcanzarla en sus cuatro patas a toda velocidad.

Charlotte, con su corazón latiendo alocadamente, logró ubicar el maniquí que usaba para practicar sus hechizos de ataque en el jardín trasero y lo sostuvo como escudo. La criatura apareció en cuestión de segundos, preparada para masticar los huesos de Charlotte. Ella, defendiéndose, lanzó el muñeco que tenía en sus manos para darle una distracción temporal. Grande fue su sorpresa al ver que aquel objeto de madera no duró más de tres segundos en una sola pieza. Los dientes de la cambiada Allard ahora eran los de una máquina trituradora. Sin alguna otra opción, activó rápidamente un hechizo de defensa que activaba un escudo personal alrededor de su cuerpo. La bestia lo golpeaba con fuerza, y se podía notar que aquella protección no iba a durar tanto. Charlotte aprovechó esos segundos para teletransportarse

lejos de ahí, y así fue. La monstruosa criatura se quedó sola en aquel jardín y seguía furiosa, por lo que buscó cómo salir del pueblo para volver a su hogar.

Charlotte abrió los ojos. Apareció en el hospital de *Spoirtown*, sentada junto a la camilla donde antes se dedicaba a morir lentamente. A duras penas se dio cuenta de dónde había decidido terminar por desesperación. Era el único lugar donde el amuleto había estado donde se sentía segura, o al menos, el único que se le vino a la mente.

Desafortunadamente, no estaba sola. La puerta de aquella sala se abrió y un doctor logró verla. Rápidamente la identificó como el niño desaparecido, y por primera instancia, por su gótico aspecto, pensó que era un fantasma que se manifestó de la nada. Su primer instinto fue huir y avisar a los demás. Cómicamente, ninguno le va a creer, porque Charlotte se iba a esfumar antes de que los demás empleados llegaran.

Se teletransportó de nuevo, esta vez a la habitación del motel donde se hospedaban sus padres.

Inconvenientemente, tampoco estaba sola. Una pareja la estaba usando para sus actividades íntimas justo cuando ella apareció. Los gritos abundaban, así que no tardó en esfumarse de nuevo.

En su desesperación, volvió a la biblioteca de la casa de Steven. Por fortuna, el monstruo se había ido, así que aprovechó para respirar un poco en el piso.

Pasó una hora aproximadamente. Charlotte se decidió a abrir la puerta y verificar si realmente estaba segura. El cuarto de huéspedes estaba hecho un desastre, el comedor estaba patas arriba, había marcas de garras en el suelo, pero la bestia no estaba. Finalmente, Charlotte sacó la conclusión de que su prisionera había hecho un trato con un demonio o tenía un talento oculto de transformarse en animales. La

situación actual no le permitía quedarse por el pueblo, por lo que apenas terminara con su venganza, debía escapar a un lugar más tranquilo.

Fue a la cocina a prepararse algo de comer. No había mucho, solamente media barra de pan y un poco de carne de cerdo. No había discusión; se puso a freír la carne de cerdo en la sartén, aprovechando sus pocos momentos de calma, y la puso dentro del pan.

Se sentó a comer y su mente no pudo evitar reiterar sus recuerdos más recientes de la última vez que comió ese plato. Es inevitable no comparar la agradable cena familiar con el oscuro almuerzo solitario.

«El mundo cambia todo el tiempo, pero hay veces en las que no podemos cambiar con él», pensó.



Empezó a anochecer. Todo se mostraba sereno. Charlotte no podría estar más preparada. Ya consideró el plan A, B, C, D, E, F, G, H, I, J y K. No hay manera en que falle en derrotar una organización criminal entera con la magia negra de su lado. Era hora de acabar con todo esto.

Sus negras botas pisaban las piedras que conformaban las calles, avanzando hacia aquel edificio con un gran tanque de gasolina atado a su espalda. El aire nocturno se sentía perfecto para llenarlo de brasas y humo, y después de la explosión, Charlotte estará lista de surgir de las cenizas.

Los guardias de seguridad al lado de la puerta vieron como se acercaba, y no iban a ser gentiles con ella. Le avisaron que se aleje del sitio, pero como ella no hizo caso, sacaron sus armas y le volvieron a advertir, pero ella siguió caminando. Sin más preámbulo, los cuatro subordinados que resguardaban la entrada empezaron a disparar, pero las balas rebotaron sobre su campo de fuerza y terminaron en los cuerpos de los remitentes, ya que mientras ella caminaba

y recibía los disparos, pronunciaba las palabras: «*Clypeus meus robur suum servet, et in audiendo vocem meam regenerans custodiat*» repetidamente y con tranquilidad.

Al final, en la entrada no quedó nadie, lo que significaba que era hora de sacar el contenedor de gasolina. Abrió la puerta, y, con su campo de fuerza activo, cerró con seguro la cerradura y levantó con una mano el tanque, provocando muchas miradas confundidas de más subordinados apuntando sus armas. Charlotte le echó un vistazo a el primer piso, conformado por varias mesas y unas cuantas bolsas y cajas en el suelo, y después de unos segundos, decidió darles a los mafiosos el gusto de sentir miedo al sacar un encendedor. La respuesta natural a esa acción es recibir un montón de disparos, los mismos que abrieron agujeros en el contenedor, permitiéndole a Charlotte esparcir el líquido inflamable usando la técnica de dar vueltas lanzando gasolina en llamas por toda la sala. Los subordinados comenzaron a asustarse al notar el fuego creciendo a sus alrededores, a su vez provocado por una infante con inmunidad a las balas que no paraba de girar. Dejaron de disparar y consideraron la idea de correr hacia arriba y saltar por las ventanas, lo cual le permitió a Charlotte terminar de decorar la habitación con las llamas de la justicia.

Al ver el *infierno* que había provocado, se aseguró de sellar todas las salidas para asegurar la muerte de la mayoría. El trabajo estaba hecho, solamente faltaba el plato principal: La oficina del jefe.

El Sr. Clement se encontraba solo, tomando una taza de té como lo hace usualmente en el cuarto más alto cuando escuchó el disturbio. Apenas se levantó para abrir la puerta de su oficina y ver qué pasaba, una voz apareció detrás de su espalda.

—¿Me extrañaste? —dice Charlotte sentada sobre la mesa con un cuchillo de cocina en la mano.

—¿Te conozco? —respondió Clement, volteándose.

—Claro que sí. Soy tu fantasma más recurrente. Dudabas de mi existencia años atrás. Esperabas mi muerte meses después. Soy la más letal de tus voces internas, y vengo aquí a hacerte pagar.

—¿Qué te debo exactamente?

—No es lo que me debes, sino lo que le debes al mundo. Y el mundo pide sangre.

Rápidamente, lanzó el cuchillo al estómago del Sr. Clement. Él no reaccionó para nada. Su barriga soltaba sangre, pero seguía sin inmutarse al respecto. Posteriormente, comenzó a reír para luego decir:

—Creo que ya te ubico —afirmó quitándose el cuchillo del torso y poniendo su taza de té en su mesa para tazas—. Eres el hijo de los Gaspel, ¿no es así? ¿Te has vuelto homosexual ahora que tus papis no están?

—¿Por qué no agonizas de dolor? —preguntó con el ceño fruncido, mirando cómo la herida de su pecho se regenera.

—Fue mi ex-asistente Gideon Ledger. Me presentó una oportunidad de negociar mi alma por cualquier deseo material —decía, acercándose a ella—. Yo ya tengo todo lo que quiero, pero uno de los principales problemas de ser alguien tan importante es que puedo ser asesinado fácilmente, así que le pedí a aquel demonio que me hiciera inmortal, que diera igual cómo esté mi cuerpo, siempre y cuando vuelva a su estado óptimo. No puedo morir de ninguna forma física. Tampoco puedo sentir ningún dolor. ¡Soy prácticamente intocable!

—Sí —dice Charlotte, caminando hacia atrás lentamente—. También sé que eres inmune a la magia, pero, si no puedes morir, ¿cómo vas a intercambiar tu alma?

—Ese es el truco. No puedo morir hasta el ocho de diciembre de 1982. Cuando llegue ese día, pagaré mi deuda y me iré de este mundo, pero vale la pena una vida corta y dulce.

Charlotte no pensó que su oponente tuviera esa carta. ¿Cómo matas a alguien que no puede morir? No había tiempo de considerarlo, porque Clement sacó un palo de golf y la intentó golpear con él. El campo de fuerza logró resistir el golpe, pero no devolverlo, por lo que se rompió. Charlotte debía pensar en el plan *L*. Corrió por toda la habitación hasta encontrar algún arma que lo dejara inmóvil. Solo había mesas de té, cajas, cajones y herramientas para construir un campo de golf en miniatura. Se acercó a la chimenea para ver si encontraba algo, pero Clement la alcanzó y la tomó del suéter.

—¿Así que usas el amuleto de Ledger? Ya veo. El que me trajo a tus padres también es tu amigo. ¡Qué ironía!

—¡Cállate! —gritó muy enojada.

Clement le quitó el amuleto y lo tiró debajo de un mueble. Luego, golpeó a Charlotte en la nariz y la dejó sangrar en el suelo. «Voy a disfrutar hacerte sufrir por horas», decía sonriente.

Mientras Clement reía por su propia maldad, ella tomó cenizas de la chimenea y se las lanzó a los ojos, eliminando así su campo visual por un rato. Él, con cero visibilidad, decía: «¿Vas a escapar? ¡Te advierto que la puerta está cerrada con llave, así que estás atrapado conmigo!».

Charlotte no buscaba escapar, sino conseguir más tiempo para pensar. Se escondió detrás de un sofá y se dispuso a ello. ¿Cómo hacer que sufra por toda la eternidad sin añadir magia a la ecuación? Las opciones eran pocas, y Clement empezó a buscar a su víctima con total tranquilidad tras recuperar su visión. Charlotte ya tenía algo en mente,

pero debía improvisar, algo que, sin gran parte de su alma es muy complicado.

Apenas sintió que el Sr. Clement se acercaba al sofá, corrió agachada a buscar el cuchillo y un palo de golf. Clement retumbó sus pies tétricamente dirigiéndose a ella, y Charlotte respondió corriendo hacia su dirección con sus armas en mano. Él extendió sus brazos para atraparla, y ella lo esquivó deslizándose de rodillas y apuñalando salvajemente su rótula derecha. Esto lo inmovilizó parcialmente, pero cuando se levantó de nuevo, le dio un golpe en la otra rodilla con el palo y le cortó los tendones, haciéndolo caer de frente. Ella aprovechó eso para seguir golpeándolo en los codos, rompiendo el palo de golf. Cuando Clement se acostó de espaldas para intentar contraatacar, Charlotte lo apuñaló en el corazón, lo cual le dió un tiempo considerable. Rápidamente, buscó la vara de metal de la chimenea y siguió golpeando con todas sus fuerzas sus rodillas, codos, pelvis y huesos de los pies con ella. Hizo todo lo posible para que no tuviera la posibilidad de levantarse. Dejó de golpear y vio cuánto tiempo se tardaba en doblar sus piernas normalmente.

—Muy listo —decía el Sr. Clement en el suelo tras despertar—, ya deseo verte intentar eso por siempre.

Charlotte notó que sus huesos tardaron ocho segundos en volver a su posición original. Él intentó levantarse y ella le atravesó la vara en el tórax para empujarlo, pero no hizo efecto, porque él agarró su brazo con fuerza y la lanzó contra la pared. Casi la deja inconsciente, pero solamente le provocó un gran malestar en la cabeza que le iba a dificultar moverse con fluidez. Asustada y aturdida, corrió a esconderse bajo una de las mesas de té, esperando que él se tarde bastante en sacarse la vara del pecho.

Respirando frenéticamente y con su corazón latiendo a *mil por hora*, no hizo más que llorar en su interior, en parte



por el dolor en su cabeza, pero principalmente por no tener la seguridad de que saldrá viva de esa situación. En eso, podía escuchar a su oponente buscándola, tratando de provocar su salida en el tono más soberbio y dominante que un adversario puede tener teniendo la ventaja absoluta.

—Es divertido jugar contigo, *Charlie*. Sobre todo cuando sé que estás dando tu mayor esfuerzo. Me pregunto por qué llegaste hasta aquí, aún sabiendo que es algo tan inútil y peligroso. ¿Tanto te importan tus padres muertos? No, tu cara no es la de alguien que busca justicia. Tú quieres ganar. Sí, pude ver la avaricia en tus ojos, y dudo mucho que los Gaspel hayan criado a un psicópata. —Se toma una pausa para alzar un poco la voz—. Tal vez creas que eres el bueno aquí, y quiero decir, yo soy un jefe de una mafia sin escrúpulos, pero tú no estás muy lejos de ser como yo. Lo único que nos diferencia es que yo te dejé vivir hasta que tus padres me robaron. Tu familia entera es una plaga de ratas, y se merecen lo que tienen, una eternidad de sufrimiento en el infierno.

Charlotte aguantaba sus lágrimas bajo aquella mesa, escuchando lo que ha estado ignorando desde que vendió su alma, y es que no se merece la más mínima felicidad... pero su tristeza fue opacada con un sentimiento más poderoso, más destructivo y macabro: La ira que brotaba por sus ojos desalmados, el motor que la mantenía con vida, pues al decir verdad, ella no va a responder por sus acciones, ya que *Charlie* murió en aquel hospital, y *Charlotte* fue la respuesta directa, dispuesta a atacar con fiereza a la vida que lo mató. En el infierno nació y en el infierno va a terminar.

Charlotte Gaspel salió de aquella mesa con mucha determinación, tomó la vara de hierro y corrió hacia el jefe del *Ataúd*. Clement se volteó y Charlotte, con toda su furia le volvió a reventar sus rótulas, manos y columna vertebral

para dejarlo en el piso de nuevo. Para evitar que se levante, primero le dió en los codos y luego en el cráneo varias veces y así tuvo un poco de tiempo extra para buscar el cuchillo. Respiró frenéticamente para regular su pulso cardíaco y corrió hacia su arma. Volvió hasta el cuerpo regenerante del jefe y empezó a cortarle el cuello con todas sus fuerzas, como si de rebanar una gran nuez se tratase.

Por suerte, logró cortar toda la carne y separar su cráneo de su columna. Levantó su cabeza y la puso lejos del resto de su cuerpo. Miró cuál de las dos partes se regenera y cuál no, y, afortunadamente, comprobó que la cabeza estaba empezando a crear cartílagos y huesos mientras que la otra parte se comenzaba a descomponer como una manzana en cámara rápida, y viendo el proceso, Charlotte notó un pedazo de metal sobresaliendo del costado su apestoso torso. ¡Era el amuleto bloqueador que le había dado Steven! Se lo había insertado en el riñón para que nadie se lo pudiera quitar. Sin él, la magia podía volver a hacerle daño.

Sin perder tiempo, Charlotte buscó su amuleto bajo el sillón antes de que la cabeza de Clement comenzara a hablar de nuevo. Con él, se teletransportó a la casa de Steven y, unos segundos después, volvió con la cámara instantánea. Puso la cabeza de Clement mirando hacia arriba y le tomó una foto. Con la ropa que sobró de su cuerpo descompuesto, hizo un muñeco voodoo de los que le enseñó Ledger y ahí pegó la imagen que poco a poco tomaba forma. Una de las mejores ideas que ha tenido. Clement comenzó a tener consciencia otra vez, y lo primero que dijo fue: «¿En serio pensaste que sería así de fácil? Mírame, ya tengo más de la mitad de mi cuerpo en su estado original».

Ya el fuego había llegado a la habitación y faltaba poco para que el jefe esté completo de nuevo; sin embargo, ya el muñeco estaba listo.

—¿Cuál es tu nombre completo? —preguntó Charlotte, aún con dificultades para respirar y ocultando el muñeco.

—¿De qué te servirá eso? —pregunta Clement levantándose.

—Quiero morir sabiendo el nombre de mi asesino. Tal vez así no me convierta en un alma errante.

—Lo tomaré como último deseo. Mi nombre completo es Hector Elliot Clement —dijo, embriagado de poder, caminando hacia ella con sus carnosos pies.

Ese mismo nombre pronunció Charlotte. Lo dijo muy concentrada y sosteniendo su figura en miniatura. Ya cuando él estaba a punto de ponerle las manos encima, Charlotte exprimió la cabeza del muñeco y lo lanzó al piso. El Señor Clement volvió al suelo abruptamente siguiendo los movimientos de su réplica resultando en un montón de sangre a su alrededor. Era el momento perfecto para concluir el espectáculo. Con su bota negra de cuero aplastó el muñeco, lo pisó, exprimió y trituró a más no poder, pero mantuvo su piel intacta, porque la idea era hacer que su interior se tarde en regenerar lo más posible intentando volver a su posición original, lo cual era algo difícil, porque todas sus trituradas entrañas seguían saliendo por todos sus agujeros.

Ahora que tenía a su enemigo literalmente en la palma de su mano, Charlotte podía hacer lo que quisiera sin límites. Por ahora, decidió neutralizarlo en un lugar donde no pudiera escapar: Vio una caja de bolsas de té para exportación de un metro y en su cabeza comenzó a sonar una agradable música. Vacío la caja y manipuló el muñeco de tal forma en la que el cuerpo terminó dentro de ella. Para terminar, puso una bolsa de azúcar encima y utilizó la sangre sobrante para dibujar un círculo alrededor de la caja y la teletransportó al jardín de la casa de Steven, donde se quedaría por un rato.

Pronto se iba a encargar de hacerla desaparecer; por ahora, debía saborear su victoria. La oficina se seguía llenando de fuego, así que Charlotte conjuró el hechizo de

protección para que no le afectara el calor y, con su cuerpo todo manchado de la sangre de sus enemigos y la suya, decidió celebrar de la manera más gloriosa que se le pudo ocurrir:

Cerró con delicadeza los ojos, levantó sus brazos y, con gracia, comenzó a caminar hacia la salida moviendo sus piernas con elegancia.

Con el ritmo que le quedaba en su temprana alma creciente, se movió por los pasillos en llamas con éxtasis, viendo todos los cadáveres y las ardientes llamaradas creando humo por el techo, recordando las veces en las que veía al edificio desde la ventana de la biblioteca, y rememorando todas las veces en las que bailó sola en su cuarto. Ese caluroso espectáculo fue la mayor sensación de felicidad que haya podido tener, y la esparció a su alrededor hasta llegar a la salida, donde, con gran orgullo, vio su más importante obra iluminar todo *Soufreville*.



Finalmente, todo había terminado; su parte del trato estaba saldada, su venganza concluida, sus némesis durmiendo con los peces, y todo lo que retenía su felicidad se había esfumado. Solamente quedaba Charlotte, el fuego de la victoria, y la música que escuchaba en su cabeza.

Este es el fin de su odisea, y una nueva estaba lista para nacer.

# XXVII

## EPÍLOGO

• Cómo queda el horizonte luego de todas las acciones que cometió nuestra protagonista? Yo lo sé.

La detective Allard no quedó condenada para siempre en esa monstruosa y peluda forma, porque despertó en la madrugada en su piel original, cubierta de envoltorios de comida chatarra y un montón de productos más en medio de una estación de servicio de una gasolinera a mitad del camino. Cuando abrió los ojos, le tomó un gran tiempo ubicar dónde se encontraba y por qué estaba sin ropa entre tanta basura. Las dudas se fueron disipando poco a poco, porque, luego de cubrirse con una toalla de un mostrador, comenzó a ver bien el lugar, y observó todos los destrozos que su forma de lobo había provocado. Entonces se acordó del trato que hizo, y sintió un extraño dolor de estómago, como si hubiera pasado toda la noche metiéndose cosas extrañas en la boca. Desafortunadamente, la sensación de

asco sólo iba a empeorar, porque enseguida notó rastros de sangre por el piso que se originaban de la caja registradora.

Se acercó lentamente, con el mayor miedo que una persona podría tener en esa situación, y finalmente lo vio. El empleado que trabajaba en las horas nocturnas estaba distribuido por todo el suelo y la pared, o al menos lo que quedaba de él, porque, como pudiste adivinar, no pudo sobrevivir al ataque de la hambrienta bestia.

Allard se echó para atrás con pavor. No podía creer lo que había hecho. No podía asimilar el hecho de que ahora su vida iba a cambiar radicalmente a la de una fugitiva de la ley que tanto respetaba. El futuro era un completo misterio para su condición, y la única ayuda con la que podía contar era la de su compañero.

Leonard Quickley, que había logrado llegar sano y salvo a la estación de policía, pudo darle toda la información necesaria al capitán. Todo lo relacionado con la magia fue reemplazado por complejas artimañas de la mafia local; se asimiló que *Charlie*, el niño perdido, había sido encontrado muerto debajo de un puente junto a sus padres; el hechicero Steven G. Ledger había quedado como un farsante mago callejero que murió de deshidratación luego de escapar del camión que lo transportaba a la cárcel de máxima seguridad y Greyson quedó como un loco héroe de guerra que terminó suicidándose.

Quemó el expediente *Gospel* en su chimenea. Su mirada no podía ser más vacía. Claramente lo que hacía era lo mejor para futuras interrogantes y, resultaba ser lo correcto al final del día, pero no podía dejar de sentirse mal, no por impotencia, sino porque su compañera tal vez no vuelva nunca.

El propósito de su viaje era superar su complejo de inferioridad, y lo logró. Tomó sus propias decisiones y, al fin y al cabo, hizo que todos se crean la historia que puso de

parche argumental. En teoría, ahora no es esclavo de nadie. Sólo queda seguir con su vida esperando lo mejor.

Danny y Steven siguen siendo cenizas en el viento.

Todo siguió su rumbo de alguna forma u otra, incluyendo a Charlotte. Ella pasó toda la mañana cavando un agujero de un metro y medio en el jardín. El cuerpo de Clement, por fortuna, no escapó de su caja.

Los brazos de Charlotte se cansaron y consideró que aquella profundidad era suficiente, así que empujó la caja de té dentro de él. Era gracioso pensar que estaría consciente todo el tiempo que iba a estar en esa horrible posición bajo tierra, literalmente su infierno personal. Mientras lo rellenaba, podía sentir todos sus problemas desaparecer para volver a una vida normal en sus propios términos. Su mente al fin estaba tranquila, y pudo aprovechar la paz para pensar...

Tal vez era hora de mudarse a pastos más verdes, tal vez a otro país. Estados Unidos suena interesante, ahí vivía Steven... Steven... ¿Cómo comenzó todo? Si tan solo no se hubiera presentado en aquel hospital el día de su cumpleaños... ¡Oh, es cierto! Hay algo que Charlotte había olvidado por completo. Apenas lo recordó, corrió hacia la habitación de Steven y buscó en todos los cajones algo que le pertenecía. Finalmente, lo encontró dentro del armario oculto entre montones de ropa: Su regalo de cumpleaños, por supuesto. Venía en una bolsa festiva, y en la etiqueta se podía leer:

«De papá y mamá, para nuestra estrella de la mañana, nuestro amado rayo de luz. Confiamos en que te recuperarás pronto.»

Esas simples palabras eran lo único que necesitaba el empolvado corazón de Charlie para romper en llanto. Tal vez sea casualidad, o tal vez una revelación divina, pero apenas la primera lágrima salpicó el suelo, en sincronía comenzó a llover fuera de la casa, algo que ella no veía pasar desde hace mucho.

En la bolsa había una pequeña libreta con un lápiz, y considerando su fascinación por el aprendizaje y la lectura en esos momentos, era el regalo perfecto. Al tomar la libreta en sus manos, la abrazó con los ojos llorosos y se propuso usarla mucho en el futuro. Pero, ¿por qué esperar? Quizás sea apropiado estrenarla en ese momento.

*Octubre 27, 1966.*

*Concluí mi meta. Tal vez haya dejado algunos clavos por clavar, como aquellos trogloditas del orfanato que me colgaron de cabeza, pero no es nada que no se pueda solucionar con algunos otros cadáveres de animales. Tengo planeado empezar a usar las maldiciones, pues me vendría bien algo de discreción de vez en cuando.*

*Steven dejó el caldero de la biblioteca lleno de todos esos materiales. Si las instrucciones no mienten, con el azúcar que logré rescatar de la mafia puedo ejecutar el hechizo sin problemas. ¿Debería traer de vuelta a su difunta hermana? Creo que, después de todo lo que hice, le debo un favor al hechicero.*



La historia continuará, porque cuando se pone el sol, la luna siempre hace presencia.

**FIN.**







*Charlotte Gaspel*



*Danny*



*Steven G. Ledger*



“Una niña diabólica de aspecto gótico con conocimientos de magia negra tal vez no sea algo fuera de lo común en la ficción, pero es un tipo de personaje que nunca pasa de moda, como los jeans de mezclilla o los huevos de gallina.

Este libro es la culminación de muchos meses de ideas oscuras y situaciones exóticas que se paseaban por mi cabeza mientras veía series de suspenso y cómics sobre la crueldad humana en una sociedad corrompida por la oscuridad, así que no esperes una historia de superación personal. Esta es una tragedia sobre una chica transgénero con un exorbitante coeficiente intelectual, cuyo pasado la obligó a vender su alma para terminar en el frío vórtice sin fin que es el mundo de las artes oscuras.

Si te gusta el sano humor oscuro y las novelas góticas, es probable que también te guste la historia de Charlotte Gaspel”.

CRAMIRO

